RUTH WARE

★★★★★
«LA NUEVA AGATHA CHRISTIE.»

DE LA AUTORA DE *LA MUJER DEL CAMAROTE 10*

EL ENGAÑO PERFECTO

ZERO DAYS

UN GRAN THRILLER

NOVELA

NEWTON COMPTON EDITORES

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y se han utilizado con fines meramente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *Zero Days*

© 2023, Ruth Ware
© 2025, de la traducción por Miguel Alpuente Civera
© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición en formato digital: julio de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com
Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10359-27-7
Código IBIC: FA
DL: B 3.876-2025

Diseño de interiores: David Pablo
Composición: Javier Sánchez Meco
Diseño de cubierta: Matt Johnson (S&S Art. Dpt.)
Imágenes de cubierta: © plainpicture (Mark Owen)
Conversión a formato digital: www.brioworkx.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Ruth Ware

El engaño perfecto

Zero Days

Traducción de Miguel Alpuente

Newton Compton Editores
Barcelona, 2025

Para mi padre, quien ya era un paranoico
de la seguridad en internet antes de que
el tema se pusiera de actualidad.

SÁBADO, 4 DE FEBRERO

Menos de ocho días

El muro perimetral era un juego de niños. Casi dos metros, pero sin pinchos ni alambre de espino en la parte superior. El alambre de espino es mi bestia negra. Por algo lo utilizan en las zonas de guerra.

Mi metro cincuenta y siete no bastaba para auparme hasta arriba, así que escalé un árbol cercano con una gruesa rama que se extendía sobre el aparcamiento. Me descolgué hasta que los pies tocaron la parte superior del muro y lo recorrí sigilosamente hasta encontrar un punto donde bajar sin que las cámaras de seguridad repartidas alrededor del edificio me captaran.

Al otro lado del aparcamiento se veía la puerta cortafuegos, tal como había descrito Gabe, y su aspecto era prometedor. Una puerta estándar, con una mitad acristalada y barra de apertura horizontal en la parte interior. Vi con satisfacción que estaba bastante mal encajada, pues por abajo quedaba un espacio por el que casi cabía la mano. En apenas treinta segundos pasé mi largo deslizador de metal por esa rendija, lo balanceé hacia arriba hasta que el gancho hizo presa en la barra y luego di un fuerte tirón hacia abajo. La puerta se abrió y contuve la respiración esperando la alarma, un riesgo siempre presente con las puertas cortafuego, pero no sonó ninguna.

En el interior, las luces se encendieron automáticamente: grandes cuadrados fluorescentes en un techo panelado que se extendía hacia la oscuridad como un tablero de ajedrez. El final del pasillo seguía en la más completa oscuridad, porque los sensores todavía no habían captado mi movimiento, pero en la parte donde yo estaba había tanta luz como en pleno día y tuve que detenerme para acostumbrar los ojos al resplandor.

Las luces son como una espada de doble filo. Por un lado, actúan como una potente señal de alarma para quienes vigilan las cámaras de seguridad. No hay nada como una pantalla iluminándose como un árbol de Navidad para atraer la atención de un guardia de seguridad y hacer que levante la vista de su teléfono. A veces, sin embargo, si te pillan de noche caminando como si tal cosa por un edificio con las luces encendidas, aún puedes salir airosa. Resulta mucho más difícil explicar tu presencia si te mueves a hurtadillas por un pasillo oscuro con una linterna. Eso equivale casi a llevar un disfraz de ladrón, con una camiseta a rayas y una bolsa en la que puede leerse la palabra «botín».

En ese momento eran las diez y veinte de la noche y yo llevaba mi ropa de «oficina»: unos pantalones negros que podrían pasar por los de

un traje, solo que eran más elásticos y transpirables que cualquier atuendo de oficina, combinados con una blusa azul marino y una chaqueta negra *prêt-à-porter* comprada en Gap. En los pies, unas Converse negras, y una mochila gris Fjällräven enganchada al hombro.

Lo único que desentonaba era mi pelo. Ese mes me lo había teñido de un escarlata fluorescente muy alejado de cualquier tono natural y no acababa de encajar con el ambiente más bien estirado de esa empresa, un grupo asegurador llamado Arden Alliance. Gabe había sugerido que me pusiera peluca, pero las pelucas siempre conllevaban riesgos y, además, yo estaba empezando a meterme en el personaje. Jen –había decidido que mi imaginaria oficinista se llamaba así– trabajaba en atención al cliente, pero guardaba un bonito recuerdo del año sabático que se había tomado tras la universidad y aún se consideraba una persona con cierto estilo. Puede que hubiera agachado la cabeza para conseguir ascender en la empresa, pero el pelo era el último destello de una personalidad que se resistía a sucumbir del todo a la rutina oficinesca. El último, aparte de ese delineador de ojos líquido una pizca excesivo y de un tatuaje en el omóplato que decía «ensártalos con la punta».[1]

El delineador era real; mi aspecto no me parecía completo sin un suave trazo del NYX Epic Ink. El título universitario era inventado. Al igual que el tatuaje. Yo no era tan fan de *Juego de tronos* como para grabarme esa frase en la piel, aunque, si lo hubiera sido, Arya habría sido mi personaje favorito.

Jen salía tarde de trabajar, había perdido la noción del tiempo y ahora se apresuraba a volver a casa para el fin de semana. De ahí ese calzado tan cómodo. La mochila era para meter los zapatos de tacón que se ponía en la oficina, aunque con ese detalle ya me salía del guion. Sí, Jen podía guardar los zapatos de tacón en la mochila. Pero la mía estaba llena de herramientas de allanamiento y de equipamiento informático cargado con un *software* absolutamente ilícito que Gabe había conseguido en la web oscura.

Recorrí el pasillo despacio, pisando sin hacer ruido sobre la moqueta gracias a mis suelas de goma, intentando aparentar que trabajaba allí. A un lado y otro tenía puertas de despachos vacíos en los que, de vez en cuando, alguna luz led brillaba en la oscuridad, procedente de las pantallas que la gente se había dejado mal apagadas antes de irse de fin de semana.

Una fotocopiadora instalada en un hueco de la pared parpadeaba hipnóticamente y, al verla, me detuve y eché un vistazo a un lado y otro del pasillo. A mi espalda había luz, pero tras el recodo que tenía ante mí todo estaba oscuro porque los sensores de movimiento no habían detectado aún mi presencia. Mejor así, las luces podían alertar a los de seguridad, pero también me alertarían a mí. No resultaba probable que

los guardias vinieran por la espalda, porque por ese lado el pasillo terminaba en la puerta cortafuegos que daba al aparcamiento. Y, si venían por delante, las luces se encenderían y me alertarían con tiempo suficiente para volver sobre mis pasos o esconderme en uno de los despachos. Seguramente, Gabe me diría que siguiera hasta encontrar la sala de servidores, pero la oportunidad que se me presentaba era demasiado buena para dejarla pasar.

Detrás de la fotocopiadora vi, como había esperado, una maraña de cables y dos puertos LAN para conectar dispositivos a la red principal de la empresa. Uno estaba ocupado, conectado a la fotocopiadora. El otro estaba libre. Con el corazón latiéndome con fuerza, miré atrás y adelante por el pasillo y saqué de la mochila un pequeño ordenador Raspberry Pi.

Deslicé el Pi, más pequeño que un libro de bolsillo, por detrás de la fotocopiadora hasta que se posó en la masa de folios caídos y abandonados tras el alimentador de hojas. Lo enchufé a una fuente de alimentación e introduje el cable LAN en el puerto vacío. Segundos después, mi auricular *bluetooth* chisporroteó y la voz grave de mi marido sonó en mi oído, extrañamente íntima en la quietud del edificio desierto.

–Ey, nena, acaba de conectarse tu Pi. ¿Cómo va?

–Bien –contesté en voz baja, sin llegar a susurrar, pero casi–. Aún estoy tratando de orientarme. –Arrastré una fotocopia perdida para ponerla encima del Pi y ocultarlo a la vista, me eché la mochila al hombro y continué la marcha, doblando el recodo del pasillo–. ¿Y tú qué tal?

–Bueno, ya sabes. –El tono de Gabe era guasón–. Un poquito de *Dark Souls* en la PS. No hay mucho que hacer hasta que me metas en la sala de servidores.

Me reí, pero Gabe solo bromeaba a medias. Lo de *Dark Souls* podía ser teatro –yo sabía perfectamente que de ningún modo podía estar jugando; al contrario, seguro que estaba encorvado ante su pantalla, siguiendo nervioso mi avance en los cianotipos que habíamos conseguido en el departamento de planificación–, pero lo de la sala de servidores era verdad. Esta era la parte del trabajo que a Gabe siempre le resultaba más dura, la de quedarse sentado y escuchar, sin poder ayudarme en el caso de que me viera en apuros.

–¿Dónde estás? –me preguntó.

–En un pasillo, yendo hacia el este desde la puerta cortafuegos que encontraste. Este edificio es… ¡Ostras!

Me paré en seco.

–¿Qué pasa? –En la voz de Gabe se percibía alarma, pero no excesiva. Yo no habría dicho «ostras» si me hubiera topado con un guardia. Habría sido algo bastante más fuerte.

–Ahí delante hay una puerta de seguridad. ¿Estaba en los planos?

–No –contestó Gabe, en tono algo sombrío–. Habrán hecho cambios. –

Podía oír sus dedos tecleando con celeridad–. Espera, estoy tratando de entrar en el sistema de seguridad a través de tu Pi. ¿Qué ves ahí?

–Hay un sensor PIR. –Miré el parpadeo del óvalo de infrarrojos instalado sobre la puerta. Yo quedaba fuera de su alcance por poco.

–Muy bien. Espera ahí. El sensor podría disparar una alarma.

–Evidente –dije.

Eso ya lo sabía, desde luego. No me preocupaba la puerta en sí, porque entre Gabe y yo éramos capaces de entrar casi en cualquier sitio. Pero lo habitual es que un sensor PIR lleve un detector de movimiento, y activarlo con el edificio cerrado podía alertar a los guardias. Aun así, la puerta cortafuegos no había disparado ninguna alarma, lo que era una buena señal. Empecé a acercarme.

–¿Jack? –dijo Gabe. Sus dedos dejaron de teclear–. Jack, cariño, dime algo. ¿Qué haces? No queremos otro Zanatech.

Zanatech. Uf. Una sola palabra: perros. No tengo nada contra ellos como mascotas, pero a los perros de seguridad los odio. Esas bestias pueden destrozarte. Y corren. Mucho.

No hice caso a Gabe y, conteniendo la respiración, di otro paso.

El sensor se encendió al detectar mi presencia, y yo cerré los ojos, armándome de valor mientras esperaba el sonido de las alarmas, el de pasos corriendo…, pero lo único que sucedió fue que la puerta se abrió con suavidad.

–¿Jack? –La voz de Gabe sonó más apremiante, sin duda porque me había oído soltar el aire–. ¿Qué ha pasado?

–Todo bien. Se ha abierto la puerta. No pienses que se ha disparado una luz roja o algo así.

Podía oír cómo rechinaban los dientes de Gabe al otro lado de la línea, intentando no soltarme el comentario que hubiera querido hacer, aunque yo ya sabía perfectamente lo que se estaba callando. Me había pedido que esperara mientras él trataba de acceder al sistema de seguridad a través del Pi para averiguar si la puerta tenía alarma. Pero eso podía tardar horas y, en este trabajo, no hacer nada ya supone un riesgo. A veces tienes que dejarte guiar por tus corazonadas, actuar de manera impulsiva.

Además, tampoco había actuado exactamente por impulso, sino por instinto, un instinto afinado por los años de experiencia en este tipo de situaciones.

–Di mejor que esperas que no se haya disparado una luz roja –dijo por fin, y yo sonreí.

Podía permitirme ser magnánima. De haber sonado el estrépito de una alarma, o peor, ladridos de perros, mientras Gabe me gritaba «te lo había avisado», se me habría borrado en el acto la sonrisa de la cara. Pero una de las muchas buenas cualidades de Gabe era que no tenía mal perder, y

yo supe que ya estaba pensando en el siguiente reto cuando me preguntó:

–¿Dónde estás ahora? ¿En el vestíbulo de los ascensores?

–Sí. –Eché un vistazo a mi alrededor. El vestíbulo estaba decorado con una yuca muy alta y una silla metálica de estilo futurista–. De aquí salen tres pasillos y… –Miré al indicador de pisos situado sobre las puertas del ascensor–. ¡Madre mía, catorce pisos! ¿Tenemos idea de dónde puede estar la sala de servidores?

–Espera –dijo Gabe. Oí el clic de las teclas de su ordenador–. Parece que el departamento de Recursos Tecnológicos está en la quinta planta. Empieza por ahí. ¿Ahora dónde estás, en la planta baja?

–No estoy segura. –Miré a mi alrededor–. El aparcamiento tiene dos niveles.

Un largo panel informativo ubicado frente a los ascensores mostraba la lista de plantas. Según parecía, yo estaba en la primera. Y en la quinta…, pues sí, ahí estaban los deparamentos de Recursos Tecnológicos y de Recursos Humanos, convenientemente indicados cuatro líneas más arriba. Huelgan los comentarios: Gabe era un mago de la informática.

Al instante hice una foto del panel con el teléfono y se la envié, con el comentario: «Joder, Sherlock, no me lo puedo creer»; y oí una estruendosa carcajada en el auricular cuando le llegó el mensaje.

–Bueno, qué puedo decir. A los frikis de la tecnología nos piden solucionar problemas que la gente debería ser capaz de resolver por sí misma.

–Vete a joder a otro lado, Medway –dije en tono afectuoso, y él volvió a reírse, esta vez con una elocuente risita por lo bajo que me provocó mariposas en el estómago.

–Pues lo haría, pero ya tengo en mente a una señorita de lo más sensual. Y va a estar en casa dentro de una hora o dos. Si empieza a mover el culo de una vez.

Sentí unas ganas irreprimibles de sonreír, pero me obligué a hablar con seriedad.

–No volveré a casa ni en una hora ni en diez si no me metes en la sala de servidores, así que céntrate y deja mi culo en paz. –Eché una ojeada al panel del ascensor. Era de los de tecnología punta que debes desbloquear con tu tarjeta antes de pulsar el piso–. El ascensor tiene un lector de tarjetas, así que doy por supuesto que los pisos superiores están protegidos con tarjeta de acceso.

–Bueno, creo que ahí no podré hacer nada hasta que no me des acceso a la sala de servidores, así que hora de ponerse en marcha, nena.

Suspiré teatralmente y busqué dónde estaba la salida de incendios, es decir, la escalera de toda la vida. En un rincón del vestíbulo, el rótulo de una puerta me indicó el camino, pero, antes de atravesarla, dejé caer un lápiz USB infectado en la puerta del ascensor. Gabe me había dado media

docena de ellos antes de salir para aquí, pequeñitos y de aspecto inocente, pero cargados con un troyano creado por él mismo. Con un poco de suerte, cuando la gente viniera el lunes alguien lo recogería y lo enchufaría en su propio ordenador, con la intención de averiguar a quién pertenecía. Al hacerlo encontraría un puñado de anodinos documentos de Word y un astuto trocito de código que se incrustaría en el disco duro, establecería contacto con su servidor central y daría acceso para leer y escribir en ese ordenador siempre que estuviera conectado a internet.

Al salir en la quinta planta, tiré al suelo otro USB y luego me llevé la mano al micro.

–Estás en un vestíbulo pequeño –le dije a Gabe con una voz robótica–. Pasillos en dirección norte, este y oeste. Al sur, un ascensor. A lo lejos, una torre blanca, alta y brillante. No, espera, esto último es de *La aventura original*.

–Deja lápiz USB –dijo Gabe, y yo me reí.

–Uno, eso son tres palabras;2 y dos, eso ya lo he hecho, como sabrías si de verdad hubieras conseguido *hackear* el sistema de videovigilancia. Y bien: ¿qué pasillo?

Eché una mirada a los tres pasillos, idénticos y sin rasgos distintivos, mientras escuchaba el clic del ratón de Gabe, que intentaba orientarse en el plano.

–Has entrado por la puerta cortafuegos que habíamos previsto y tienes el ascensor C a tu espalda, ¿correcto? –preguntó.

–Sí. O supongo que es el ascensor C. A la izquierda hay una puerta donde dice «Recursos Humanos», por si sirve de ayuda.

–Claro que ayuda. El pasillo correcto es el que tienes justo delante, creo.

Levanté el pulgar en signo de aprobación, me acordé de que Gabe todavía no podía verme y entonces me acerqué a la puerta acristalada que tenía delante. Esta vez no se abrió automáticamente.

–Vale, aquí tenemos otra puerta de seguridad y estoy en el lado malo. Tiene lector de tarjetas. ¿Ahora qué, inspector Gadget?

–¿Hay algo para introducir un código?

–Sí, un panel con teclas. Numérico.

–Algo es algo. Dame un segundo. No sé aún si puedo puentearlo, pero a lo mejor consigo el código del sistema a través de tu Pi.

Asentí y esperé con los brazos cruzados, escuchando el tecleo frenético de los dedos de Gabe y su voz, cuando profería por lo bajo alguna que otra blasfemia. Volví a sentir esas ganas de sonreír y, por un fugaz instante, deseé estar con él en el salón de nuestra casa, rodearle el ancho torso con mis brazos y besarlo en la nuca tibia, donde el negro cabello estaba rasurado al estilo *undercut*. Yo amaba a Gabe, lo amaba todo de él, pero era en esos momentos cuando más lo amaba, con la cabeza

agachada y abstraído por completo en su trabajo. No solo por la sensualidad de observar a alguien haciendo algo en lo que es más que bueno, buenísimo. Era por la camaradería, la sensación de que éramos él y yo contra el mundo.

Y, bueno, a veces también el uno contra el otro. Por más que fuéramos marido y mujer, eso no significaba que no hubiera competición entre nosotros. Yo también era buena en lo que hacía. Muy buena, si vamos al caso.

Mientras esperaba, me acerqué al teclado numérico e introduje «1234». Nada sucedió, salvo por la luz roja que se encendió brevemente en el sensor. Me encogí de hombros. No había esperado otra cosa, pero siempre valía la pena intentarlo. Luego tecleé «4321». Otra vez nada. No me arriesgué a una tercera tentativa por si había algún tipo de bloqueo, pero entonces tuve otra idea y me puse a rebuscar en el fondo de la bolsa para sacar el espray de aire comprimido.

–¿Cómo va, cariño? –le pregunté a Gabe mientras desenroscaba el tapón. Obtuve un gruñido por toda respuesta.

–Regular. Estoy en su sistema, pero no consigo acceso de administrador. Estoy intentando entrar en los correos de la gente para ver si han enviado el código a otra persona en algún *mail*.

–Bueno, tictac, Medway. Si quieres que llegue a casa a una hora decente, quizá deberías empezar a mover ese culito bonito tuyo.

La única contestación fue de nuevo otro leve gruñido, medio de frustración y medio de risa.

Encajé el espray de aire comprimido en la rendija de la puerta y presioné el difusor. Hubo un largo y sonoro siseo cuando el aire se introdujo por la estrecha abertura y, entonces, la puerta se abrió. Dejé escapar un gritito de entusiasmo. Los dedos de Gabe dejaron de teclear.

–Eh…, ¿qué ha pasado?

–Nada, yo, que he solucionado un problema que los frikis de la tecnología deberían poder resolver ellos solitos.

–Espera, ¿quieres decir que has abierto la puerta? ¿Cómo?

–Pues ya sabes: aire comprimido por la abertura. El cambio de temperatura confunde al sensor PIR. Chúpate esa.

–Bah, que te den.

–¿No habíamos quedado en que eso era tarea tuya, señor Medway? –lo provoqué, y oí cómo el fastidio de Gabe por haberle derrotado una segunda vez se deshacía en risa.

–Pues sí, así es. Y hablando de culos bonitos, pon el tuyo en movimiento, nena. Tictac.

–Tictac –convine, y enfilé por el pasillo mientras las luces se iban encendiendo una tras otra a mi paso.

Era un pasillo largo, con despachos a ambos lados similares a los que

había cuatro plantas más abajo, y ninguno era la sala de servidores. Asomé la cabeza por una puerta sin rótulo, pero era un cuartito de la limpieza, lleno de suministros de mantenimiento para el conserje y un cubo y una fregona. Se encendió otra luz. Ahora alcanzaba a ver el final, donde el pasillo giraba. Y ya no había más luces; si alguien venía por delante, nada me alertaría de su presencia.

Se oyó un chisporroteo en el auricular.

–¿Todavía nada?

–Aún no –contesté con parquedad, y entonces me detuve, escuchando.

–¿Has…? –empezó a preguntar Gabe.

–¡Shhh! –siseé, y no tuve que hacerlo dos veces. Se oyó un leve clic cuando Gabe silenció su micrófono, para que ni siquiera su respiración pudiera distraerme.

Se oyó un ruido algo más adelante. No era de pasos, gracias a Dios, sino un leve zumbido como el del ventilador de los ordenadores o el de un aire acondicionado demasiado tiempo encendido. Las salas de servidores se oyen antes de verse.

–La encontré –le susurré a Gabe–. O, si no, es que tienen una avioneta tras esa entrada de ahí.

Al acercarme, distinguí una puerta con rejilla de ventilación en la que ponía PROHIBIDA LA ENTRADA AL PERSONAL NO AUTORIZADO.

Sin hacer caso, giré el picaporte. Estaba cerrada, por supuesto, y el hecho de que no tuviera cerradura era un fastidio. Una cerradura normal podría haberla forzado, pero esta puerta solo tenía un lector de tarjetas de banda magnética a la izquierda del picaporte. Y estaba perfectamente encajada, sin una ínfima rendija en la parte de abajo. Seguro que por dentro tendría algún botón de desbloqueo, pero resultaba dudoso que pudiera activarlo con tan poco espacio para maniobrar. La rejilla de ventilación se había colocado con las lamas hacia abajo, no hacia arriba, y la apertura entre ellas era demasiado pequeña para serme útil. Ni siquiera arrancándola con la palanqueta tendría hueco suficiente para colarme, y, además, se suponía que no debía causar daños.

–¿Cariño? –oí en el auricular.

–Hay lector de tarjetas. Nada para introducir un código.

–Chorradas.

Sabía que Gabe se estaría tirando de la barba en actitud pensativa, barajando las posibles opciones. Codificar una tarjeta magnética no era difícil, siempre que contaras con el equipo necesario y supiéramos el código, pero no lo sabíamos. Y, aunque nos las arregláramos para conseguirlo de los archivos de la intranet, yo estaba aquí y el codificador lo teníamos en casa. No, el trabajo debíamos terminarlo esa misma noche.

–¿Qué tal por arriba? –preguntó Gabe, que había pensado lo mismo

que yo. Asentí.

–Me has leído el pensamiento.

Tras echar un vistazo a ambos lados del pasillo, evalué las habitaciones contiguas a la sala de servidores. La de la izquierda era un despacho normal, con un tabique de cristal en la parte del pasillo y dos escritorios. Probablemente la puerta no estaba cerrada, dado que era un espacio compartido, pero el tabique de vidrio no era lo más ideal; cualquiera que pasara por el pasillo me vería allí dentro. La de la derecha… Y aquí sentí como una descarga de euforia. La de la derecha era un baño. De caballeros, pero eso en nada afectaba a mi propósito. Lo importante era que la pared del pasillo era de sólido pladur.

–Houston, tenemos unos baños –le susurré a Gabe.

–Ah, pues entonces pan comido.

–Pan comido para ti, ahí en casa con el culo bien aposentado –repliqué, y oí cómo se reía mientras yo abría la puerta.

En el interior, me detuve un momento, me quité la chaqueta y esperé a que mis ojos se acostumbraran cuando las luces se encendieron. A mi espalda, contra el tabique del pasillo había una hilera de pilas. A la derecha tenía dos mingitorios y enfrente estaban los cubículos. Abrí el de más a la izquierda y, para mi inmensa satisfacción, vi que tenía un diseño estándar: una taza adosada a una cisterna sólidamente encastrada a la altura del pecho. Esa nueva moda de disimular las cisternas en la pared será muy elegante, pero una imbecilidad en casos como este.

Tras bajar la tapa del váter, me subí encima, salté sobre la cisterna y me quedé en cuclillas bajo el techo panelado. Esperé un momento evaluando la situación, asegurándome de que estaba bien equilibrada y mis herramientas no peligraban, tras lo cual presioné con suavidad el panel del techo hacia arriba.

Se levantó enseguida, haciendo volar una nube de polvo y de moscas muertas que cayeron al suelo. Entonces me aupé, rogando que el tabique entre ambas habitaciones fueran lo bastante sólido como para sostener mi peso. Crujió un poco mientras flexionaba los bíceps y de nuevo cuando metí la rodilla por la estrecha abertura. Pero no cedió, así que en menos de veinte segundos estaba tumbada boca abajo en el estrecho espacio que separaba el falso techo del verdadero. Allí hacía calor, mucho calor. Procedía de los serpenteantes conductos plateados de los aparatos de aire acondicionado, que trabajaban a destajo para enfriar los servidores apilados en bastidores en la sala de abajo. Cuando encendí la linterna y moví el haz hacia delante, vi que aquel hueco angosto continuaba hasta perderse en la oscuridad.

Con cuidado, con mucho cuidado, sujeté la linterna con la boca y empecé a avanzar por el techo, manteniéndome tan pegada a la pared maestra como me era posible. Luego clavé las uñas en uno de los paneles

del techo, justo encima de lo que debía de ser, según mis cálculos, la esquina de la sala de servidores. El panel se levantó con la misma facilidad que una trampilla, pero la caída hasta abajo intimidaba bastante. Todo eran bastidores de servidores parpadeantes, demasiado apretados para poder descender por ellos, y hasta el suelo habría un espacio de unos dos metros y medio. Podía descolgarme y bajar, porque tenía bastante fuerza en la parte superior del cuerpo, pero lo más probable era que luego no pudiese subir de nuevo hasta la abertura. Lo que me dejaba con una pregunta apremiante. ¿La sala de servidores podía abrirse desde el interior sin tarjeta?

Boca abajo en medio de la pared divisoria, me incliné sobre las riostras e iluminé con la linterna a través del hueco del techo. Estirando el cuello, podía ver que había una especie de panel junto al pomo de la puerta, pero no llegaba a distinguirlo bien; la sombra de uno de los bastidores de servidores hacía imposible verlo con detalle. Podía ser un mecanismo de desbloqueo de la puerta… o una alarma de incendios. O simplemente un interruptor de la luz. Tendría que acercarme para averiguarlo.

Con mucha cautela, aparté el panel que acababa de levantar y continué gateando al estilo militar por el techo hacia el centro de la sala. Las riostras de soporte crujieron un poco, pero no se movieron, y yo contuve la respiración mientras me disponía a quitar un segundo panel. Este se notaba más rígido, quizá porque el conducto de aire acondicionado pegado al panel contiguo lo mantenía fijo en su sitio, así que me vi obligada a tirar con todas mis fuerzas de los bordes. Una esquina cedió y seguí tirando todavía más fuerte. Había conseguido sacar un lado entero…

Y entonces, con un crujido atronador, el panel se me partió en dos y yo salí disparada hacia atrás.

Durante un largo instante me quedé allí, paralizada, con el panel roto en la mano. El crac había sido tan estruendoso que me pitaban los oídos y me imaginaba el ruido viajando por aquel hueco angosto a lo largo de todo el pasillo, reverberando a través de los conductos y haciendo vibrar el techo entero como un tambor. Podía sentir el polvo arenoso que caía a mi alrededor, los caparazones de diminutos insectos que me caían en el pelo y la cara, y podía oír la voz de pánico de Gabe en el auricular.

–¡Jack! ¡Jack! ¿Estás bien? Cariño, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado?

–Estoy bien –susurré. Me llevé la mano al auricular para comprobar que seguía bien colocado. Los dedos me temblaban por el susto–. Se… se ha roto uno de los paneles del techo.

–¡Parecía un disparo! –Se percibía alivio en su voz y, de pronto, de modo casi doloroso, deseé tenerlo allí a mi lado, y supe que él tenía ese mismo deseo. Esto era lo más duro, cuando algo se torcía, o casi, y el otro no podía hacer nada para ayudar–. Por Dios, cariño, no me hagas

estas cosas. Creía que te habían disparado.

Asentí, muy seria.

–Estoy bien, pero, joder, Gabe, ha sido un verdadero estampido. Si todavía hay alguien trabajando en esta planta, desde luego lo habrá oído.

–Bueno, no puedo entrar en el sistema de videovigilancia para comprobarlo hasta que conectes ese USB –dijo Gabe. El tono guasón había desaparecido y ahora parecía preocupado, aunque trataba de disimularlo, en parte porque no quería transmitirme su nerviosismo y en parte porque sabía que yo no siempre aceptaba de buen grado la actitud protectora–. Ahora de verdad, cariño, ¿estás bien?

–Que sí, que estoy bien.

Dejé el panel roto a un lado, me apoyé de nuevo sobre los codos y me palpé con cautela para comprobar que todo estaba en orden. Mi ritmo cardiaco se iba normalizando y no parecía que me faltara nada en los bolsillos y la mochila. Entonces me di cuenta: la linterna se había caído por el agujero del techo y descansaba en el suelo de la sala de servidores, alumbrando en dirección opuesta a la puerta. Y yo seguía sin saber si había o no botón de desbloqueo.

En fin, a la mierda, solo había un modo de entrar en la dichosa sala y, si luego no podía salir, pues nada. Tener que dormir allí dentro no sería lo peor que me hubiera pasado.

Adopté un tono firme al hablar.

–Voy abajo.

La risa de Gabe era un poco temblona.

–Cariño, ya sabes que me encanta cuando me dices cochinadas, pero no es el momento.

–Que te den –refunfuñé, arrastrándome hasta quedar en posición, y esta vez Gabe se rio con más convencimiento.

–Esa es mi chica. ¿Cuánta distancia hay?

–Unos dos metros y medio, quizá tres. Como mucho.

–Buena suerte. O mucha mierda. Pero no te hagas mierda.

–Entendido –dije, escuetamente.

Me afiancé en las riostras que rodeaban el panel, evaluando la caída, metí los dedos en la bolsa de magnesio que llevaba enganchada a la mochila y empecé a descolgarme poco a poco, con los músculos en tensión por el esfuerzo de controlar el descenso. Para eso me pasaba cinco aburridas mañanas en el gimnasio. No para caber dentro de mis ceñidos vaqueros, ni desde luego por Gabe, a quien se la sudaba mi talla de pantalón. No, solo para momentos como ese, en los que todo dependía de la fuerza de los bíceps y la tenacidad en el agarre.

Bueno, para esos momentos y para huir corriendo de los guardias de seguridad, pero esperaba no tener que llegar a tanto esa noche.

Unos instantes después, estaba colgada de la punta de los dedos, con

los brazos totalmente estirados. Eché un vistazo abajo. Debía de estar a un metro del suelo, más de lo que hubiera querido, y pensé que ojalá me hubiera puesto algo que absorbiera mejor el impacto que mis Converse. Pero mis dedos empezaban ya a protestar, así que conté hasta tres…

Y me solté.

Aterricé a cuatro patas, en silencio, como un gato.

–Estoy dentro –le dije a Gabe.

–Eres la mejor. ¿Te lo digo lo suficiente? Bien, ¿tienes los USB y el segundo Pi?

–Sí. –Me enderecé y busqué en la mochila el sobre acolchado que Gabe me había dado hacía unas horas, donde estaban los dispositivos que me había preparado con todo cuidado–. ¿Dónde los meto?

–Okey –dijo Gabe ya sin asomo de broma en el tono, que ahora revelaba la más absoluta concentración–. Escúchame bien, esto es lo que quiero que hagas…

Unos cinco minutos después estaba insertando el último de los lápices USB. Me sequé el sudor de las manos, me enderecé y miré a mi alrededor buscando la linterna. Al principio no la veía, pero entonces distinguí un resplandor bajo el banco de servidores más alejado. Seguramente, al dejarme caer desde el techo, le había dado una patada sin querer y había ido a parar allí.

Yo estaba justo al otro lado del bastidor, pero pude alcanzarla con el deslizador de metal, tras lo cual enfoqué la luz por la habitación hasta encontrar el panel de la puerta.

Un botón verde. Sin rótulo, pero por fuerza tenía que ser un activador de desbloqueo, ¿no? Seguro que la normativa contra incendios prohibía a rajatabla cualquier posibilidad de que los empleados quedaran encerrados en estas salas, con tanto material electrónico como había en ellas.

Antes de presionar el botón, miré al techo. Faltaban dos paneles, uno de ellos, desplazado de su lugar; el otro, partido en dos. Los daños a las instalaciones o los equipos no formaban parte del plan, pero los accidentes resultaban a veces inevitables, todos lo sabían. En cualquier caso, quizá sería mejor volver a subir por el váter de caballeros para recolocar el panel.

Estaba considerando esa posibilidad cuando el auricular chisporroteó y oí la voz de Gabe, esta vez en un tono diferente.

–Cariño, ¿sigues ahí?

–A punto de salir. ¿Qué pasa?

–Van hacia ti. Acabo de acceder a las cámaras. Un guardia está subiendo por las escaleras traseras y otro por el ascensor principal. Acaban de dejar la tercera planta.

–¿Cuánto tiempo tengo?

–Dos minutos, como mucho. Quizá menos.

–¿Sería mejor no moverme?

–No, están registrando las habitaciones. Alguien debe de haber oído el ruido.

–De acuerdo. Me pongo en marcha.

Con un escalofrío de inquietud y excitación, presioné el botón verde. No ocurrió nada durante un instante y sentí que se me revolvía el estómago. ¿Habrían desactivado los guardias el control manual? Tiré del picaporte y la puerta se abrió hacia dentro.

–¿Dónde están? –susurré mientras salía agachada al pasillo. Las luces se iban encendiendo a medida que mi presencia hacía saltar los sensores de movimiento. En cuanto los guardias pisaran el vestíbulo, sabrían que había alguien en esa planta.

–Creo que en el cuarto piso. –La voz de Gabe sonaba brusca. Debía de estar encorvado sobre los monitores, intentando relacionar el plano del edificio con las imágenes de las cámaras que tenía ante sí. Esa era la parte que yo aborrecía, los planos y el galimatías tecnológico, y la que él adoraba–. Ey, te estoy viendo.

Levanté la vista y, sí, ahí estaba el ojo negro de una cámara de seguridad. Le envié a Gabe un beso y me lo imaginé sonriendo, pero luego pensé si no habría algún guardia perplejo en la sala de control viendo esa misma cámara.

La voz de Gabe puso fin a mis cavilaciones con otro aviso apremiante.

–No, borra lo que te he dicho. Tienes a un guardia justo delante, a punto de entrar en el vestíbulo de la quinta planta. Da la vuelta y ve a las escaleras traseras. Quizá puedas bajar antes de que el tipo del cuarto piso acabe de registrar. No corras; está justo debajo de ti. Oiría el ruido.

Silenciosa, obediente, caminé a toda prisa en la otra dirección, dando gracias por llevar las zapatillas de suela de goma. Casi había llegado a las escaleras cuando volví a oír la voz de Gabe, imperiosa, apremiante.

–¡Aborta! Está en las escaleras.

Mierda. No podía contestarle y Gabe lo sabía. Estaba viendo a su esposa en los monitores, atrapada como un ratón entre dos gatos. No había escapatoria. Tendría que ocultarme.

–Escóndete en un despacho –me ordenó, pero yo me había adelantado y ya estaba probando una puerta tras otra. La primera cerrada. La segunda cerrada. ¿Quién demonios era esta gente? ¿Es que no confiaban en sus colegas? Una tercera cerrada. Frenética, revolví en la mochila buscando las ganzúas, inserté una en el ojo de la cerradura y empecé a moverla con tanta fuerza que tenía la misma probabilidad de romperla que de abrir la puerta. Pero la suerte estuvo de mi parte y, con un clic que me aceleró el pulso, la cerradura cedió. Me metí dentro, pasé el

seguro y pegué la espalda a la puerta de madera, intentando aquietar el martilleo de mi corazón.

–Aún te veo –me dijo de inmediato Gabe.

Estirando el cuello, vi que tenía razón. Incluso pegada a la puerta, se me veía por la ventana del despacho, y los guardias estaban cada vez más cerca. Gabe había silenciado su micro para que yo pudiera escuchar mejor, y en ese momento lo que oía eran pasos en el pasillo, voces que sonaban más y más fuertes.

Tenía solo unos segundos para decidir qué hacer.

«Están registrando las habitaciones». El aviso de Gabe resonó de nuevo en mi mente. Si abrían la puerta, estaba perdida.

Me arrojé al suelo, me metí de lado bajo un sofá y me quedé allí, con la cara contra la moqueta y el corazón retumbándome en los oídos. Por un fugaz momento, tuve una imagen surrealista de mi oficinista imaginaria, Jen, y me pregunté qué haría ella si se viera en esta situación, lo que casi me hizo prorrumpir en una carcajada histérica.

Pero conseguí silenciarla conteniendo la respiración y haciendo girar la alianza de la mano izquierda con el pulgar, una y otra vez. Era un tic habitual en mí durante las situaciones de estrés, una costumbre a medio camino entre comerme las uñas y cruzar los dedos, solo que con esta manía mía también hacía partícipe a Gabe. Y tenía sentido, porque casi la mitad del tiempo mi destino estaba en manos de mi marido.

Al otro lado de la puerta, oí unos pasos que se detenían y que alguien forcejeaba con el picaporte.

–Esta también está cerrada.

–En esta planta todas están cerradas –dijo otra voz–. Toma, la maestra.

Oí cómo lanzaban el manojo de llaves y sofoqué una risa cuando el receptor falló y se le cayeron al suelo.

–La próxima vez haz el favor de dármelas en la mano, ¿vale? –oí, y luego el roce de una llave en la cerradura y la puerta abriéndose. La luz de una linterna recorrió el espacio y yo contuve la respiración, rezando para que no la dirigieran debajo del sofá. Se oyeron las ruedas de una silla de escritorio… y luego el *shhhh* de una puerta que se cerraba.

Solté el aire en un suspiro tembloroso, procurando hacer el menor ruido posible.

–Ahí no hay nada –oí afuera–. ¿Y los meaderos?

–Vacíos. –Esa segunda voz parecía tener eco, como si hablara desde dentro de los baños. Hubo una pausa y luego–: Eh, espera un momento…

Desde mi posición, debajo del sofá, no podía ver nada, así que con extremada cautela llevé la mano al micro.

–Dime algo –articulé de modo apenas audible.

–Han descubierto el panel del techo –susurró Gabe.

Mierda.

–Echa un vistazo a esto –dijo el segundo guardia.

Oí un ruido de pasos mientras el primer guardia, el mismo que había registrado el despacho en el que yo estaba, avanzaba por el pasillo. Se oyó chirriar la puerta del baño al abrirse… y luego un leve golpe cuando se cerró tras el guardia.

Estaba reptando para salir de debajo del sofá cuando la voz de Gabe irrumpió de nuevo en mi oído, un grito perentorio en sordina.

–¡Vamos, vamos, vamos! ¡Sal ahora!

No necesitaba que me lo repitiera. Yo ya estaba de pie, quitando el seguro de la puerta, mirando a ambos lados del pasillo, sin saber qué dirección tomar.

–¡En dirección contraria a los ascensores! –me indicó Gabe, y yo salí disparada por el pasillo, doblando precipitadamente una esquina tras la cual me habría dado de narices contra otro puñado de puertas de seguridad si Gabe no las hubiera ya desactivado. Estaban abiertas, esperando a que yo las cruzara, cosa que hice derrapando para desembocar en un pequeño vestíbulo.

–La puerta cortafuegos de tu derecha –me dijo Gabe, y yo me abalancé hacia allí y salí a una escalera de vértigo que descendía en espiral hasta perderse en la oscuridad. La pesada puerta cortafuegos se cerró con estrépito, pero eso ya me traía sin cuidado. Había agotado toda posibilidad de realizar una salida sigilosa. Ahora lo único que importaba era escapar.

Bajé un piso, bajé dos. El corazón me retumbaba en los oídos.

–Ya casi estás. –La voz de Gabe en mi oído–. Puedes hacerlo. Tres tramos más, giras de golpe a la izquierda y verás otra puerta cortafuegos.

–¿Y… y si tiene alarma? –jadeé. Otro piso. Aún quedaba otro más.

–A la mierda la alarma. La otra puerta no tenía. Si esta tiene, la desactivaré. Ya lo tienes, ¿me oyes? ¡Ya lo tienes!

–Vale.

No tenía aire para hablar. Bajé el último tramo, giré dando tumbos a la izquierda, agachándome para pasar bajo las escaleras. Ahí estaba, la puerta cortafuegos; y, al otro lado, la libertad.

Me precipité contra la barra de apertura, estremeciéndome de antemano por el posible sonido de una sirena, pero, de nuevo, no hubo ninguna. Tomé nota mental para el informe, pero ahora eso podía esperar. Por el momento, estaba fuera, respirando el bendito aire libre.

–¡Joder! –aulló Gabe en mi oído, ahora riéndose, con esa risa temblorosa y medio histérica de quien está mirando una película con el alma en vilo–. Madre mía. Has estado increíble. No creí que lo lograras.

–Ni yo. –El corazón me golpeaba salvajemente en el pecho, pero me obligué a caminar con tranquilidad mientras cruzaba el aparcamiento. Si había más guardias por allí, tampoco tenía por qué ponérselo fácil y que

supieran a quién perseguir–. Hostia puta. Esto no ha sido nada divertido.

Gabe se rio, con ese ronroneo profundo y cascado que tanto me gustaba.

–Uno, ya te digo que yo sí me he divertido; y dos, ambos sabemos que estás mintiendo. Has disfrutado cada segundo.

Noté que se me escapaba una sonrisa.

–Muy bien…, un poquito sí me he divertido.

–¿Un poquito? Si parecías estar en tu salsa…

–¿Todavía me están buscando ahí dentro?

–Sí, siguen husmeando por la quinta planta. Uno de ellos ha abierto la sala de servidores, pero no ha visto los USB. Has estado genial, nena.

–Ya lo sé –dije con modestia, y volví a oír la risa de Gabe.

–¿Te arreglas tú sola ya? Tengo que entrar en el sistema antes de que se den cuenta de lo que pasa.

–Claro, ya casi estoy en el coche. Te veo dentro de… –miré el teléfono– ¿cuarenta minutos? No debería haber mucho tráfico a esta hora de la noche.

–¿Quieres que pida algo de comer?

Me di cuenta de que estaba muerta de hambre. Nunca comía antes de un trabajo. Correr por ahí con el estómago lleno no era lo mejor, pero, ahora, solo de pensar en la comida se me hacía la boca agua.

–Sí –dije con vehemencia–. Una gran *pizza* con setas, pimientos… No, olvida eso. Lo que de verdad me apetece es la hamburguesa vegetariana de Danny's Diner con champiñones, mayonesa de trufa y doble ración de cebolla. ¿Crees que aún estará abierto?

–Debería.

–Estupendo. No te olvides de la ensalada de repollo. Y doble de patatas fritas. No, que sean chips de boniato. Y diles que no los pongan en la misma bolsa que lo tuyo. La última vez tuve que quitar tu asquerosa mermelada de beicon de mi hamburguesa vegetariana.

–Recibido. Nada de patatas fritas. Beicon aparte. Te veo enseguida, nena. Te quiero.

–Yo también te quiero –contesté, y, con un alegre suspiro, colgué y desconecté el auricular.

Escalar el muro me resultó más difícil esta vez, con los músculos doloridos y el corazón todavía acelerado por la adrenalina, pero me encaramé a un contenedor de reciclaje y luego bajé del muro justo a la vuelta de la esquina de donde había aparcado. Nada más enderezarme, ya estaba buscando las llaves en la bolsa. Ni siquiera miraba a mi alrededor, pero tampoco habría cambiado gran cosa si lo hubiera hecho. El caso es que, al doblar la esquina, me estaban esperando.

Fui a parar directamente a las garras del jefe de seguridad.

1 Frase popularizada en la serie *Juego de tronos (N. del T.)*.

2 En el videojuego *La aventura original* el usuario interactúa con el programa mediante comandos de una o dos palabras *(N. del T.)*.

DOMINGO, 5 DE FEBRERO

Menos de siete días

–Por favor, pruebe otra vez. –Sabía que mi tono empezaba a sonar irritado, de modo que intenté rebajarlo. Si tú reaccionas de forma negativa, tu interlocutor hace lo mismo. La primera regla de la ingeniería social: sé agradable y tendrás mayor probabilidad de que los otros también lo sean. Pero es que aquello era ya inaguantable. ¿De qué servía tener una tarjeta de «salir libre de la cárcel» si el garante de la misma no cogía el teléfono?–. Le aseguro que está al tanto de todo y que responde por mí.

–Vamos a ver si lo he entendido bien –dijo el policía con voz cansina, frotándose la cara con la mano–. Usted hace…, ¿cómo ha dicho? ¿Pruebas de penetración?

–Mire, ya sé que es un nombre idiota, lo entiendo. Viene de *pen tester* o *penetration tester*?

El agente soltó un bufido, el guardia de seguridad que tenía mi bolsa sonrió y yo sentí que mi irritación subía más de tono.

–Es algo que existe, se lo puedo asegurar. Me gano la vida poniendo a prueba los sistemas de seguridad.

–¿Y su marido es un *hacker*?

–No es un *hacker*. –Bueno, eso era una mentirijilla, porque Gabe desde luego era un *hacker*, pero no en el sentido que quería darle el policía–. También es *pen tester*. Los dos lo somos. Él se encarga de la parte digital y yo de la física. Las empresas nos contratan para que intentemos introducirnos en sus sistemas y luego les presentamos un informe detallando dónde podrían mejorar. Mire, lea esto. –Le tendí la carta que Gabe me había dado esa misma mañana y él la iluminó con la linterna.

–«A quien pueda interesar: Por la presente confirmo que he autorizado a Jacintha Cross y a Gabriel Medway, de Crossways Security, a llevar a cabo una penetración digital y física en las oficinas de Arden Alliance» –leyó en voz alta, y luego se encogió de hombros y le echó una mirada al guardia de seguridad–. A ver, ¿qué opina usted? ¿Este papel es de la empresa?

–Ni idea, compañero –contestó el guardia. Parecía que el asunto ya le aburría y que solo quería volver a su mesa, en lugar de estar allí, en aquel aparcamiento ventoso–. Subcontratan la seguridad nocturna. Yo trabajo para Baxter Bland. A mí me parece todo correcto. Quiero decir que ese mismo logo está en todos los carteles, pero también es verdad que podría haberlo sacado de internet y haberlo imprimido.

–Y este Jim Cauldwell… –El policía señaló la firma que aparecía al pie

de la carta–. Es el… ¿cómo ha dicho? ¿El Cisco?

–El CISO –repetí con paciencia–. Son las siglas en inglés del director de seguridad de la información. Estamos aquí por petición suya y ese es el número de su móvil personal. Mire, ¿puede llamar a su jefe? –le pregunté al guardia de seguridad–. Ya entiendo que usted no trabaja para Arden Alliance, pero Jim dijo que había aclarado todo esto en los despachos de la empresa de seguridad, así que alguien en su cadena de mando debería poder confirmar que soy legal.

–Está de broma, ¿no? –El guardia de seguridad me miró como si estuviera loca–. Es más de medianoche, y en fin de semana. Ni de coña voy a llamar a mi jefe a su casa, aunque tuviera el número. Me haría papilla.

Contuve un gruñido. Habíamos optado expresamente por un sábado para la prueba de penetración porque ese día Arden funcionaba con un mínimo de personal, solo alguien de atención al cliente y los servicios indispensables de seguridad e informática. Los domingos cerraban todo, lo que significaba que, con un poco de suerte, Gabe dispondría del fin de semana entero para husmear en sus sistemas antes de que los informáticos volvieran el lunes y descubrieran lo que habíamos hecho. Ahora esa se antojaba la peor de las decisiones. Parecía claro que Jim Cauldwell había bajado la persiana para el fin de semana junto con el resto de sus colegas.

–Lo intentaré otra vez con el tipo ese, el CISO –dijo el policía con fastidio apenas disimulado. Comentario cuyo claro subtexto era: «Debería estar en otro lado atrapando a delincuentes de verdad»–. Pero, si tampoco me hago con él esta vez, tendrá que acompañarme al puesto de policía.

Suspiré. La noche prometía ser larga.

Unas dos horas más tarde, estábamos en el puesto de policía. Jim Cauldwell seguía sin contestar al teléfono (tendría que hablar con Gabe para incluir alguna cláusula de penalización en el contrato por si algo así volvía a ocurrir, porque ya era la segunda vez este año) y el agente empezaba a hablar de arresto. Joder. Lo de pasar una noche en la celda podía digerirlo, en peores me había visto, pero, si la cosa iba a más y necesitábamos un abogado, nos iba a salir por un ojo de la cara.

–¿Podría llamar a mi marido, por favor? –Intenté disimular el pánico al hablar, pero no dejaba de notarse un ligero temblor en la voz que me restaba bastante credibilidad–. De verdad, esto es un grave malentendido. Quizá mi marido pueda contactar con alguien más de la empresa.

–Desde luego –contestó el agente con desgana, y me pasó un teléfono por encima de la mesa. Mi bolsa, llena de lo que el policía había descrito

suspicazmente como «equipamiento informático, ganzúas y herramientas de allanamiento», se había quedado en el mostrador de entrada junto con mi móvil. Por más que yo no estuviera de hecho bajo arresto, la sensación no era muy diferente.

Por fortuna, me sabía el número de Gabe de memoria, así que lo marqué en ese teclado que se me pegaba a los dedos por exceso de uso. Sonó un tono…, otro tono… Empecé a notar los nervios que me atenazaban el estómago y me di cuenta de que estaba dándole vueltas a mi anillo, cuya gema tallada destelleaba bajo la luz del techo. Esto era… muy raro. Quizá Jim Cauldwell se hubiera olvidado de quitar el modo «no molestar» del teléfono antes de irse a la cama; al fin y al cabo, lo que estaba pasando no era un incidente con el que te topas cada noche. Pero ¿Gabe? Él nunca habría apagado el teléfono mientras yo estuviera aún en un trabajo. Aunque, claro, le había dicho que casi había llegado al coche, y ya eran… Miré el reloj que había sobre la mesa. Dios mío, si eran casi las dos de la madrugada… ¿Se habría quedado dormido?

–No contesta –dije, ahora sin disimular el tono quejoso. Dejé el teléfono y el policía me miró como si supiera exactamente cómo me sentía–. Mire, perdone…, ¿cómo ha dicho que se llamaba?

–Soy el agente Williams –dijo el policía.

–Mire, agente Williams, sé que esto supone una enorme pérdida de tiempo y lo siento. No sé qué más decir. Se nos pidió que entráramos en el edificio, y el CISO podría confirmarlo. Cuando formalizamos el contrato, nos dijeron que atenderían a ese número las veinticuatro horas del día, pero está claro que el idiota que nos contrató se ha olvidado y ha apagado el teléfono.

–¿Y no hay nadie más a quien pueda llamar? –preguntó el agente Williams–. ¿Nadie que pueda confirmar que usted es quien dice ser?

–Para eso ya tiene usted mi documento de identidad, pero, si se refiere a alguien que confirme que de verdad me dedico a las pruebas de penetración y no soy una pirada con un espray de aire comprimido, entonces no. Al menos hasta que sea horario laboral. –Descansé la cabeza en las manos. La adrenalina de la persecución se había extinguido y estaba tan cansada que me sentía al borde de las lágrimas–. A menos…

Ay, Dios. No. Los nervios volvieron a atacarme el estómago.

No, él no. Preferiría pasar la noche en la sala de detención.

–¿A menos…? –me instó a seguir Williams, y yo me mordí el labio.

–No importa.

No. De ningún modo iba a llamarlo. Aunque me arrestaran.

–Haga lo que tenga que hacer –dije, resignada–. Lo entiendo, es su trabajo. Arrésteme.

El agente suspiró y negó con la cabeza, pero no para indicar que eso no iba a pasar, sino más bien con el hastío de quien ha visto ya de todo y

reconoce lo inevitable. Yo sabía que todo aquello le apetecía tan poco como a mí, el papeleo, el engorroso procedimiento, la probabilidad más que presumible de que el asunto quedara solucionado al cabo de pocas horas, cuando el CISO se levantara de la cama y viera la serie de llamadas perdidas en su móvil.

Por otro lado, no cabía duda de que me habían pillado allanando una propiedad privada, con una mochila llena de documentos y placas identificativas falsas, además de varias herramientas muy sospechosas. Yo también me habría arrestado.

–Déjeme que hable con mi colega –me dijo, echando la silla atrás con un chirrido exasperante, y yo asentí.

Cuando la puerta se cerró tras él, me desplomé en el asiento de plástico, eché la cabeza atrás y me quedé mirando los paneles del techo. Parecían sólidos. O, en todo caso, más sólidos que el que yo había roto. Pensé en las decisiones que había tomado en la vida, en lo mucho que odiaba a Jim Cauldwell en ese momento, y en Gabe, quien, por lo visto, de modo inexplicable, estaba durmiendo como un tronco en lugar de hacer aquello por lo que nos habían pagado, es decir, introducirnos en el ordenador central de Arden Alliance y hurgar en él tanto como pudiéramos hasta que nos detectaran. Era totalmente impropio de él encogerse de hombros e irse a la cama. Por lo general, era yo quien llegaba a casa y, tras engullir algo de comida para llevar, me derrumbaba de puro agotamiento, después de tanto escalar muros, esconderme de cámaras de seguridad y forzar cerraduras, todo el tiempo con la adrenalina disparada. Gabe solía estar aún enfrascado en la tarea cuando yo me levantaba al día siguiente, encorvado en su escritorio, probando y curioseando y sondeando los límites de los sistemas de seguridad de la empresa en cuestión.

En cierto sentido, ambos queríamos que nos pillaran. Ser el equipo rojo, interpretar el papel de atacantes, resultaba divertido; pero presentar después el informe al equipo de seguridad nunca lo era: detallarles todo lo que habían hecho mal, todos los errores cometidos y las oportunidades perdidas para detener el ataque. Lo que querías, y lo que el cliente esperaba oír, era: «Esa parte de su sistema de seguridad ha resistido bien; sus muchachos han hecho un buen trabajo».

Esta vez, por desgracia, aunque me hubieran pillado no podía decirles honradamente nada parecido, sobre todo porque me habían atrapado por mis propios errores y no por la profesionalidad de los guardias de seguridad. Había sido una idiota al romper ese panel del techo y más idiota aún por dejar el coche aparcado delante del mismo edificio en el que me había colado. Si hubiera evitado esos errores, probablemente habría podido entrar y salir sin que me pillaran, incluso aunque me hubieran visto en los monitores o hubiera saltado una alarma en las

puertas cortafuegos. Nadie debería poder abrir varias de esas puertas después del horario laboral sin ser detectado. Así que tendría que ponerlos de vuelta y media en mi informe y, claro, también admitir mi propia incompetencia. Doble varapalo, pues, además de que esa estupidez mía al dejarme coger seguramente desviaría la atención de los agujeros reales en su seguridad, dándoles una excusa plausible para negar su responsabilidad por un sistema que, a fin de cuentas, resultaba bastante chapucero.

Solo esperaba que Gabe hubiera encontrado algo para hacer que la noche hubiera valido la pena, algo que les fuera imposible desdeñar con un encogimiento de hombros y un «bueno, pero al final os pillaron, ¿no?». Contraseñas sin encriptar. Datos confidenciales de clientes. Algún tipo de acceso de administrador que le diera a un *hacker* real la oportunidad de causar verdaderos estragos.

Estaba reflexionando sobre eso y preguntándome por qué Gabe no cogía el teléfono, cuando una voz familiar sonó por encima de mi hombro.

–Vaya, vaya, vaya, a quién tenemos aquí.

Me enderecé de golpe en el asiento y me volví, con el cuerpo bullendo de furia.

Jeff Leadbetter. Mierda.

–Si es la mismísima Jack Cross, joder. –Sonreía como un gato que se ha encontrado un ratón especialmente apetitoso en un rincón del que no puede escapar–. ¿Qué has hecho esta vez, Cross?

–Sabes que no he hecho nada. –Me crucé de brazos, intentando disimular lo mucho que me crispaba su presencia allí–. Es solo que no puedo contactar con el tipo que nos contrató.

–Sanjay me había dicho que teníamos a una chica con una historia bien extraña sobre pruebas de penetración –afirmó con una carcajada que le sacudió los anchos hombros– y yo pensé: pues de esas no te encuentras muchas por ahí. Si necesitabas a alguien que respondiera por ti, ¿por qué no me has llamado?

«Ya sabes por qué», pensé, pero no lo dije.

–No sabía que estabas de servicio –dije con sequedad.

Jeff sonrió.

–Bueno, ya sabes lo que dicen. Los malos nunca duermen. Tienes buen aspecto, Cross. Tanto bailecito para esquivar peligros debe de mantenerte en forma.

¿Qué podía responder a eso? «Vete a la mierda» era lo que quería contestar, y él lo sabía. Pero ambos sabíamos también que no era lo que alguien a punto de ser arrestado podía decirle a un policía de servicio. Lo que sí podía hacer, al menos, era incomodarlo con la mirada. Porque yo, desde luego, no tenía nada de lo que avergonzarme.

Pero Jeff se había fijado en mi mano y en que yo no dejaba de girar nerviosamente el anillo en el dedo. Cuando bajé los brazos, maldiciendo esa estúpida costumbre mía, él ya había subido la ceja y me estaba mirando a la cara con una sonrisa de recochineo.

–Vaya, vaya, vaya. ¿Comprometida, Cross? ¿Por fin alguien va a hacer de ti una mujer decente?

–Casada, más bien –contesté reprimiendo mi cólera. «Pero eso no es asunto tuyo», quería añadir, aunque me forcé a cerrar la boca.

–Ah, la fierecilla Cross perdió el apellido y la fiereza. Domada por fin, ¿eh? –dijo Jeff, y se partió de risa con su propia broma.

–Mi apellido sigue siendo Cross, para tu información.

Jeff sonrió con suficiencia al oírlo.

–Los dos sabemos que yo por ahí no habría pasado, Cross.

«Sí, bueno, pero Gabe no es un gilipollas inseguro con complejo patriarcal», pensé.

–¿Entonces la chica es legal, señor? –interrumpió la voz de Williams desde detrás de Jeff, quien se giró sin dejar de reírse.

–Sí, es legal. Al menos, es lo que dice ser, si se refiere a eso. Jack y yo nos conocemos desde hace mucho, ¿verdad, Jack?

–Sí –dije apretando los labios.

–Podría contarle algunas historias. –Jeff me repasó con la mirada, fijándose en la ajustada chaqueta y los pantalones elásticos con expresión de lascivia apenas disimulada.

Yo también podría contar algunas historias, pensé, pero ambos sabíamos que era demasiado tarde para eso. Ya había intentado contarlas en el pasado, en la época en que rompimos, y la cosa no había resultado bien.

De todas las comisarías a las que me podían haber llevado, ¿por qué, por qué, por qué tenía que tocarme esta? Ni siquiera era en la que Jeff trabajaba normalmente, porque la suya estaba al otro lado de la ciudad. O lo habían trasladado o estaba sustituyendo a alguien.

Se produjo un silencio y yo sabía lo que Jeff estaba esperando. Esperaba que yo se lo pidiera, que le rogara, que le dijera: «Por favor, Jeff. Por favor, ayúdame».

Pues no lo iba a decir. Aunque tuviera que pasar la noche en la trena.

–Entonces…, ¿la dejo libre, señor? –dijo la misma voz, a la espalda de Jeff, y me invadió una oleada de alivio. Casi me había olvidado del agente Williams. Jeff no podía hacer nada mientras él estuviera allí.

Por un momento, Jeff no dijo nada. Permaneció inmóvil, mirándome con una sonrisa, y yo me vi clavando las uñas en la mesa que tenía ante mí. No era posible que Jeff… ¿O sí era posible? ¿Sería capaz de, con cualquier excusa, deshacerse de Williams y hacerme pasar la noche sola en una sala de interrogatorios, oyendo esa voz suave y pausada que

incluso ahora me provocaba escalofríos?

Pero entonces se rio y se encogió de hombros.

–Era todo guasa. Adelante. –Me hablaba más a mí que a Williams, aunque era el agente quien le había preguntado–. Largo. Pero no lo olvides: me debes una.

–No lo olvidaré –dije cortante, con suficiente veneno en la voz como para hacerle dudar de lo que quería decir. Me levanté y me estiré la chaqueta–. Nunca lo olvidaré. Puedes estar seguro.

–¿Y ni gracias ni nada? –dijo Jeff. No se movió de la puerta, que bloqueaba enteramente con su cuerpo robusto.

Apreté los dientes.

–Gracias.

Hubo una breve pausa y luego Jeff volvió a reírse y se apartó.

–Venga, adelante, largo de aquí. Y no te metas en líos.

Solo cuando salí a la calle y al aire helado de la noche me di cuenta: tenía manchas frías en las axilas; el sudor del pánico.

Seguía teniéndole miedo a Jeff Leadbetter. Y quizá siempre se lo tendría.

Hasta casi las cuatro de la madrugada no pude regresar a la casa de Salisbury Lane, medio borracha de cansancio y con los ojos irritados por la fatiga, serpenteando mecánicamente entre las casi desiertas calles residenciales del sur de Londres. Había pensado en dejar el coche en Arden Alliance, pero estaba aparcado en una zona restringida y sabía que, en cuanto me metiera en la cama, lo más probable era que durmiera durante doce horas. Las posibilidades de que me despertara a tiempo para rescatarlo antes de que le pusieran el cepo (o, peor aún, de que se lo llevara la grúa) eran ínfimas.

Así que había pedido un Uber para ir hasta donde me había interceptado el guardia de seguridad y desde allí había conducido lentamente a casa, con las ventanillas bajadas, esperando que el horrible café instantáneo que el policía me había ofrecido antes de irme me mantuviera despierta durante al menos otra hora. Pero, mientras las calles se desplegaban hipnóticamente ante mí, tuve que admitir que quizá había tomado una mala decisión. Primero giré donde no debía y me vi en una zona residencial que no reconocía, de modo que me tocó conducir durante un rato sorprendentemente largo hasta conseguir volver a una carretera conocida. Pero la mala orientación de mi mente somnolienta no dejaba de ser un mal menor. El verdadero problema era que había un riesgo real de quedarme dormida al volante, sin duda lo último que necesitaba en una noche como esa. En cualquier caso, la combinación entre el frío nocturno en mi rostro, el café y los furiosos chillidos de las Runaways en el estéreo del coche me mantuvieron con los

ojos abiertos, hasta que por fin, ¡por fin!, después de una de las noches más largas y penosas que podía recordar, aparqué el coche frente a nuestro pequeño adosado de dos plantas.

En la puerta, busqué a tientas las llaves en la mochila, reprimiendo un bostezo y casi dejándolas caer cuando conseguí sacarlas. Las atrapé justo antes de que golpearan el enlosado del sendero de la entrada y luego eché a perder la pericia demostrada volcando una botella de leche. Un perro empezó a ladrar desaforadamente en la lejanía. Maldije mi torpeza y me enderecé, casi esperando ver cómo se encendía la luz del pasillo y la soñolienta figura de Gabe bajaba por las escaleras, pero no fue así. Debía de estar profundamente dormido.

Tuve que hacer dos o tres intentos antes de lograr encajar la llave en la cerradura. Estaba tan cansada que me sentía incluso mareada. Pero, en cuanto la puerta se abrió, me di cuenta de que algo iba mal.

Lo primero que percibí fue el olor y, en un primer momento, no entendí qué significaba. Solo sabía que los aromas habituales y acogedores a ropa limpia y a comida cocinada y ese olor único e inefable del hogar no estaban allí. Mejor dicho, sí estaban, pero ahogados por otra cosa. Algo por completo inesperado y tan fuera de contexto que, al principio, no acertaba a precisarlo. Era un olor extraño, fétido, metálico y casi dulzón que me recordaba a…, a… ¿qué?

Y entonces lo reconocí. Era el mismo olor de las carnicerías de la calle principal.

Era un olor a sangre.

Pero ni siquiera entonces entendí nada. ¿Cómo iba a entenderlo?

Ni lo entendí cuando vi las manchas rojas en el suelo del pasillo.

Ni cuando noté el picaporte de la puerta del salón resbaladizo y pegajoso.

Ni tampoco cuando entré y lo tuve ante mí, a Gabe, desplomado sobre su ordenador en medio del charco de sangre más grande que nunca había visto.

Porque… porque era imposible que fuera suya, ¿no? Era impensable que un único ser humano pudiera albergar toda aquella sangre. Así que debía haber una explicación, alguna razón horrible, retorcida, extravagante.

–¿Gabe? –gemí.

No se movió. La pantalla del ordenador que tenía delante estaba negra; solo las luces de la gran torre del PC parpadeaban en el oscuro charco que se desbordaba del escritorio y le caía por el regazo hasta el suelo.

No quería pisarlo, pero no había otro modo.

–Gabe –lo llamé, con mayor desesperación, pero él siguió sin moverse, hasta que al final metí el pie en aquel limo pegajoso y nauseabundo, percibiendo cómo su espesor se adhería a mis zapatillas mientras

avanzaba por la moqueta.

Tenía un sollozo estrangulado en la garganta y, cuando llegué hasta Gabe y lo toqué en el hombro, brotó de golpe, un alarido gimiente de angustia que parecía provenir de un animal herido.

–¡Gabe, Gabe, despierta, despierta!

No dijo nada, no levantó la cabeza ni dio muestras de haberme oído, así que apoyé el hombro contra el suyo y lo empujé para intentar sentarlo recto, con el cuerpo en el respaldo de la silla.

Pesaba insufriblemente, noventa kilos de huesos y músculos, y no estaba segura de poder moverlo, pero de pronto su posición cambió, cayó con todo su peso sobre el respaldo, y entonces vi lo que le habían hecho.

Era la garganta. La tenía seccionada de un modo terrible, brutal, incomprensible para mí; no era el tajo limpio y quirúrgico que yo podría haber imaginado, sino un amasijo de carne que sobresalía de un agujero amorfo, como si alguien, algo, le hubiera arrancado la tráquea por la parte delantera del cuello, dejándole una herida que parecía una enorme boca sonriente de color escarlata.

Me asaltaron unas náuseas salvajes y retrocedí de golpe, trastabillándome sobre el lago de sangre, con la mano en la boca, la respiración acelerada y arrítmica y las ganas de vomitar que amenazaban con desbordarse.

Gabe.

No podía apartar la vista de él, de su cabeza que colgaba hacia atrás en un ángulo antinatural, macabro, una posición que solo podía ser la de una muerte tan inequívoca que me hacía imposible negar la realidad de lo ocurrido.

Aun así… Aun así, ese rostro seguía siendo el suyo. La nariz fuerte y curvada, como la de un senador romano. Esos pómulos. La forma de los labios. La aspereza de la barba y la suavidad de la piel en la base del cuello. Todo ello aún era Gabe, todavía el hombre al que amaba. Pero lo que ahora estaba mirando era su cuerpo muerto.

Con las piernas a punto de fallarme, caminé a tientas hasta el sofá y me arrastré al asiento, donde me quedé sentada con las rodillas pegadas al pecho y meciéndome, meciéndome sin parar. De mí salía un sonido extraño, de eso me daba cuenta. Algo a medio camino entre el gemido y el llanto y que quería ser el nombre de Gabe.

No podía ser verdad. No podía estar sucediendo. Imposible. A Gabe, no, al dulce, divertido y habilidoso Gabe, cuyas manos grandes y fuertes podían abrir una tapa atascada o entablillar el ala de un mirlo con idéntica destreza. Mi Gabe, que podía arreglar cualquier cosa, repararlo todo, poner remedio incluso al día más horrible con uno de esos abrazos suyos que te envolvían entera.

Pero esto no iba a poder arreglarlo.

No sé cuánto tiempo estuve allí, sentada, mirando el cuerpo de Gabe, con las luces parpadeantes del ordenador reflejándose en el oscuro charco de sangre. ¿Diez minutos? ¿Veinte? Temblaba de forma incontrolable y tenía un frío atroz, insoportable.

Pese a todo, al final pude recomponerme. Sabía lo que tenía que hacer, lo que debería haber hecho desde el mismo momento en que había cruzado la puerta.

Tenía las manos rígidas y temblorosas mientras buscaba el teléfono en la mochila. Estaba allí, seguro, porque lo había usado para llamar al Uber, pero me llevó un buen rato encontrarlo y, cuando por fin lo saqué, la pantalla estaba negra y vacía.

Tuve que apoyarme en la pared para llegar a nuestra pequeña cocina, donde había un cargador de móvil. Necesité tres intentos para meter el cable USB en el enchufe, de tanto que me seguían temblando las manos. El metal rechinaba contra el metal y manchas rojas emborronaban la pantalla mientras lo intentaba y fallaba y volvía a intentarlo. Hasta que al fin conseguí encajarlo.

Tardó en iniciarse un rato angustiosamente largo, recorriendo todo el ciclo de animaciones y logos, con un brillo tan fuerte que me hacía daño a los ojos.

Hasta que apareció mi pantalla de bloqueo. La desbloqueé y pulsé el icono del teléfono.

Marqué el 999.

Y esperé.

El operador contestó y yo ni siquiera sabía si podría hablar, pero mi voz, cuando por fin salió, era sorprendentemente firme.

–Policía –dije en respuesta a sus preguntas. Tragué saliva. Tenía que mantener la entereza. Era necesario. Ya me había dejado ir demasiado tiempo–. Y, por favor, deprisa. Mi marido… ha sido asesinado.

Las horas siguientes se desarrollaron con la cadencia vívida y surrealista de una pesadilla consciente. Primero llegó el sonido de las sirenas, aullando cada vez más cerca. Luego las luces de emergencia, que lo impregnaban todo con su parpadeante luz azul. Y después los golpetazos en la puerta y los agentes irrumpiendo en el interior. Me hicieron preguntas en las que ni siquiera había pensado. ¿Era segura la casa? ¿Podía ser que hubiera todavía alguien en el edificio? ¿Gabe tenía enemigos?

Por extraño que parezca, nunca había considerado todas esas posibilidades. Entonces, al pensar en que alguien podía haberse escondido arriba mientras yo gemía junto al cuerpo de Gabe, me quedé de nuevo helada. Pero quienquiera que fuese ya se había ido hacía mucho.

En cuanto a las otras cuestiones, Gabe no tenía enemigos, claro que no. Por supuesto que no. Eso era absurdo. Todos lo querían, sus amigos, sus clientes…, su familia. Ay, Dios. Me asaltó mi propia imagen tratando de darles la noticia a los padres de Gabe y la conciencia de lo ocurrido se reavivó hasta amenazar con desbordarme.

Me llevaron al piso de arriba, donde una amable policía me ayudó a quitarme la ropa algo rígida ya por las manchas de sangre y a ponerme unos pantalones de chándal secos y limpios, y, por último, esa misma policía me acompañó abajo de nuevo, todavía presa de temblores incontrolables, hasta donde nos esperaba un coche patrulla.

Al cruzar el vestíbulo –mi vestíbulo–, volví la cabeza y, más allá del umbral del salón, vi la imagen de los agentes de la policía científica con sus monos blancos. Habían extendido un revestimiento por el suelo y estaban colocando unos focos brillantes que lo iluminaban todo con un horrendo resplandor blanco.

Durante un breve instante, la habitación pareció girar sobre su eje. Aparté la vista. Intenté respirar. Me concentré en poner un pie delante del otro hasta que llegué a la puerta del coche patrulla.

No sé cuánto tiempo permanecí allí sentada, en el asiento trasero. Estaba temblando, a pesar de la manta con que alguien me había envuelto y del aire seco y caliente de la calefacción del coche. Al final, alguien salió de la casa y le hizo señas a la policía que estaba sentada a mi lado. Ella se bajó del coche y ambos conversaron en voz baja, tras lo cual la mujer subió de nuevo al vehículo, esta vez al asiento del conductor, y se giró para hablarme.

–Jack, ¿te parece bien venir con nosotros a comisaría? No te retendremos demasiado, solo queremos precisar los detalles mientras los sigues teniendo recientes.

Asentí, sin palabras. En realidad, no me parecía bien. No se me ocurría nada peor que ir con ellos para revivir aquel horror una y otra vez. Solo quería arrastrarme a la oscuridad y gritar a la noche. Quería apartar a los policías del vestíbulo y mecer el cuerpo de Gabe entre mis brazos y decirles a todos que se fueran a la mierda, que nos dejaran solos.

Quería beber hasta caer inconsciente.

Pero tenía que hacer lo que decían, por Gabe, aunque solo fuera por Gabe. Sabía que la agente tenía razón. Había una ventana de tiempo durante la cual podría rastrearse a quien hubiera hecho aquello, y yo ya había malgastado unos minutos preciosos, quizá incluso horas, al quedarme en estado de *shock* en el salón.

Otro policía, mucho más joven, subió al asiento del acompañante y se volvió para presentarse.

–Hola, Jack. Soy el agente Miles. Gracias por venir a comisaría. Intentaremos que sea lo más rápido posible, pero queremos asegurarnos

de que no pasamos por alto ningún detalle. ¿Tienes todo lo que necesitas?

Asentí, pero no era verdad. Había perdido a Gabe. Él era lo único que necesitaba. Lo demás no importaba.

–Recuérdame los tiempos una vez más –dijo la mujer sentada frente a mí. Su voz era amable, dulce incluso, pero sus palabras me daban ganas de llorar, o de gritar, o de hacer algo, lo que fuera. Estaba tan cansada… Hacía más de veinticuatro horas que no dormía y me había pasado la noche eludiendo a guardias de seguridad y trepando por techos, tras lo cual había vuelto a casa y sufrido la experiencia más traumática de mi vida. Veía borroso de puro agotamiento. Sobre todo me sentía como anestesiada, conmocionada por una pena que ni siquiera había empezado a aceptar, y mucho menos a asimilar.

Ahora estaba sentada en una sala de interrogatorios con el agente Miles, el joven policía del coche patrulla, y con su compañera, la subinspectora Malik. Esta última me observaba desde el otro lado de la mesa con una mezcla de paciencia y empatía.

–No puedo –susurré–. No puedo más. No puedo.

–Ya lo sé. Sé que es muy duro. Pero nos has ayudado mucho diciéndonos quiénes eran los socios de Gabe y todo lo demás. Solo queremos asegurarnos de que tenemos perfectamente registrada la secuencia de acontecimientos y después te dejaremos ir.

Tenía ganas de esconder la cabeza entre las manos, de aislarme de todo. Pero sí, podía hacer lo que me decían. Tenía que hacerlo. Por Gabe.

Respiré hondo y me armé de valor para contarlo todo por última vez.

–Salí del puesto de policía a… –comencé, y entonces me interrumpí, confundida. ¿Qué había dicho antes? Ya no era capaz de recordar la secuencia horaria. Los acontecimientos de la noche empezaban a emborronarse–. Perdón, es que estoy tan cansada… Creo que fue sobre las dos de la madrugada. O no, más tarde. Recuerdo haber visto que eran las dos en la sala de interrogatorios. –Me froté los ojos, sintiendo que la cabeza me daba vueltas por la extenuación–. Pedí un Uber para volver a Arden Alliance, porque había aparcado el coche allí. Supongo que pueden comprobar la hora de recogida en la aplicación, si necesitan saberla con exactitud. Luego subí a mi coche y conduje hasta casa.

–¿Y, durante todo ese tiempo, tenías el teléfono apagado?

–Apagado no. Me había quedado sin batería. No sé cuándo. Pude llamar al Uber, así que funcionaba al salir del puesto de policía. Debió de agotarse después.

–¿Y en el coche no utilizaste navegador ni nada por el estilo?

Negué con la cabeza.

–No, nuestro coche no tiene, es demasiado viejo. Mire, no quisiera

parecer maleducada, pero ¿qué importa eso? ¿Qué tiene que ver el navegador con la muerte de Gabe?

–Solo tratamos de precisarlo todo para hacernos la mejor idea posible –dijo el agente Miles. Su voz debería haber sonado tranquilizadora, pues el tono pretendía claramente mostrar empatía, pero por alguna razón hizo que me pusiera a la defensiva.

–Pero si se lo he contado todo, ya se lo he dicho antes. Esto es… kafkiano. ¿Mi marido ha muerto y me están preguntando por la batería del teléfono?

–¿Y a qué hora llegaste a casa? –preguntó la subinspectora Malik, como si yo no hubiera dicho nada. Su tono seguía siendo amable, pero más enérgico, como si hubiera percibido que no era empatía lo que yo quería.

–Creo que serían sobre las cuatro de la madrugada. Recuerdo haber mirado el reloj del salpicadero del coche al entrar en nuestra calle. Aparqué, abrí la puerta de casa y me encontré… –Cerré los ojos al recordar el horror. La imagen de Gabe con la garganta mutilada apareció de nuevo ante mis ojos y tuve que abrirlos de inmediato, sacudida por el mismo terror y la misma incredulidad de aquel momento–. Bueno, ya lo vieron ustedes.

–¿No había huellas de pies, signos de lucha?

–Nada. –Negué con la cabeza–. Todas las huellas que vieron eran mías. No había nada, ningún indicio de que alguien se hubiera ido de allí; solo una mancha de sangre en el picaporte de la puerta del salón. Eso sí lo recuerdo, porque fue lo primero que vi y entonces supe que algo iba mal.

–Y Gabe, ¿cómo estaba sentado cuando lo encontró?

–Como si se hubiera derrumbado encima del ordenador –respondí. Volvía a sentirme anestesiada y empecé de nuevo a temblar, no de modo tan incontrolable como antes, sino con un estremecimiento extraño y constante, pese a la calidez de la sala de interrogatorios y la taza de café caliente que apretaba entre las manos–. Si no hubiera sido por la sangre, habría pensado que estaba dormido. Todavía… –Tragué saliva, casi incapaz de pensar en ello–. Todavía llevaba puestos los auriculares con cancelación de ruido. Creo que quien lo mató…, quienquiera que fuese, debió de acercarse por detrás y…

Me interrumpí. Era incapaz de decirlo. Parecía como si algo me hubiera cerrado la garganta y solo pude negar con la cabeza.

–¿Y qué hiciste después? –preguntó el agente Miles.

–Intenté levantarlo. Pensé que… No sé. Creo que pensé que se había desmayado y golpeado la cabeza o algo así. No sabría decir lo que pensé. Lo empujé hacia atrás en la silla; pesaba mucho y no estaba segura de poder moverlo, pero de pronto el cuerpo se venció y se desplomó con todo su peso y entonces le vi…, le vi el… –Me detuve–. El cuello, lo

tenía… –Volví a interrumpirme y respiré hondo por la nariz, intentando controlarme.

Durante un buen rato, Malik y Miles no dijeron nada y se quedaron observándome mientras yo trataba de rehacerme. Entonces Malik empujó hacia mí una caja de pañuelos y me dijo con suavidad:

–Lo siento. Sé lo duro que es esto. ¿Qué hiciste después? Eran alrededor de las cuatro, ¿verdad?

–Podría ser. –Tragué saliva y parpadeé, intentando aclarar mi visión borrosa–. Quizá más tarde. La verdad es que no lo sé. Creo que entré en *shock*. Me quedé acurrucada en el sofá y… creo que perdí la cabeza. No podía…, no podía asimilar lo que estaba pasando.

Ahora las manos me temblaban con más fuerza, hasta el punto de que temía derramar el café. De todos modos, era incapaz de bebérmelo. Así que dejé la taza en la mesa y me agarré las rodillas para intentar contener los temblores. ¿Cómo podía explicar lo ocurrido, la forma en que mi cuerpo simplemente se había negado a ser consciente de la secuencia de acontecimientos? Pensé en Gabe, escribiendo código a altas horas de la noche, blasfemando cada vez que su programa se bloqueaba: «Error: se ha producido una excepción no controlada». Así me había sentido yo. Como si me hubiera salido la pantalla azul. Si al menos pudiera enseñarles a Malik y Miles ese mensaje de error…, hacérselo entender.

–Yo…, simplemente me quedé bloqueada –dije. Mi voz era un susurro–. No sé explicarlo. No es que me desmayara ni nada por el estilo, solo que… era incapaz de moverme, de hacer nada. Sé que fue una estupidez. Debería haber avisado enseguida. Lo sé. Pero…, pero no podía. Era incapaz de procesar lo ocurrido.

Tragué de nuevo saliva. Sentía como si las lágrimas que debería estar derramando se me hubieran atascado en la garganta. No había llorado desde que había encontrado el cuerpo de Gabe, quizá porque sabía que si me dejaba ir ya no sería capaz de parar.

–Lo siento. –Levanté la vista hacia los dos policías, consciente del temblor de mi voz–. Lo siento mucho. Si pudiera volver atrás y llamarles enseguida, lo haría, pero no puedo cambiar lo que sucedió y les he contado todo lo que sé. Mi marido está muerto.

Esa última palabra salió como un gemido. Ni siquiera sé por qué la dije. Sabía que ellos tenían que hacer su trabajo; no les estaba pidiendo que me trataran de un modo especial porque Gabe hubiera muerto. Solo necesitaba decirlo. Oír esas palabras saliendo de mi boca, intentar darles realidad.

Tenía ganas de llorar, de dejarlo salir todo, la pena insoportable y la extenuación. ¿Por qué? ¿Por qué no podía llorar? Parecía que algo dentro de mí se hubiera roto.

Quizá los policías vieron la desesperación en mi rostro, porque el agente Miles cruzó la mirada con la subinspectora Malik y esta se encogió de hombros y asintió.

–Damos por finalizada la entrevista a Jacintha Cross. Son las… ocho y dos minutos de la mañana del domingo cinco de febrero.

Apagó la grabadora y se inclinó hacia mí.

–Gracias, Jack. Sé que esto no debe de haber sido fácil, pero nos has sido de mucha ayuda. De momento vamos a quedarnos tu teléfono, ¿de acuerdo? Pero si necesitas llamar puedes hacerlo cuando quieras desde este otro.

–Entonces, ¿puedo irme a casa? –pregunté. Tenía la voz ronca. Malik, con una mueca compasiva, negó con la cabeza.

–Lo siento mucho. No deja de ser la escena de un crimen. ¿Tienes algún sitio en el que puedas quedarte por el momento?

Cerré los ojos, intentando pensar, repasando la lista de personas a las que podía llamar. Mi cerebro parecía cortocircuitado, con breves destellos de falsas conexiones que perturbaban mis intentos por elaborar esa lista. Gabe derrumbado sobre su ordenador. Gabe con la cabeza colgando hacia atrás, el interior de la garganta vomitado a través de la piel, como si fuera una imagen sacada de *Alien*. Gabe. Mi Gabe.

–Mi hermana –dije por fin–. Podría ir a casa de mi hermana. Vive en el norte de Londres. ¿Podrían avisarla?

–Por supuesto. ¿Cómo se llama?

–Helena. Helena Wick. 07422… –Me interrumpí. Mierda. ¿Cuál era el número de Hel? Me lo había aprendido de memoria hacía años, cuando había empezado a trabajar como *pen tester* y todavía no tenía a Gabe conmigo para avisarlo si se torcían las cosas. Pero estaba tan cansada que casi ni era capaz de recordar mi propio nombre, menos aún algo más complicado–. 07422… –lo intenté de nuevo, y esta vez los números que faltaban brotaron de golpe, como una canción de la infancia que se recita de carrerilla–. Creo que es ese. Hace mucho que no marco ningún número de memoria.

–No te preocupes –dijo el agente Miles–. Ya me encargo yo.

Desapareció y, cuando pocos minutos después regresó, dijo:

–Te está esperando. Te llevaremos en un coche patrulla.

Asentí con la cabeza. Sentía un agotamiento absoluto. Por más que la entrevista con la policía hubiera acabado, la necesidad de llamar a Helena me había dejado bien claro algo que ya debería haber sabido desde el principio: esta pesadilla no había hecho más que empezar. Ahora tendría que contarle a Hel lo sucedido. Y luego a su marido, Roland. Y ellos tendrían que contárselo a sus gemelas, un suceso al que unas niñas de cuatro años no deberían tener que enfrentarse jamás. ¿Cómo iban a entender algo que yo misma apenas podía asimilar? ¿Cómo

explicarles que el tío Gabe ya no iría a verlas más? ¿Que se había ido para siempre?

Y, después de Hel, vendrían los padres de Gabe, y nuestros amigos, y el banco y la empresa proveedora de la banda ancha y… y… y…

Me acordé de cuando murieron nuestros padres, del torrente abrumador de papeleo, las inacabables hojas de contabilidad que Helena había recopilado. Informar al banco hipotecario. A los aseguradores. Cancelar la licencia de televisión. Escribir al médico de familia. Cuestiones que se habían alargado durante muchos meses.

No era capaz de volver a pasar por lo mismo. Gabe ni siquiera había hecho testamento, que yo supiera. ¿Por qué iba a hacerlo, si estaba apenas en la treintena y tan sano como el que más?

–¿Jack? –dijo la subinspectora Malik, y al levantar la cabeza me di cuenta de que me estaba hablando.

–Perdone –me disculpé. Tenía los labios secos y pegados–. No…, no estaba escuchando. ¿Qué decía?

–Podemos irnos ya –dijo con amabilidad–. Si quieres. ¿Te parece bien?

–Sí, bien –respondí. Pero no era verdad. No me parecía bien. Nada volvería a parecerme bien.

Hel estaba esperando en el umbral cuando el coche patrulla se detuvo frente a su pequeño y pulcro adosado pintado de blanco, con el gesto crispado por la preocupación, una preocupación que había desaparecido, solo fugazmente, al vernos aparecer por la esquina.

–Jack. –Hel bajó corriendo por el ajedrezado sendero de entrada y yo me derrumbé entre sus brazos, enterrando la cara en el aroma familiar de su cabello–. Dios mío, Jack –dijo de nuevo, con voz quebrada–. No puedo creerlo. No puedo creer que sea verdad.

–Dejaremos a Jack a su cargo, señora Wick –dijo la subinspectora Malik en tono comprensivo–. ¿Hay algún número al que podamos llamar a Jack si la necesitamos? Por desgracia, todavía no podemos devolverle el teléfono.

–Sí –respondió Hel. Parecía distraída–. Sí, por supuesto. Quiero decir que… el mío, supongo. Digo yo. Ya lo tienen, ¿no?

–Sí, lo tenemos. ¿Tienen una línea fija en casa?

–Sí –dijo Helena. Gesticuló frenéticamente hacia alguien del interior, que supuse que sería Roland–. Rols, Rols, ¿puedes darles una tarjeta?

–Claro –contestó Roland, y oí cómo sus pasos se alejaban del umbral y luego volvían.

–Gracias, Hel –dije yo. Me separé, aunque ella no me soltó la mano–. Lo siento mucho. Esto debe de haber sido…

–Olvida esa mierda –me atajó de inmediato. Me apretó la mano con más fuerza, tanta que el anillo se me incrustaba en la articulación del

dedo y casi me hacía daño–. No seas tonta, Jack. No tienes que disculparte por nada.

Cogió las tarjetas que le tendía Roland y se las pasó a la subinspectora Malik.

–Ahí tiene. Abajo está el número de mi trabajo. Soy periodista y trabajo desde casa. Puede encontrarme siempre en ese número o en el del móvil. Y ese otro de ahí –señaló la otra tarjeta profesional– es el de mi marido. Es abogado.

–Estupendo –dijo la subinspectora Malik–. Gracias. Y, Jack, gracias por tener tanta paciencia. Sé que ha sido una experiencia horrible. Pronto nos pondremos en contacto contigo y se te asignará una agente de enlace para ayudarte en todo este proceso y, si está en su mano, responder a cualquier pregunta que tengas. Te llamará a lo largo del próximo lunes, supongo. Antes de que nos vayamos, ¿puedo hacer algo más por ti?

Negué con la cabeza. Lo único que deseaba era acurrucarme en la pequeña cama blanca del cuarto de invitados de Hel y llorar hasta dormirme. Pero las lágrimas aún se resistían a aparecer.

Cuando me desperté, en la calle estaban encendidas las farolas y los rayos amarillos se colaban de soslayo por entre las cortinas que Helena, sin duda, debía de haber cerrado antes de salir del cuarto. La luz me daba en la cara y me hacía parpadear mientras trataba de incorporarme en la cama, por lo que tuve que entornar los ojos para protegerme del resplandor.

Sabía dónde estaba –la habitación del ático de Helena me resultaba tan familiar como mi propia cama–, pero no por qué, así que me quedé allí sentada con dolor de cabeza y la fatiga metida en los huesos, intentando recordar qué había ocurrido y por qué tenía esa extraña sensación de pavor. El reloj de la mesita de noche marcaba las siete menos cuarto de la tarde y, mientras me frotaba los ojos desorientada, caí en la cuenta de que las farolas debían de haberse encendido casi en ese momento y que estaba haciéndose de noche, no amaneciendo. Eso me provocó una sensación extraña, movediza, como si el mundo estuviera patas arriba, torcido, desequilibrado.

Entonces me vino el recuerdo de todo. O no, porque «venir» es el verbo equivocado. El recuerdo no vino, sino que me golpeó a traición, como un puñetazo en el estómago que me dejó doblada por la mitad y jadeando de dolor.

Gabe estaba muerto. ¡Muerto!

Durante largo rato no hice otra cosa que quedarme allí sentada, con las rodillas pegadas al pecho, la cabeza entre las manos, intentando comprender, meterme esa idea en la cabeza. ¿Es que iban a ser así todas las mañanas a partir de ahora? ¿Tendría que pasar cada día por el mismo

proceso, despertarme buscando su calor solo para volverlo a perder cada vez?

Me acordé de cómo se había quedado mi abuelo al morir mis padres, de su mirada extraviada buscando a nuestra madre, preguntando por ella, y de cómo Hel le decía con dulzura:

–Mamá ha muerto, ¿te acuerdas, abuelo? Ella y papá murieron hace dos años.

Dos años que luego fueron tres. Y luego cuatro.

Y cada vez reaccionaba con idéntico dolor, se le crispaba la cara y los ojos azules se le inundaban de unas lágrimas inesperadas. La conmoción se mitigó un poco con el paso de los años, como si la conciencia del hecho se hubiera alojado en algún lugar de su cerebro, pese al Alzheimer, pero la pena…, la pena nunca se atenuó.

Pasado un tiempo, a medida que su memoria se deterioraba aún más y la demencia le causaba los últimos estragos en el cerebro, simplemente dejamos de decírselo.

–Ya vienen, abuelo –le decía Hel. O bien–: No lo sé, abuelo. ¿Sabes tú dónde está mamá?

Y entonces él respondía, tranquilamente:

–Ah, pues estará haciendo té, supongo. ¿Tú quieres una taza?

Quizá pase lo mismo conmigo y sea a mí a quien Hel le traiga una taza de té. «Gabe acaba de telefonear. Ha dicho que ya llamará más tarde». Y lo más extraño era que casi podía imaginármelo. Si cerraba los ojos, podía ver a Gabe otra vez en la casa, encorvado frente al ordenador, tecleando algún código impenetrable, por completo absorto en su tarea. Ese pensamiento me dio algo de paz, la idea de que Gabe podría estar en algún lugar indeterminado al que yo no pudiera llegar. Pero era una paz tramposa y yo sabía que, por más que lograra engañarme a mí misma, lo único que estaba haciendo era posponer el dolor hasta que dejara de fingir y me permitiera sentir de nuevo esa avalancha de desolación.

Por fin, me obligué a salir de las sábanas y me levanté, algo tambaleante. Apestaba. A sudor, sobre todo. Un olor en el que se aunaban los esfuerzos de la noche de carreras pasada en Arden Alliance, esquivando guardias de seguridad; de la madrugada vivida en la sofocante sala de interrogatorios, respondiendo a las preguntas de dos policías, y del día siguiente, en el que me había derrumbado con la misma ropa bajo el edredón de invierno. Olía a adrenalina y a miedo, un olor que conocía bien por mis frecuentes encontronazos con situaciones peliagudas, aunque nunca había tenido tanto miedo como la pasada noche.

Alguien había matado a Gabe. Pero ¿por qué? ¿Qué podía haber hecho el dulce, divertido y afectuoso Gabe para irritar a alguien hasta ese punto? ¿Lo habían confundido con otro? Pero ¿cómo…? ¿Cómo era

posible que una confusión de identidad llegara tan lejos como para asesinar? No parecía creíble. Aunque tampoco lo parecía cualquier otra alternativa.

Cuando la habitación dejó de moverse, intenté apartar las preguntas de mi mente. No podía darles respuesta. Me había pasado media noche y la mayor parte de la mañana elucubrando posibles variaciones sobre lo mismo, tanto en mi cabeza como con la policía. Y, además, me di cuenta de que tenía un hambre feroz, tanta que casi estaba a punto de desmayarme de inanición. Aparte de café, no había comido ni bebido nada desde hacía más de veinticuatro horas. Un aroma a algo muy sabroso, salchichas quizá, subía del piso de abajo. Y de pronto tuve la más extraña de las sensaciones disociativas, porque, ¿cómo podía tener hambre mientras Gabe yacía en alguna morgue policial, muerto y desaparecido ya para siempre? ¿Cómo podía importarme algo tan prosaico como la comida?

Y, sin embargo, así era. Se me hacía la boca agua con el olor a salchichas y casi estaba mareada de hambre. Y sabía que Gabe sería el primero en entenderlo. «Tienes que comer –me decía siempre antes de algún trabajo–. No se puede pensar con el estómago vacío». Y ahora era necesario que yo pensara. De hecho, era imprescindible.

Hel me había dejado, al pie de la cama, unas toallas y una muda de ropa; no era mía, sino seguramente suya. Me lo llevé todo al baño, lo dejé sobre la tapa del inodoro y luego me metí en la ducha y abrí el grifo.

El agua salía caliente y con fuerza, mucho mejor que la presión a trompicones que teníamos en casa. Volví la cara hacia aquella descarga líquida y cerré los ojos, oyendo el siseo ensordecedor del agua y notando cómo los chorros me acribillaban la cara, y por un instante deseé poder quedarme allí, con el mundo exterior amortiguado, los ojos cerrados, los oídos taponados, sin sentir nada más que esos aguijonazos calientes en la piel.

Pero no, no podía quedarme. Así que al final me lavé el pelo, me sequé y, ya vestida, me preparé para bajar y afrontar un mundo sin Gabe.

–Ah, Jack.

Roland levantó la vista cuando entré en la cocina, con el cabello mojado peinado por detrás de las orejas y el estómago rugiendo. Mientras yo intentaba sonreír, él se levantó de la silla y abrió los brazos, y entonces sentí como si algo se me atravesara en la garganta. Negué con la cabeza y seguí negando incluso cuando llegué a sus brazos, no, no, no. «Por favor, Roland, no seas cariñoso conmigo».

Pero sí lo fue y, cuando me estrechó, algo en la sensación de sus brazos alrededor de mi cuerpo me hizo ahogarme como nada lo había logrado hasta entonces. No era Gabe: debía de ser unos quince centímetros más

bajo, pesaba diez o doce kilos menos y tampoco tenía su barba ni su calidez, ni ese olor suyo inefablemente acogedor. Pero era un hombre, y era bueno, y quería consolarme, todo lo cual estaba tan dolorosamente cerca de lo que yo deseaba en ese momento –solo que no de él– que me resultaba casi insoportable.

Al final pude separarme. Roland me dejó ir, pero al hacerlo había cierta tristeza en su expresión.

–Por favor, no seas demasiado cariñoso conmigo, Rols. Yo… –Tragué saliva, intentando encontrar las palabras–. Estoy tratando de no desmoronarme y no puedo…, no puedo permitirme perder el control. Si lo hiciera, tal vez no sería capaz de…

–Lo entiendo –dijo Roland. Me miraba con ojos compasivos, angustiados, pero vi que enderezaba los hombros y trataba de sonreír–. Bien, comienza la operación «a mal tiempo buena cara».

Hel se hallaba en los fogones, de espaldas, pero estaba segura de que había visto la escena, y yo sabía que ella sabía que lo que necesitaba en ese momento no era compasión, sino solo pasar la noche sin venirme abajo, y que la mejor manera de conseguirlo era aparentar normalidad.

–¿Cuántas salchichas? –me preguntó por encima del hombro en tono decididamente enérgico, y sentí una ola inmensa de gratitud–. Son vegetarianas.

–¿Cuántas hay?

–Doce. Las niñas están en la cama, así que son todas para nosotros.

–Entonces la ración máxima, cuatro –dije. Me dolía la garganta por el esfuerzo de intentar hablar con normalidad, pero conseguí que la voz casi no me temblara–. Gracias, Hel. Estoy muerta de hambre.

–¿Puré de patatas? ¿Salsa?

–Sí y sí.

Sirvió las salchichas, el puré de patatas y la salsa de cebolla en tres platos, mientras Roland despejaba la mesa de vasos para niños y figuritas de Playmobil y colocaba cuchillos, tenedores y copas. Al cabo de pocos minutos estábamos sentados en su pequeña mesa y yo olía una copa de vino blanco cuyo aroma me parecía tan placentero que casi me daba miedo. Por un momento permanecí inmóvil, con los ojos cerrados, sintiendo cómo la calidez del vino penetraba en mi torrente sanguíneo, anestesiándolo todo, y entonces pensé… que podría quedarme allí. Podría quedarme perfectamente en ese mundo cálido y nebuloso del vino, un mundo en el que la ausencia de Gabe dolía un poquito menos. Nunca hasta ese momento había entendido el abuso de sustancias, ni en los peores momentos de mi vida anterior, como cuando un camión había coleado y aplastado el coche de mis padres, ni durante la penosa ruptura de mi relación con Jeff ocurrida unos años después. Ni siquiera en plena desesperación había experimentado la urgencia de no sentir. Pero

ahora…, ahora, si hubiera podido ahuyentar el dolor, lo habría hecho. Si hubiera tenido la posibilidad de arrastrarme hasta el cuarto de invitados de Hel para no salir nunca más, no habría dudado en hacerlo. Porque no me quedaba nada, salvo el dolor desgarrador por la ausencia de Gabe.

–¿Jack? –oí, como si me llamaran desde un lugar remoto. Y luego–: Jack, ¿estás bien?

Me obligué a abrir los ojos. Roland me miraba preocupado.

–Sí, perdona. Estoy bien.

Corté un trozo de salchicha, me lo metí en la boca y lo mastiqué diligentemente para demostrar lo bien que estaba. Pero el sabor era… ¡rico! Incluso con Gabe muerto y todo mi mundo desmoronándose, la comida continuaba sabiéndome bien, así que mastiqué y tragué, forzándome a pasar el bocado pese al doloroso nudo de lágrimas reprimidas que parecía alojado ya para siempre en mi garganta.

–¿Hasta arriba? –me preguntó Roland con la botella en la mano. Ya me estaba sirviendo cuando le contesté, a regañadientes.

–Así ya vale, gracias, Rols. No quiero tener… A lo mejor mañana tengo que hablar con la policía.

–Tienes razón –dijo Hel. Extendió el brazo y me apretó la mano–. Lo último que necesitas es tener resaca. ¿A qué hora vas a verlos?

–No sé. No me han dicho expresamente que querían verme, pero no parecían… –Me interrumpí, tratando de poner palabras a la desazón que había sentido durante la entrevista–. No parecían del todo satisfechos con la secuencia cronológica de los hechos. Me hicieron repasarla varias veces. Dijeron que quizá tendrían que hacerme más preguntas.

–¿La secuencia cronológica? –Hel frunció el ceño y dejó el cuchillo en la mesa–. ¿Qué quieres decir? ¿Qué secuencia cronológica?

–No estoy segura. Empezaron preguntándome por el trayecto en coche, por qué me había costado tanto volver desde Arden Alliance y por qué tenía el teléfono desconectado. Pero en lo que no paraban de insistir era en el tiempo que dejé pasar desde que encontré a Gabe hasta que llamé a la policía. Como si les pareciera sospechoso.

–¿Y cuánto tiempo pasó? –preguntó Roland. Cruzó la mirada con Hel.

–No lo sé –contesté con sinceridad–. Puede que media hora. Quizá más. Sé…, sé que fue una gran estupidez por mi parte, pero yo creo…, creo que entré en *shock*. Pero de todas formas estaba inequívocamente muerto, sin ninguna duda. La sangre estaba ya fría, pegajosa. Tampoco es que hubiera podido hacer nada.

El recuerdo de aquel momento –el olor a carnicería, el amasijo de tendones y carne brotando de la garganta de Gabe– volvió a aparecer ante mis ojos, y me estremecí y apreté la mandíbula, agarrando con fuerza el tenedor y el cuchillo para que no me temblaran las manos.

–¿Te han ofrecido los servicios de un abogado? –preguntó Roland. Sus

palabras alejaron un tanto las imágenes de mi cabeza y levanté la vista, desconcertada.

–No…, o bueno, sí, creo que me preguntaron si quería uno, pero dije que no. ¿Por qué?

–Solo intento… –Volvió a intercambiar miradas con Hel y vi que ambos parecían preocupados–. Bueno, mira, quizá sea deformación profesional, pero todo eso de… la secuencia cronológica y lo que has dicho del teléfono resulta un poco… preocupante.

–¿Qué quieres decir? –Estaba perpleja–. No estarás diciendo… Es imposible que sospechen de mí, ¿no? ¿Por qué haría yo…? –Sentí de nuevo un nudo en la garganta y tragué saliva–. ¿Por qué coño iba yo…?

Hel tomó un trago de vino y, con cuidado, dejó la copa en la mesa.

–Por lo que has dicho, esto… parece más bien una ejecución, Jack, de alguna banda criminal.

–¿Una ejecución? –Sus palabras me habían hecho detenerme en seco–. Perdona, ¿has dicho ejecución? –La idea era tan inesperada que me quedé estupefacta. Si había imaginado alguna posible causa de la preocupación de Hel, desde luego no era aquella–. ¿Pero qué…? ¿Por qué?

–¿Por qué pienso que lo ejecutaron? Por…, en fin, por el método. –Se le notaba que intentaba elegir las palabras, pero la imagen volvió a aparecer en mi mente, la garganta de Gabe desparramada, la herida abierta y sangrienta, como si alguien le hubiera atravesado y desgarrado por detrás la yugular hasta hacerla salir por delante, seccionando arterias, tendones y todo lo que pillara a su paso–. Así lo hacen los profesionales. He cubierto algunas noticias sobre sicarios y… el sistema es bastante característico.

–No me refería a eso. –Hablé rechinando los dientes, intentando apartar las imágenes que Hel había hecho aparecer en mi mente–. Quería decir que por qué demonios querría alguien matar a Gabe. Un robo que se va de las manos o algo así…, vale, eso puedo verlo. ¿Pero una ejecución? ¡No tiene sentido!

–Bueno, ese es el quid, ¿no? ¿Por qué mataría nadie a una persona como Gabe, un tipo encantador sin nada turbio en su pasado, sin enemigos ni secretos? Pero, Jack, un robo no parece. Ni por asomo. Lo que parece es que alguien entró allí, le rebanó el pescuezo y se largó sin dejar huellas. Eso no es un robo que se ha ido de las manos…, es otra cosa.

Permanecí en silencio durante un instante, asimilando sus palabras hasta convencerme de que tenía razón. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Pensé en las preguntas que me hicieron los policías, sobre sus socios, nuestra economía, sobre si Gabe había jugado alguna vez, si se había mezclado en algún tipo de actividad delictiva, si tenía enemigos…

No, no y no. Salvo por…

–Bueno, Gabe… tiene un pasado, desde luego. –Lo dije a regañadientes, obligándome a que las palabras salieran, sintiéndome desleal con Gabe, aunque tampoco es que él lo mantuviera en secreto. Si el tema surgía, lo abordaba con sinceridad. Incluso había dado algunas charlas sobre ello en escuelas y asociaciones juveniles. No lo ocultaba, pero tampoco era nada de lo que estuviera orgulloso. Y yo nunca se lo había contado a Roland y Helena–. O eso podría decirse. Pero no veo la relación por ningún lado.

–¿A qué te refieres? –Roland tenía el ceño fruncido–. ¿Qué tipo de pasado?

–Lo condenaron por *hackeo* cuando tenía diecisiete años. Lo enviaron a… La verdad es que ni lo sé. A algún tipo de prisión juvenil, creo. Después, tuvo prohibido usar ordenadores durante algunos años. Pero eso pasó hace tiempo…, unos quince años o así. No veo qué relación puede tener con lo que acaba de pasar.

Hel se sentó, silenciosa, mordiéndose el labio. Zarandeó la cabeza.

–No, yo tampoco lo veo. Y por eso me preocupa.

–¿Qué quieres decir? –Su nerviosismo se me estaba contagiando, me transmitía una sensación extraña, ominosa, que acabó manifestándose en un aguijonazo de rabia–. Tengo la sensación de que hablas con rodeos, Hel. Dilo ya, lo que sea que tengas en la cabeza.

–Escucha. –Hel bajó de nuevo la copa, que golpeó la mesa con un ruido sordo–. Existen dos tipos de personas que contratan asesinos a sueldo: los miembros de una organización criminal… y los cónyuges. Y si Gabe no tenía vínculos con el crimen organizado…

Me quedé boquiabierta y tardé un instante en recobrar el habla. Cuando pude hablar, la voz me temblaba de ira.

–Pero qué coño estás diciendo, Hel.

–Baja la voz, vas a despertar a las niñas –dijo Hel en tono suave–. Y no seas estúpida. No estoy insinuando que contrataras a alguien para que liquidase a Gabe, por supuesto que no, eso es absurdo. No se me ocurriría jamás. Pero mira los hechos. No tienes coartada. Tu teléfono estaba apagado. No hay indicios de que forzaran la entrada. Todo indica que Gabe dejó entrar a un extraño, lo que parece muy improbable, o que alguien le había dado la llave a quien entró. Y tú esperaste media hora a llamar a la policía…

–Ya te lo he dicho –la interrumpí, pero Helena habló por encima de mi voz, en tono duro, como si intentara no dejarse llevar por sus sentimientos.

–Ya lo sé, Jack. Lo sé. Y lo entiendo completamente, pero me preocupa muchísimo que la policía no lo haga. Si quieren hablar de nuevo contigo, creo que deberías ir con un abogado.

Me quedé callada durante un momento, considerando lo que Hel acababa de decir. Tal como estaban las cosas, no parecía descabellado. Pero era imposible, más que imposible, que nadie me creyera capaz de matar a Gabe. ¿Qué motivo podría yo tener?

–¿Qué opinas tú? –le pregunté a Roland–. Eres abogado. ¿Tiene razón Hel? ¿Debería buscarme a alguien? ¿No daría una impresión todavía peor si me presentara allí con un abogado? Parecería que tengo algo que esconder.

–Creo que Hel tiene razón, lo siento –dijo Roland–. Yo no soy penalista, pero estoy seguro de que es lo que mis colegas aconsejarían. Puedo darte algunos nombres, si quieres.

–¡No necesito un puto abogado! –exploté. Las lágrimas asomaban de nuevo, me escocían en el borde de los ojos y avivaban una furia irracional contra Helena y Roland, que solo trataban de ayudarme. Ellos no tenían ninguna culpa, nada de esto era culpa suya. Pero yo sentía ansias de atacar a alguien, de hacer daño a alguien, y, si no era a ellos, probablemente me lo haría a mí misma–. Esto es absurdo.

Los sollozos subían de tono, amenazaban con ahogarme, así que aparté mi plato y me puse de pie, sintiéndome de repente demasiado nerviosa y llena de pena y rabia reprimidas para quedarme sentada fingiendo que todo iba bien.

–Ya lo sé. –Hel se levantó también y se quedó frente a mí–. Ya lo sé, Jack. Es absurdo, injusto hasta decir basta, y es…, es una mierda de dimensiones inconcebibles que esto pueda ocurrir, a cualquier persona, y más aún a ti y a Gabe. –Su voz salía estrangulada, pero se obligó a seguir–. Pero solo estoy… Tú eres todo lo que me queda, Jack, y no quiero que corras riesgos con esto, ¿entiendes? Estoy preocupada por ti, muy preocupada. Así que, por favor, si te piden que vuelvas, llama a un abogado. ¿De acuerdo?

Mi rabia se desinfló como un globo pinchado, dejándome tan solo con una sensación de agotamiento extremo, casi de desesperación. Noté cómo se me hundían los hombros.

–De acuerdo –contesté, mientras toda mi ira se disipaba de un plumazo.

Tal vez fuera por el patetismo inesperado del lamento de Hel, de ese «tú eres todo lo que me queda, Jack». Porque eso no era del todo cierto, al menos en su caso. Ella tenía a Roland, y a las niñas, y su trabajo. Sí, éramos las últimas de la familia en la que habíamos crecido; nuestros padres y abuelos ya no estaban, ni los tíos y tías, solo ella y yo. Pero ella había creado su propia familia, diferente de la nuestra, con un futuro brillante y hermoso y lleno de afecto. Y, hasta el día anterior, yo iba camino de hacer lo mismo.

Pero ya no. Ahora Gabe estaba muerto y, con su muerte, el futuro

había quedado hecho pedazos.

–De acuerdo. Si me piden que vaya, llamaré a un abogado. Prometido.

–Gracias –dijo Hel. Me rodeó con los brazos–. Gracias, Jack. Lo siento. Sé que me estoy portando como una mamá sobreprotectora, pero tú siempre serás mi hermana pequeña. Te quiero.

Cerré los ojos y apreté con fuerza la frente contra su hombro.

«Yo también te quiero», quería decir, pero no conseguí hacer salir esas palabras de mi garganta. Solo pude quedarme allí, abrazada a Hel, intentando no pensar en todo lo que había perdido.

LUNES, 6 DE FEBRERO

Menos de seis días

Creía que no sería capaz de dormir esa noche, después de haber pasado el día inconsciente en el cuarto de invitados de Hel, pero, cuando por fin subí arriba poco después de la medianoche, el sueño me venció. No dormí bien, eso no; en el cuarto hacía más calor del que estaba acostumbrada a tener en casa y no hacía más que dar vueltas, huyendo de alguien que me perseguía con insistencia, implacablemente, y que nunca me dejaba escapar.

Una de las gemelas se despertó por la noche por una pesadilla y llamó a Hel, y yo me desperté también, parpadeando y desorientada, escuchando sus gritos quejumbrosos y tratando de dilucidar quién era yo y dónde estaba. Esta vez la cruda realidad, la conciencia de la muerte de Gabe, no me golpeó de pronto. Fue, más bien, como si flotara sobre mí como un peso que nunca se hubiera ido. Como el espectro del que había estado huyendo durante toda la noche y al que nunca había conseguido dejar atrás.

Algo después volví a despertarme, esta vez por el ruido de los preparativos de un típico día de colegio. Del dormitorio de abajo me llegaba la voz de Kitty, la más pequeña de las gemelas, quejándose por tener que ponerse la camisa del colegio. Le picaba, decía. No le gustaba la etiqueta. Y, en la planta baja, Roland tenía la radio puesta y el sonido amortiguado de la emisión de Radio 4 subía por las escaleras.

Me obligué a enderezarme y, de inmediato, busqué el teléfono. Pero entonces recordé que lo tenía la policía. Maldita sea. Me quedé allí sentada durante largo rato, tratando de recomponerme física y mentalmente, hasta que por fin cogí la bata prestada extendida al pie de la cama y bajé con paso silencioso a desayunar.

–¡Jack! –Roland estaba frente a la encimera, repartiendo sándwiches en diferentes fiambreras sin dejar de teclear en el teléfono–. ¡Buenos días! ¿Qué tal has dormido?

–Bien –respondí. Una mentira, pero tampoco hacía falta que supiera la verdad–. Gracias. ¿Puedo…? ¿Me sirvo yo misma?

–¡Claro que sí! Por favor. Y perdona, dentro de un momento esto se tranquilizará. Estamos en el punto crítico de locura precolegio, pero unos minutos más y saldremos por esa puerta. Por las mañanas tomas café, ¿no? Ya sabes dónde está.

Señaló con la cabeza la alta alacena del rincón. Al levantar la vista hacia el reloj, vi que eran las ocho y diez. Más tarde de lo que creía.

Mientras ponía café en la cafetera, oí un retumbar de pasos en la

escalera y, al poco, Millie, la gemela mayor, irrumpió en la cocina sollozando.

–¡Papá! ¡Kitty me ha manchado la camisa con pasta de dientes!

–Vale, vale, cálmate, que no es el fin del mundo. –Roland la sentó en su rodilla y empezó a limpiar la prenda con un trapo de cocina hasta que la mancha no fue más que una pálida sombra en el azul ultramarino–. Como nuevo.

–¡Aún se ve!

–No pasa nada, cariño. Bien, zapatos. ¿Dónde está Kitty?

–¡Aquí! –Kitty entró con estrépito en la cocina, con los zapatos ya puestos, el pelo trenzado y la clara determinación de quedar absuelta de la acusación de la pasta de dientes presentándose como la colegiala perfecta. Me miró sin que pareciera sorprenderle que su tía, pálida y adormilada, estuviera frente a la encimera de la cocina–. ¡Hola, tía Jack! Me he puesto los zapatos yo sola.

–Están al revés, tesoro –dijo Roland con paciencia, arrodillándose para ayudarla a cambiarse de pie los zapatos rojos de hebilla.

Al ver los zapatos se me encogió el corazón. Eran tan pequeños…, tanto que le cabían a Roland en la palma de la mano. Kitty se quedó de pie observando con atención cómo Roland volvía a ajustarle las hebillas, como si estuviera asegurándose de que lo hacía bien. Después Roland se levantó.

–Muy bien. ¿Todo listo? ¿La mochila del cole?

–Sí –contestaron a coro las gemelas.

–¿Botellas de agua?

Kitty no llevaba la suya y se produjo un momento de pánico mientras la buscaban, esta vez con Kitty al borde de las lágrimas hasta que Helena bajó por las escaleras con la botella en la mano.

–¡La encontré! Había ido rodando por debajo de la cama. Muy bien, ¡vamos, vamos! ¡Que llegáis tarde!

Se oyó al unísono «adiós, mamá; adiós, tía Jack» y, tras otra breve amenaza de llanto por parte de Kitty –quien por lo visto creía que las llevaba Hel al colegio–, la puerta se cerró y Hel dejó escapar un suspiro de alivio.

–Gracias a Dios. Uf, me encanta tener críos, pero si algo no voy a echar de menos son las carreras de antes del colegio. ¿Cómo estás?

–Bien –dije, aunque no era del todo cierto y Hel lo sabía–. Oye, ¿no tendrás un teléfono de sobra por ahí olvidado? La policía se quedó con el mío y la verdad es que tendría que… –Me interrumpí. Eso que tendría que empezar a hacer era contarle a la gente lo de Gabe. Como mínimo, habría que configurar una respuesta automática en el correo de Crossways Security para avisar de que no estábamos operativos. Teníamos clientes haciendo cola y un trabajo programado para la semana

siguiente. Arden Alliance estaría esperando recibir el informe correspondiente. Y todo eso dejando aparte a los amigos y la familia de Gabe, que ya habrían empezado a preguntarse por qué no leía los mensajes grupales de WhatsApp ni contestaba al correo electrónico.

–Claro que sí –contestó enseguida Hel, viendo que empezaba a temblarme la barbilla–. Puedes quedarte con mi teléfono viejo, el que usan las niñas para jugar. Funciona perfectamente. Creo que Rols incluso tiene por ahí una tarjeta SIM de sobra. Le dieron una gratis cuando se apuntó a giffgaff, la empresa de telefonía.

–Eso sería estupendo –dije, agradecida–. Aunque no tenga SIM, si puedo usar el wifi…

–Espera –dijo Hel–. Ahora vengo.

Salió y oí sus pasos que subían al piso de arriba, al salón, y el ruido de puertas abriéndose y cerrándose mientras revolvía en las cajas de juguetes de las niñas y luego en el despacho de Roland, que estaba al fondo del salón. Después, de nuevo sonaron pasos en las escaleras.

–Perdón por los adhesivos. –El Motorola que me tendía no tenía tanto tiempo; de hecho, era el mismo modelo que mi último teléfono, pero la carcasa estaba atiborrada de adhesivos de unicornios de *My Little Pony*–. Y podría… Espera, hay algo asqueroso en la pantalla. –Se puso a frotarla con una toallita para bebés–. Creo que es mermelada. Aquí tienes. El pin es 1234, pero ahora tiene sesión iniciada en mi Gmail, así que, si quieres, puedes resetearlo todo. Doy por supuesto que no te interesa leer mis correos.

–¿Estás segura? ¿Las niñas no se enfadarán si borro todos sus juegos?

–Probablemente, pero no les vendrá mal a esas pequeñas adictas a la pantalla. Todavía tienen su iPad, así que supongo que se las arreglarán. Y he encontrado esto en el escritorio de Roland. –En la mano tenía una pequeña funda de cartón. La abrió y sacó una tarjeta SIM a la que quitó el envoltorio de plástico–. Madre mía, por qué las harán tan diminutas. Las prefería antes, cuando tenían un tamaño que podías ver a simple vista.

No contesté. Estaba demasiado ocupada buscando en Google «cómo resetear un Motorola Play». Había seguido ya la mitad del proceso cuando a Hel le sonó el teléfono y se fue a la ventana para contestar.

–¿Sí? Sí, soy yo. Ah…, desde luego. Espere. Está aquí mismo. –Tapó el móvil con la mano y dijo en voz baja–: Es para ti. La policía.

Se me alborotó el estómago. Cogí el teléfono que me tendía Hel.

–Hola, soy Jack.

–Hola, Jack. –Era la subinspectora Malik–. Perdona que te moleste tan temprano, pero ¿estás libre hoy? ¿Podrías venir a comisaría?

–Por supuesto. –Noté cómo se me aceleraba el corazón. ¿Habrían encontrado algo importante?–. ¿Tienen alguna pista?

–Tenemos abiertas varias líneas de investigación y esperábamos que pudieras ayudarnos en algunas de ellas, pero preferiría hablar de ello aquí, en comisaría.

–Desde luego. ¿A qué hora les iría bien?

–Digamos… –Hubo una pausa y oí que Malik pasaba las páginas de un cuaderno, o quizá de una agenda–. ¿Qué tal a las once?

–Bien, a las once. Gracias. Hasta entonces.

Colgué y le devolví el teléfono a Helena.

–¿Han encontrado algo?

–No lo sé. –Bajé la vista hacia el teléfono de los unicornios que tenía en la otra mano. El reseteo había terminado y ahora me pedía que ingresara como nuevo usuario e introdujera la contraseña wifi de Hel–. Es posible…, quizá, sí. Me han dicho si puedo ir a las once. Se notaba que no querían hablar de ello por teléfono.

–Dios, espero que tengan alguna pista.

–Y yo. –Sentí un nudo en la garganta al decir esas palabras. De solo pensar que quien le había hecho eso a Gabe seguía suelto por ahí… Aún no era capaz de asimilar lo que había sucedido.

–¿Has comido algo? –me preguntó Hel.

Negué con la cabeza.

–No tengo demasiada hambre.

La mirada que me echó Hel sí que fue de auténtica madre sobreprotectora. Dejé escapar un suspiro.

–Ya sé, ya sé, debería comer y bla, bla, bla. La verdad es que tengo algo de náuseas. Tengo que… –Bajé la vista hacia el teléfono que sostenía en la mano. Se había conectado a mi cuenta de Google y en la pantalla de inicio empezaban a saltar las notificaciones. Correo no leído. Correo no leído. Correo no leído–. Tengo que empezar a decírselo a la gente. No puedo dejar a los clientes colgados, y los padres de Gabe…

Dejé la frase inacabada. Ni siquiera era capaz de decir las palabras.

–Puedo hacerlo yo –dijo Hel con presteza–. De verdad, Jack, nadie puede esperar que seas tú quien llame cuando no hace ni veinticuatro horas desde que Gabe… –Se interrumpió, no queriendo explicitar lo innombrable, e hizo un gesto con la mano que venía a significar «desde que pasó todo».

Pero yo sacudí la cabeza. Seguramente tenía razón y, desde luego, podía contar con ella para comunicárselo a algunas personas. Pero no a los padres de Gabe, ni a su mejor amigo, Cole. Merecían que se lo dijera yo, y merecían que lo hiciera antes de que la policía se pusiera en contacto con ellos, cosa que bien podía estar haciendo ahora mismo. No podía permitir que la primera noticia de la muerte de Gabe les llegara por una llamada de Scotland Yard.

–No, hay al menos un puñado de personas de las que tengo que

encargarme yo. Tengo que hacerlo, Hel. Te prometo que contaré contigo para toda la parte del trabajo, pero a John y a Verity, y seguramente a Cole, debería decírselo yo misma.

–De acuerdo –convino Hel, resignada–. Si de verdad lo consideras necesario. Pero antes de nada vas a llamar al abogado, ¿vale?

–Ahora no –dije, y entonces, al ver su expresión, levanté la mano–. Hel, lo llamaré, te lo prometo, pero por favor deja de atosigarme. Solo…, solo quiero quitarme esto de en medio ya. No puedo dejar que los padres de Gabe se enteren por otras personas.

Incluso Hel comprendía que era lo más justo, de modo que asintió, aunque lo hizo con cierta reticencia.

–¿Tendrías algún ordenador portátil para prestarme? –pregunté, más que nada para cambiar de tema–. Para todo lo del trabajo.

Hel asintió de nuevo y cogió del aparador un MacBook algo maltrecho.

–Úsalo todo lo que quieras. La contraseña es «supermascotas», la misma del wifi. Todo en minúsculas. Safari está vinculado a mi cuenta de Gmail, pero puedes abrir la navegación de incógnito o usar Chrome. Y el teléfono ya debería funcionar. He activado la SIM. Ahí tienes el número, por si necesitas dárselo a alguien. –Señaló el estuchito de cartón en el que venía la SIM.

–Gracias –dije, y, dejándome llevar por un impulso, crucé la cocina y la abracé. Su olor era el del hogar, nuestro hogar, el de nuestra infancia, el olor que recordaba de cuando entraba en casa de mis padres tras estar con los amigos y que inhalaba como si fuera oxígeno–. Te quiero.

–Yo también.

Me estrechó con fuerza y sentí entonces todo lo que quería decirme. Lo injusto que era todo aquello. Lo mucho que le habría gustado quitarme la pena si hubiera podido. Pero ninguna de las dos éramos muy dadas a los discursos emotivos, así que al final me soltó, tosió y se alejó hacia las escaleras.

–Bien, estaré arriba si me necesitas. Me pegas un grito, ¿vale?

–Vale.

–Y ya te llevo yo a la estación. Saliendo a las diez y media deberíamos llegar sin problemas.

–Diez y media. Perfecto. –Miré el teléfono que tenía en la mano. Eran poco más de las nueve. Disponía de noventa minutos para destrozarles todo su mundo a los padres de Gabe.

Unos cuarenta y cinco minutos después cerré el ordenador con un suspiro, consciente de haber liquidado las tareas más fáciles y de que ahora solo me quedaban las imposibles. Había enviado un correo electrónico a los clientes que teníamos en la agenda, sin darles demasiada información, tan solo que había sufrido una dura pérdida

familiar y que Crossways permanecería cerrado durante al menos dos semanas y no podría dar cumplimiento a los encargos. Les di la opción de cambiar las fechas o de contactar con alguna de las empresas de seguridad que les recomendaba, tras lo cual cambié la respuesta automática de no operatividad para especificar algo en esa misma línea. No dije que Gabe estaba muerto, no fui capaz de teclear las palabras, pero estaba casi segura de que tampoco era necesario. La noticia, probablemente, no tardaría en aparecer en los periódicos.

Ahora tenía que llamar a los padres de Gabe, John y Verity, y a su mejor amigo, Cole. Solo me quedaba por decidir en qué orden lo haría.

Opté por llamar en primer lugar a John y Verity, aunque solo fuera porque pensé que la policía los buscaría primero a ellos. El teléfono de su casa figuraba en mis contactos como «padres de Gabe», mientras que Cole aparecía simplemente como «Cole Garrick», sin nada que especificara su relación con Gabe.

Cuando llamé, sin embargo, me saltó el contestador de voz: «Has llamado al domicilio de los Medways –dijo la agradable voz de Verity en la grabación–. Lamentamos no poder contestar al teléfono. Hemos salido o estamos en el otro teléfono. Por favor, deja un mensaje y te llamaremos lo antes posible».

Se oyó un pitido y tomé aire con ansia, preguntándome qué decir. Joder. ¡Joder! ¿Por qué no lo había pensado antes? Debían de estar paseando al perro. O quizá la subinspectora Malik ya les había telefoneado y ahora iban a toda velocidad por la autopista desde Oxforshire a Londres.

–Hola –dije por fin, consciente de que algo tenía que decir. La voz se me quebró. Intenté hablar con mayor firmeza, porque sabía que no podía venirme abajo, eso no–. John, Verity, se trata de Gabe. Ha…, ha ocurrido algo. Es, bueno, es grave. ¿Podríais llamarme? No estoy en el número de siempre, así que tenéis que llamarme al… –Mierda. ¿Cuál era el número de este teléfono? Cogí la funda de cartón que Hel había dejado a un lado y leí el número–. Bien –terminé con escasa convicción, pero sin saber tampoco qué más podía decir–. Ah, y es bastante urgente. –Entonces recordé la cita con la policía. No podría contestarles en medio de una entrevista policial–. No estaré disponible entre las once y…, no sé. La una, quizá. Así que, si no oís este mensaje hasta después de las once, pues eso–. Por Dios, la estaba fastidiando pero bien–. Llamadme –repetí. Y luego–: Adiós.

El contestador pitó a mitad del «adiós», poniendo fin a mi sufrimiento, y colgué. Sentía un nudo asfixiante en la garganta, pero, en cierto sentido, también como si me hubieran dado un tiempo de prórroga. No sabía cómo me habría enfrentado a la pena y la conmoción de John y Verity cuando las mías propias aún seguían en carne viva.

Les di diez minutos, por si solamente habían salido al jardín o subido al piso de arriba, pero nadie llamó y ya eran casi las diez en punto. Disponía de solo media hora para ponerme en contacto con Cole. Si es que no lo había hecho ya la policía. Pero cuando tuve su teléfono en la pantalla no me vi capaz de llamar. Porque Cole seguro que contestaría. Siempre estaba pegado al teléfono, las veinticuatro horas del día. Y no podía engañarme a mí misma: sabía perfectamente el daño que iba a causarle.

Al contrario que yo, Gabe era hijo único. Pero él y Cole estaban más unidos que muchos hermanos y habían estado presentes en la vida del otro casi el mismo tiempo que si lo hubieran sido. Se habían conocido en primaria y, a pesar de ser como el día y la noche, habían forjado una amistad que había dejado a los profesores estupefactos. Gabe siempre tenía un toque anárquico en todo. Verity había contado alguna vez que, a los cinco años, era el tipo de niño para el que un botón con el rótulo de «no apretar» constituye una tentación irresistible, y no por malicia, sino solo porque le podían las ganas de averiguar qué hacía ese botón. Había aprobado los exámenes por los pelos porque estaba demasiado ocupado explorando el caótico mundo digital que acababa de descubrir, y después, a los diecisiete años, había apretado más botones de la cuenta y se había visto en el lado equivocado de la ley, un error del que había tardado casi diez años en recobrarse.

Cole, en cambio, había sido el estudiante perfecto: sobresaliente en todos los exámenes, licenciado con honores en Cambridge, periodo de prácticas en Apple y después fichado por los cazatalentos de Cerberus, una empresa británica emergente de tecnología informática que durante los últimos años había prosperado hasta alcanzar la élite del sector tecnológico. Aparentemente, Gabe y Cole no tenían nada en común, y nadie que los viera por la calle habría dicho que eran amigos: Cole siempre con sus impecables camisetas blancas y las Adidas impolutas; Gabe con los vaqueros rotos y sus Dr. Martens. Pero, pese a todas sus diferencias, la amistad entre ellos había perdurado, primero por la fascinación que ambos compartían por los videojuegos, la tecnología y la programación, y después por algo mucho más profundo: por un amor genuino y profundo hacia el otro que solo un ciego no habría notado. Jamás había visto a dos hombres darse un abrazo de despedida como el de Cole y Gabe, estrechándose tan fuerte que no parecían querer soltarse nunca. Cole me había dicho una vez que el tiempo que Gabe pasó en la cárcel había sido uno de los periodos de mayor soledad de su vida.

Y ahora tenía que decirle que Gabe se había ido para siempre.

Cuando marqué el número de Cole, no contestó enseguida. Sonó un tono y luego otro y, cuando llevaba unos cuantos, en mi interior empezó a insinuarse la misma sensación de liberación que con John y Verity. Era

una estupidez, porque por supuesto no me había librado y esa conversación habría de afrontarla tarde o temprano, pero era como posponer los deberes y, en cierto modo, un alivio, por más que fuera un falso alivio.

Pero, justo cuando iba a colgar, se oyó un clic y la voz sin aliento de Cole sonó al otro lado de la línea.

–¿Sí? ¿Diga?

–¿Cole? Soy…, soy Jack.

–¿Jack? –Su voz se apagó y en mi mente lo vi apartando el teléfono de la oreja y mirando a la pantalla, para asegurarse de que había oído bien. Cuando volvió a hablar, su tono era puro desconcierto–. ¿Estás bien? Este no es tu número, ¿no?

–No. –Tragué saliva–. No…, la verdad es que no estoy bien. Cole, ha pasado algo.

Dios mío, qué duro era aquello. Qué duro. Más incluso de lo que había imaginado.

–¿Qué ha pasado? –Su voz, sorprendida, amable, con un matiz dolorosamente parecido a la de Gabe, me hizo sentir una pena tan abrumadora que me provocó retortijones. Tenía ganas de colgar y ponerme a dar alaridos.

–Cole… –Se me quebró la voz y sentí de nuevo como si tuviera un doloroso tapón de lágrimas no derramadas en la garganta–. Cole, es Gabe. Ha…, se ha… –Aspiré una larga y temblorosa bocanada de aire, intentando hacer salir la palabra.

–¿Jack? –Cole sonaba entre confuso y alarmado–. ¿Gabe se ha qué? ¿Qué ha pasado?

–Dios mío, Cole, se ha muerto. –La última palabra salió no como la información fáctica que yo pretendía transmitir, sino como un largo y casi incoherente gemido de dolor.

–¿Qué? No jo… Jack, ¿has dicho que Gabe se ha «muerto»? No me… ¿Cómo? ¿Qué ha pasado? ¿Cómo?

Asentí, olvidando que no podía verme, y me tapé los ojos con la mano y los cerré, como si así pudiera ahuyentar los recuerdos que irrumpían ya en tropel sin que nadie los hubiera llamado. Y no eran recuerdos normales, retazos de imágenes evocadas a voluntad. Eran más bien fogonazos propios de un trastorno por estrés postraumático, insoportablemente reales. Por un momento, casi me pareció oler la sangre. Ese pensamiento incluso me provocó arcadas.

–Llegué a casa del trabajo –me temblaba la voz, pero intenté controlarla lo suficiente para hacer salir las palabras– y él…, el cuello se lo habían… –No quería decirlo, pero las imágenes que veía en mi mente eran demasiado vívidas para poder borrarlas y las palabras brotaron muy a mi pesar–. Le habían cortado el cuello.

–Espera, ¿me estás diciendo que lo asesinaron?

–Sí. Solo que yo… No puedo creerlo. No puedo creerlo.

–No puedo creerlo –dijo Cole, repitiendo mis palabras como un eco, con voz de absoluta incomprensión y perplejidad–. No tiene sentido. ¿Gabe? ¿Quién le haría daño a Gabe?

–No lo sé. Al principio pensé que habían entrado a robar y algo se torció, pero…

Volví a oír la voz de Hel en mi mente, reacia pero también llena de una terrible certidumbre: «Por lo que has dicho, esto… parece más bien una ejecución, Jack, de alguna banda criminal».

–Joder – estaba diciendo Cole, casi en un susurro, como para sí mismo–. Joder, joder. ¿Le… cortaron el cuello?

–Lo siento mucho –dije ahogándome–. No quería decírtelo así, pero pensé que la policía podría contactar contigo.

–¡Por favor, Jack, no te disculpes! –Ahora a quien se le quebraba la voz era a él. Cuando volvió a hablar parecía al borde de las lágrimas y yo cerré los ojos, deseando haber podido contárselo en persona. Qué no habría yo dado por un abrazo en ese momento…–. Soy…, Dios, soy yo quien debería disculparse. ¿Qué puedo hacer? ¿Hay algo en lo que pueda ayudar? Lo que sea.

–Pues… la verdad es que no. –Me apoyé en la encimera con la cabeza entre las manos, sosteniéndome como si el peso de todo aquello fuera excesivo para mi cuerpo–. Ninguno de nosotros puede hacer gran cosa hasta que la policía no haya terminado la investigación. Pero podrías decírselo a la gente, si te ves con ánimos. Sé…, sé que debería hacerlo yo, pero no puedo.

–Cómo vas a poder, por Dios, claro que no. Por supuesto que puedo hacerlo yo. ¿A quién quieres que se lo diga? ¿A todos?

–Bueno, tampoco se trata de publicarlo en Facebook ni nada por el estilo. Pero si pudieras decírselo al menos a nuestros amigos, informarles de lo que pasa. No quiero que nadie que lo conociera se entere por el telediario de la noche.

–¿Y John y Verity? –preguntó Cole–. ¿Lo saben ya?

–No. –Me mordí el interior del labio, pensativa. Los padres de Gabe conocían bien a Cole, quien desde niño había pasado tanto tiempo en la casa que casi lo consideraban como un segundo hijo. Desde luego tenían su número de teléfono, y sería bastante probable que Verity lo llamara si no daba conmigo–. Los he llamado, pero no contestan y yo tengo que irme ya a la comisaría. Saben que algo va mal, pero no qué. Supongo…, supongo que si te llaman lo mejor será que se lo digas. Es mejor que lo sepan por ti que por las redes sociales. Diles que he tratado de ponerme en contacto con ellos. Lo volveré a intentar en cuanto vuelva.

–Por supuesto –dijo Cole, despacio–. Dios mío, Jack, lo…, lo siento

mucho. No soy capaz de asimilarlo. ¿La policía tiene alguna pista? ¿Saben quién lo hizo?

–No lo sé –respondí. Apoyé la frente en la mano, presionando los nudillos contra los ojos–. Mi hermana, Hel, cree… –Me interrumpí. Resultaba increíblemente duro hablar de todo esto; decirlo lo convertía en real de un modo casi insoportable, pero aun así me obligué a ello–: Cree que pudo ser un asesinato por encargo. Por el método. Como si alguien fuera específicamente a por Gabe. ¿Sabes si…? ¿Te pareció preocupado la última vez que hablasteis?

–Por Dios santo. –Cole sonaba de nuevo como si le hubiera dado un puñetazo en el estómago–. No, hablé con él… ¿el viernes, puede ser? Hablamos de salir a tomar una cerveza… y sonaba totalmente normal. ¿Es esa también la teoría de la policía?

–No lo sé. Ayer parecían absolutamente perdidos, pero esta mañana me han llamado para ver si podía ir a comisaría y daba la impresión…, bueno, me ha parecido que podían haber averiguado algo. Puede ser. Pero no estoy segura…, no sé si debería estar mencionando estas cosas. –No sabía cuáles eran las normas al respecto. ¿Se me permitía hablar con la gente de lo ocurrido? A lo mejor la policía prefería no revelar determinados datos–. Mira, quizá sea mejor que no cuentes nada de esto –dije por fin–. Podría estar totalmente equivocada.

Hubo un largo silencio, como si Cole tratara de asimilar lo que acababa de decirle. No podía culparlo. Cuando volvió a hablar, parecía estar esforzándose por demostrar entereza.

–Jack, oye, si aviso a la gente, tengo que saber lo que puedo decirles. ¿Cómo quieres que lo enfoque? Y también querrán saber si pueden llamarte.

–Pues… –En eso no había pensado. Una parte de mí se veía incapaz de afrontar las llamadas, la curiosidad, la compasión. Con Cole y Hel era diferente, porque Hel era de la familia y Cole quería a Gabe tanto como yo, pero los otros amigos de Gabe, sobre todo aquellos a los que yo no conocía demasiado…–. Supongo que es mejor decir la verdad, que no sabemos qué ocurrió. La policía lo está investigando. En cuanto a mí…, la policía tiene mi teléfono, así que la gente no dará conmigo en mi número habitual. Este teléfono me lo ha dejado mi hermana y no sé cuánto tiempo lo tendré. Quizá podrías decirles que de momento solo estaré localizable por correo electrónico.

–Okey. Quiero decir que por supuesto. Y puedo ir enviándoles mensajes si surge alguna otra cuestión.

–Gracias. –Levanté la vista hacia el reloj–. Oye, Cole, lo siento, pero tengo que irme. Tengo que estar en comisaría dentro de poco. ¿Estás…?

Quería decir: «¿Estás bien? ¿Vas a estar bien?». Pero la estupidez no podía resultar más obvia. Pues claro que no estaba bien. Ni yo tampoco.

A los dos acababan de destrozarnos la vida.

–Escucha, Jack –dijo Cole, llenando el silencio–. Cualquier cosa que necesites, me llamas, ¿de acuerdo? Cualquier cosa. En serio. Gabe es… –Se interrumpió. Lo oí tragar saliva, tratando de controlarse mientras corregía el tiempo verbal–. En fin, que era como un hermano para mí, eso ya lo sabes. Y eso te convierte en mi hermana. Así que llámame, ¿vale? Día o noche, literalmente.

–Gracias, Cole –murmuré. Y entonces colgué y me quedé mirando al vacío hasta que Helena bajó por las escaleras.

–Por cierto, ¿qué dijo el abogado? –me preguntó Hel mientras aparcábamos detrás de comisaría–. ¿Quedasteis en veros aquí?

No dije nada y ella dio un tirón al freno de mano y se giró hacia mí, con expresión pétrea.

–Jack. Por favor, dime que has llamado al abogado.

–No he encontrado el momento.

–Jack… –empezó a decir Hel, pero la atajé.

–Mira, ya has dejado bien claro cómo ves tú todo este asunto. Pero yo creo… No sé. Creo que parecerá muy raro y hostil si me presento con un abogado. No tengo nada que esconder. Si algún abogado empieza a decirme que no conteste a las preguntas, pues eso no es lo que yo quiero. Lo que quiero es que encuentren al asesino de Gabe.

–Ya lo sé –dijo Hel–. Y también sé que no tienes nada que esconder. Solo espero que la policía se dé cuenta de ello. –Tamborileó con los dedos en el volante–. Mira, yo no puedo obligarte, pero júrame que ante cualquier indicio, por mínimo que sea, de que las cosas van a ponerse feas pararás la entrevista, ¿de acuerdo? No aceptes decir o hacer nada hasta que tengas a un abogado a tu lado. Di solo: ejerzo mi derecho a que me asista un abogado y no responderé a ninguna pregunta hasta que esté presente. ¿Entendido?

–Entendido –dije–. Pero, la verdad, creo que estás siendo algo neurótica.

–Pues yo creo que no, Jack. No quisiera parecer demasiado exagerada, pero si siempre sospechan de los cónyuges es por algo. Tú tenías los medios y tuviste la oportunidad. Lo único que les falta para acusarte es un móvil. Así que, por favor, cuídate mucho de darles uno.

Pero con este último comentario había ido demasiado lejos. No dije nada, solo me quedé mirándola, y ella hizo un mohín.

–Perdona, eso ha sonado mal. Mira…, sé que no tenías motivos para matar a Gabe y seguramente me estoy portando como una paranoica. Pero dime: ¿tienes alguno?

–¿Un motivo? –Noté cómo mi voz subía una octava–. Estás de coña, ¿no? Por supuesto que no tengo un motivo, joder. ¿Qué motivo iba a

tener?

–No me refería a eso, sino a si tienes algún abogado.

–Ah. –Intenté recordar–. Sí, tenemos a esa mujer…, Melanie se llama. Trabaja para un despacho llamado Westland Law. Hemos recurrido a ella un par de veces cuando las cosas se han torcido en algún trabajo.

Mi teléfono pitó al entrar un correo y lo miré inconscientemente. Era un cliente; me expresaba su apoyo y me decía que, por ellos, no hacía falta apresurar las cosas. Pero entonces vi que el reloj del teléfono marcaba las once, así que me giré para quitarme el cinturón de seguridad

–Muy bien. Esperemos que hayan encontrado algo.

–Eso digo yo. ¿Quieres que te espere?

–Mejor no. No tengo ni idea de cuánto puede durar. Si es necesario, cogeré un taxi para volver.

–Vale. Muy bien…, ten cuidado. –Hel se inclinó para besarme en la mejilla y yo la abracé–. Te quiero.

–Yo también te quiero.

–¿Llevas algo de dinero?

Ya iba a poner los ojos en blanco y a decirle que dejara de preocuparse cuando me di cuenta de que no llevaba. Ni siquiera tenía una tarjeta de crédito. Me había dejado la billetera en la habitación de invitados de Hel.

Hel vio mi expresión y sacó el bolso.

–¿Lo ves? Las madres sobreprotectoras sirven para algo. Toma, es todo el efectivo que llevo, así que tendrás que apañarte. –Me tendió dos billetes, uno de diez libras y otro de veinte, y yo hice una mueca, los cogí y los metí en la funda del móvil–. Y repite conmigo: Hel siempre tiene razón.

–Hel siempre tiene razón –dije, obligándome a sonreírle.

Después salí del coche y, sin dejar de sentir sus ojos clavados en mí, atravesé el aparcamiento y abrí la puerta de la comisaría.

Dentro de la comisaría había mucho ruido y olía a líquido de limpieza y vasitos de café usados. Mientras hacía cola para hablar con el agente de recepción, no pude evitar examinar el lugar como si se tratara de un trabajo. Dos salidas, una a la calle, sin vigilancia, la otra al fondo de la comisaría, sin cerradura visible. Probablemente había algún botón de activación bajo el mostrador. Una cámara fija de videovigilancia en el rincón, con un enorme ángulo muerto que abarcaba la mayor parte de la pared de la derecha, una planificación más que cuestionable para una comisaría. Lo más extraño era que no recordaba nada de todo aquello. El *shock* había borrado de mi mente la mitad de los acontecimientos de la noche, lo cual resultaba extraño, pero no más que estar evaluando de forma mecánica el perfil de riesgo del edificio en un mundo ahora ya sin Gabe.

Cuando llegó mi turno, di mi nombre y expliqué que había venido a ver a la subinspectora Malik. El agente de recepción me dedicó una sonrisa educada y me invitó a sentarme, pero apenas lo había hecho cuando la propia Malik salió por la puerta interior. Intenté descifrar su lenguaje corporal. No tenía el aspecto de quien acaba de resolver un caso y, cuando me puse de pie, sentí que la ansiedad empezaba a dispararse.

–Hola.

–Jack, hola, muchas gracias por venir. Solo hay unos pocos puntos de nuestra última entrevista que quisiéramos aclarar. Si eres tan amable de seguirme…

–Claro. –Me guio al otro lado de la puerta, con paso cada vez más rápido mientras cruzábamos ante un laberinto de habitaciones y despachos–. ¿Tienen alguna pista?

–Tu agente de enlace es la persona adecuada para hablar de eso. ¿Se ha puesto en contacto contigo?

–Todavía no.

–Bueno, veré si puede agilizarse el asunto –dijo Malik.

Me invitó a pasar a una sala de interrogatorios similar a la que habíamos ocupado la otra noche.

–Jack, hola. –El agente Miles, que ya estaba allí cuando entré, se levantó y me estrechó la mano. Me fijé de nuevo en lo joven que era, recién salido de la academia, por su aspecto. Había una grabadora en la mesa y, cuando nos sentamos, Miles la encendió y miró a la subinspectora Malik, quien asintió y empezó a hablar.

–Entrevista iniciada a las once horas y doce minutos del lunes seis de febrero. El agente Alex Miles y la subinspectora Habiba Malik entrevistan a la testigo Jacintha Cross, también conocida como Jack Cross, con motivo de la muerte de su esposo, Gabriel Medway. Jack, esta es una entrevista voluntaria previa lectura de los derechos que te asisten, lo que significa que no estás bajo arresto y puedes marcharte cuando desees. Sin embargo, podría tomarse la decisión de arrestarte llegado el caso si optaras por marcharte sin realizar la entrevista. –Se detuvo y tomó aire, y yo me encontré frunciendo el ceño. Eso no me lo habían dicho el día anterior, que yo recordara. Pero, antes de que pudiera preguntar lo que significaba esa variación en los términos, Malik prosiguió–: Estás en tu derecho a guardar silencio, pero cualquier cosa que digas puede ser usada como prueba contra ti y podría tener consecuencias negativas para tu defensa si, al ser interrogada, no mencionas algo que vayas a alegar más tarde ante los tribunales. Tienes, asimismo, derecho a contar con asesoramiento legal libre e independiente, y puedes solicitar un abogado en cualquier momento. También puedes, en caso de necesitarlo, solicitar una consulta fuera de esta sala de interrogatorios para obtener asesoramiento, antes de volver a la entrevista. ¿Entiendes estos derechos?

–Pues… sí –dije lentamente. Todavía estaba tratando de dilucidar qué había cambiado ahora con la formulación de los derechos. Quizá la paranoia de Hel me estaba afectando, pero estaba segura de que la parte sobre la decisión de arrestarme no la habían mencionado en la anterior entrevista. ¿Qué significaba ese cambio de tono? ¿Tenía razón Hel?

–Jack, te hemos hecho volver porque hay algunos puntos en tu declaración de la otra noche que necesitamos aclarar –dijo Malik, y yo asentí. Estaba hojeando un cuaderno de notas, buscando algo, y se detuvo al encontrarlo–. Bien. La otra noche nos dijiste que creías que eran sobre las dos de la madrugada cuando saliste del puesto de policía. ¿Es eso correcto?

–Eeeh…, sí, o quizá algo después. Recuerdo haber visto que eran alrededor de las dos cuando todavía estaba en el puesto.

–Muy bien. Y entonces cogiste un Uber para regresar a tu coche y condujiste hasta casa, adonde llegaste alrededor de… –comprobó algo en el cuaderno– las cuatro de la madrugada. ¿Es así?

–Eso creo. Quizá un poco después.

–De acuerdo. Es solo que… Mira, quizá puedas ayudarnos con esto, Jack, pero nos está costando cuadrar los tiempos. Se tarda una media hora en coche desde el puesto de policía hasta donde dices que habías aparcado.

Arrugué todavía más el gesto. No me había gustado ese «donde dices». Seguro que sabían de sobra dónde había aparcado el coche. Fue un policía quien se me llevó de allí.

–Parece bastante correcto –dije, tratando de mantener la voz controlada.

–Después otra media hora…, seamos generosos y digamos cuarenta y cinco minutos, desde Arden Alliance hasta tu casa. Eso nos lleva hasta las tres y cuarto, como muy tarde. Pero no llamaste al 999 hasta casi las cinco de la mañana. Eso…, en fin, nos da una buena cantidad de tiempo sin explicar.

Sentí un breve fogonazo de ira en mi interior, pero lo reprimí. Atar los cabos sueltos formaba parte de su trabajo, de eso era consciente. Pero necesité toda mi fuerza de voluntad para no soltarles: «¿No deberían estar apresando al asesino de Gabe en lugar de estar acribillándome a preguntas?».

Respiré hondo.

–Bien, en primer lugar, estaba extraordinariamente cansada al regresar en coche y tomé un par de salidas equivocadas. No sé cuánto tiempo añadió eso al trayecto, pero sería toda una sorpresa que hubiera llegado mucho antes de las cuatro.

–De acuerdo.

–Y después, como ya dije –«como ya les dije a ustedes» era el subtexto

que pretendía subrayar con énfasis bien marcado–, entré en una especie de *shock* al encontrar el cuerpo de Gabe. Sé que debería haber llamado al 999 en el mismo momento en que lo encontré, pero simplemente… no lo hice. No fui capaz. ¿No pueden entenderlo? No te topas todos los días con… –Me interrumpí; los recuerdos cobraban vida en mi mente, amenazando con ahogarme–. Con tu mari… –Me temblaba la voz y probé a cambiar de táctica, intentando mantener el control de la situación–. Pero la verdad es que da lo mismo; seguro que pueden determinar que Gabe estaba muerto mucho antes de que yo llegara, ¿no? Ya les dije que la sangre era pegajosa y se estaba coagulando, y no solo eso. Lo llamé desde el puesto de policía y no contestó al teléfono. Creo que…

Otra vez me interrumpí, tratando de controlar la voz temblorosa, que se volvía cada vez más aguda y lastimera, como la de una niña. «No llores, no llores, no llores».

La subinspectora Malik no dijo nada. Se limitó a observar cómo yo trataba de controlarme y empujó una caja de pañuelos hacia mí. Cogí uno, casi enfadada, y lo hice una bola apretándolo en el puño.

–Creo que ya estaba muerto –dije. Mi voz sonaba plana y dura por el esfuerzo de no ceder a las lágrimas–. Cuando lo llamé, me pareció raro. Él tenía previsto esperarme despierto, habíamos hablado de pedir algo de comer, pero no es solo eso. Gabe nunca, jamás, me habría dejado colgada de esa manera. Nunca se relajaba hasta que yo no había llegado a casa sana y salva. A las dos ya habría estado muerto de preocupación, jamás habría dejado saltar el buzón de voz del móvil, al menos si hubiera estado vivo. Creo que lo mataron antes de las dos. Lo que significa que todo esto –hice un ademán con la mano indicando la grabadora, un gesto que incluía también sus preguntas y su obsesión por mi secuencia cronológica– es una chorrada absoluta. A las dos de la mañana yo estaba en el puesto de policía, al otro lado de la ciudad. Y ustedes lo saben. Esto…, esto no es más que una enorme pérdida de tiempo.

Respiraba agitadamente. Había ido allí con la esperanza, incluso con la certidumbre, de que me informarían de las novedades en el caso de Gabe y me dirían que tenían una pista. En lugar de eso…, y me sulfuraba de pura incredulidad, en lugar de eso resultaba que Hel tenía razón: me estaban tratando como a una sospechosa.

–Muy bien –dijo Malik con suavidad, cambiando de estrategia–. Gracias por aclararnos un poco los horarios, Jack, nos has sido de mucha ayuda. ¿Puedes decirnos qué hiciste tras encontrar el cuerpo de tu marido?

–Ya se lo he dicho. –La voz me temblaba pese a todos mis intentos por dominarla–. Intenté moverlo. Intenté levantarlo y, cuando me di cuenta de que era… inútil, me fui al sofá y me quedé allí acurrucada. Y allí estuve durante…, no sé. Puede que unos veinte minutos, quizá más.

–¿No tocaste su ordenador?

–¿Cómo? –La pregunta me sorprendió–. ¡No, claro que no! Su ordenador me importaba una mierda.

–¿No quitaste nada de allí? ¿No echaste nada en falta?

–¿Que si no quité nada, dice? –Mi desconcierto era absoluto–. ¿De qué me está hablando? Era un ordenador de sobremesa, no había nada que quitar. ¿Se refiere a un lápiz USB o algo así?

–A un disco duro –terció Miles con una sonrisa que pretendía alentarme, como si interpretara el papel de poli bueno frente al de Malik de… yo qué sé. De poli ridícula de cojones–. ¿Te llevaste el disco duro de Gabe, Jack?

–¡No! ¡Claro que no! –Me quedé mirándolo, intentando leer su expresión–. No toqué su ordenador. Un momento, ¿me está diciendo que falta el disco duro?

–¿Y el cuchillo de cocina? –preguntó ahora Malik desde el otro lado de la mesa. Me volví hacia ella, aturdida por ese giro tan abrupto.

–¿Cuchillo de cocina?

–¿Reconoces esto? –Me pasó una fotografía por encima de la mesa y habló a la grabadora–. Le estoy mostrando a Jacintha Cross la fotografía de un cuchillo de cocina grande con un logo en letras japonesas.

Me dio un vuelco el corazón.

Desde luego, lo reconocía. Era…, era nuestro cuchillo. El de Gabe, en realidad, el cuchillo japonés, grande y sólido, que usaba para filetear y descuartizar y que había costado casi trescientas libras. Lo había incluido en nuestra lista de boda a pesar de mis protestas de que era una locura gastar tanto en un cuchillo, a cambio de lo cual había cedido en lo de la ridícula alfombra de falsa piel de oveja que yo quería para el baño, que de inmediato se había quedado apelmazada por las manchas de dentífrico y el agua de la ducha. La alfombra había durado hasta nuestro segundo año de casados, cuando la di por insalvable y la tiré. El cuchillo seguía tan afilado como siempre y se usaba casi a diario.

Así que, en efecto, ese era nuestro cuchillo. Pero estaba cubierto de oscuras manchas cobrizas. Manchas que tenían toda la pinta de ser de…

Noté que se me iba el color de la cara.

–Ese…, ese cuchillo es nuestro. Fue un regalo de boda. ¿Es el…, es el cuchillo que…? –Dejé la pregunta inacabada.

Sentí de pronto un frío glacial… y mucho miedo.

–Para que conste en la grabación, Jacintha Cross ha identificado el… –dijo Malik al mismo tiempo que yo volví a hablar, cortándola.

–He cambiado de opinión. Quiero un abogado.

Miles y Malik cruzaron la mirada y Malik asintió.

–Muy bien. No hay problema, Jack. Entrevista suspendida a… –levantó la vista hacia el reloj– las once y diecinueve de la mañana. –Se oyó el clic

de parada de la grabadora y la subinspectora se levantó y estiró la espalda–. Voy a encargarme de tu petición. ¿Te parece bien esperar aquí?

Asentí, pero la verdad era que no me parecía bien. Nada más lejos. Debería haber acudido con un abogado. Desde el principio. Dios, ¿qué había hecho? Volví a oír la voz de Hel: «Repite conmigo: Hel siempre tiene razón».

–¿Tienes ya a algún abogado al que desees llamar? –me preguntó Malik–. Si no, podemos asignarte uno.

–Sí –contesté. Me devané los sesos intentando recordar el nombre. Se lo había dicho a Hel en la puerta de la comisaría, pero el *shock* parecía haberme vaciado el cerebro–. Melanie…, por Dios, ¿cuál era el apellido? Melanie Blair, de Westland Law. ¿La conocen?

–Sí, creo que ya hemos tratado alguna vez con ella. Bien. Si me permites, haré unas llamadas. Aguarda aquí.

Salió de la habitación, la puerta se cerró lentamente tras ella y Miles y yo permanecimos en un incómodo silencio. Miles aventuró una sonrisa con la que probablemente pretendía mostrarme su apoyo, aunque le salió más bien como una mueca nerviosa, y yo no fui capaz de devolvérsela. Lo último que me apetecía era sonreír. Nuestro cuchillo. ¡Nuestro cuchillo! ¿Qué significaba eso? ¿Dónde lo habían encontrado? Recordé que me habían tomado las huellas dactilares la noche en que murió Gabe y, en aquel momento, supuse que era para descartarlas de entre las que encontraran en la escena del crimen. Ahora, aquella acción tan sencilla había tomado un sesgo mucho más siniestro.

Llevábamos allí sentados unos diez minutos cuando Malik regresó y asomó la cabeza por la puerta. Miraba a su colega, no a mí.

–Al, ¿puedes venir un momento?

–Claro. –Miles se levantó, me dirigió otra sonrisa algo torpe y salió de la habitación, en la que me quedé sola e intentando dilucidar qué significaba todo aquello. ¿Era una sospechosa en firme? Pero ¿cómo era eso posible? ¿Por qué? Seguro que podían determinar que Gabe había muerto mucho antes de que yo llegara a casa.

¿O no era así? Caí en la cuenta de que no sabía con cuánta precisión puede establecerse la hora de un fallecimiento. Resultaba perfectamente admisible que yo hubiera llegado a casa a las tres. No tenían más argumento que mi palabra para probar lo contrario. ¿Podían determinar con seguridad, cuatro o cinco horas después, si alguien había muerto a las dos o a las tres? De repente, ya no estaba tan segura y deseé más que nunca haber llamado a la policía en el mismo momento en que crucé la puerta y vi la sangre de Gabe en el suelo.

El teléfono prestado vibró en mi bolsillo y lo saqué. Era otro correo, pero de un remitente que no reconocí. Seguros Sunsmile S. L. Asunto: «Importante: documentación adjunta». ¿Sería alguna prueba de

penetración que Gabe había programado y olvidado anotar en la agenda?

Más por distraerme de la espera angustiosamente silenciosa que porque de verdad pensara que era importante, hice clic para abrir el correo:

> Estimada señora Cross:
>
> Me complace confirmarle que su seguro de vida conjunto con el señor Gabriel Medway se ha activado.
>
> Le rogamos que lea con atención la programación de la póliza que se adjunta, pues recoge exclusiones y condiciones relevantes de su cobertura, y que la conserve en lugar seguro porque será necesaria en caso de reclamar su aplicación.
>
> Su cobertura se inició el día de su primer pago, el 1 de febrero, y se renueva anualmente cada aniversario de la póliza.
>
> Enhorabuena por elegir la paz de espíritu que solo Sunsmile puede brindarle.
>
> Sue
> Seguros Sunsmile

Pero ¿qué…? Esto no tenía sentido. Yo, desde luego, no había contratado ninguna póliza de seguro de vida. ¿Lo había hecho Gabe? Pero entonces me lo habría dicho. Nunca nos habíamos preocupado de estas cosas. No necesitábamos seguro para la casa; la habíamos pagado al contado con los ahorros de Gabe y mi parte del dinero que Hel y yo habíamos heredado de nuestros padres. Además, por ser trabajadores por cuenta propia, la mayoría de los planes de protección de ingresos no nos cubrían, así que la cobertura por pérdida de empleo o el subsidio por enfermedad no eran una opción factible. En cuanto al resto, la probabilidad de que uno de los dos muriera parecía, al menos hasta hacía un par de días, tan remota que se nos antojaba ridícula. Siempre nos habíamos dicho que sería diferente cuando tuviéramos niños. Entonces, se habría impuesto como la opción más responsable, para protegerlos si ocurría algo, por improbable que fuera. Pero, hasta que ese momento llegara, pagar las primas sería un despilfarro.

¿Se trataba de un correo basura? ¿De alguna extraña modalidad de *phishing*? Por un instante consideré la posibilidad de contestar para averiguar más, pero al mirar los datos del remitente, a pesar de la firma al pie personalizada, vi que en la dirección solo había un genérico *noreply*. Resultaba bastante posible que Sue ni siquiera fuera una persona real.

Al final del correo se adjuntaba un PDF y, a pesar de mis recelos y la voz de Gabe en mi cabeza advirtiéndome sobre los adjuntos desconocidos, hice clic en él.

El texto, ya de por sí pequeño, resultaba casi imposible de leer en la

diminuta pantalla del teléfono, pero conseguí descifrar las primeras líneas.

Según aquello, Gabe y yo habíamos contratado un seguro de vida en favor del otro. Y el pago era de un millón de libras.

Se me cayó el teléfono. Golpeó contra el embaldosado con un estrépito que me hizo dar un brusco respingo, a punto de tener un ataque de nervios, y empecé a manotear para recogerlo mientras me oía jadear.

Era imposible. Aunque Gabe hubiera contratado algo, lo que resultaba improbable, ¿cómo iba a valer un millón de libras? La suma era descabellada, casi el doble de lo que valía nuestra pequeña vivienda. Mucho, muchísimo más de lo que necesitábamos para vivir, cualquiera de los dos.

No, si esto era real, y tenía visos de serlo, solo había una explicación posible. Este enredo era obra de otra persona. Mejor dicho, esa persona intentaba enredarme a mí.

Me estaban tendiendo una trampa.

La idea resultaba casi increíble y, mientras seguía mirando la pantalla del teléfono, todavía no podía acabar de creérmelo, aunque parecía la única explicación factible. Pero ¿cómo se había hecho? ¿Y por qué?

No podía responder a ninguna de esas dos preguntas. En cambio, sí me asaltó una idea que me provocó un enloquecido torrente de adrenalina: la policía tenía mi teléfono. Lo que significaba que tenían acceso a mi cuenta de Gmail. Lo que, a su vez, significaba que yo solo disponía de unas horas, quizá de minutos, antes de que vieran ese mismo correo.

Estaba obligada a enseñarle este correo a Malik, a darle mi versión de la historia antes de que quienquiera que tuviese el teléfono sumara dos y dos y le diera cinco.

Me levanté, en un estado tal de ansiedad que sentía un hormigueo eléctrico en la piel, y me dirigí a la puerta. Cuando la abrí, no vi a nadie afuera, y estaba a punto de sacar la cabeza para gritar el nombre de Malik cuando de nuevo oí la voz de Hel en mi mente, su tono de advertencia: «Si siempre sospechan de los cónyuges es por algo. Tú tenías los medios y tuviste la oportunidad. Lo único que les falta para acusarte es un móvil. Así que, por favor, cuídate mucho de darles uno». Joder. ¡Joder! No tenía ni idea de qué hacer. ¿Sentarme pacientemente a esperar a la abogada? Pero, si mientras tanto descubrían el correo, daría muy mala impresión que yo no se lo hubiera mencionado.

No. Tenía que enseñárselo a Malik ahora, ya mismo. Al fin y al cabo, yo no había hecho nada malo. Si me daba prisa, si hablaba antes de que sus colegas se toparan con el correo, podía confiar en que escucharía mi versión de la historia. «Claro, claro, porque ya ves lo bien que te fue la última vez que confiaste en la policía», dijo una voz sarcástica en mi cabeza, y esa voz no era la de Hel, sino la mía propia.

Pensé en la última vez que los había llamado –a esta misma fuerza policial, de hecho– para denunciar a mi novio, un agente en activo, por violencia doméstica. No solo no me habían escuchado ni redactado siquiera el atestado, por lo que yo sabía, sino que habían hecho algo peor: tomar represalias. Empezaron a aparecer multas en mi buzón por aparcar en lugares en los que nunca había estado. Fui víctima de controles «aleatorios» con el coche a las horas más inusuales, obligada a ir a comisaría cuando encontraban las ganzúas en mi bolsa e interrogada durante horas hasta que podía demostrar que no era una ladrona. Recibía llamadas telefónicas de madrugada y, al contestar, colgaban. Se me denegó el seguro del coche porque mi vehículo figuraba como robado. Y todo eso había comenzado justo cuando delaté a Jeff Leadbetter ante sus colegas, y a estos les faltó tiempo para irle con el cuento.

Y, de acuerdo, Malik no era Jeff. Ni siquiera formaba parte del cuerpo cuando yo lo había denunciado, al menos que yo supiera. Pero esta vez el peligro era muchísimo mayor que el que podría acarrear una ruptura sentimental. Si esto se torcía, podía terminar en la cárcel durante el resto de mis días, y el asesino de Gabe saldría impune.

«Lo único que les falta para acusarte es un móvil. Así que, por favor, cuídate mucho de darles uno».

Todavía estaba intentando decidirme cuando oí la voz de Malik en el pasillo y volví a meterme a toda prisa en la sala de interrogatorios, con el corazón alborotado.

–… sé, pero creo que deberíamos arrestarla –oí. La voz sonaba débil, pero cada vez más cerca y acompañada de un repique de tacones.

–Sí, bueno, sus huellas están en el cuchillo, pero sigue pareciéndome… –comenzó a decir Miles, pero Malik lo interrumpió, impaciente.

–El cuchillo es lo de menos, Al… Está todo lo demás. –Los pasos se habían detenido, como si Malik se hubiera parado a medio pasillo para argumentar mejor–. Las horas que nos ha dado huelen a chamusquina, el teléfono estaba «oportunamente» apagado y no podemos rastrear sus movimientos y, lo peor de todo, se espera casi una hora antes de llamar al 999.

–Ya, es solo que… –Miles hizo otra tentativa, pero Malik estaba lanzada.

–Por no mencionar el informe inicial de los peritos de la Científica, que no ven ningún indicio de que forzaran la entrada. Explícamelo.

–El asesino podría haber llamado al timbre –arguyó Miles, sin demasiado convencimiento, y Malik soltó un bufido.

–¿Tú crees que la víctima dejaría entrar a un desconocido y luego se sentaría tranquilamente con los auriculares puestos mientras le cortaban el cuello? Era un tanque de tío. Ni hablar, lo siento. No me lo trago. Voto por arrestarla ahora mismo. Punto.

–¿Y cómo cuadra eso con el principio de necesidad? –rebatió Miles–. Es decir, ¿qué ha cambiado realmente desde la otra noche? Si el jefe creyó entonces que no cumplía los requisitos mínimos, no veo que hoy haya nada diferente. Conclusión: ella no ha cambiado en nada su versión y no hay riesgo de fuga, ¿no? Está cooperando. Se ha presentado voluntariamente.

–Llámalo sentido arácnido o como quieras, pero no me fio de ella. Siempre tiene una excusa demasiado oportuna para todo; el teléfono se queda sin batería, luego se «pierde» al volver a casa –casi podía visualizar el gesto de poner comillas– y, para rematar, esa supuesta lipotimia o lo que sea que, según ella, le pasó cuando por fin entró en casa. No, perdona, Al, pero todo eso junto es demasiado. No me trago el papel de pobrecita viuda. Voy a hablar con Rick antes de que venga su abogada.

–Bueno, tú eres la jefa –dijo Miles, y, por su tono, me lo imaginé encogiéndose de hombros–. ¿Quieres un cafelito antes de volver a entrar?

–No, gracias, estoy bien. Quiero pillar a Rick antes de que salga a comer, a ver si me da luz verde. La abogada ha dicho que no llegará antes de media hora, así que no tenemos prisa.

–Muy bien. Solo voy a preguntarle si necesita algo y luego nos vemos en la sala de interrogatorios. ¿Te parece?

Malik debió de hacer algún gesto de asentimiento y luego volví a oír pasos, cada vez más cerca.

Volví con sigilo a mi asiento, con el corazón disparado, intentando descifrar qué significaba todo aquello.

Alguien trataba de endilgarme el asesinato de Gabe. Algo así tenía que ser. Por lo que Malik acababa de decir –ningún indicio de entrada forzada, ninguna prueba de que hubiera un intruso–, aquí no se habían confundido de persona ni se trataba de un robo que se había desmadrado. Esto era una ejecución, llevada a cabo por alguien lo bastante bueno para forzar la entrada y matar a Gabe sin dejar pruebas, y ahora intentaban borrar su rastro incriminándome a mí. Y, a menos que cometieran un error, cosa que no habían hecho hasta ahora, todo dependería de si Malik me creía cuando le dijera que yo no había contratado esa póliza.

Me temblaban las manos. Me acordé de mis inicios como *pen tester*, del tembleque que siempre me entraba antes de cada trabajo. Me acordé de Gabe arrodillado frente a mí: «Inspira por la nariz, tres, dos, uno…; espira por la boca, tres, dos, uno. Inspira por la nariz, tres, dos, uno…; espira por la boca. Vamos, puedes hacerlo».

Me encontré respirando despacio, entre estremecimientos, con los dientes apretados para contener el pánico. «Piensa, Jack, piensa. Vamos, puedes hacerlo».

Muy bien. De modo que en Malik no podía confiar. Había dejado bien claro que solo esperaba encontrar pruebas de mi culpabilidad…, y, si le enseñaba el correo, se las estaría sirviendo en bandeja. ¿Y si borraba el correo? Eso lo eliminaría del servidor y me daría algún tiempo, al menos hasta que la abogada llegara; pero no había duda de que ya me tenían en el punto de mira. Casi con toda seguridad habrían configurado algún tipo de copia de seguridad en mi teléfono para evitar que yo borrara cualquier dato incriminatorio. Es lo que Gabe habría hecho, no tenía la menor duda. Y de Gabe había aprendido también que nada se borra del todo, que no basta con pulsar «eliminar» y vaciar la papelera de reciclaje. Si la policía iba a por mí, revisarían con lupa el teléfono hasta dar con algo.

Por otro lado, si ya habían visto el correo y me pillaban borrándolo del servidor…, en fin, eso poco menos que sería mi fin. Parecería que estaba tratando de destruir pruebas. Así que no, eso descartado. Sería un suicidio.

Pero quedarme allí sentada con el correo acechando en mi bandeja de entrada, esperando a que alguien lo leyera, parecía igual de imposible. Era como una cuenta atrás hasta que me arrestaran. Y, si eso ocurría, no tenía la más mínima confianza en que Miles y Malik encontraran al asesino de Gabe. Para Malik, yo ya era culpable; el correo sería el último clavo de mi ataúd. Podría haber sobrellevado, o casi, que me arrestaran por algo que no había hecho, o incluso que me juzgaran por ello, pero lo que no podía soportar era pensar que el asesino de Gabe siguiera por ahí suelto, libre y riéndose de Gabe y de mí. Cuando mi caso llegara a los tribunales, con independencia del veredicto, lo más probable era que quien hubiera hecho esto estuviera ya fuera del país, borrando todo rastro suyo e imposibilitando para siempre que se hiciera justicia.

No había más. Dos opciones: entregar ya el correo a Malik o esperar a que lo encontrara, y en ambos casos el resultado casi seguro era que el asesino de Gabe quedaría libre.

Aunque también podría… La idea se me apareció como algo imposible. ¿Podría simplemente… irme? Después de todo, no estaba arrestada. De momento. Yo me había…, ¿cómo lo había dicho Miles?, «presentado voluntariamente». Pero entonces recordé las palabras de Malik al comienzo de la entrevista: «No estás bajo arresto y puedes marcharte cuando desees. Sin embargo, podría tomarse la decisión de arrestarte llegado el caso si optaras por marcharte sin realizar la entrevista».

Eso, eso era lo que había querido decir, una amenaza velada. Estás aquí voluntariamente, pero te arrestaremos si intentas irte.

Joder. ¡Joder!

«Inspira por la nariz, tres, dos, uno… Vamos, puedes hacerlo». Solo que, en este caso, no podía. No podía en absoluto. Estaba temblando, sin

ningún control. Ojalá, ojalá Gabe hubiera estado allí, susurrándome al oído por el auricular, o mejor aún, sentado a mi lado, en carne y hueso, cálido e inefablemente tranquilizador. Pero no era así. Yo estaba sola. Y no tenía ni idea de qué hacer.

Estaba allí sentada con la cabeza entre las manos, tratando de dilucidar mis opciones, cuando el picaporte de la puerta giró y la cara sonriente de Miles asomó por la abertura.

–Hey, Jack, perdón por el retraso. Intentábamos dar con tu abogada. Está de camino; llegará dentro de unos veinte minutos. ¿Te apetece beber algo? ¿Té? ¿Café?

–Pues… –Tragué saliva, esperando que mi rostro no delatara el torbellino de emociones que me agitaban. «Tómatelo como si fuera un trabajo, esto es solo un trabajo más. Estás interpretando un papel»–. Eeeh, sí, muchas gracias. Un té estaría bien. –Miles asintió y ya se estaba dando la vuelta cuando tuve una idea–. Descafeinado, si tienen. O mejor un té de menta. Pero no se preocupe si no tienen. Normal también está bien.

Miles se quedó dudando.

–Vale, no sé si tendremos, pero ahora lo miro.

Dejé escapar un suspiro entrecortado cuando cerró la puerta. No me apetecía ningún té y, desde luego, me daba igual que fuera o no descafeinado, pero había depositado mi confianza en el amable y bienintencionado Miles para conseguir lo que quería, e incluso unos pocos minutos de demora, mientras les preguntaba a sus compañeros si alguien tenía té de menta, serían unos pocos minutos a mi favor.

Porque de un modo u otro mi mente había alcanzado una comprensión inequívoca, una certeza fría e indoblegable.

Yo no iba a esperar allí a que me arrestaran por un delito que no había cometido. Lo que iba a hacer era largarme.

Me obligué a sentarme muy quieta mientras oía los pasos de Miles alejándose por el pasillo. Cuando dejaron de oírse, me levanté y me dirigí a la puerta. El corazón me martilleaba en el pecho, pero me forcé a respirar por la nariz y espirar por la boca. Esto era solo un trabajo más. Yo había hecho lo mismo cientos de veces, ¿o no?

Ensayé mentalmente lo que diría si alguien se encaraba conmigo. Si Malik o Miles me pillaban, diría que estaba buscando el baño. Si era otra persona, le daría un nombre falso. Kate era una buena opción. Sin apellido, a menos que me instaran a decirlo, pero había por ahí muchas Kates de mi edad y siempre existía una alta probabilidad de encontrar una en cualquier organización. Para cualquier otra cosa, tendría que improvisar. No llevaba un atuendo lo bastante formal para pasar por abogada ni tenía a mano mi material habitual de trabajo. Todo

dependería de lo que encontrara en comisaría y de mi capacidad para librarme con engaños de cualquier situación problemática.

Miles había girado a la izquierda, Malik presumiblemente a la derecha; pero, a juzgar por la charla anterior, Malik había ido a buscar a un colega, lo que significaba que muy probablemente estaría encerrada en algún despacho, mientras que Miles podía regresar en cualquier momento con el té. Además, yo había venido por la derecha, así que esa era mi mejor opción para encontrar la puerta principal.

Doblé a la derecha. Por el pasillo iba encontrando una sucesión de salas de interrogatorio, despachos y puertas cerradas. Caminé con paso rápido y decidido, con la chaqueta colgada del brazo y procurando parecer alguien que estaba donde tenía que estar, una persona que iba a un sitio concreto y tenía que ver a alguien.

A la izquierda en la esquina. Recto por delante de una especie de vestuario. Luego, una bifurcación en la que tenía que girar a… Maldita sea, no me acordaba. Dudé, tratando de recordar el camino que antes había recorrido con Malik. Por lo general, en mis trabajos, prestaba la máxima atención al diseño del edificio, pero una hora antes ni se me habría ocurrido pensar que acabaría en esa situación y por eso no me había esforzado por recordar la ruta. Cerré los ojos, intentando visualizar cada giro que habíamos hecho. Por delante del mostrador de recepción. Luego por una puerta. A continuación, por un pasillo que pasaba por delante de una sala de fotocopias y después… ¿a la izquierda? Sí, a la izquierda. Lo que significaba que ahora debía girar a la derecha.

Giré, seguí a buen paso por el pasillo desierto y mi corazón dio un pequeño brinco de alegría cuando, a través de una puerta abierta, vi la fotocopiadora. Iba por buen camino. Casi era demasiado fácil. Unos pocos minutos, quizá menos, y estaría ya al aire libre.

Y entonces llegué a la puerta.

Recordaba haberla cruzado en sentido contrario, pero recordé también algo más: a Malik tocando algo a la izquierda del umbral. En aquel momento no le había dado ninguna importancia, dando por supuesto que había apretado algún botón de apertura, pero ahora lo vi: un lector de tarjetas beis. Malik debía de llevar algún tipo de llavero remoto o tarjeta, y eso era con lo que había tocado el lector. Mierda. ¡Mierda! Había un botón de alarma contraincendios con el rótulo de «romper el cristal», lo cual podría desbloquear la puerta por razones de seguridad, pero era una apuesta muy arriesgada, demasiado para mí. Si hacía saltar la alarma, todos los agentes del edificio vendrían hacia esta salida… y hacia mí.

¿Qué podía hacer? Si hubiera llevado mis herramientas, podría haber intentado forzar la placa metálica de las tarjetas, que parecía un sencillo contacto electromagnético, pero no llevaba encima más que la ropa con la que iba vestida. ¿Había algún otro camino o una puerta trasera? Los

arrestos eran gajes del oficio para los *pen testers* y, por las pocas ocasiones en que me habían llevado a un puesto de policía, sabía que las salas de detención eran extraordinariamente seguras, pero el resto del edificio no solía ser precisamente Fort Knox. Cuando salía con Jeff, por ejemplo, la comisaría en la que trabajaba…, pero aparté ese pensamiento de mi mente. Ahora no podía ponerme a pensar en Jeff. Encontrarme con él sería la única forma en que esta situación podría empeorar.

De pronto oí pasos, el golpeteo de unos zapatos femeninos acercándose a la esquina del pasillo. ¿Debía aguantar allí? ¿Intentar cruzar la puerta pegándome a su espalda? Pero a lo mejor era Malik, en cuyo caso estaría perdida. Permanecí indecisa durante lo que me pareció una eternidad, aunque probablemente no serían más de uno o dos segundos, hasta que en el último momento me faltó valor y me escondí en la sala de la fotocopiadora, donde permanecí inclinada sobre la máquina mientras la persona en cuestión pasaba a mi espalda. No era Malik. No pude ver bien quién era, pero por su figura deduje que era alguien mayor y con más peso. La mujer se detuvo en la puerta y oí el clic cuando el lector se activó, tras lo cual cruzó al otro lado.

Maldita sea. Vaya mierda. Debería haber seguido mi instinto y probar a colarme tras ella. Lo había hecho bastante a menudo en diferentes trabajos, aduciendo que mi pase no funcionaba o simplemente pasando como si tuviera mucha prisa. Nueve de cada diez veces salía bien. Pero ahora me jugaba mucho más y ese diez por ciento de probabilidades de que me pillaran había sido el motivo de que me faltara valor.

Soltando el aire con un estremecimiento, eché un vistazo por aquel cuartito de la fotocopiadora buscando algo que pudiera servirme, lo que fuera. Una tarjeta olvidada era demasiado pedir, pero un plano de evacuación en caso de incendio no parecía tan descabellado, y a lo mejor indicaba otra salida.

Tampoco había plano. En cambio, mis ojos se iluminaron al ver algo casi igual de bueno: un rotulador, un grueso y sólido marcador permanente.

Lo cogí, regresé al pasillo y, tras mirar a un lado y al otro para asegurarme de que nadie miraba, puse el rotulador de pie en la parte de abajo de la puerta, con la punta apoyada contra la esquina que formaban la jamba y la misma puerta. Gracias a Dios, me hallaba en el lado interior de la puerta, pues hacer este truco desde fuera resultaba mucho más complicado.

Retrocedí de nuevo hasta la fotocopiadora, doblé una hoja de papel de modo que tuviera la forma y el tamaño de una tarjeta de crédito y esperé. Y seguí esperando.

No habrían pasado más de tres o cuatro minutos desde que había salido de la sala de interrogatorios, pero era angustiosamente consciente

de que Miles no tardaría en volver, si no lo había hecho ya. Pongamos un par de minutos hasta que hirviera la tetera; otros sesenta segundos para remover la bolsita de té y encontrar la leche. Si se había molestado en buscar té descafeinado, eso podría darme un par de minutos más, pero no podía apostar a que así fuera. Y si regresaba y se encontraba la sala vacía, entonces, ¿cuánto tardaría en dar la alarma? ¿Sesenta segundos? No, ya había tratado antes con gente como Miles y no eran tan expeditivos. Malik sí, en caso de encontrarse la sala vacía, tendría a todo el mundo en alerta roja en un decir Jesús. Pero Miles… no. No era de esa clase, sino del tipo inseguro de sí mismo, de los que nunca se saltaban la cadena de mando. Lo que significaba que probablemente buscaría primero a Malik, para asegurarse de que no me hubiera llevado a la sala de detención. ¿Y después? Bueno, con un poco de suerte, me daría el beneficio de la duda e iría a buscarme a los baños, pero de eso no había garantía y, en cuanto encontrara a Malik, estaba claro que el juego habría acabado. Malik parecía de las que actúa primero y pregunta después.

Todavía estaba sopesando mis opciones cuando volví a oír pasos, esta vez de un hombre, acercándose con decisión por el pasillo. No era Miles, sino alguien con zapatos más sólidos y paso más asertivo. Un agente de uniforme pasó por delante del cuarto de fotocopias y luego oí el golpecito de la tarjeta contra el lector y la puerta que se abría. Pero cuando se deslizó para cerrarse no oí el clac del pestillo al encajar de nuevo en su sitio. El sonido fue bastante diferente, como el crujido de un objeto de plástico.

Esperé a que el policía se diera cuenta del ruido y se agachara para examinar el suelo…

«Inspira por la nariz, tres, dos, uno…».

Nada. Solo un ruido de pasos que se alejaban.

Solté el aire, salí del cuarto de la fotocopiadora tan deprisa como osé hacerlo y continué por el pasillo, y esta vez, por supuesto, la puerta se había quedado entreabierta, solo una rendija. El rotulador había caído inadvertidamente en la abertura de la puerta e impedido que esta se cerrara.

Solo por si alguien miraba, toqué el lector con mi hoja de papel doblada como haría cualquiera que tuviese una tarjeta, empujé la puerta y, apartando el rotulador con el pie, crucé el umbral. La puerta se cerró a mi espalda. Conseguido: estaba fuera.

Ahora venía la parte difícil. Estaba muy cerca, pero aún tenía que pasar por el mostrador de recepción. ¿Se acordaría de mí el agente de servicio? ¿Se preguntaría por qué no me acompañaban Malik o Miles?

Al entrar llevaba la chaqueta en la mano, pero ahora me la puse y me envolví la bufanda en el cuello para esconder tanto como fuera posible

mi llamativo pelo rojo. ¿Por qué, Dios mío, por qué no había hecho caso a Gabe cuando me había advertido: «Bueno, desde luego los de la videovigilancia se acordarán de ti»?

Pero ya era tarde para eso. Ahora tenía que caminar deprisa y confiar en que nadie hubiera reparado en mí.

La puerta del aparcamiento estaba cada vez más cerca, y también el mostrador de recepción. No podía ver al agente de servicio porque me lo tapaba la pared del vestíbulo, pero sí veía que había alguien hablando con él, quejándose de algo, a juzgar por sus aspavientos.

–Señor, le ruego que no use ese tono –le oí decir al agente, con voz a medio camino entre cansada y amenazadora.

Apreté el paso hasta el límite de lo que podría considerarse normal y, casi de modo inconsciente, me desvié hacia parte derecha de la zona de recepción, dentro del ángulo muerto de videovigilancia que había detectado al entrar. «Inspira por la nariz, tres…, dos…, uno… Espira por la boca, tres…, dos…, uno…».

Había llegado casi a la puerta.

–Perdone –oí decir en tono indignado a mi espalda, y tuve que luchar con todas mis fuerzas contra el impulso de girarme para comprobar si el agente se dirigía a mí–. Perdone, pero tendré que pedirle que se vaya si…

No era yo. No me estaba hablando a mí. Tenía ya la mano en la puerta, empujé para abrirla… y ya estaba fuera, en el aparcamiento, con las rodillas temblorosas y los músculos flojos de puro alivio.

Sentía una necesidad apremiante, avasalladora, de llamar a Hel, pero sabía que no tenía tiempo de hacerlo. Había que largarse de allí. Ya la llamaría desde un taxi si era necesario. Crucé al trote el pequeño aparcamiento en dirección a la calle, repasando mentalmente mis opciones. Un Uber, descartado. No lo tenía configurado en el teléfono prestado y, además, podía rastrearse demasiado fácilmente. Entonces un taxi. Ahora había que rezar para que parara alguno. ¿Llevaba dinero encima? Me vino el recuerdo de Hel poniéndome dos billetes en la mano, de mí misma guardándolos en la carcasa del teléfono… «Hel siempre tiene razón». Manda narices, ya lo creo que la tenía. Si salía de esta, nunca más pasaría por alto sus consejos.

Se acercaba un taxi con la luz amarilla encendida. Le hice señas con la mano, procurando no parecer alguien que quiere huir. Al explicitar esas palabras en mi mente por primera vez, la realidad de mi situación se me hizo patente. Dios mío, ¿qué había hecho?

–Hola –dije algo jadeante cuando el taxi paró frente a mí–. Hola, gracias, ¿podría llevarme a…? –Me interrumpí. Mierda. ¿A dónde? Tenía que salir de Londres, pero antes necesitaría ropa, comida y, lo más importante, dinero. Hel era el recurso más evidente, pero la policía esperaría que yo fuera a verla y no sabía de cuánto tiempo podría

disponer. Lo que de verdad quería era coger la mochila para emergencias que tenía en mi propia casa, pero eso sería un suicidio.

¿O no?

–Venga, bonita –dijo el taxista, algo impaciente–. ¿Vas o vienes?

–A…, eeeh…, Salisbury Lane –dije, decidiéndome y metiéndome en el taxi. ¿Me había vuelto loca?–. En Greenwich. ¿Lo conoce?

–Sí, lo conozco –contestó el taxista, y se metió en el tráfico. Cuando arrancó, me vi mirando atrás, hacia la comisaría, conteniendo la respiración, como si en cualquier momento los coches patrulla fueran a salir en tropel del edificio con las luces azules encendidas, pero no ocurrió nada.

Me recliné en el asiento trasero e intenté decidir si de verdad podía hacer algo tan arriesgado como lo que tenía en mente.

Sin embargo, cuanto más lo pensaba, más convencida estaba de que la idea no era tan descabellada. Sí, había riesgo, pero tampoco tan desmesurado. Lo más probable era que hubiera un agente en la puerta, pero por esa misma razón era el último lugar al que la policía esperaría que fuera. Casi con toda seguridad, su primera parada sería Hel, quien les contaría la verdad: que me había dejado en comisaría. Después…, bueno, después supongo que empezarían a buscar en otros lugares. Quizá incluso rastrearan mi teléfono prestado. Pero, con suerte, para entonces yo ya habría entrado y salido.

Metí la mano en el bolsillo, apagué el teléfono y me incliné hacia delante para hablarle al taxista.

–Mire, le he dicho Salisbury Lane, pero donde en realidad quiero ir es a Salisbury Gardens, ¿lo conoce?

–Eeeh… –El taxista se rascó la cabeza, pensando–. ¿Es esa especie de callejón sin salida que hace esquina con Salisbury Lane? ¿El que tiene un pub al fondo?

–Ese mismo. ¿Podría dejarme allí?

–Por supuesto. A mí me da igual.

–Y si no le importa evitar pasar… –Me interrumpí. Iba a decir «evitar pasar por el final de Salisbury Lane», que era donde estaba mi casa, pero de pronto me pareció una estupidez. Estaba en un taxi. La policía no iba a reparar en nadie que pasara por allí en taxi y eso podía permitirme reconocer el terreno, ver si los de la policía científica seguían examinando la casa.

–¿Sí? –inquirió el taxista, y yo negué con la cabeza.

–No importa. Perdone, iba a decir una tontería. Usted continúe.

–Vaya, que pitando para casa antes de que nos convirtamos en calabaza, ¿eh? –dijo el taxista riéndose, y yo asentí. Pero no me reí con él. A casa, sí, pero no sabía muy bien quién habría allí esperándome.

Quizá diez o quince minutos después, el taxi entró en Salisbury Lane y, por un fugaz instante, reviví con un realismo casi insoportable la última vez que había doblado esa esquina, cansada después de una larga noche hablando con la policía, contenta de estar ya tan cerca de casa, sin la más mínima sospecha de lo que allí me iba a encontrar.

Mientras el coche aminoraba la marcha, salvando con cautela los badenes, miré por la ventanilla hacia mi casa, intentando discernir cualquier movimiento que hubiera en el interior. Y no había ninguno, al menos que yo pudiera ver. Las cortinas estaban echadas; la puerta, cerrada, y no había signos de presencia policial por ningún lado, salvo por el coche patrulla aparcado frente a la fachada, con una oscura figura al volante. O habían terminado su examen de la escena del crimen o estaban esperando a que llegara un equipo especializado.

En la casa no había luces encendidas, pese al día gris y deprimente, y el resto de los coches aparcados en la calle podía reconocerlos por ser de nuestros vecinos. Solté aire. «Espira, tres, dos, uno…».

–¿Aquí va bien? –La voz del taxista interrumpió mis cavilaciones mientras giraba el volante para entrar en Salisbury Gardens, y yo sentí que los nervios me removían el estómago.

–Sí, perfecto. Muchas gracias. ¿Cuánto le debo?

–Veintidós libras con cuarenta y cinco. Dejémoslo en veintidós.

Le entregué los billetes de Hel.

–¿Podría darme cambio de cinco libras?

El taxista asintió y contó las monedas. Me las metí en el bolsillo, salí del taxi y eché a andar con el corazón desbocado por Salisbury Gardens, en dirección a los garajes de bastante mala fama que había al fondo. A la derecha de los garajes había una callejuela llena de maleza que en el pasado utilizaban los basureros, antes de que empezaran a colocar contenedores con ruedas en los jardines delanteros. Ahora estaba atestada de zarzales y ortigas, pero resultaba más o menos practicable, pues aún pasaba bastante gente en bicicleta o a veces con juegos de exterior para niños, de modo que se mantenía relativamente despejado.

A la entrada había una verja cerrada con un candado cuya combinación yo supuestamente debía saber pero había olvidado. En cualquier caso, no me sería difícil saltarla. Seguramente nadie me vería y, si alguien lo hiciera, tampoco andaría quejándose. No vivíamos en esa clase de vecindario.

Las casas eran muy diferentes por la parte de atrás y me llevó más de lo esperado encontrar la nuestra, hasta el punto de que casi pensé que me había pasado de largo, aunque no me explicaba cómo. Pero, de repente, ahí estaba: la pared pintada de blanco, el pequeño cuadrado de césped con algunas calvas, los espinosos rosales trepadores que yo había plantado, más por seguridad que porque tuviera un gusto especial por las

flores. Habían crecido desde entonces y ahora ocupaban todo el muro del jardín, un efectivo elemento de disuasión para cualquiera que intentara escalarlo. Maldiciendo mi yo anterior tan consciente de la seguridad, me quité la chaqueta –tiritando por el crudo viento de febrero que eligió ese momento para soplar por la callejuela– y, tras encaramarme al muro, la utilicé para amortiguar con bastante efectividad el tapiz de rosales. No ayudó mucho, pero sí lo suficiente, aunque todavía sentí cómo las espinas se me clavaban profundamente en las manos cuando trepaba hasta quedar en cuclillas sobre el muro.

Descendí con sigilo al jardín, recuperé la chaqueta y de inmediato me escondí tras la mesa de la terraza, con el corazón acelerado por si alguien me había visto. Pero ningún policía asomó la cabeza por la puerta trasera y, pasados unos minutos, me enderecé y me miré compungida las manos ensangrentadas. Nada podía hacer, aparte de sacarme un par de las espinas más grandes, limpiarme la sangre en el trasero de los vaqueros y afrontar el próximo reto: entrar en la casa. Sin mis herramientas ni las llaves, que seguían en comisaría dentro de mi bolsa, no resultaba nada sencillo. Pero lo cierto era que ahí Malik tenía razón: Gabe nunca habría dejado entrar a un extraño para después sentarse con sus auriculares de cancelación de ruido mientras le cortaban el cuello. Así que alguien había forzado la entrada, y sin dejar rastro, de modo que yo también debía ser capaz de hacerlo.

De entrada, ya contaba con dos factores a mi favor: primero, no tenía que preocuparme de la policía científica. Mis huellas y mi ADN ya estaban por toda la casa, así que no había necesidad de llevar guantes ni de cubrir mi ropa. Y, segundo, conocía el diseño de la casa y los puntos débiles.

El problema era: ¿qué puntos débiles? Trabajando en este sector, y con una tonelada de costoso equipamiento informático dentro de casa, lógicamente tanto Gabe como yo éramos muy conscientes de la seguridad, de modo que intentarlo en la planta baja habría sido una absoluta pérdida de tiempo. La puerta trasera tenía una cerradura de embutir y sólidos pestillos, y todas las ventanas eran de doble cerradura, con sensores antirrobo para detectar la rotura del cristal. Yo sabía el código de desbloqueo, por supuesto, pero también sabía que, si bien tras abrir la puerta principal tenías treinta segundos para anular la alarma, romper una de las ventanas la haría saltar de inmediato, y yo necesitaba tiempo suficiente para entrar y subir a la habitación de invitados antes de que el policía apostado frente a la casa irrumpiera sin contemplaciones.

En cambio, el piso de arriba…, ahí había más oportunidad. Tras echar una ojeada a ambos lados de la sucesión de jardines traseros, acerqué una silla de la terraza a la pequeña extensión de la cocina y trepé al tejado plano.

Allí se notaba todavía más el frío y el viento me hizo tambalearme mientras me ponía de pie. Los charcos del tejado estaban helados, de modo que los rodeé con todo cuidado. Un resbalón y todo estaría perdido.

Ante mí tenía la ventana del baño. Estaba cerrada con pestillo, como siempre, pero observé algo sorprendente. El ventilador de extracción de la parte superior de la ventana no estaba girando.

Por lo general, lo dejábamos abierto –el baño tenía tres paredes exteriores y resultaba frío y proclive a las humedades–, así que mantener el extractor en marcha era el único sistema para atajar el moho. En un día ventoso como aquel, debería estar girando rápidamente con un traqueteo, pero las aspas permanecían estáticas y silenciosas. ¿Lo habría apagado la policía? ¿Por qué?

Examiné el ventilador. Era de plástico transparente. Detecté una grieta que atravesaba la parte exterior de la placa de sujeción, una grieta que no recordaba haber visto antes, y eso que había mirado ese extractor cada mañana y cada noche desde que nos habíamos mudado a Salisbury Lane, cada vez que me cepillaba los dientes o me lavaba las manos. Ahora, al mirar con nuevos ojos el extractor, me di cuenta de algo que me provocó un vuelco en el estómago, una extraña mezcla de esperanza y desasosiego.

El extractor estaba suelto.

Quizá hubiera estado siempre así o quizá alguien lo había sacado con herramientas, pero lo cierto era que estaba tan solo encajado en el hueco circular, así que, en cuanto hinqué las uñas bajo los bordes de plástico, la pieza entera salió con facilidad.

A partir de ahí, solo tardé unos segundos en introducir el brazo por la abertura hasta alcanzar el seguro de la ventana, girarlo y bajar la hoja superior, que se deslizó con un chirrido por la madera húmeda.

Ya estaba dentro. Y, a menos que me equivocara estrepitosamente al respecto de esa grieta, el asesino de Gabe había entrado en la casa por ese mismo lugar y, al hacerlo, había roto el extractor.

Esa idea me produjo una momentánea sensación de náuseas. Fuera quien fuera quien le había rajado el cuello a Gabe, casi con toda seguridad yo estaba siguiendo sus pasos, pisando donde él había pisado hacía menos de cuarenta y ocho horas. La última persona en tocar ese extractor y el seguro de la ventana, la última en bajar la hoja y colarse con sigilo por la estrecha abertura como yo estaba haciendo, esa persona había sido quien había asesinado a Gabe.

Por un segundo, mientras descendía hasta el suelo del baño, creí que iba a vomitar. No solo por la conciencia de estar siguiendo el mismo camino que el asesino de mi marido, sino por todo lo demás, por la repulsiva combinación entre la familiaridad del hogar y la terrible

sensación de extrañeza de aquella situación. El baño tenía aún todas mis cosas, el maquillaje desparramado fuera de los envases, el pintaúñas goteando sobre el estante del armarito con espejo. La cera para barba de Gabe estaba junto a la pila y, al verla, se me hizo un nudo en la garganta. Pero al mismo tiempo había polvos para huellas dactilares en el picaporte de la puerta y, al salir al pasillo, vi que en el suelo habían extendido tarimas de plástico para preservar las salpicaduras de sangre y las pisadas. En el aire flotaba un olor punzante y extraño a sustancias químicas, presumiblemente por las toallitas y los espráis utilizados al examinar la escena del crimen. Pero lo peor, lo más nauseabundo, era que aún podía oler la sangre de Gabe, ese hedor metálico a carnicería que me había asaltado nada más cruzar la puerta un par de noches antes.

De súbito, no estaba segura de poder hacer aquello. Me quedé durante un buen rato agarrada a la barandilla, luchando contra el pánico que amenazaba con desbordarme. La ausencia de Gabe nunca me había parecido tan inmensa, tan real como en ese momento. Gabe se había ido. Me había pasado cada momento de vigilia desde su muerte intentando comprender ese hecho tan sencillo, tratando de creérmelo, pero en ese instante, allí, rodeada de nuestras cosas, la conciencia de lo ocurrido me cayó encima como una gran ola, demasiado enorme como para luchar contra ella. Me vi de pronto de rodillas, todavía aferrada a la barandilla, emitiendo un gemido inconsciente. Ese gemido era el nombre de Gabe.

Lo quería tanto… En aquel momento habría dado cualquier cosa, lo que fuera, por oír su llave en la cerradura, su voz llamando por el pasillo: «Cariño, estoy en casa».

Cerré los ojos. «Vamos, cariño, puedes hacerlo».

No podía. No podía en absoluto. No iba a ser capaz.

Pero tenía que hacerlo. Porque nadie más lo haría por mí.

Me arrastré al piso de arriba y, tras una larga y estremecida inspiración, me obligué a ir por el pasillo hasta la habitación que servía a la vez como cuarto de invitados y despacho para mí, intentando concentrarme en lo que debía hacer para largarme cuanto antes.

Aquí resultaba más fácil obviar la presencia de la policía. Estaba claro que habían revisado la habitación muy por encima; faltaba mi ordenador portátil y también varias de nuestras carpetas, pero por lo demás apenas se notaba ningún cambio apreciable. Crucé mentalmente los dedos mientras me dirigía al armario empotrado del rincón. Si lo que buscaba había desaparecido, entonces todo esto habría sido para nada y habría desperdiciado una hora de valioso tiempo.

Sabía exactamente dónde debía estar: en la parte de abajo del armario, medio escondida tras una pila de maletas, una caja de adornos navideños y un tendedor plegable para la colada. Todos esos trastos seguían allí; los saqué, los fui apilando uno tras otro detrás de la puerta y, entonces, se

me escapó un suspiro de alivio. Allí estaba: una poco llamativa mochila de cuarenta litros, la pareja de otra idéntica que teníamos Gabe y yo. Mi mochila para emergencias.

Gabe había tenido una de aquellas mochilas durante años, desde que empezara a trabajar en ciberseguridad. No era raro que recibiera llamadas de pánico de clientes con un «tenemos una emergencia» y tener que correr al coche para pasar un número indeterminado de días y noches examinando registros de servidores. Su mochila estaba llena de equipamiento informático, herramientas de diagnóstico y cables y conectores de repuesto, además de un par de calzoncillos limpios y un bote de su café favorito envasado al vacío.

Las llamadas de última hora no eran tan habituales para los *pen testers* que nos ocupábamos de la parte física y, antes de conocer a Gabe, ni se me había ocurrido tener una mochila de emergencia. Pero Gabe había insistido en que tuviera una, argumentando que nunca sabes qué puede pasar, y ahora le estaba más que agradecida.

La abrí y eché una ojeada al interior para comprobar que todo siguiera allí, pero no parecía que la hubieran tocado. Supuse que la policía se había centrado en la escena del crimen y al resto de la casa no le habían echado más que un vistazo superficial, fijándose solo en lo más obvio. Después de todo, habría tiempo más que de sobra para buscar armas y drogas una vez hubieran terminado de analizar la planta baja.

Hice un rápido y somero inventario de lo que ya sabía que contenía la mochila, portátil y cargador de repuesto, cargador de móvil y un par de mudas de ropa, en esencia el tipo de prendas cómodas y oscuras que solía llevar en las operaciones de trabajo. Tenía también una buena cantidad de herramientas y equipamiento que la policía sin duda habría confiscado de haberlo encontrado, incluyendo ganzúas, varias cuñas y un fajo de credenciales y placas falsas de compañías como Intel, Hewlett-Packard y diversas empresas de limpieza, así como un dispositivo para clonar pases de seguridad. Había también algunas otras cosillas muy prácticas para los largos días y madrugadas que solían ser norma en el trabajo: tentempiés y barritas energéticas, analgésicos, agua y un neceser con artículos básicos de aseo.

Por último, había también una tarjeta de crédito que ahora, probablemente, me sería inútil; y en algún otro momento podía también llegar a haber cien libras en metálico. Por desgracia, Gabe y yo debíamos de haberlas saqueado para pagarnos taxis, porque los billetes ya no estaban allí.

Poco podía hacer al respecto, aparte de maldecir a la Jack que se había gastado ese dinero. Ahora la única pregunta era qué más necesitaba, si es que necesitaba algo. Intenté pensar. No quería añadir demasiado peso ni volumen; la mochila, tal como estaba, era lo bastante pequeña para pasar

por las que la gente se lleva al trabajo cada día, lo que significaba que podía camuflarla en el metro o en una oficina. Si le acoplaba una tienda de campaña llamaría demasiado la atención, además de que resultaría más pesado cargar con ella. Pero en la parte de arriba aún quedaba suficiente espacio para meter algunos objetos básicos. Dentro ya tenía unas gafas falsas, así como un cabestrillo que me había sacado de bastantes situaciones comprometidas. Era increíble lo dispuesta que estaba la gente a ayudar a una mujer con el brazo en cabestrillo, sujetándole una puerta de seguridad abierta para que pasara, introduciendo el código en los teclados y cosas por el estilo. Pero posiblemente iba a necesitar ropa de más abrigo. Lo que había metido estaba pensado para pasar desapercibida en una oficina, no para huir.

En el rellano había un cesto de ropa limpia todavía por guardar, de modo que cogí de allí varios pares de calcetines, algunas camisetas de abrigo y más mudas de ropa interior, así como un forro polar con capucha que podría doblar para que me sirviera de almohada o, en una emergencia, para simular un embarazo.

¿Qué más? ¿El pasaporte? No, no me serviría de nada. Cuando llegara a la puerta de embarque, mi nombre estaría en la lista de personas vigiladas y, además, tenía que quedarme aquí. Mi prioridad absoluta era averiguar lo que le había ocurrido a Gabe, y eso no podía hacerlo desde las Islas Caimán, en el supuesto de que pudiera llegar allí.

Estaba a punto de cerrar la mochila y largarme cuando pensé en algo: la clave privada de Gabe, el código de acceso a su monedero bitcóin. Me había dicho alguna vez dónde estaba, pero no me acordaba. La había escrito en la contraportada de un libro, eso lo sabía, solo que no recordaba de cuál. Mierda. ¡Mierda! ¿Por qué no me había esforzado más por retenerla en la memoria? Cerré los ojos e intenté recordar. Me lo había contado como algo gracioso, de eso también me acordaba. Como un chiste. ¿Dónde esconderías una clave?

La mayoría de nuestros libros estaban abajo, en el salón, y no me veía capaz de bajar, al menos de momento. Temía, o eso me dije, que el agente apostado frente a la casa pudiera ver a alguien moviéndose tras las finas cortinas, pero en realidad no era esa la razón, al menos la única. La verdad era que no estaba preparada todavía para volver adonde había muerto Gabe.

En nuestro dormitorio había un par de muebles librería, así que decidí probar allí primero. Si no había nada, entonces ya vería si me atrevía a bajar al salón.

Se me hizo algo más duro entrar en nuestro dormitorio que hacerlo en el cuarto de invitados. Parecía todo tan normal… Había ropa mía en desorden sobre el pequeño y antiguo sofá colocado al pie de la cama. Los vaqueros de Gabe estaban cuidadosamente doblados sobre el radiador.

Su libro seguía abierto en la mesita de noche, junto con un puñado de calderilla. Incluso el edredón seguía arrugado, tal como lo habíamos dejado por la mañana el día de la prueba de penetración en Arden Alliance. ¿Cuánto tiempo había pasado ya? Hice el cálculo. Una…, dos…, tres noches debían de ser, esa había sido la última vez que había dormido en mi cama, con el cuerpo de Gabe pegado al mío. Parecía haber sucedido en otra vida, como si fuera otra persona la que había estado allí acostada con él, una persona que no tenía el alma escoriada por la pena ni se veía asaltada por recuerdos indeseados cada pocos minutos. Ojalá, pensé, ojalá me hubiera quedado allí con él, con su cuerpo cálido enroscado en torno al mío. Ojalá le hubiera dicho que no me encontraba bien. Ojalá hubiera sabido… Pero no había sido así. Cómo iba yo a saber nada. En otro caso, si me hubiera quedado en casa, acurrucada en el sofá viendo la televisión en lugar de colarme en la sala de servidores de Arden Alliance, entonces quizá nada de esto habría sucedido. O quizá yo estaría muerta también. ¿Sería eso tan malo?

Sabía que tenía que coger lo que necesitaba y marcharme, pero no pude evitar dirigirme hasta el lado de la cama de Gabe y meterme en el espacio donde había estado su cuerpo. Me tumbé y apreté la cara contra su lado de la almohada, y aún olía a él. Olía a Gabe.

Noté las lágrimas amenazando al fondo de la garganta y, en mi fuero interno, supe que lo que estaba haciendo era peligroso. Se me iba a ir la cabeza y la policía me encontraría allí, horas después, todavía abrazada a la almohada de Gabe, tras haber llorado hasta quedarme catatónica. Pero, Dios, es que no quería irme. Si pudiera quedarme solo unos minutos más, con los ojos cerrados, haciendo como si todo marchara bien, como si Gabe estuviera abajo preparando café y fuera a subir en cualquier momento, las tazas sujetas en equilibrio mientras intentaba abrir la puerta del dormitorio con el codo…

Sentí un alarido animal que me subía de lo más hondo, pero lo contuve y me obligué a sentarme, a bajar las piernas por un lado de la cama y a respirar profundamente, sacudida por un estremecimiento.

«Vamos, puedes hacerlo».

«No, no puedo –pensé desesperada–. No puedo, no me veo en absoluto capaz. Y, si resulta que al final sí puedo, no quiero hacerlo; no quiero todo esto sobre mis hombros ni que dependa de mí».

Pero no tenía alternativa. Y sabía que, de haber sido yo la que hubiera estado allí inerte, mi sangre la que inundara el suelo del salón, de ningún modo Gabe se habría acurrucado en mi parte de la cama y se habría rendido. Por nada del mundo. No habría descansado ni un segundo hasta dar con quien lo hubiera hecho y acabar con él.

Gabe no se habría rendido nunca. Así que yo tampoco.

Me levanté.

Su librería se hallaba junto a la cama y aún tenía el vaso de agua de hacía tres noches, un vaso que todavía conservaba la marca de sus labios; pero hice acopio de valor, aparté el vaso y eché una ojeada a los libros, con la cabeza ladeada mientras leía los títulos de los lomos. *La conjura de los necios*, no. *El último teorema de Fermat*, tampoco. *Jardín de cemento*. *El imperio del dolor*. *La música de los números primos*. No, no y no.

Seguí revisando los estantes, cada vez más frustrada a medida que avanzaba por la familiar combinación, tan típica de Gabe, de novelas literarias y no ficción científica. Nuestros gustos nunca habían coincidido demasiado. A mí me gustaban más Neil Gaiman, Ursula K. Le Guin, Robin Hobb…, los básicos del friki de la ciencia ficción y el género fantástico. Lo cual me hacía más difícil recordar el título que había mencionado Gabe. En cualquier caso, no era ninguno de aquellos, eso lo habría jurado.

Pero entonces lo vi. No en posición vertical, sino encajado horizontalmente en el hueco entre los libros y el estante de arriba. Un ejemplar viejo y baqueteado, con esa sobrecubierta cutre de los años sesenta, medio suelta y con algún rasgón.

La llave de cristal, de Dashiell Hammett.

La voz profunda y guasona de Gabe resonó en mis oídos: «Una llave para la clave; no está mal, ¿eh?

Lo extraje con cuidado, porque el papel era viejo y quebradizo y notaba que el pegamento del lomo se estaba agrietando, y lo abrí.

En el interior de la cubierta frontal había tres largos códigos escritos a lápiz con una caligrafía esmerada, cada uno de más de veinte caracteres en los que se mezclaban números y letras.

Una de esas entradas, y no tenía ni idea de cuál, representaba algo más de veinte mil libras, aunque la cantidad fluctuaba tanto que resultaba imposible saber cuánto había allí en un día concreto. Y lo único que necesitaba para acceder a ella eran estos caracteres.

No había tiempo para anotar las series enteras y, por descontado, no me veía capaz de memorizarlas, así que cogí el libro y lo embutí en la parte de arriba de la mochila. Al hacerlo, un ruido procedente de fuera hizo que el corazón me diera un brinco.

Era un ruido que conocía bien; incluso yo misma lo había hecho hacía unas pocas noches. Alguien había golpeado con el pie las botellas de leche de la puerta de casa.

–Joder –oí exclamar en el jardín delantero–. Perdón, me he tropezado con las botellas de leche.

Sonó el chisporroteo de una radio y unas palabras inaudibles atronaron entre un estallido de estática. Al mirar con cautela por entre las cortinas del dormitorio, vi a un policía frente a la puerta, con un móvil en la mano.

Aunque no creía que mi corazón pudiera ir más deprisa, en ese instante noté que los latidos se aceleraban.

–Vale –oí–. Vale, recibido. Voy a entrar, pero estoy seguro de que la chica no estará ahí. Aquí no he visto más que al cartero. Espera. La llave esta cuesta un poco.

Mierda. ¡Mierda! Tenía que salir de allí.

Colgándome la mochila al hombro, corrí lo más rápida y silenciosamente posible por el pasillo, pero estaba apenas a mitad de la escalera cuando oí un segundo giro de la llave en la puerta principal. Por un momento me quedé paralizada, mirando anhelante a la puerta del baño, pero el baño resultaba visible desde la puerta principal, que iba a abrirse en cualquier momento. Así que me di media vuelta, salí disparada de nuevo hacia el dormitorio y cerré la puerta apenas entré.

Me quedé allí dentro con los ojos cerrados y la oreja pegada a la puerta, para oír mejor lo que estaba sucediendo abajo. Se oyó un golpe metálico cuando la puerta se abrió y el pestillo chocó contra la pared del vestíbulo (¡ay, la pintura!), y después las fuertes pisadas del agente de policía al entrar en la casa.

Contuve la respiración, escuchando, preguntándome qué debía hacer.

–Estoy dentro –oí, débilmente, en el piso de abajo–. No veo nada raro aquí. Déjame echar un vistazo.

Se oyó un chisporroteo cuando respondieron por radio y entonces sonaron los pasos del policía en el vestíbulo y el crujido de la madera cuando pisó el salón.

Dando gracias a Dios por la vetustez de las casas victorianas, giré con sigilo el picaporte de la puerta y puse un pie en el rellano, pero volví adentro a toda prisa al oír de nuevo el chisporroteo de la radio y los pasos del policía en el vestíbulo.

–Aquí abajo no hay nada. Echaré una mirada arriba.

Mierda. Ahora sí que estaba atrapada. No habría modo de salir cuando empezara a subir las escaleras y, desde luego, en el dormitorio iba a entrar, eso seguro. ¿Registraría los armarios? ¿Y debajo de la cama?

Me quedé un momento petrificada por la indecisión, pero entonces, al oír el crujido del primer escalón, me obligué a reaccionar. Lo que me había dicho a mí misma en Arden Alliance era tan cierto ahora como lo había sido entonces: en este trabajo, no hacer nada era un riesgo en sí mismo. A veces tenías que fiarte de tu instinto.

Crucé corriendo el dormitorio, evitando la tabla suelta que había bajo la ventana, abrí enérgicamente la puerta del armario, me metí dentro y cerré de un tirón.

Justo a tiempo.

La ropa todavía se balanceaba en los colgadores cuando oí el crujido de la puerta del dormitorio al abrirse y las botas del policía sobre la

alfombra. Notaba los latidos del corazón resonando en los oídos y me apreté la mochila contra el pecho, como si así pudiera amortiguar el sonido. Por la rendija de la puerta veía su figura, una forma oscura recortada contra la ventana, y conteniendo la respiración observé cómo se agachaba a mirar bajo la cama y luego se ponía de pie. Incluso a través de la puerta se le oía resollar. Parecía como si estuviera resfriado o fuera asmático. ¿Podían tener asma los policías? Si no estaba muy en forma, entonces yo podría escapar corriendo. Solo esperaba que no llegáramos a eso.

Cerré los ojos, concentrándome en no hacer ningún ruido, pese a que la estrechez del armario resultaba agobiante y la estola de piel sintética que había comprado para la boda de Hel me estaba haciendo cosquillas en la nariz. «Por favor, por favor –le rogué al policía telepáticamente–. Por favor, lárgate de aquí cagando leches…».

Y en ese momento, como si le hubiera instilado mi voluntad, dio media vuelta y lo vi dirigirse de nuevo a la puerta.

Dejé escapar un suspiro de alivio, trémulo y silencioso.

Y entonces estornudé.

Por un segundo, como una estúpida, casi creí que me había librado y que al policía le había parecido que el ruido venía de fuera.

Pero entonces volvió a entrar en el dormitorio y supe que estaba perdida. Ahora solo había una cosa a mi favor: el elemento sorpresa.

Lanzando un alarido salvaje, abrí la puerta del armario con un golpe brutal y el agente retrocedió tambaleándose por el susto. Se recobró y vino a por mí rodeando la gran cama, y yo le hice un quiebro hacia la derecha, no a la izquierda como parecía haber esperado, saltando de pie sobre el colchón como en una cama elástica para catapultarme hacia la puerta del dormitorio.

–¡Alto! –lo oí gritar a mi espalda–. ¡Alto! ¡Policía!

Pero no me detuve. No era tan tonta. Al contrario, salí disparada por el pasillo y luego, indecisa, me detuve una décima de segundo en el rellano. ¿Abajo y por la puerta de la calle o por la parte de atrás, que era por donde había entrado?

Ambas opciones tenían sus riesgos. En la fachada estaba el coche patrulla, con la posibilidad de que hubiera en él otro agente ahora en alerta por el alboroto del interior.

Pero, si salía por detrás y me bloqueaban la callejuela, entonces estaría atrapada.

No había tiempo para sopesar las opciones. Sin apenas pausa, me precipité hacia el baño, abrí la ventana de guillotina y me arrojé sobre el tejado helado, rodando por el suelo de grava y haciendo crujir los charcos de hielo.

No había tiempo para efectuar el descenso controlado que había

previsto. En lugar de eso, me lancé desde el extremo opuesto del tejado al jardín del vecino, cuyo muro supondría otro obstáculo para los policías si salían por la puerta trasera.

–¡Alto! –oía gritar a mi espalda, gritos acompañados de un ruidoso resuello–. Es una orden…

Aterricé con un impacto seco que se irradió hasta mis rodillas. Vi fugazmente la cara de sorpresa de mi anciano vecino en la ventana de su cocina, pero sin demorarme me levanté, dolorida, y me lancé hacia la verja por la callejuela de la parte de atrás. Tenía que salir antes de que el policía pidiera refuerzos y la callejuela se convirtiera en una ratonera sin salida.

La verja tenía el candado, pero no había tiempo para ganzúas, ni siquiera suponiendo que el oxidado mecanismo funcionara. Así que arrojé la mochila por encima hacia el pasaje, retrocedí para coger carrerilla y me lancé hacia el muro. Hinqué los dedos en el mortero medio roto de la parte de arriba y, sin hacer caso del doloroso rechinar de las uñas que se agrietaban y rompían, busqué con los pies hasta que encontré un oportuno ladrillo suelto, me impulsé hacia arriba y aterricé con el pecho en lo alto del muro.

Lo sentí nada más caer: un dolor taladrante en un costado, justo debajo de las costillas. ¿Vidrio? ¿Un trozo nudoso de clemátide? No tenía tiempo de pararme a averiguarlo. Desde allí arriba divisaba al policía saliendo trabajosamente por la ventana del baño, veía que se llevaba la radio a la boca y oía sus jadeos sibilantes y el chisporroteo cada vez que enviaban un código de respuesta.

Sin hacer caso del ruido de rasgones en mi chaqueta, pasé una pierna por encima del muro, luego la otra y aterricé a cuatro patas en la callejuela trasera.

Cogí la mochila, me agaché bien pegada al muro del jardín para que el policía no me viera y corrí en la dirección equivocada, no hacia el lado abierto de la callejuela, sino en el otro sentido, hacia el lado cerrado. Al final, cuando el sonido de la radio policial se había desvanecido en la distancia, yo había alcanzado ya una verja de aspecto prometedor en el extremo opuesto de la callejuela, una verja con un candado reluciente. Estos jardines pertenecían a las casas de Lancaster Lane, una hilera de adosados cuya parte de atrás daba a Salisbury Lane y que compartía nuestra callejuela trasera. Si pudiera entrar en una de esas casas…

Saqué las ganzúas y con dedos temblorosos empecé a maniobrar lo más rápidamente posible, rogando que pudiera abrirla antes de que el agente Resuello saltara el muro del jardín. Por fortuna, no era una cerradura complicada, sino un candado estándar comprado en Halfords, así que solo pasaron unos instantes hasta que se abrió con un clic tranquilizador y pude entrar en el pulcro jardincillo del otro lado.

Allí me enderecé, me alisé el pelo y traté de calmar mis temblorosos jadeos. Lo que venía ahora sería, en cierto modo, lo más difícil. Solo podía esperar que mi aspecto de jovial vecina de al lado me ayudara a salir airosa.

Con la mejor sonrisa posible de confianza en mí misma, llamé a la puerta, di un paso atrás y esperé.

Durante lo que me pareció un rato muy largo, no apareció nadie, y tuve que echar una ojeada a mi espalda con la ansiedad cada vez más disparada. Pero cuando ya me planteaba probar en otro jardín, o volver a sacar las ganzúas, divisé una sombra tras el cristal, oí el ruido de una llave en la cerradura y vi el rostro de una mujer que me miraba atónita.

–¿Qué demonios está haciendo en mi jardín? –Llevaba un bebé enganchado a la cadera. Procuré que mi sonrisa fuera un poquito más amplia, y mucho más compungida.

–Lo siento mucho. La verja estaba abierta. –Una mentira, claro, pero solo me cabía esperar que culpara a su pareja–. Soy su vecina del número… –hice una pausa infinitesimal, pues no quería dar mi verdadero número por si a la policía se le ocurría pasar por allí–, del cuarenta y cinco. Me llamo Ella. Esto es tan tonto, pero es que se me ha cerrado la puerta y me he quedado fuera. Creía que podría salir por la verja del fondo, pero no me acuerdo de la combinación. ¿La sabe usted?

–No tengo ni idea. –Me miró de arriba abajo, aparentemente reevaluando su hostilidad inicial. Le sonreí al bebé y él me devolvió la sonrisa. Por el otro lado de la callejuela oí un golpetazo y una voz lejana que profería una blasfemia. Todo indicaba que el policía había conseguido saltar el muro. Anhelaba con todas mis fuerzas que la mujer se decidiera, pero no podía pedírselo yo. Tenía que ofrecerse ella. Y, entonces, gracias a Dios, eso fue lo que hizo–. ¿Quiere salir por nuestra casa?

–¿No le importa? No sabe cuánto lo siento. –Se hizo atrás y la seguí por una cocina diminuta, más desordenada y preparada para niños que la nuestra, con los armarios provistos de cierres de seguridad infantil y una nevera llena de letras imantadas–. Gracias, me ha salvado la vida –seguí parloteando mientras la puerta se cerraba a nuestra espalda, casi mareada de puro alivio–. Me siento idiota… Resulta que la llave no vale para la puerta de atrás.

–La nuestra es igual. –Se iba relajando un poco mientras me guiaba por el estrecho pasillo hasta la puerta principal–. Solo cierra por dentro. No se preocupe. ¿De qué número me ha dicho que era?

–Cuarenta y cinco. –Había que rezar para que no conociera demasiado bien a los vecinos, pero estábamos en Londres y bastante más abajo en la misma calle, así que pensé que había una buena probabilidad de que así fuera–. Ha sido un placer conocerla.

–Lo mismo digo. –Ahora estábamos en la puerta, así que la abrí y salí a la calle, sin apenas disimular mi alivio al no ver allí ningún coche patrulla.

–Gracias de nuevo –dije–. Cuídese.

–Usted también –dijo, y luego cerró la puerta.

Cuando salí de Lancaster Lane a la calle principal, hundí las manos en los bolsillos de la chaqueta para que dejaran de temblar. El alivio por haber escapado del agente Resuello se iba diluyendo y ahora lo que sentía era un dolor creciente en el costado, en el punto donde me había golpeado al trepar al muro. No había tiempo para detenerse a echar un vistazo. Lo más importante en ese momento era poner tierra de por medio, alejarme de Salisbury Lane, donde los coches patrulla debían de estar ya acudiendo en masa. Y después…, Dios mío. ¿Qué debería hacer después? Necesitaba dinero. Y un plan.

Hel. Tenía que ponerme en contacto con Hel y explicarle lo ocurrido. Pero a su casa no podía ir; sería el primer lugar al que irían Miles y Malik. Intenté aquietar el tumulto de mi cabeza, al menos lo suficiente para decidir cuáles serían mis siguientes pasos. ¿Podía llamarla? Era probable que aún no hubieran pinchado su teléfono; no estaba muy puesta en la logística del asunto, pero sí lo suficiente para saber que las escuchas telefónicas precisaban de una orden judicial y que el procedimiento llevaba su tiempo. Así que el terminal de Hel debía de ser bastante seguro ahora mismo.

Pero, claro, al final se harían con su registro telefónico, así que lo que yo hiciera ahora acabarían descubriéndolo cuando revisaran sus mensajes y el historial de llamadas. ¿Importaba eso algo? Intenté pensarlo con detenimiento.

Este teléfono, este móvil rosa con adhesivos de unicornios que Hel me había prestado esa mañana, estaba desahuciado en lo que respectaba a trazabilidad. Lo había utilizado para llamar a demasiada gente relacionada con Gabe y conmigo y, además, la tarjeta SIM estaba vinculada casi con toda seguridad a la cuenta de Roland. A mí ya no me servía de nada. Lo que significaba que nada perdía aprovechándolo una última vez.

Lo encendí de nuevo y marqué el número de Hel.

–¡Jack! –Su voz sonó agradable, contenta, sin indicio de mayores preocupaciones, dejando aparte el hecho de que su hermana estuviera siendo interrogada por la policía–. ¿Has terminado? ¿Paso a recogerte?

–Escucha –dije con brusquedad–. Hel, he hecho una gran estupidez. No –dije en cuanto oí que interrumpía para preguntar–, ahora no tengo tiempo para explicaciones, pero estoy metida en un marrón de cuidado. Tenías razón, soy sospechosa.

–Muy bien –dijo Hel. Se percibía un ligero temblor en su voz, pero también que intentaba mantener la calma–. Muy bien. Pero… no te han arrestado, ¿no?

–No les he dado la oportunidad. Me he ido de la entrevista.

–¿Y te han dejado marchar?

–Bueno, en ese momento no… lo sabían. Pero ahora lo saben. Estoy bastante segura de que habrá una orden de busca y captura contra mí.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Podía oír la respiración de Hel y adivinaba que estaba intentando con todas sus fuerzas contenerse, no gritarme «Pero ¿qué has hecho?», que seguramente era lo que deseaba hacer.

–Necesito dinero en efectivo –dije rompiendo ese silencio cargado de electricidad–. Todo el que puedas permitirte. Pero no vayas al banco, solo lo que puedas sacar del cajero. –Si la estaban siguiendo, el hecho de que fuera al banco constituiría una gigantesca señal de alarma–. Y… ropa de abrigo. Y un saco de dormir. –Mierda. Qué más. Un plan era lo que más necesitaba, pero en ese momento no tenía ninguno, aparte de procurar salir de Londres antes de que me arrestaran–. Ah, y una cosa más. Decolorante. Para el pelo, me refiero. Tengo que deshacerme de este color rojo.

–De acuerdo –dijo Hel escuetamente–. ¿A qué hora y dónde?

–No sé. –Traté de pensar–. ¿Cuánto tiempo crees que necesitarás para reunirlo todo? Creo que no deberíamos dejarlo para muy tarde. Cuanto más tiempo le demos a la policía para obtener las órdenes correspondientes y que empiecen a vigilarte, más difícil resultará todo.

–Ahora es… –Oí alejarse la voz cuando se separó el teléfono de la oreja para mirar el reloj–. Es poco más de la una. Pongamos una hora para tenerlo todo listo, y otra media hora para asegurarme de que no me siguen. Pero a las tres tengo que estar recogiendo a las niñas. Joder. No voy a tener mucho margen.

–¿A qué hora termina Rols de trabajar? ¿O crees que podrías escaparte después de cenar? –La idea de buscar un lugar discreto donde matar el tiempo, muerta de frío, hasta después de anochecer no resultaba muy atrayente, pero tampoco parecía que tuviera más alternativa.

–No, espera –dijo Hel, despacio–. Las niñas…, eso podría funcionar.

–¿A qué te refieres? ¿A que nos encontremos en el colegio? La verdad, no creo que…

–No, en el colegio no, sino… en el centro comercial, quizá. El que hay en la calle principal, donde está el cine. Paramos allí bastante a menudo al volver a casa, para ir al baño o tomar un bocado, y tiene un montón de entradas y salidas.

–No sé, Hel. –Traté de no sonar preocupada, pero fue un intento vano–. No me gusta que las niñas se mezclen en esto. ¿Y si algo sale mal? ¿Y

cómo vas a asegurarte de que no te siguen, con dos niñas de cuatro años a remolque?

–Ni tú ni yo tenemos un manual de instrucciones para esto, Jack. –Hel sonaba crispada, pero por debajo se percibía su preocupación–. Yo tampoco he hecho esto nunca, pero presiento que lo más seguro es no salirse de la rutina, ¿no crees? Si me están vigilando, entonces cualquier cosa fuera de lo normal alertará a la policía. Mientras que recoger a las niñas, volver todas andando a casa, parar en unos aseos…, todo eso es lo que hago cada día.

–De acuerdo –dije lentamente–. Entonces…, ¿cuál es el plan?

–Hay unos lavabos públicos en la planta baja, al lado de Urban Outfitters. Tiene dos entradas, una que da al cine y otra al centro comercial.

–Muy bien. Nos vemos allí. ¿A qué hora?

–Digamos… ¿a las tres y media? Puede que lleguemos unos minutos más tarde si las niñas están cansadas, pero haré todo lo que pueda.

–Muy bien –repetí. Miré a ambos lados de la calle–. Hel, voy a tener que tirar este teléfono, ¿te importa?

–Supongo que las niñas se llevarán una gran desilusión por perder sus progresos en Pretty Pawz –dijo Hel con una especie de humor lúgubre–, pero sobrevivirán. Ahora vete. Y que no te pillen.

Casi dos horas después llegué al centro comercial que me había indicado Hel, acalorada y con un dolor de pies atroz. Había ido andando desde Lancaster Lane, en lugar de tomar un taxi o el autobús, consciente de que me había gastado buena parte de las treinta libras de Hel y que, si ella no conseguía verme esa tarde, quizá no tuviera ningún otro recurso en un futuro. Disponía de los bitcoines de Gabe, sí, pero estaba bastante segura de que ningún cambista respetable te daría efectivo, al menos sin mostrar tu identificación. Un autobús habría sido más barato, pero los autobuses de Londres ya no aceptan metálico, solo pago con tarjeta sin contacto, y no quería arriesgarme. No sabía si la policía ya estaba siguiendo el rastro de mis tarjetas.

Por el camino me había parado en uno de los omnipresentes puestos que venden baratijas y camisetas de «I ♥ London» para turistas y me había comprado una gorra de béisbol negra, con el logo del metro en la parte frontal. Con el cuello subido y la gorra bien calada, mi rostro quedaba oculto a las cámaras y al fisgoneo de ojos desconocidos, pero todavía me inquietaba mi pelo, tan rojo como un buzón londinense. ¿Por qué, por qué, por qué se me habría ocurrido elegir un color tan ridículo?

Me vino el recuerdo, nítido y doloroso, de Gabe hundiendo la cara en él, con los labios en mi sien, su voz en mi oído: «Es el tono exacto de la enredadera de Virginia cuando cambia de color…, me encanta…».

Yo me había reído: «Okey, Wordsworth».

Recordar sus palabras, cómo me las había susurrado con su voz suave y profunda, me dolió en el alma.

Pero si me ponía a pensar en él perdería la cabeza, allí mismo, en la calle, delante de turistas y clientes. Tenía que centrarme en seguir adelante, tratar de averiguar cómo salir de este lío infame en que me había metido.

Porque, durante el largo trayecto hasta Lancaster Lane, había tenido tiempo de sobra para pensar en mi decisión y preguntarme si había hecho una estupidez inenarrable, imperdonable, al largarme de la comisaría. No me engañaba al respecto de lo que había logrado con ello: había pasado de ser una persona clave para la policía a convertirme en la sospechosa número uno, una fugitiva con una diana roja pintada en la espalda. Puesto que ¿por qué iba nadie a huir a menos que fuera culpable? Esa sería la lógica de la policía y yo no podía culparlos por ello. Solo había un problema: yo no era culpable.

Podría haberme quedado. Podría haberle enseñado a la policía el correo y aducido: «Miren, esto no lo planeé yo, algo va mal, alguien está tratando de endilgarme la muerte de Gabe». Porque seguro que habría sido posible rastrear ese correo, ¿no? Alguien había rellenado ese formulario, lo había enviado y había satisfecho el pago. Y ese alguien tenía que ser la persona que había matado a Gabe, ¿o no?

¿Por qué había hecho yo algo así? ¿Por qué había asumido un riesgo tan demencial?

Sabía la respuesta perfectamente: lo había hecho porque, con Gabe muerto, ya me daba igual lo que pudiera sucederme. Ahora bien, la idea de quedarme sentada en una celda, sin posibilidad siquiera de hacer una llamada y mientras la policía seguía una pista falsa tras otra para intentar condenarme, eso me resultaba insoportable. No por lo que significaba para mí, sino porque cada segundo que pasaran persiguiéndome facilitaría que el verdadero asesino desapareciera en la sombra, sin que yo pudiera hacer nada en absoluto para impedírselo.

Si la policía no estaba por la labor de encontrar al asesino de Gabe, lo haría yo misma. Y, si para ello tenía que ponerme una diana en la espalda, pues que así fuera.

Parecía algo demasiado impulsivo, esa decisión de huir, incluso a mí me lo parecía. Pero me había llevado años adquirir esa comprensión profunda que me había hecho forzar la apertura de la puerta de seguridad en Arden Alliance, en lugar de esperar a que Gabe me solucionara el problema. Así que esto no era más que lo que yo había dicho siempre: a veces, a menudo incluso, no hacer nada suponía un riesgo en sí mismo. Sí, cierto que esta decisión suponía un riesgo un millón de veces mayor que el de Arden Alliance. Y, sí, podía haberme esperado en la comisaría. Hel probablemente habría dicho que «debería»

haber esperado. Podía haberle enseñado el correo a Malik y aguardado su reacción.

Pero esperar habría sido peligroso. Muy peligroso, porque ese era el quid: aquí los riesgos eran un millón de veces mayores que en un *pen test* de rutina. Había dos gigantescos «y si…» cerniéndose sobre la decisión de esperar, dos preguntas de las que dependía mi libertad.

La primera: ¿y si la persona que había montado lo del seguro no había cometido ningún error? ¿Y si había utilizado un navegador seguro y un VPN –algo que hacía Gabe con bastante asiduidad, la suficiente como para no resultar sospechoso– para pagar con la cuenta de Gabe suplantando su identidad? No resulta imposible que hubieran previsto todas las opciones logísticas posibles, borrado hasta la última migaja de su rastro. En tal caso, yo solo tendría mi palabra para probar que lo que allí tenían servido en bandeja no era un móvil recién sacado del horno y todavía humeante, y Malik ya me había demostrado que para ella mi palabra valía bien poco. Si la policía me había fallado una vez, no había razón para pensar que no volverían a hacerlo. Y el posible resultado de ese fallo –yo encerrada en una celda, sin posibilidad de escapar, mientras Jeff Leadbetter vertía veneno en el oído de Malik diciéndole que yo era una psicópata y el asesino de Gabe se reía por lo bajo– suscitaba una imagen que me daba ganas de vomitar. Había sido ese «y si…», evaluado en una décima de segundo en la sala de interrogatorios, el que me había hecho huir.

Pero el segundo «y si…» solo se me había ocurrido en el camino desde Lancaster Lane y, en ciertos aspectos, resultaba más aterrador. Era el siguiente: ¿y si la persona que había planeado lo del seguro era… Gabe?

No tenía pruebas de ello. Nunca lo habíamos hablado. Pero algo o alguien había provocado la muerte de Gabe. No sabía qué ni quién, pero al rememorar las últimas semanas y meses había empezado a preguntarme si, hasta cierto punto, Gabe no habría visto venir esta situación.

No me refiero a que supiera que iba a morir, eso era absurdo. Gabe no se habría quedado sentado esperando a que un sicario apareciera y lo liquidara. Me habría avisado, a mí o a la policía, habría hecho algo para protegernos a ambos. Pero había algunos detalles que, en retrospectiva, me suscitaban preguntas. Una cierta irascibilidad que no cuadraba con su carácter. Algunas veces le había hablado y él estaba como desconectado, absorto en su pantalla hasta que yo le tocaba en el hombro para llamar su atención. Entonces él, zarandeaba la cabeza y me decía: «Perdona, cariño, el estrés del trabajo». Pero eso no era en absoluto normal. A Gabe le encantaba su trabajo. Por supuesto, no le gustaba tener que lidiar con los impuestos ni los quebraderos de cabeza que le causaban las facturas, a nadie le gustaban esas cosas, pero las arrugas del entrecejo y una cierta

imprecisión deliberada..., eso era nuevo.

Cuanto más lo pensaba, más segura estaba de que algo le estaba perturbando durante la semana anterior a su muerte. Algo tan poco notorio que yo no había detectado ninguna señal de alarma, pero algo había, sí, algo más preocupante de lo que yo había supuesto y, quizá, incluso más serio de lo que el propio Gabe había supuesto. Y, si se había metido en algún lío, si algún encuentro inadecuado lo había vuelto tan paranoico como para querer asegurarse de que yo estaba protegida si algo le ocurría, entonces…, sí. En tal caso, sí podía imaginármelo haciendo algo como esto. Incluso haciéndolo sin decirme nada a mí, convenciéndose a sí mismo de que era algo totalmente ridículo, pues claro que sí, y que no había necesidad de preocuparme con sus paranoias, pero, en fin, que tampoco se perdía nada preparando un cierto colchón, por si acaso le sobrevenía algún accidente.

Y, si ese había sido el caso, si Gabe había contratado el seguro, yo no tenía modo de demostrar que no estaba al tanto. Entonces, en lugar de protegerme tras su muerte, Gabe quizá me habría condenado a pudrirme en la cárcel por su asesinato.

Esa idea me provocó ganas de llorar, pensar que Gabe quisiera con toda prudencia cuidar de mis intereses y que, sin pretenderlo, sus buenas intenciones se convirtieran en una trampa en la que yo acabara cayendo.

No pienses en eso, me dije mientras caminaba. No iba a llorar, no podía llorar. Nada llama más la atención que una mujer llorando mientras serpentea entre los transeúntes de una calle muy concurrida, incluso aunque baje la cabeza y se oculte bajo una gorra de béisbol. Tenía que pasar desapercibida.

Me estaba acercando a la entrada del centro comercial cuando algo captó mi atención y me detuve. Era una cabina telefónica, pero con el teléfono destrozado y un rótulo plastificado pegado en el cristal: FUERA DE SERVICIO.

Tras echar un vistazo a un lado y otro de la calle, me metí en la cabina y, aunque en un principio el hedor a meados me echó para atrás, aguanté hasta arrancar el rótulo con todo cuidado.

El celo se arrugó y acabó pegándose a sí mismo, pero el letrero no sufrió menoscabo. Me lo guardé dentro de la chaqueta y salí de la cabina, pidiéndole disculpas mentalmente a la siguiente persona que intentara llamar.

Dentro del centro comercial hacía calor, un ambiente incluso sofocante comparado con el frío de febrero de la calle, y al instante empecé a sudar con la chaqueta y el gorro puestos. Pese a ello, no podía permitirme quitármelos, así que me sequé el sudor de la nariz y me abrí camino entre el gentío, intentando que mis miradas hacia atrás no fueran

demasiado evidentes.

Resultaba muy improbable que me hubieran seguido. La policía no tenía modo de saber dónde estaba ni que me dirigía hacia aquí. Era Hel quien corría el riesgo de estar vigilada, y no llegaría hasta dentro de… Sin pensar, hice ademán de coger el teléfono y entonces recordé que lo había tirado a un contenedor, a dos o tres kilómetros de Salisbury Lane. De modo que levanté la vista hacia el gran reloj que dominaba el vestíbulo. Quince minutos, eso faltaba todavía. Disponía de tiempo de sobra.

Me entretuve un rato más atravesando la parte más concurrida del lugar, subiendo unas escaleras mecánicas y luego cruzando por la entrada del cine, tras lo cual me dirigí a la planta superior donde estaba Urban Outfitters y bajé las escaleras de acceso a la tienda.

Había salido ya de la tienda y estaba buscando los aseos que había mencionado Hel cuando noté algo. El dolor de las costillas, el que me había provocado el golpe contra las ramas de clemátide, era ahora un malestar sordo que me molestaba al caminar, un tipo diferente de dolor… Era… punzante. Y sentía un hormigueo desagradable que era algo más que el cosquilleo del sudor en la piel.

Me detuve en un rincón poco visible, junto a un expositor de plantas de plástico, y me metí la mano por debajo de la chaqueta. Cuando la saqué, tenía la punta de los dedos roja. No solo teñida de sangre, sino embadurnada hasta resultar resbaladiza. Al golpearme contra el muro debía de haberme cortado de algún modo, y el corte era profundo.

Maldije para mis adentros y me sequé los dedos en los tejanos, rogando que la sangre no resultara visible en la oscura tela vaquera. Traté de pensar qué debía hacer. Tenía que detener la hemorragia antes de que me empapara la ropa y empezara a llamar la atención más de lo que ya lo hacía. Era demasiado tarde para llamar a Hel, que ya debía de estar de camino con las niñas. Tendría que comprar material de primeros auxilios. Enfrente había una farmacia grande, donde seguramente habría todo lo que necesitaba y más. El problema era que la gorra que me tapaba el pelo se me había llevado casi hasta el último penique.

Me quedé un instante evaluando la farmacia que tenía delante, considerando mis opciones.

Ya había robado antes en tiendas. No estaba orgullosa de ello, pero Hel y yo habíamos afrontado la muerte de nuestros padres de modo diferente. Ella había hincado los codos con determinación, se había inscrito en la facultad de Periodismo y obtenido las mejores notas. Yo… no. Yo me había descontrolado, excedido, dejado la universidad. Y, en algún punto de ese camino, había empezado a robar. No por necesidad, porque, aunque nuestros padres no habían sido ricos, tenían un modesto seguro de vida que nos proveería a Hel y a mí de dinero suficiente para

vivir, si lo empleábamos con sensatez. Robaba porque me hacía sentir… viva. Al mando. Depredadora, no presa.

Resultó que se me daba bien. Muy bien. Y, para alguien que bregaba en vano con los estudios y cateaba los exámenes, había algo excitante en encontrar una faceta en la que pudiera sobresalir. Ya entonces, sin ningún tipo de entrenamiento, entendía cómo funcionaban los sistemas de seguridad y sabía descubrir los ángulos muertos de las cámaras, aprovechar los cambios de turno o desactivar los diferentes tipos de etiquetas de seguridad que utilizaban las tiendas. Nunca se lo dije a nadie, ni a Hel ni a mis amigos. Nunca utilicé el género que robaba; no podía, porque Hel me habría preguntado en el acto de dónde había sacado el dinero para ese bolso de diseño o cómo me había podido permitir determinados vaqueros. La mitad de las veces volvía al día siguiente y, discretamente, dejaba lo que me hubiera llevado en los probadores para que los dependientes lo devolvieran a los colgadores. Y el resto de las veces donaba el botín a alguna tienda de caridad.

Al final me pillaron, claro. Había vuelto a la misma tienda demasiadas veces y allí tenían a un guardia de seguridad que era mejor en su trabajo que el resto, y mejor que yo en el mío. Fue ese guardia de seguridad bondadoso quien me dijo que estaba desperdiciando mi talento, que existían trabajos legales para gente como yo, gente que disfrutaba descubriendo cómo funcionaban los sistemas de seguridad y encontrando sus debilidades. La idea de que pudieran pagarme por ello…, pagarme por dejar los sistemas de seguridad en ridículo y colarme en los edificios…, eso fue toda una revelación.

No había vuelto a robar desde entonces. Le había prometido a aquel guardia de seguridad que no lo haría más si me dejaba marchar. Ahora, al mirar a la tienda radiantemente iluminada que tenía ante mí, me di cuenta de que estaba a punto de romper aquella promesa.

Los apósitos no tenían etiqueta antihurto, lo que ya era una ventaja. Pero una caja de diez valía casi diez libras, nueve más de las que yo tenía, y, aunque no había podido examinarme la herida punzante, por la cantidad de sangre de los dedos no parecía que unas tiritas en paquete ahorro de cincuenta peniques fueran a contener la hemorragia. Examiné de arriba abajo los estantes y sopesé mis opciones. Todavía llevaba la mochila y la gorra, lo que no era lo ideal. La gorra no podía quitármela porque alguien podría reconocerme por el pelo. Pero, con ella puesta, la voluminosa mochila a la espalda y la chaqueta abotonada hasta arriba para esconder las manchas de sangre, tenía todo el aspecto de una ratera, y de la peor clase, una mera aficionada. En mis mejores días habría robado la mitad de lo que contenía aquella tienda y salido de allí con la cabeza bien alta. Pero ahora mi aspecto despertaba sospechas y, si me detenían para registrarme la mochila, que estaba llena de herramientas

para forzar puertas y robar en edificios, no habría forma de convencer a nadie para salir bien parada de la situación. Así que debía proceder con el máximo cuidado. Un guardia de seguridad cruzó por el extremo del pasillo y me miró sin decir nada, y entonces me decidí: solo un artículo. Y prohibido salir sin pagar.

Cogiendo los apósitos y sosteniéndolos delante de mí, bien a la vista, me encaminé decidida a las cajas de autopago, sin aminorar la marcha al pasar junto a un expositor de chicles y pastillitas de menta y agenciarme un económico paquete de Wrigley's Extra.

En la caja, me cambié el paquete de apósitos a la mano en la que tenía los chicles, asegurándome de que los chicles quedaran debajo, y luego los pasé por el lector. La máquina hizo bip y en la pantalla apareció «chicles, £0,70».

Puse los chicles en la zona de artículos escaneados mientras con la mano libre mantenía justo encima el paquete de apósitos, y rápidamente pulsé «pagar» en la pantalla por si acaso alguien estaba leyendo por encima de mi hombro. Pero podría haberme ahorrado la molestia. La empleada que se ocupaba de las cajas no era una guardia de seguridad, sino una cajera normal. Se estaba revisando las uñas al final de la cola y ni siquiera miraba en mi dirección. Eché la moneda de una libra en la ranura del metálico, rezando para que no la escupiera, y cuando en la pantalla apareció «pago aceptado», cerré los ojos sin intentar disimular el alivio que sentía.

Salió el recibo junto con el cambio, cogí ambos y me dirigí con paso decidido hacia la salida, con la cabeza alta y dando la espalda a la cámara de seguridad. Una vez fuera, dejé escapar un entrecortado suspiro. Lo había hecho. Por primera vez en casi diez años había robado algo, y me había salido bien. Era una sensación extraña, no diría que buena.

El cuarto de baño estaba vacío, con los cuatro cubículos totalmente abiertos, y yo no perdí el tiempo: me lavé las manos, me saqué el letrero de «fuera de servicio» de la chaqueta y lo pegué en el cubículo del centro. El celo enredado se resistió a despegarse de sí mismo, pero al final conseguí fijar el rótulo, algo torcido, y me metí en el cubículo. Cerré la puerta, bajé la tapa del inodoro y me senté con las piernas cruzadas en la posición del loto, para evitar que me vieran desde fuera.

Me quité la chaqueta, me levanté la camiseta y me miré para ver qué demonios me había hecho en el jardín del vecino.

Lo primero que pensé fue que había mucha sangre. Más de la que esperaba y suficiente para revolverme el estómago por recordarme a Gabe. Me había chorreado por el vientre y empapado los vaqueros, y tenía tanta en el estómago y las costillas que resultaba difícil ver de

dónde provenía. La camiseta que llevaba era negra, gracias a Dios, pero al tocarla noté la tela rígida y húmeda.

Cuando acabé de limpiarme el corte con saliva y papel higiénico, la herida no me pareció tan mala, aunque tampoco buena. Mientras observaba la pequeña e irregular perforación de la que rezumaba una sangre negra, deseé tener más conocimientos de primeros auxilios. Esto no era un rasponazo causado por una clemátide. Debía de haber algo que sobresalía en lo alto del muro, un pincho de metal o un trozo de vidrio, quizá. Fuera lo que fuera, yo había caído encima con fuerza suficiente como para que me atravesara la chaqueta y la camiseta y se me clavara en el estómago, justo debajo de la costilla inferior derecha.

Dolía, pero no tanto como había esperado; era un dolor más bien leve, pulsátil. Sobre todo, estaba furiosa por mi propia estupidez, por no haber pasado la mano por arriba del muro antes de abalanzarme sobre él.

Lo que de verdad me hacía falta, lo que debería haber robado, era algún antiséptico. Pero no podía afrontar un segundo hurto y, además, perder la posibilidad de encontrarme con Hel era algo impensable. Así que despegué el dorso plástico del apósito, presioné este último sobre la herida y saqué una camiseta limpia de la mochila. Luego esperé.

Los siguientes minutos se me hicieron muy largos. Ahora que ni siquiera tenía el teléfono prestado, no había modo de saber qué hora era; aun así, después de contar los segundos en mi cabeza y escuchar a la gente entrar y salir, estaba segura de que habían transcurrido más de diez minutos. Bastante más.

–¡Joder con el fuera de servicio! –oí que decía una chica que, por lo visto, había leído mi letrero–. Esto es ya de traca.

–La culpa es de la gente, que tira los pañales por el váter –dijo su amiga. Parecía que se estuvieran maquillando delante del espejo, porque la voz tenía ese sonido algo distorsionado de cuando pones mueca de pintalabios–. Las tuberías no están pensadas para eso.

–¿Ya estás? La película empezaba a la media.

–Ey, relájate, que siempre ponen muchos anuncios. Son solo… –hubo una pausa–, solo menos veinte.

–Sí, pero me gusta ver los tráileres. Además, quiero pillarme una cocacola.

–No te rayes –gruñó la otra, pero oí el clic del pintalabios al cerrarse–. Ya está. ¿Contenta? Hala, vamos.

Oí una música cuando la puerta del cine se abrió y cómo luego se amortiguaba al cerrarse, y contuve un gemido. ¿Menos veinte? ¿Qué había pasado? ¿Habría notado Hel que la seguían? ¿Cuánto tiempo debería darle antes de irme? ¿Diez minutos? ¿Veinte?

Los minutos continuaron transcurriendo y, cuando ya me estaba concienciando para minimizar los daños y largarme antes de que los

limpiadores vinieran a investigar ese letrero de «fuera de servicio», la puerta que daba al centro comercial se abrió y oí una vocecilla aflautada muy familiar.

–Pero, mami, ¿por qué no podemos comer un Krispy Kreme?

–Porque lo digo yo –espetó Hel. Parecía preocupada y al límite de la paciencia–. Y porque tienen mucho azúcar y ya os habéis comido el pastelillo de después del cole. Venga, al baño, las dos.

Entreabrí la puerta del cubículo y llamé, con cautela:

–¿Hel?

Hel se volvió y su cara abarcó toda una gama de emociones en pocos segundos, del miedo al alivio absoluto pasando por la sorpresa.

–¡Jack! Por Dios santo. –Me estrechó entre sus brazos, la voz amortiguada contra mi pelo–. Creí que ya no te pillaba. Perdona que hayamos tardado tanto.

–Vamos, vamos, Hel, no te disculpes. Soy yo quien debería hacerlo. ¿Estás bien? ¿Ha ido todo bien? Ya sabes, en el camino hasta aquí.

«¿Te han seguido?» era lo que quería preguntar, pero no quería hacerlo delante de las niñas. De nada servía hacer más inquietante una situación que ya lo era de por sí.

–Así, así –contestó Hel, haciendo el gesto de girar la mano-. Estoy bastante segura de que había un tipo de paisano frente a la casa, pero ha desaparecido cuando he entrado en el colegio. Hemos venido por el parque infantil para asegurarnos. Allí resulta difícil que un hombre solo pase desapercibido. Pero eso es lo que nos ha retrasado, porque ya no nos hemos librado de estar diez minutos en los columpios. Suerte que Kitty necesitaba ir al baño.

–Mami –oí dentro del cubículo–. He hecho caca. ¿Puedes limpiarme el culete?

Hel suspiró.

–Sí, ya voy. Pero en el colegio lo haces tú sola, Kitty, así que no sé por qué en casa necesitas que te ayude. Ahora ya eres mayor.

–Yo sí puedo limpiarme mi culete –dijo Millie desde el cubículo contiguo, pagada de sí misma–. Lo he hecho en el recreo.

–¡Que venga Dios y lo vea! –murmuró Hel.

–Mira, debería salir ya de aquí –dije yo–. ¿Lo has traído todo?

–Sí, está todo aquí. –Hel sacó una bolsa de la compra de su enorme bolso Cath Kidston para mamás, donde solía llevar camisetas de repuesto para las niñas, tentempiés y registros de lectura del colegio–. Siento no haber podido traer más. Me pareció que llevar una maleta al colegio levantaría sospechas. Pero hay ropa, un saco de dormir, decolorante para el pelo, un teléfono de prepago que conseguí en el Tesco y doscientas cincuenta libras. No he conseguido más, lo siento. Era el límite diario de mi tarjeta.

–En serio, deja de disculparte.

Yo estaba revolviendo en la bolsa y me sentía cada vez más aliviada al ver lo que Hel había conseguido embutir allí. Bajo el saco de dormir había una sudadera azul marino y un gorrito gris, así que me quité la chaqueta y la gorra de béisbol y los cambié por el suéter y el gorrito de punto. Con cuidado, remetí los mechones rebeldes de pelo rojo en el gorro, esperando no parecer alguien que claramente intentaba ocultar su cabello, y luego lo apreté todo dentro de la mochila.

Con la cara descubierta pero el pelo oculto, mi aspecto difería bastante del que había tenido al entrar al centro comercial por el lado de los baños, de modo que pensé que podría pasar por otra persona para los de la videovigilancia.

–¿Pagaste en efectivo el teléfono? –pregunté mientras metía los brazos en los tirantes de la mochila, retorciéndome un poco por el dolor que me causaba el gesto.

–Sí. Y también la SIM. Es de una de esas tiendas cutres de la calle principal y tiene cien libras de crédito. Escucha, Jack. –Me había cogido las manos y ahora estaba mirando la sangre seca incrustada bajo las uñas–. Un momento, ¿esto es sangre? ¿Estás bien?

–No es nada, de verdad. Solo un corte. Hel, eres la puta ama, la mejor.

–Mami, aún tengo caca –se oyó dentro del cubículo, en ese tono imperioso de reprimenda del que solo es capaz un niño de cuatro años–. ¿No vas a parar de hablar nunca?

–He dicho que ya voy –gruñó Hel.

–Vamos, ve. –Volví a abrazarla, con más fuerza esta vez, consciente de que quizá no volveríamos a vernos hasta… Bueno, tampoco quería pensar en eso, ni en lo que podría suceder si no conseguía arreglar el asunto–. Ocúpate de Kitty. Te quiero, Hel.

–Yo también te quiero. –A Hel se le quebró la voz.

–Mami, voy a contar hasta tres –oí mientras abría la puerta– y si cuando acabe no has venido a limpiarme me enfadaré mucho mucho–. Uno, dos…

Salí al ajetreado centro comercial.

Me rodeaban cientos de personas, clientes, empleados, guardias de seguridad… Y, sin embargo, jamás me había sentido más sola.

Salí del centro comercial por un acceso diferente al que había usado para entrar y me quedé parada en la calle, intentando decidir qué hacer.

O más bien qué podía hacer. La gravedad de mi situación, la enormidad de lo que había hecho al levantarme e irme de la comisaría, empezaba a revelárseme en toda su crudeza y, si pensaba demasiado en ello, la conciencia de ese hecho me pesaba tanto que amenazaba con aplastarme. Era una fugitiva, estaba huyendo. Resultaba casi imposible de creer.

Estaba, de pronto me di cuenta, extraordinariamente cansada. Y era probable que tuviera un tiempo limitado para salir de Londres. La policía debía de estar registrando mi barrio y luego ampliarían el radio hacia la casa de Hel, con la esperanza de que apareciera en el punto de mira, de que contactara con algún amigo o buscara terreno conocido. Pero tarde o temprano deducirían que me había largado. Y entonces la red se ampliaría y quizá buscaran el apoyo de otras fuerzas policiales.

Tenía que salir de Londres e irme a algún lugar… inesperado. Después ya pensaría en el siguiente movimiento.

El problema era dónde ir. Las ciudades resultaban caras y estaban llenas de equipos de vigilancia y policías. Pero las comunidades más aisladas serían demasiado pequeñas y un extraño les llamaría la atención, sobre todo una mujer sola que apareciera por allí en mitad del invierno.

Algo a medio camino, entonces.

Pero primero tenía que cambiarme el pelo.

Sin él, sería tan solo una mujer normal de entre veinticinco y treinta y cinco años, de altura y complexión por debajo de la media, vestida con ropa anodina y sin nada fuera de lo normal. Con el cabello rojo, en cambio, sería de inmediato reconocible. Las cámaras me detectarían al momento, porque no en todos los sitios sería factible llevar gorro o capucha.

Por un momento, consideré la opción de buscar otro aseo público, pero el decolorante tardaría un poco en ser efectivo. No, un hotel barato sería lo mejor. O, mejor aún, un albergue de mochileros. Allí podría mezclarme con otros jóvenes de paso y cargados con sus mochilas.

Saqué el teléfono prepago de Hel del bolsillo, lo abrí y tecleé «albergue de mochileros, Londres». Había uno al doblar la esquina. Echándome la mochila al hombro, emprendí la marcha.

–Las normas de la casa son que nada de música en los dormitorios después de las diez –dijo la desganada chica de recepción. Tenía un marcado acento australiano–. Con auriculares, no hay problema. Ni comida ni alcohol en los dormitorios. Para eso ya está el comedor. No se puede fumar en el edificio, ni cigarrillos ni hierba. Se dispararía la alarma contraincendios y te pondrían de patitas en la calle, así que no se te ocurra, ¿entendido?

–Entendido –contesté–. No fumo.

–Ya –dijo la chica con un gesto desdeñoso de la mano–. Seguro que no. ¿Arriba o abajo?

–¿Cómo?

–Las literas, ¿arriba o abajo?

–Ah, pues… arriba, supongo.

La chica asintió y, con un golpe seco, dejó en el mostrador una tarjeta

de plástico y una pequeña llave como la de una taquilla.

–La llave del albergue –dijo señalando la tarjeta–. Es también la llave de tu habitación. Tienes la cama cinco.

–¿Y esto? –Levanté la llave pequeña.

–La llave del compartimento para las maletas. –Echó una ojeada a mi mochila–. A lo mejor ni la necesitas. ¿Una noche, has dicho?

–Sí.

–Son veinticuatro libras.

Hurgué en el bolsillo y saqué dos de los billetes que me había dado Hel. La chica negó con la cabeza y me pasó un datáfono por el mostrador, dándole unos golpecitos con la uña del dedo.

–Lo siento, no aceptamos efectivo.

–¿Cómo? No puede ser. En vuestra web dice que sí.

La chica se encogió de hombros.

–Debe de estar desactualizada. Tarjeta o pago sin contacto.

–Con tarjeta no puedo –dije con voz neutra. Estaba tratando de mantener un tono agradable, pero tenía ganas de llorar. Parecía que hacía cien años que no dormía, y cien más desde que había estado contenta o sido capaz de relajarme. ¿Me hallaba en medio de una pesadilla y esta niñata estúpida no iba a aceptar mi dinero?–. Mi cuenta bancaria está en descubierto. Pero tengo efectivo.

–Tarjeta o pago sin contacto –repitió la chica. Me quedé mirándola–. Lo siento –añadió, aunque no parecía que lo sintiera–. En Maida Vale hay un sitio que a lo mejor acepta efectivo.

Extendió el brazo para que le devolviera las llaves.

Bajé la vista hacia esas llaves, pensando en el largo camino a pie que había hasta Maida Vale, en el dinero del taxi que no podía permitirme, en la policía que quizá en ese momento estaría siguiendo a Hel desde el centro comercial a casa. ¿Qué coño iba a hacer?

–Toma –dijo a mi espalda una voz profunda con acento estadounidense, y alguien se inclinó por encima de mi hombro y pegó el teléfono al lector de tarjetas. Este emitió un alegre pitido y en la pantalla apareció «pago aceptado».

Me giré y levanté la vista, incapaz de creer lo que veían mis ojos. Un chico alto, negro y con unas rastas muy esmeradas estaba detrás de mí, con las manos en los bolsillos. Cuando nuestras miradas se encontraron, me dedicó un leve encogimiento de hombros y una sonrisa.

–Yo… Ay, Dios, quiero decir…, ¡gracias! –Estaba tartamudeando, pero es que no sabía qué decir–. La verdad es que me salvas la vida. Gracias. Ah, y toma. –Le tendí los billetes, pero sacudió la cabeza.

–No, ya está bien así.

–Pero no puedo… –Traté de pensar cómo decirlo. No era mucho más joven que yo. Si hacía esto con la esperanza de conseguir una cita o

algo…, en fin, que eso era tan imposible que resultaba ridículo y, seguramente, sería mejor decírselo ya. Pero ¿y si resultaba que era solo un buen samaritano? ¿Cómo iba a decirle algo así sin parecer una presuntuosa monumental?–. Solo voy a quedarme una noche –conseguí decir–, así que si no te pago ahora…

–Ya está bien así –repitió, y sonrió. Tenía una sonrisa bondadosa. Sentí que algo se quebraba en mi interior–. No necesito que me devuelvan el pago. La gente ha sido buena conmigo por el camino. Me alegra poder ayudar a una damisela en apuros.

Muy a mi pesar, le devolví la sonrisa. Esa frase pasada de moda sonaba tan divertida con su marcado acento estadounidense…

–Mira, hazme este favor, Pelirroja: paga tú la próxima vez que veas a alguien que lo necesita, ¿vale?

–Vale. –Me mordí el labio. Ojalá hubiera podido decirle cuánto significaba para mí su amabilidad, pero no había modo de hacerlo sin atraer todavía más la atención sobre mí–. Gracias, de verdad. ¿Có-cómo te llamas?

–Lucius. –Me tendió la mano y estrechó la mía. La suya era grande y cálida y, durante un segundo desgarrador, el tacto de sus dedos me recordó al de Gabe–. Lucius Doyle. ¿Y tú?

La pregunta me pilló desprevenida.

–¿Qué?

–Que cómo te llamas. –Sonrió, divertido, una sonrisa amplia en la que la comisura de los labios se curvaba insinuando una carcajada–. Doy por supuesto que lo sabes, ¿no?

Joder. ¿Cómo no había pensado en eso?

–K-Kate –contesté, al recordar con efecto retardado el nombre que había pensado en la comisaría–. Kate… Hudson. –El apellido salió de la nada. No conocía a ningún Hudson, pero parecía una opción convenientemente anónima y olvidable, sin ser tampoco un pseudónimo demasiado obvio.

–¿Como la actriz? –preguntó Lucius, y al oírlo me di una palmada mental en la frente. Ostras, la actriz, claro que sí. Por eso me había salido ese apellido.

–Sí –dije intentando reírme–. Pero no somos familia, por desgracia…, como ya habrás adivinado.

–Tienes que registrarte –dijo la chica de recepción, con un bostezo que claramente venía a decir «siento interrumpir, pero…»–. Nombre, domicilio, dirección de correo electrónico, número de teléfono.

–Desde luego –dije, con un suspiro de alivio por la posibilidad de escapar de Lucius. Estaba en deuda con él, pero eso no significaba que pudiera permitirme bajar la guardia, y había estado en peligro de hacerlo.

Rellené el formulario que la chica me pasó por el mostrador, en el que puse un domicilio ficticio en Cornualles rogando que no se diera cuenta de que el código postal era una trola como un castillo, porque no me sabía el código real de Padstow. Pero seguro que no era EX24.

Me tomé mi tiempo y, con toda la intención, traté de hacer poco legibles los apartados de correo electrónico y número de teléfono. Pensé que no los comprobarían, pero, si lo hacían, una mancha de tinta bastante verosímil podría servirme de justificación.

Cuando levanté la cabeza, Lucius se había ido.

–¡He dicho que ya casi he acabado! –grité.

Era la tercera vez que alguien golpeaba en la puerta de la ducha y tampoco podía culpar a quien lo estuviera haciendo. Llevaba allí casi una hora, porque primero me había limpiado y cambiado el apósito de la herida lo mejor que había podido, y luego me había aplicado el decolorante para el pelo. Se suponía que no tardaría más de treinta minutos en actuar, pero el tinte rojo resultó ser duro de pelar y tuve que hacer otro intento, dando gracias a Dios por que a Hel se le hubiera ocurrido darme dos paquetes. La segunda vez olía incluso peor, y no solo me lloraban los ojos, sino que me escocía la nariz y me empezaba a doler el cuero cabelludo. «No dejar durante más de 30 minutos», decía el paquete. Yo lo había dejado durante veinte la primera vez, pero no había sido suficiente, así que esta vez había llegado hasta los treinta. A lo mejor se me caía todo el pelo. ¿Llamaría menos la atención una mujer calva que otra con el pelo de un rojo vivo? Lo dudaba.

Por fin, el temporizador del teléfono prepago tintineó y me metí en la ducha, con la cabeza hacia delante para impedir que el chorro de agua cayera en el apósito limpio de las costillas y observando cómo la espuma de un blanco cremoso se arremolinaba en el desagüe. Al menos, no parecía que allí hubiera demasiada cantidad de pelo. Cuando salí de la ducha, temblando, me miré en el espejo sin saber lo que iba a encontrarme. Mi pelo seguía en su sitio, gracias a Dios, y por fin había desaparecido el rojo. Una chica de cabellos zarrapastrosos, ahora de un color rubio blanquecino, me miró desde el espejo con gesto extrañamente sobrecogido; era igual que yo, pero sin nada de color.

Cuando levanté las manos para pasármelas por las mechas mojadas y frágiles, vi que me temblaban los dedos. No había comido desde hacía… Intenté recordar. Desde el desayuno, que solo había sido una tostada engullida a salto de mata. Había subsistido a base de sobresaltos y miedo. Ahora, mientras los golpes renovados en la puerta me hacían dar un violento respingo y me ponían los nervios de punta, me di cuenta de que tenía que meterle algo de comida al cuerpo o me desmayaría.

–He dicho –traté de sofocar el sollozo mientras hablaba y me subía los

vaqueros por las piernas mojadas y temblorosas– que ya salgo, joder. Un poco de paciencia.

–Que esto no es un puto *spa*, por si no lo sabes –me soltó la chica que esperaba fuera cuando abrí la puerta. Era guapa y estaba muy bronceada–. Solo hay tres duchas en todo este sitio, por Dios. Qué cara tienen algunos.

Me apartó para pasar por la estrecha puerta, dándome un codazo deliberado al hacerlo.

–Que te jodan mucho –dije con acritud, tragándome la congoja que me subía por la garganta.

Quería…, Dios, ni siquiera sabía lo que quería. Quería acurrucarme en mi litera alquilada y cerrar las cortinas alrededor del colchón y esconderme del mundo hasta que el problema hubiera desaparecido. Quería despertarme al día siguiente y descubrir que todo este asunto había sido la peor pesadilla que nunca había tenido. Quería encontrar a quien le había hecho eso a Gabe e ir arrancándole pedacitos del cuerpo, uno tras otro, para que se fuera desangrando hasta morir, poco a poco, en una lenta agonía. Quería irme a casa, hundir la cabeza en el pecho de Gabe y abrazar su cuerpo fuerte y cálido. Quería escuchar los latidos de su corazón. Quería llorar. ¿Por qué no podía llorar?

En lugar de todo eso, saqué el portátil del compartimento de las maletas y me dirigí al comedor comunitario, donde compré un bote de fideos instantáneos en la cantina, lo rellené con agua del hervidor eléctrico que había en el rincón y me acurruqué en el asiento de la ventana para comérmelo.

Mientras me metía los fideos hirvientes en la boca, intenté ignorar el agudo dolor del costado y concentrarme en decidir mi próximo paso. Al día siguiente tendría que salir de Londres, en eso no había discusión. Pero ¿adónde iría? Y, antes, necesitaría ponerme en contacto con Hel, hacerle saber que estaba bien, al menos por esta noche. Solo que no tenía idea de cómo hacerlo. Me sabía su número de memoria, pero, si le enviaba un mensaje con el teléfono de prepago, muy probablemente la policía sumaría dos y dos y, una vez tuvieran mi número, no les sería difícil localizarme.

Podía enviarle un correo electrónico; Gabe había instalado un VPN en todos los portátiles, de modo que en teoría no había modo de rastrear mi ubicación desde un correo, al menos si no dejaba ningún cabo suelto. Pero tenía que dar por sentado que la policía podría acabar leyendo todo lo que yo enviara… y también la respuesta de Hel.

Abrí el ordenador. Lo primero que hice fue desactivar todos los servicios de localización. Después activé el VPN y me conecté a internet. El corazón me latía con violencia cuando puse el ratón sobre el icono del navegador web. Sabía, lógicamente, que el VPN debería escudarme, que

protegía mi identidad web ante cualquiera que estuviese en la red wifi del albergue y que, si alguien intentaba rastrear mi correo a través de Hel, podría seguir el hilo hasta la sede del operador VPN, pero no más. Sin embargo, a diferencia de Gabe, yo no entendía del todo la tecnología en que se basaba todo aquello. Sabía cómo funcionaba el VPN, al menos a grandes rasgos. Pero ¿era seguro abrir Gmail del modo habitual? ¿O debería usar Tor, el navegador anonimizado de la web oscura que Gabe utilizaba para echar una ojeada a los foros más turbios de *hackeo*? ¿Funcionaba siquiera Gmail con Tor?

Me quedé allí sentada por lo menos cinco minutos, con el dedo en el panel táctil, pero sin hacer clic, hasta que me cansé y presioné. Era muy improbable que la policía estuviera controlando el correo de Hel en ese mismo momento y, aun en el caso de que finalmente consiguieran rastrearme hasta el albergue, con un poco de suerte yo me habría ido mucho antes.

En mi Gmail, descendí por la lista de correos de trabajo y actualizaciones de rutina, buscando cualquier cosa relevante. Nada llamó mi atención, hasta que me fijé en el correo de Seguros Sunsmile, el mismo que había dado comienzo a todo esto. Se me revolvió el estómago al verlo, porque me hizo revivir el momento en que tomé conciencia de lo que me estaba ocurriendo. ¿De verdad lo había leído esa misma mañana? Me sentía como si hubiera envejecido cincuenta años desde entonces.

Allí seguía ese correo, ya leído, pero por lo demás como si no se hubiera tocado aún. No había modo de saber si la policía lo había visto, si ya se habían puesto en contacto con la aseguradora. En ese caso, nada podía hacer yo. Solo seguir adelante, centrada cada vez en el paso más inmediato.

Seguía mirando los mensajes no leídos de la bandeja de entrada, intentando pensar en lo que podría decirle a Hel para tranquilizarla sin faltar a la verdad, cuando el ordenador tintineó y una notificación de «nuevo correo» apareció en la esquina de la pantalla.

Los ojos se me fueron de inmediato al remitente.

Era de Jeff Leadbetter.

Durante un instante no hice nada. No lo abrí. Una parte de mí quería hacerlo… Jeff trabajaba con Miles y Malik, por el amor de Dios. Podría tener información que me fuera útil o dejar traslucir algo que me indicara si la policía estaba cerca. Pero tampoco podía perderse de vista que era Jeff de quién hablábamos, un policía, y el hombre al que me había pasado cinco años tratando de evitar y olvidar.

El correo permanecía allí acechante, sin leer, en la parte superior de mi bandeja de entrada, una bomba de posibilidades sin explorar. ¿Y si contenía algún virus? No había archivos adjuntos, que yo viera, pero

Gabe me había hablado alguna vez de los *softwares* que explotaban vulnerabilidades, capaces de aprovechar las imágenes insertas en el correo para piratear un ordenador, infiltrándose en él en cuanto se abría el correo. Tragué saliva, con dificultad. Abrí la configuración y marqué la casilla de «preguntar antes de mostrar imágenes externas».

Por último, con la sensación de estar ejecutando una enorme estupidez, un demencial acto de fe, abrí el correo de Jeff.

«Vaya, vaya, vaya –comenzaba–, mira quién ha sido una niña mala».

Casi lo cierro en el acto. Mi interior se revolvió con unas náuseas rabiosas. ¿Cómo había sido yo capaz de salir con este hombre, no digamos ya de acostarme con él? Solo de pensarlo me entraban ganas de vomitar.

Pero me obligué a seguir leyendo.

> Hoy me ha llamado Malik. Me ha dicho que su colega Alex estaba teniendo una charla muy interesante con una amiga mía… hasta que la susodicha se ha esfumado de la entrevista. Sin previo aviso. Y luego los chicos de informática han encontrado material por lo visto muuuy chungo en tu teléfono.
>
> Ahora en serio, Jack: estás en un lío. Gordo. Y es imposible que puedas seguir con esto. No sé qué tratas de hacer, pero pienso que los civiles no os dais cuenta de lo difícil que resulta andar por ahí sin que te detecten. Te quedarás sin dinero, no puedes usar las tarjetas ni el teléfono, no tienes forma de salir del país y, si estás leyendo esto, posiblemente los informáticos ya habrán rastreado tu IP. Vamos, que estás jodida, perdona la fineza. Pero eso ya lo sabías, ¿no?
>
> Escúchame bien: sigue mi consejo y entrégate. Esto solo irá a peor cuanto más lo alargues, hasta que te pillen. Porque TE PILLARÁN, seguro. Al final todo el mundo cae. Así que, venga, entrégate, consigue un buen abogado y confiesa para tener un atenuante.
>
> Además, ¿por qué hiciste algo así? ¿Te estaba pegando ese tío? ¿Te estaba puteando? Deberías haberme llamado. Ya le habría ajustado yo las cuentas. De un modo puramente profesional y apropiado para un agente al servicio de la ley, por supuesto. ;)
>
> J.

Cuando terminé de leer la última línea, el miedo y las náuseas habían desaparecido, arrasadas por la única emoción que persistía: una furia abrasadora. Sin detenerme a pensarlo mejor, hundí el dedo en el botón de responder y empecé a teclear, golpeando las teclas tan fuerte que el ordenador se tambaleaba en mis rodillas.

> Jeff, que te jodan. O dicho más en serio: QUE TE JODAN. Cómo te atreves siquiera… La idea de que Gabe pudiera maltratarme físicamente, aunque fuese UNA SOLA VEZ, vaya, eso sí que es IRÓNICO viniendo

precisamente de ti.

¿Están leyendo esto tus superiores? ¿Te han autorizado a enviarme ese rollo patético tuyo con la esperanza de que te confíe mis secretos, quizá de que te suplique que me rescates o que revele algún indicio de mi paradero? Bueno, espero que SÍ estén leyendo esto, porque tengo algo que decir, algo que traté de decir hace cinco años, solo que nadie quiso escucharme.

A quien pueda interesar: yo salí con Jeff Leadbetter desde los veinte a los veintidós años. Me trató como a una mierda durante al menos el ochenta por ciento de ese periodo y, cuando por fin retomé las riendas de mi vida y lo dejé, él me pegó, me amenazó y luego me acosó durante seis meses. Y, cuando lo denuncié a la policía, sus colegas barrieron el asunto debajo de la alfombra.

Así que jódete, Jeff, y que se jodan también quienes sean que estén leyendo esto. Y no haría falta ni decirlo: no, no maté a mi marido. Pero alguien lo hizo, y ese alguien aprovechó el extractor de la ventana del baño para entrar en la casa y cortarle el cuello a Gabe. Me llevó cinco minutos averiguarlo, lo mismo que les habría costado a ustedes si no estuvieran tan ocupados intentando condenarme a mí. Así que hagan su trabajo, salgan ahí fuera y ATRAPEN de una puta vez a quien lo hizo.

Llena de furia, con los dedos temblando por la rabia, pulsé «enviar» y vi cómo el correo se esfumaba. Después escondí la cabeza entre las manos y traté de dilucidar qué acababa de hacer y si había cometido un inmenso error.

En buena parte, algo me decía que había hecho exactamente lo que la policía esperaba que hiciera con el correo, suponiendo que estuvieran al tanto de él. Debían de saber que me pondría furiosa, porque, incluso sin saber nada de mi historia con Jeff, nadie que leyera esas frases burlonas y condescendientes podría interpretarlas de otro modo que como una provocación. Y como tal las había respondido yo, cayendo en la trampa como cualquier participante de un foro que picara el anzuelo de un trol de internet y le replicara airadamente.

Pero quizá la policía no había contado con el VPN de Gabe, cuya seguridad era máxima por ir rebotando por varios países conocidos por su falta de cooperación con los cuerpos de seguridad del Reino Unido y Estados Unidos.

En fin, lo que fuera que yo había hecho no tenía vuelta atrás. Deshacer el envío del correo era imposible y, si había delatado mi ubicación, también podría haber conseguido algo útil al mismo tiempo.

Forzándome a desterrar a Jeff Leadbetter al último rincón de mi mente, abrí un correo nuevo y puse la dirección de Hel en la línea del destinatario. Esa era la parte fácil, pero cuando intenté pensar qué decir me topé con un muro de ladrillo. «¿Estoy bien?» Sí, pero yo bien no

estaba. «¿No te preocupes?» Pero cómo no iba a preocuparse.

«Querida Hel –conseguí escribir por fin–. Estoy a salvo. Tengo acceso a los correos, pero deberías dar por supuesto que la policía estará leyendo cualquier cosa que escribas». Todo eso no servía de nada. ¿Cómo podía hacerle llegar un mensaje de verdad relevante?

La idea me vino acompañada de una amargura que se me atravesó en la garganta, la conciencia de que quizá todo habría resultado mucho más sencillo si de verdad yo hubiera matado a Gabe. Si hubiera estado prevenida, podría haberme preparado, tener dinero en efectivo disponible y teléfonos de prepago para dar y regalar, acordar con Hel un bien estudiado protocolo para intercambiar mensajes de forma segura. En lugar de todo eso, estaba improvisando sobre la marcha, ahogada en mi propia pena y tratando de no fastidiar las cosas más de lo que ya lo había hecho.

Todavía estaba intentando resolver qué decir cuando sonó otra notificación de correo y de inmediato sentí una pequeña sacudida de adrenalina. ¿Sería ya la contestación de Jeff?

Pero, al volver a la bandeja de entrada, el primer correo no era de Jeff. Allí había un nombre que me costó reconocer: Julian Archer, un viejo amigo de Gabe. Y la línea de asunto decía: «Mis más sinceras condolencias».

«Querida Jack –podía leerse en el panel minimizado–: Acabo de enterarme de la terrible noticia por Cole Garrick…».

Cerré los ojos. No me veía capaz de afrontar aquello, la conmoción, la empatía, las preguntas.

Cerré el navegador.

Pero algo caló en mí de lo que había visto en el correo de Julian: el nombre de Cole. Y volví a oír la voz de Cole en mi oído durante la llamada de esa mañana con el teléfono de los unicornios de Hel: «Cualquier cosa que necesites, me llamas, ¿de acuerdo? Cualquier cosa. En serio».

Cole sabía tanto de ordenadores como Gabe, y probablemente más sobre seguridad en telefonía móvil, que era su rama profesional. Él sería el más indicado para decirme lo que necesitaba saber, cómo comunicarme con Hel de modo seguro. La policía ya tendría en su lista a todos mis amigos y familiares, pero Cole…, ni me acordaba de cuándo había sido la última vez que lo había llamado, aparte de esa mañana, e incluso entonces había utilizado el viejo móvil de Hel, no el mío. Hasta hoy, toda nuestra comunicación se había producido a través de Gabe. Al final la policía llegaría hasta él, de eso estaba segura, pero no había razón para que estuviera en el primer lugar de su lista.

Y lo más importante: Cole era el mejor amigo de Gabe. Si algo le había estado rondando a Gabe por la cabeza durante las últimas dos semanas,

algo que por una razón u otra no se había sentido capaz de decirme, Cole era la única persona a la que podría habérselo contado. Tenía que averiguar si Gabe había contratado esa póliza de seguros o no, y existía la posibilidad –quizá no muy alta, pero posibilidad al fin y al cabo– de que Cole lo supiera, ya fuera la respuesta afirmativa o negativa.

Pero ¿cómo podía ponerme en contacto con él sin que la policía nos detectara a ambos?

Aún estaba intentando dilucidarlo cuando una voz profunda sonó frente a mí.

–Ey, ¿qué le ha pasado a tu pelo, Pelirroja?

Esas palabras me devolvieron a la realidad y levanté la vista, algo alarmada por el hecho de que alguien hubiera notado mi cambio de aspecto. Entonces me di cuenta: era Lucius, el chico de la recepción. Pues claro, él me había visto con el pelo rojo esa misma tarde.

Dejé escapar una risa temblona.

–No sé…, solo me apetecía cambiar, supongo. Ya sabes eso que dicen de que las rubias se divierten más.

–Ya lo he oído, sí. Pero tú parecías muy seria ahí sentada. ¿Todo bien?

La pregunta se había formulado con amabilidad, pero me resultaba tan absurda que en mi interior borboteó una risa casi histérica que a punto estuvo de escapárseme. No fue así, sino que me quedé mirándolo y preguntándome qué decir.

«Bueno, solo me estaba preguntando cómo contactar con el mejor amigo de mi marido muerto sin alertar a la policía. ¿Alguna idea?».

–Tengo…, tengo que escribir un correo complicado –dije por fin–. A un amigo. Trataba de pensar cómo hacerlo.

–Ah –dijo Lucius. Sonrió, con una afabilidad que le arrugó los ojos. Era mayor de lo que en principio me había parecido, según vi entonces. Debía de tener mis años, o alguno más–. ¿Sabes? Yo sigo una regla general: si no eres capaz de escribirlo, dilo. Creo que verse cara a cara es mejor cuando se trata de algo gordo.

Cara a cara. Me mordí el labio, preguntándome si era lo más idiota que había oído nunca o si este tío era un genio. Cara a cara. Sabía dónde vivía Cole. Sabía dónde trabajaba. Resultaba muy improbable, mucho, que lo estuvieran vigilando, al menos de momento. ¿Y si simplemente… iba a buscarlo?

–Pues… ¿sabes qué? –dije lentamente–. A lo mejor tienes razón.

–Yo siempre tengo razón –contestó Lucius guiñándome un ojo–. Buenas noches…, Rubita.

–Buenas noches –repetí.

Mientras él desaparecía por las escaleras hacia los dormitorios, cerré el portátil, tiré el bote de fideos instantáneos a la basura y me levanté con una sensación renovada de…, no diría que esperanza, pero sí al menos de

saber qué hacer a continuación. Tenía un plan, aunque bastante poco detallado, eso sí.

Primero iba a dormir un poco. Después buscaría a Cole.

MARTES, 7 DE FEBRERO

Menos de cinco días

Cuando me desperté, me sentía por completo desorientada. Estaba tumbada en una cama desconocida, rodeada por unas cortinas moradas, y notaba un dolor sordo y pulsátil bajo la parte derecha de las costillas. En la habitación hacía un calor tremendo, el pelo me olía a decolorante y a champú barato y se oía respirar a otras personas.

Entonces recordé: estaba en un albergue, tumbada en el fino colchón de una litera cerrada con cortinas, y mis compañeros de habitación estaban dormidos, lo que significaba que aún debía de ser temprano.

Me recosté en las almohadas. Me dolía la cabeza y el costado y tenía la sensación de no haber dormido nada, aunque sabía que sí lo había hecho. Solo que había sido con un sueño plagado de horribles pesadillas: imágenes de Gabe empapado en sangre, enderezándose de golpe con una sonrisa terrorífica y suplicando «por favor, ayúdame», mientras del cuello rajado le salía un silbido con cada palabra; sudorosas persecuciones por centros comerciales sofocantes, con un policía pisándome los talones que se parecía mucho a Jeff Leadbetter, pero que llevaba el abrigo de Hel y empujaba el cochecito con las gemelas, una imagen que debería haber sido divertida, pero que en el sueño había sido de todo menos eso.

Durante un buen rato, permanecí sentada esperando a que todo se estabilizara, a que aquella sensación enfermiza de pavor se atenuara y cada pieza del día volviera a su lugar. Al final, viendo que la cosa no iba a mejorar, descorrí las cortinas, saqué las piernas por el borde de la cama y bajé por la escalera de la litera hasta el suelo.

Allí, en la semioscuridad, me vestí con todo el sigilo de que fui capaz. El teléfono prepago marcaba las seis treinta y cuatro de la mañana. Cole era madrugador; casi todos los días iba al gimnasio antes de trabajar y, como muy tarde a las nueve, ya solía estar en su despacho de Limehouse sentado frente a su escritorio. Lo que significaba que disponía del tiempo justo para cruzar Londres andando e interceptarlo antes de que llegara allí. La única duda era qué hacer con mi mochila. Pesaba mucho, más de lo recomendable para llevarla conmigo, y estaría a buen recaudo si la dejaba en el compartimento de debajo de la cama. Solo que yo no sabía si iba a volver al albergue; resultaba bastante posible que contestar el correo de Jeff la pasada noche se revelara como una enorme equivocación. Finalmente, abrí el compartimento de las maletas, saqué la mochila y me la eché a la espalda con una mueca de fastidio.

En el vestíbulo, dejé las llaves en el mostrador y salí al frío de aquella mañana de febrero londinense.

El trayecto a Limehouse fue más largo de lo que había pensado y, para cuando empecé a recorrer las estrechas calles de Wapping, en dirección al río y a las oficinas de Cole, el lugar bullía de tráfico y yo estaba cada vez más nerviosa.

No solo me preocupaba no llegar a tiempo de pillar a Cole. Nunca había sido tan consciente de los cientos y miles de cámaras de videovigilancia que había en Londres, cámaras que ni siquiera había advertido hasta entonces a menos que estuviera en un trabajo. Ahora, mientras agachaba la cabeza por las callejuelas y cruzaba a toda prisa la entrada de las estaciones de metro, su presencia me resultaba exasperante, con sus pequeñas lentes de plástico que me seguían cuando pasaba, capturando mi imagen, almacenándola en un disco o enviándola de forma remota a alguna sala de control de Scotland Yard. Lo único positivo –y un hecho que no dejaba de recordarme a mí misma mientras mi paranoia iba en aumento– era justamente que hubiera tantas. Buscar a una persona entre las miles de imágenes recogidas por la vasta red de videovigilancia de Londres, más que buscar una aguja en un pajar, era como buscar un grano concreto de arena en una playa. Solo me cabía esperar que el reconocimiento facial no hubiera llegado al punto en que los ordenadores pudieran trocear a los humanos y escanearlos en busca de unos datos biométricos determinados. Eso aún no podía hacerse…, ¿o sí? Parecía que había sido ayer mismo cuando había estado leyendo aquellos blogs sarcásticos sobre cómo los iPhones eran incapaces de distinguir entre distintas caras chinas.

En fin, en el caso de que fuera posible, por el momento yo no podía hacer nada al respecto. Lo único que estaba en mi mano era ir a las oficinas de Cole e interceptarlo antes de que desapareciera allí dentro para el resto de la jornada.

Cerberus Security era una empresa tecnológica especializada en aplicaciones de seguridad y privacidad para teléfonos móviles. Había tenido unos inicios modestos, con una aplicación de bloqueo de anuncios que había alcanzado un éxito inesperado. Después había expandido su esfera de acción a los gestores de contraseñas, los antivirus y el *software* destinado a los padres preocupados que deseaban tener controlados a sus hijos.

Las oficinas estaban en Kynes Wharf. En su día, aquello había sido un almacén de algodón que recibía balas de todo el mundo, transportadas por barcos que remontaban el río con la marea alta. Ahora se había transformado en oficinas para hípsteres. En otro tiempo, Cerberus había ocupado solo la última planta, en la época en la que Cole había entrado en la empresa casi recién salido de la universidad. Desde entonces, se había expandido hasta abarcar todo el edificio, tras ir desalojando uno tras otro al resto de arrendatarios, y Cole había ascendido junto con la

empresa.

Cuando doblé la esquina, vi que un flujo intermitente de gente joven venía en dirección contraria. No se parecían a los oficinistas de Arden Alliance; la mayoría eran demasiado jóvenes y, en su mayor parte, no iban vestidos de traje y corbata. Yo habría encajado allí a la perfección con mi pelo rojo y mis Converse. Pero ahora no tenía intención de entrar, o todavía no. Me quedé, pues, esperando y observando a los empleados que se acercaban para ver si distinguía la cara de Cole, procurando no mirar de frente a la cuadrada cámara de seguridad montada sobre un alto muro, encajada entre alambre de espino como un extraño pájaro. Por Dios santo. Estaban por todas partes. Me aparté y me giré de cara al Támesis y a la extensión de limo hediondo de la marea baja, aunque sabía que era una estupidez; si la policía pedía las grabaciones de la cámara, mi imagen ya estaría en ellas. Ponerme ahora de espaldas iba a servir de bien poco.

Miré el teléfono, con el estómago atenazado por la ansiedad. Las nueve y diez. ¿Se me habría escapado Cole? La idea de aventurarme hasta la recepción y afrontar las consabidas preguntas –«¿tiene cita?», «¿podría ver su documento de identidad?»– no me seducía en absoluto.

Y entonces lo vi. El estómago me dio un vuelco.

Caminaba solo, con la cabeza baja y mirando al teléfono, la capucha puesta, ensombreciéndole el rostro. Su cabello rubio oscuro, o lo que podía ver de él, estaba mojado y despeinado, como si hubiera venido directamente tras ducharse en el gimnasio, y parecía demacrado y sin afeitar, con toda la pinta de no haber dormido. Cole siempre había tenido un aspecto muy similar al de los protagonistas de las series de instituto americanas: guapo y pulcro, al contrario de la sensualidad sucia y barbuda de Gabe. Cierta vez, en un aeropuerto, había oído a dos chicas adolescentes debatiendo entre risitas si era o no era Zac Efron. Ahora su aspecto era…, en fin, el de un hombre cuyo mejor amigo había sido brutalmente asesinado, supongo.

–Cole –lo llamé en voz baja. Levantó la cabeza y miró a su alrededor, sorprendido, aparentemente sin saber de dónde provenía la voz. Tomé aire–. Cole, soy yo.

Se detuvo, esta vez mirándome directamente, desconcertado. Entonces me reconoció y su expresión pasó a ser de sobresalto.

–¿Jack? –Su voz me produjo la misma punzada en las entrañas que cuando le había telefoneado el día anterior–. ¿Estás…? Un momento, ¿te has hecho algo en el pelo? Casi ni te he reconocido.

–Tengo que hablar contigo. –Sentía la cara rígida por el esfuerzo de controlarme. Cole asintió, preocupado a ojos vistas, pero tratando de que no se notara en exceso.

–Por supuesto. –Con el brazo indicó la puerta de Cerberus Security–.

Ven adentro.

Por un momento vacilé. Parecía una muy mala idea, la de entrar en su despacho a la vista de sus colegas y el personal de recepción y de seguridad. Pero ¿había alternativa? ¿Tener esta conversación en la calle, acaso? Ambas opciones se antojaban imposibles.

–¿Podríamos…? –Tragué saliva y eché una ojeada a un lado y otro de la calle, consciente de nuevo de las cámaras de seguridad y del guardia apostado en el vestíbulo de las oficinas–. ¿Hay por aquí alguna cafetería u otro sitio donde podamos hablar en privado? No quiero… –Me interrumpí, sin saber exactamente cómo formular la idea. Lo que intentaba decir era que no quería causarle problemas si la policía venía a hacerle unas preguntas después de nuestro encuentro, pero ¿cómo iba a soltarle eso de buenas a primeras?

Cole se me quedó mirando un instante, la perplejidad y la inquietud visibles en los surcos marcados entre las oscuras cejas.

–Depende de cuánta intimidad quieras. Podemos volver al piso, si lo prefieres.

El piso de Cole estaba a solo diez minutos andando desde Cerberus. Vivía en un maravilloso ático, en un almacén reconvertido con vistas al Támesis, un lugar que había hecho a Gabe quejarse de tener el trabajo equivocado la primera vez que Cole nos lo había enseñado. El ático sería tranquilo… y privado. Pero me despertaba cierta inquietud. Un edificio tan sofisticado seguro que tenía videovigilancia, y no resultaba imposible que la policía ya lo tuviera controlado. Además, estaba la cuestión de la novia de Cole, una hermosa exmodelo ahora convertida en artista que se llamaba Noemie. No quería meterla en esto si podía evitarlo.

–¿Está allí Noemie? –pregunté por fin, y Cole zarandeó la cabeza.

–Está en San Francisco por trabajo.

–Es que tu piso… –Me detuve, observando de nuevo a sus colegas que pasaban sin cesar. De ningún modo podía hablarle con toda claridad, decirle que la policía me perseguía y que su piso sería demasiado peligroso. El mero hecho de estar allí me tenía todo el rato intranquila, con una sensación de vulnerabilidad que no podía explicar. Pero Cole pareció entender.

–De acuerdo, mira, tengo una idea. Hay una vieja iglesia al doblar la esquina. Nunca está cerrada en esta época del año. El vicario la deja abierta por si la gente que duerme al raso necesita calentarse.

Asentí y me guio por donde había venido, a través de un par de estrechas callejuelas hasta llegar a un camposanto desierto donde se alzaba una pequeña iglesia tiznada de hollín y dominada por dos tejos enormes. En el rincón se veían un par de tiendas de campaña y un sintecho envuelto en su saco de dormir. Tenía los ojos cerrados. Sentí un escalofrío al ponerme en su lugar y le dejé un par de monedas –toda la

calderilla que me quedaba– en una taza de papel que tenía junto a su esterilla aislante. No se movió y pensé que ojalá se despertara antes de que alguien le cogiera aquel dinero. Después me apresuré a seguir a Cole.

No pude evitar mirar atrás en busca de cámaras mientras avanzábamos por el sendero entre las lápidas caídas, pero no había ninguna, al menos que yo pudiera ver. La alta puerta de madera parecía cerrada, pero cuando Cole la empujó con suavidad cedió y ambos cruzamos el zaguán hasta el interior de la iglesia.

Dentro reinaba un ambiente frío y silencioso, una cierta sensación de lugar casi abandonado, pero no enteramente. Mientras seguía a Cole por el pasillo central, íbamos dejando atrás los bancos de respaldo recto que miraban mudos hacia un altar bastante polvoriento. Pequeñas motas plateadas flotaban en la luz tenue y pálida que se filtraba por las vidrieras.

–¿Cómo es que conocías este lugar? –susurré.

–A veces paseo por el camposanto durante la hora de comer –respondió Cole. Su voz no era tan baja como la mía y las vigas nos devolvían el eco–. Ya sabes, para desconectar del despacho. Y un día había una señora mayor tirando las flores y me preguntó si quería entrar a echar un vistazo. Pero, Jack, oye…, ¿qué está pasando? ¿Va todo bien? Es decir… –Se interrumpió y tragó saliva–. Perdona, es una estupidez como un castillo lo que te acabo de preguntar. Lo que quería decir es… que yo…

Se detuvo de nuevo y yo negué con la cabeza, incapaz de expresar hasta qué punto las cosas no iban bien.

–No –contesté por fin–. Nada va bien. Yo…

Cole extendió los brazos y yo me acerqué a él todavía negando con la cabeza, sintiendo cómo me envolvía en su abrazo. Me quedé con la cabeza pegada a su pecho cálido, notando el vaivén de su respiración, sobrepasada por el sufrimiento devastador de lo que ambos habíamos perdido.

Permanecimos así durante largo rato, de pie frente al silencioso presbiterio, yo con la frente apretada contra la suavidad de su sudadera, notando cómo sus hombros y su caja torácica temblaban de emoción retenida. Estaba llorando, me di cuenta, y eso me provocó una punzada de culpabilidad. Él estaba llorando y yo…, ¿por qué yo no podía? Gabe era mi marido, ¿por qué yo no podía llorar?

–Es tan injusto, es… una mierda –consiguió decir, la voz ronca por el llanto y la ira–. Joder, Jack, ¿cómo vamos a seguir adelante?

–No lo sé –dije yo, sintiendo que me dolía la garganta por el esfuerzo de hacer salir las palabras.

Cole se recompuso y se enjugó los ojos con la muñeca libre, empapando de lágrimas la manga de la sudadera gris jaspeada.

–Mira, ya sé que es una idiotez preguntarte si estás bien en estas circunstancias, pero Jack, pareces…

Dejó la frase inacabada, pero yo sabía lo que quería decir. Me había visto a mí misma en el espejo empañado y salpicado de dentífrico del albergue, mientras me cepillaba los dientes esa misma mañana, e incluso yo me había espantado con esa imagen. Era imposible que hubiera adelgazado en los solo tres días transcurridos desde la muerte de Gabe, pero es lo que parecía; mi rostro afilado ya no se asemejaba al de una jovencita sino que estaba cadavérico, con los rasgos extrañamente empequeñecidos, desdibujados, y sin la habitual curva gatuna del delineador de ojos.

Si a eso le sumábamos mi cabello blanco y la ausencia de maquillaje, mi aspecto podría definirse como fantasmal, y en cierto modo eso era yo: el fantasma de la mujer que unas noches antes había salido de Salisbury Lane hacia Arden Alliance. Esa mujer feliz y segura, una amante esposa con un marido que también la amaba. Ahora ya no era nada de eso. Era…, la palabra flotaba de un modo extraño, tácito, en el silencio… Era una viuda. Y una persona en busca y captura.

–Cole, siento hacerte esto, pero no sabía a quién más podía recurrir.

–Sientes hacerme el qué.

Respiré hondo.

–Mira, primero tengo que decirte algo para que decidas si quieres ayudarme o no. Porque si lo haces…

–Jack, ¿qué pasa? De verdad, sea lo que sea, lo haré. Ni lo pienses. Dímelo y ya está. Lo que sea, dímelo.

–Me buscan. –Lo dije sin rodeos, sin encontrar mejor modo de exponerlo. Había hablado más fuerte de lo que pretendía y las dos palabras resonaron en la nave, solapadas por el eco, persiguiéndose unas a otras. Por encima del altar un pájaro alzó el vuelo, batiendo las alas con alarma, y luego se posó de nuevo.

Cole parpadeó.

–Perdona, no sé si lo he entendido. ¿Te buscan para qué…?

–No, Cole –bajé la voz–. Que estoy en busca y captura, que la policía me está buscando. Si me ayudas, podrían procesarte. Y, por el amor de Dios, no se lo digas a Noemie. No quiero meterla en esto.

–¿¡Cómo!? –Su rostro, que ya mostraba alarma, se había puesto de pronto pálido y, por un momento, pensé que iba a desmayarse, por ridículo que parezca. Nunca había visto a nadie presa de un estupor tan indescriptible–. ¿Que la policía te está buscando? ¿Están locos o qué? ¿Qué ha pasado?

–Creen que maté a Gabe. –Apenas salieron de mi boca esas palabras, oí una risita amarga, histérica, que se elevaba con ellas. Había sonado tan demencial que no sabía ni cómo había podido decirlo en voz alta.

–No –dijo Cole, con aire casi reflexivo–. No. Eso es simplemente…, es una insensatez. ¡No!

–Creen que mis movimientos de esa noche no acaban de encajar, los tiempos, me refiero. Y algo más: he recibido un correo. Es una póliza de seguros por un valor enorme que Gabe, o alguien, contrató antes de que muriera. Y creerán que fui yo… o que yo estaba al tanto, al menos. Creerán que lo maté, por el dinero.

–¿Una póliza de seguros? –Cole parpadeaba como si estuviera grogui y apenas captara lo que estaba diciendo–. No sé si…

Fue a tientas hasta un banco y se sentó, con las manos muertas entre las rodillas, como si tratara de asimilar lo que acababa de decirle. Me acerqué y me senté a su lado.

–Ya sé, ya sé. Yo estaba tan conmocionada como tú. Pero la policía tiene mi teléfono y sabe lo del seguro. No sé si me están tendiendo una trampa, o si Gabe… –Tragué saliva. Resultaba extraordinariamente duro soltar lo que quería decir–. Si Gabe…, si de verdad fue Gabe quien contrató la póliza porque tenía miedo de alguna cosa. Eso es lo que he venido a preguntarte. ¿Te dijo algo? ¿Antes de morir?

–No, por Dios… Qué me iba a decir. ¿Por qué…, qué…? –Se interrumpió. Su expresión mostraba un desconcierto absoluto.

–Si no fue él quien la contrató –explicité yo por él–, entonces es que alguien está tratando de incriminarme. ¿Entiendes? Alguien mató a Gabe y ahora intenta incriminarme. No es un robo que se torció ni se equivocaron de persona. Alguien lo arregló para ejecutar a Gabe y ahora intentan endilgarme el crimen. Y, si fue Gabe quien contrató la póliza, muy probablemente lo hizo porque se olió que esto podía pasar.

Durante un largo rato, Cole no hizo más que mirarme como si no tuviera ni idea de qué decir o hacer. Entonces algo pareció encajar en su cabeza y noté con toda claridad que cambiaba el chip; ahora era el solucionador lleno de adrenalina, tan similar al propio Gabe que se me encogió el corazón.

–Muy bien –dijo. Se levantó, recorrió el espacio entre los bancos hasta el pasillo lateral y regresó–. Muy bien. Veamos. Control de daños. La policía te persigue… ¿Qué saben?

–Tienen mi teléfono, desbloqueado –añadí en respuesta a la pregunta que ya adivinaba. Cole hizo un mohín de desagrado.

–No es lo mejor, pero vale.

–Tienen casi todos los dispositivos de Gabe, el teléfono y el portátil, entre otras cosas. Les di las contraseñas que me sabía, pero no conocía todas sus claves de acceso. Ah, espera. –Me vino un recuerdo de la entrevista policial–. Su disco duro no lo tienen. Alguien se lo llevó.

–¿Alguien se llevó su disco duro? –A Cole pareció sorprenderle tanto como a mí.

–Sí, al menos había desaparecido. Me preguntaron por él.

–¿El disco duro de su ordenador principal?

–Sí.

–¿Faltaba algo más?

–Ni idea. No lo comprobé antes de llamar a la policía. No vi ni rastro de su equipo cuando volví a la casa; supongo que la policía debió de llevárselo.

–Vale… –dijo Cole despacio–. ¿Y qué necesitas?

–Bueno, tengo algo de efectivo, ropa y un teléfono de prepago que Hel, mi hermana, me ha conseguido. Pero necesito un método para poder hablar con Hel. Y, para un tiempo más largo, un sitio donde dormir.

–Puedes quedarte en mi… –empezó a decir Cole, pero luego negó con la cabeza–. No, perdona. Es una idea estúpida, no veo cómo. Al final llegarán hasta mí. Vale, eso no, vamos por partes. Comunicación. Déjame pensar… –Se volvió y se quedó mirando las formas que las altas vidrieras proyectaban sobre el austero enlosado gris. Entonces se giró hacia mí–. Creo que Signal es tu mejor opción. Está encriptado de extremo a extremo y se puede configurar para que los mensajes expiren después de leerlos.

–Pero tienes que dar tu número de teléfono para inscribirte en Signal, ¿no? Y ese dato no está encriptado. Así que, si la policía tiene controlado el móvil de Hel, darán con este número y entonces estaré jodida.

Pero Cole estaba negando con la cabeza.

–No. Tienes que dar un número de teléfono, pero no tiene por qué ser el tuyo.

–¿Qué quieres decir? Tienes que verificarlo…, de eso estoy segura.

–Solo necesitas un número en el que recibir un mensaje de texto –dijo Cole–. Mira. –Se sentó a mi lado en el banco, abrió la bolsa de su portátil y sacó un MacBook–. Hay muchos sitios que pueden hacer eso. Los utilizamos para desarrollar herramientas. Generan un número desechable y puedes usar algunos para recibir mensajes. Así que… Bien, elijamos este.

Eligió un sitio web de una lista de marcadores, aparentemente al azar, e hizo clic. Al instante, una lista de números de móvil del Reino Unido apareció en la pantalla. Seleccionó uno y pulsó «abrir».

–De acuerdo. Instálate Signal en tu teléfono e introduce este número.

Así lo hice, tecleando laboriosamente el número desconocido y cumplimentando el proceso de registro, hasta que solo quedaba el paso de verificar el número. Hice clic y al cabo de pocos segundos apareció un mensaje en el ordenador de Cole.

–Haga clic para verificar… –dijo Cole, y pulsó. Hubo una pausa. Cogió su propio teléfono, tecleó algo y, al hacerlo, mi teléfono vibró y se iluminó la pantalla. Lo desbloqueé. Una notificación de Signal flotaba en

lo alto de mi pantalla. «¿Me lees, Gorrión Rojo?», decía.

Miré el teléfono que tenía en la mano. Por primera vez en lo que me parecían muchos días, noté que estaba sonriendo.

–Cole, eres un puto genio. Gracias.

–Ahora puedes enviarle mensajes a Hel desde ese número y no habrá modo de que la policía los rastree. ¿Ella tiene Signal?

–No creo. Es más de WhatsApp.

–Bueno, no te preocupes. Le haré llegar un mensaje de alguna manera para decirle que se ponga en contacto contigo. Hay que dar por sentado que la policía podrá leer los mensajes si tienen controlado su teléfono, pero no deberían de ser capaces de rastrear tu ubicación a partir de ellos.

–De acuerdo. Y gracias. Menos mal que sabes de esto.

–Es parte del trabajo –dijo Cole, con aire un tanto sombrío–. Mira, he estado pensando en esta noche. Ojalá pudieras quedarte en mi piso…

Yo estaba negando con la cabeza antes incluso de que terminara la frase.

–… pero la policía no tardará en venir a husmear. Ahora bien, Noemie tiene una casa de campo. Se la compró hace años para trabajar. Está cerca de Rye y pasamos allí algunos fines de semana. No es precisamente lujosa, de hecho creo que no tiene ni calefacción central, pero sí está en un sitio tranquilo y apartado, y además está a nombre de Noemie, así que la cadena hasta ti tiene un eslabón más. Puedes quedarte allí mientras decides el paso siguiente.

Sus palabras me provocaron un molesto nudo en el estómago, quizá porque se hacían eco de la pregunta que, como en un susurro, había estado oyendo en mi subconsciente durante toda la noche: ¿en qué demonios estaba pensando cuando me largué de la comisaría? ¿Y qué iba a hacer ahora? No me podía pasar la vida huyendo.

–Eso es parte del problema –dije–. Yo…, la verdad, no tengo ni idea de cuál será mi próximo paso. Nada de esto estaba planeado y ahora…, ahora estoy bloqueada. Mi única salida es llegar hasta el final.

–¿Hasta el final? ¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que tengo que averiguar quién mató a Gabe. –Había algo en mi voz que, incluso para mis propios oídos, sonaba casi desesperado–. Tengo que hacerlo. Nada más importa.

–Pero, Jack –la cara de Cole mostraba alarma–, si tienes razón, si fue una ejecución y no algún rufián que andaba tras el material informático de Gabe ni un robo que salió mal, estamos ante gente peligrosa. Podrías acabar muerta tú también. No me parece la mejor idea que vayas por ahí moviendo el avispero.

–No… me importa. –Era la primera vez que había dicho esas palabras en alto, por más que ya sobrevolaran durante toda mi conversación con Helena, tal vez de una forma implícita o sin querer admitirlo, en

realidad–. Si hay que elegir entre eso o pudrirme en la cárcel por el asesinato del hombre al que amo…

De pronto, casi no podía hablar. Las lágrimas no vertidas regresaban, espesándose en coágulos en el fondo de mi garganta y entorpeciendo las palabras. La amargura por todo lo sucedido volvió a aplastarme, como una gran ola. Gabe, muerto. Nuestra vida destrozada. La policía dándome caza por un crimen que no había cometido, y el asesino de Gabe…, el asesino de Gabe… Si no pensaba en ello, si procuraba centrarme en lo inmediato, en ir paso a paso, entonces podría seguir adelante, aunque fuera a duras penas. Pero las palabras de Cole me habían hecho mirar las cosas de frente, pensar en mi situación y en lo que estaba haciendo, por primera vez desde que me había ido de la comisaría. Y la magnitud de la injusticia me hizo ahogar un grito.

–Jack, no. –Cole habló con voz calmada, pero en ella había también un matiz de horror–. Por favor, por favor, no digas eso. No puedo dejar que te vayas y quedarme con la duda de si harás alguna estupidez.

–Ya he hecho una estupidez –dije sin emoción–. Cuando me largué de esa comisaría me puse el cartel de sospechosa número uno. Lo único que importa ahora es encontrar a quien lo hizo, porque de todos modos, si no doy con quien mató a Gabe, mi vida se habrá acabado. No me queda nada por lo que vivir, ¿no lo entiendes?

–Jack, no –volvió a decir Cole, y esta vez se le quebró la voz–. Por favor, no hables así. Gabe no querría que…

Se detuvo. Cerré los ojos con fuerza, sintiendo la amenaza de las lágrimas siempre acechantes que nunca parecían decidirse a brotar. Porque eso era lo peor: Cole tenía razón. Gabe no habría querido que sucediera nada de esto. No habría querido que yo hiciera lo que estaba haciendo, entregarme a una retorcida fantasía de venganza. Pero, qué coño, Gabe no estaba aquí, mira tú por dónde. Gabe se había ido, se había hecho matar y me había dejado en la estacada. Así que no había nadie más que yo para solucionar esto, nadie más que yo para decidir qué hacer.

Por un momento, tuve la más fugaz y extraña de las alucinaciones, sentí la calidez blanda de un auricular *bluetooth* en la oreja, oí la voz de Gabe, baja, íntima, acompañándome como siempre hacía durante un trabajo.

«Vamos, tú puedes, nena».

Apreté los puños hasta clavarme las uñas en la piel suave de la palmas, odiándolo, odiando a Gabe por ser un mentiroso.

Y entonces noté de nuevo los brazos de Cole a mi alrededor y me vi frotando la cara contra su hombro, deseando, anhelando más que nunca poder llorar, dejar brotar las lágrimas y poder abandonarme a la liberación del llanto.

–¿Cómo pudo dejarme? –me oí decir, la voz rota en la última sílaba–. ¿Cómo fue capaz, Cole? ¿Por qué no luchó? ¿Por qué permitió que esto pasara?

Cole no contestó. Tan solo me acarició la espalda. Pero yo sabía la verdad: Gabe me había dejado porque no había tenido alternativa. Igual que tampoco yo la tenía al huir de la comisaría. No había visto ninguna otra posibilidad.

Y ahora no tenía ninguna otra posibilidad que la de seguir adelante e intentar averiguar quién le había hecho esto a Gabe. ¿Y después? No me veía capaz de pensar más allá.

Soluciona primero el problema más inmediato. Luego el siguiente.

Sigue adelante paso a paso.

Hasta que ya no puedas llegar más lejos.

Arriesgarme a entrar en la estación de Charing Cross parecía…, bueno, parecía una locura, a decir verdad. Al atravesar el vestíbulo, ante las mismas narices del policía de transporte recostado perezosamente en una columna, tenía la sensación de estar metiéndome en una gigantesca trampa con forma de infraestructura de transporte público.

Pero mi aspecto, eso lo sabía, era ahora muy diferente del de la mujer que había huido de la comisaría la mañana anterior. El pelo rojo había desaparecido y, con la ayuda de Cole y unas tijeras de su escritorio, me había dejado un estilo muy corto bastante aproximado a lo que sería un *micro bob* de tono rubio blanquecino. También había tomado prestadas unas gafas de sol de Cole y un abrigo que Noemie se había dejado en su despacho, un bonito gabán largo de color piel de camello que debía de tener un precio inimaginable, según deduje por la suavidad de la lana cuando me lo puse. Pero Cole se mostró inflexible: me lo tenía que llevar. Podía dejarlo en la casa de campo si quería, pero a Noemie le iba a dar igual lo que hiciera; ni siquiera se había dado cuenta de que llevaba seis meses colgado tras la puerta de su despacho. Por debajo del suéter me había enrollado el forro polar y me lo había pegado con cinta alrededor de la barriga para parecer embarazada, un embarazo muy verosímil siempre que no pusieras la mano encima. Lo único que parecía algo fuera de lugar era la mochila que cargaba a la espalda, más propia de una viajera en año sabático que de una mamá cañón, pero esperaba salir airosa del trance.

En la entrada de la estación, pasé por un oscuro escaparate y eché un vistazo a mi imagen reflejada. La policía buscaba a una fugitiva de pelo rojo con un anorak barato. La mujer que me miraba desde el cristal era una elegante rubia embarazada con gafas de Dolce & Gabbana y un abrigo que debía de costar más de dos mil libras. El efecto era…, en fin, bastante impresionante, eso debía reconocérselo a Cole. No me parecía

en nada a la chica asustada que lo había abordado por sorpresa frente a sus oficinas hacía unas pocas horas. Aun así, pasar por delante del policía de la entrada era un mal trago.

En la máquina de billetes pagué en efectivo, con los dedos temblando al navegar por la complicada pantalla táctil e introducir los arrugados billetes en la ranura. Mientras los billetes se imprimían con lentitud angustiosa, eché una ojeada al panel de horarios para asegurarme de la hora y del andén. No quería subir demasiado pronto al tren y arriesgarme a quedar atrapada en él si algo salía mal. Pero tampoco podía demorarme en exceso. Solo me sobraban cinco minutos, más o menos lo ideal.

La máquina escupió el recibo final en la bandeja y yo lo recogí todo y me encaminé a los tornos de entrada. La tentación de agachar la cabeza al pasar frente a la cámara de seguridad allí instalada resultaba casi irresistible, pero sabía que yo era tan solo una más entre los muchos viajeros de la estación. Además, esconder la cara atraería una atención nada deseable. Así que metí la mano en el bolsillo del gabán y saqué el teléfono, fingiéndome atenta a la pantalla. Una mujer que esconde la cara al pasar bajo una cámara: estrepitosa señal de alarma. Una mujer absorta en Twitter al cruzar el andén: otra más del montón.

Con todo, estaba sudando bajo la lana mientras elegía vagón e intentaba decidir dónde me convenía sentarme. ¿Un asiento junto a la puerta, para tener la huida franca si la policía subía al tren? ¿O mejor a mitad de vagón, donde les costaría más encontrarme? En conjunto prefería la entrada, porque la probabilidad de que subieran precisamente por mi vagón parecía baja, pero allí todos los asientos estaban ocupados.

Todavía estaba indecisa cuando un joven sentado en uno de los asientos prioritarios se levantó.

–Ahí tienes, guapa.

Por un momento solo pude parpadear, incapaz de entender de qué hablaba. Después bajé la cabeza y comprendí. Mi barriga. Los asientos de prioridad eran para los mayores, las personas con discapacidad y… las embarazadas.

Una oleada de vergüenza me inundó el pecho y me subió hasta las mejillas, aunque en parte también me estaba riendo de mí misma. Era una fugitiva, huía de la policía, estaba en busca y captura por asesinato, ¿y ahora me sentía culpable por fingir un embarazo?

–Gracias, estoy bien –dije, esperando que mi sonrojo no se notara demasiado–. De verdad. Ya busco un asiento ahí delante.

–Ni hablar, chica. No pasa nada –dijo el joven. Tenía esa rara mezcla de fanfarronería e inseguridad que parecía exclusiva de los varones en la adolescencia tardía. Bajó la cabeza, recogió su bolsa y enfiló hacia el pasillo, dejándome a mí el asiento vacío–. De todas formas, no me gusta

sentarme a lado del cagadero –dijo mientras la puerta del vagón se cerraba a su espalda, un comentario que me hizo reír.

Faltaban dos minutos para que saliera el tren y, mientras ocupaba el asiento vacío con la mochila en el regazo, no pude evitar mirar por la ventanilla hacia el andén. Estaba esperando oír pasos a la carrera, gritos de «¡policía, paren ese tren!».

Pero no hubo ninguno. Los minutos fueron pasando hasta que llegamos a las doce cuarenta, la hora en que el tren debía salir. Nada sucedió. Tragué saliva, consciente de la dolorosa tensión en el cuello y la mandíbula. ¿Por qué? ¿Por qué no salíamos?

Entonces el altavoz del tren chisporroteó y sentí que se me alborotaba el estómago, una oleada de nervios tan fuerte que ya me veía vomitando. ¿Se había cancelado el trayecto? ¿Nos retenían para una «inspección de rutina»?

Pero, al poco, tras una pausa que me pareció de mil años, se oyó la voz del conductor.

–Este es el tren de las doce cuarenta con destino a Ashford International y parada en Waterloo East, London Bridge…

La bien conocida retahíla de estaciones se fue desgranando en tono monótono, y por debajo de la voz del conductor oí el bip, bip, bip avisando del cierre de puertas y los motores que se ponían en marcha.

–… Headcorn y Pluckley, con llegada a Ashford International a las catorce horas. Les pedimos disculpas por la demora, ocasionada por reducciones de personal, y esperamos recuperar el tiempo perdido durante el trayecto. Nuestra próxima parada es…

El tren iba ganando velocidad. Nos alejábamos del andén. Y de pronto ya estábamos fuera, en el ambiente frío y luminoso de la soleada tarde de invierno.

Recosté la cabeza en el asiento y me oí exhalar un largo suspiro, como si me hubieran apretado algún botón de desbloqueo.

Lo había conseguido. Estaba fuera de Londres.

–Puede dejarme aquí –le dije al taxista. Paró donde le había indicado y miró con recelo aquel aparcamiento desierto. Durante el verano debía de ser un lugar agradable, con un kiosco donde venderían helados y cubos y palas de plástico. En aquella tarde de febrero su aspecto era poco menos que desolador.

–¿Estás segura?

Asentí. Tomar un taxi había sido arriesgado, pues ese era exactamente el tipo de preguntas que quería evitar, pero la alternativa, recorrer andando unos ocho kilómetros por caminos rurales desde la estación de Rye, en la creciente oscuridad…, tampoco es que me atrajera demasiado.

–Sí, estoy segura. He quedado con un amigo.

El taxista se encogió de hombros.

–Ocho libras y veinte peniques.

Me incliné hacia delante, conté el cambio del billete de tren libra por libra y añadí una propina tan raquítica que al instante me sentí culpable, pero mis reservas de efectivo iban disminuyendo a un ritmo exasperantemente rápido y no sabía cuándo conseguiría más. En cualquier caso, el taxista no pareció molesto por ello y salió del coche con ánimo alegre, a pesar del viento que barría la explanada asfaltada, para abrir el maletero y sacar mi mochila.

–Ahí tienes, cielo. Y buena suerte con eso. –Señaló mi barriga con la cabeza y al instante me sentí si cabe más culpable.

Esperé a que subiera de nuevo al coche y completara la vuelta en tres maniobras, rascando las marchas, para salir a la carretera principal. Después di media vuelta y comencé a caminar por la playa hacia donde esperaba, con toda mi alma, que estuviera la casa de campo de Noemie.

Hacía mucho frío. El viento había amontonado la arena y la levantaba a la altura de la rodilla por la planicie de la playa, con tanta fuerza que incluso a través de los vaqueros notaba cómo las partículas me acribillaban la piel como agujas minúsculas.

Los pies se me hundían en la blandura de las dunas y tenía los ojos llorosos por la mezcla de viento, arena y aerosol marino, y por un momento lamenté vivamente no haberle dicho al taxista que me llevara hasta la casa. Pero el riesgo era excesivo.

El teléfono de prepago indicaba que había menos de un kilómetro desde el aparcamiento hasta la casa, pero la sucesión de dunas hacía que pareciera mucho más y empecé a preguntarme si no me habría equivocado. Sentía las piernas de gelatina por el esfuerzo de luchar contra aquellas arenas movedizas; la mochila parecía contener ladrillos en lugar de ropa, herramientas y un saco de dormir, y la herida del costado dolía como un demonio.

Sacudí la cabeza y parpadeé para expulsar de los ojos la sal que traía el viento. ¿Qué me pasaba? Yo no era así. Yo era fuerte, capaz, estaba en buena forma. Puede que fuera Gabe quien abría la tapa de los frascos y sacaba la lavadora empotrada cuando el tubo se bloqueaba, pero era yo la que tenía más aguante y resistencia. El mes anterior había corrido una media maratón de montaña para ayudar en la investigación contra el cáncer. ¿Y ahora no era capaz de caminar por una playa?

Pero lo cierto era, por supuesto, que Gabe había dejado de ser quien podía hacer esto o lo otro. Gabe estaba muerto. Si en el futuro me topaba con una tapa difícil de abrir, o en realidad con cualquier otro problema, me vería sola para solventar la situación.

La injusticia de ese hecho me golpeó de nuevo, como un puñetazo en el estómago, y me encontré de pronto arrodillada en las dunas y con la

cabeza entre las manos. Quizá debería simplemente renunciar, rendirme, dejarme caer en esta playa y esperar a que las olas vinieran y me arrastraran al mar. Porque ¿qué importaba ya? ¿A quién quería engañar pretendiendo que podía hacer todo esto yo sola, o incluso solo una parte? Y lo más imposible sería encontrar a quien le había hecho eso a Gabe. Tal vez yo pudiera escalar muros y forzar cerraduras, pero ¿averiguar quién había matado a mi marido? Eso era trabajo de la policía. Y ellos ya tenían a su sospechoso: yo.

Aun así, no podía rendirme, y lo sabía. No podía sentarme allí a revolcarme en un charco de fatigada autocompasión. Algo acerado empezaba a brotar en mi interior y tensaba mis músculos, empujándome a ponerme de pie y seguir caminando. Ni siquiera era algo consciente, porque la parte consciente de mi mente solo me decía que yo era una idiota que debería rendirme en el acto. Esto era otra cosa, algo muy profundo, muy próximo al mismo núcleo de mi ser. Era la parte dura e indómita de mí la que se negaba a abandonarse a la pena por la muerte de Gabe, al menos por el momento. La misma parte que en aquel cuarto de baño, con los ojos escocidos, había soportado las corrosivas emanaciones del decolorante capilar, rascando sin tregua hasta dejar el cuero cabelludo en carne viva y eliminar todo resto de tinte rojo. La parte que me espoleaba durante los trabajos, no a entregarme a los guardias de seguridad, sino a hacer un esfuerzo extra, a conseguir otro archivo más, incluso cuando Gabe me estaba diciendo por el pinganillo que ya era suficiente, que podía volver a casa.

Bueno, pues ahora ya no había casa a la que volver. Y de nada servía lamentarse por ello. Solo tenía que seguir adelante.

Me levanté, poco a poco, con la mano en las costillas para aliviar el dolor mientras me ponía derecha y enfilaba por el sendero que se adentraba en la tierra, rodeada por la creciente oscuridad.

Mientras caminaba el viento amainó, pero entonces empezó a acumularse la niebla en cada depresión de las dunas, una ensortijada bruma marina que parecía entrar subrepticiamente desde el canal situado a mi espalda. Al principio no eran más que unos jirones, pero luego esos jirones se unieron hasta formar una manta, y después la manta se fue espesando hasta que al final apenas me veía la mano delante de la cara. La linterna del móvil tampoco ayudaba demasiado, porque solo transformaba la oscuridad cambiante en un amorfo muro blanco que devolvía el haz de la linterna con intensidad cegadora, de modo que, al cabo de unos minutos de andar a trompicones, apagué la luz y esperé a que mis ojos se acostumbraran.

No sabía ni qué hora era cuando por fin me di cuenta de que los contornos de la oscuridad se habían adensado un poco en algo que no era un montículo ni un árbol, sino algo más sólido e incuestionablemente con

forma de edificio. Solo unos metros más adelante me di con la espinilla en una estructura cuya solidez no admitía dudas. Al principio creí que se trataba de una valla, pero luego, al tantear con las manos, reconocí que era una traviesa de vía férrea, varias traviesas, de hecho, apiladas unas sobre otras. Había ido a topar con una especie de banco, o quizá con una jardinera elevada, a juzgar por la tierra que contenía.

Con cautela, caminando a tientas, me dirigí hacia la oscura forma que se alzaba amenazadora entre la niebla. Rogué que fuera la casa de Noemie, pero, lo fuera o no, estaba ya considerando seriamente la posibilidad de forzar la entrada para acostarme en una cama. El teléfono servía de bien poco; el indicador de Google Maps iba saltando indeciso por un kilómetro cuadrado del plano y ninguna de sus estimaciones se acercaba demasiado a la localización que Cole me había mostrado en su teléfono en Londres. «Precisión de la localización: baja», me informó amablemente. Recordé el mensaje que le había enviado a Gabe: «Joder, Sherlock, no me lo puedo creer».

Pero al acercarme a la pequeña construcción vi que se ajustaba a la descripción que me había dado Cole: el tejado acanalado, las paredes negras, la puerta principal de color mostaza. Y luego divisé algo que acabó de confirmarlo: un trozo de madera de deriva claveteado junto a la puerta con las palabras «espuma de mar» grabadas con letras desvaídas, erosionadas por el viento. A toda prisa, casi temblando de alivio, hundí la mano en el bolsillo de la mochila y saqué la llave que Cole me había dado esa mañana.

Giró en la cerradura… y ya estaba dentro. Aterida, hambrienta y a punto de desmayarme por el cansancio, pero estaba dentro, lo que no era poca cosa.

Había pasado bastante más de una hora cuando me di cuenta de que tenía un mensaje en el móvil. No sabía cuánto hacía que me había llegado. Durante todo ese tiempo había estado muy atareada encendiendo los candiles y el fuego de la chimenea y poniendo agua a hervir en la tetera. Cole me había dicho que la casa no tenía calefacción. Lo que no había mencionado es que tampoco tenía electricidad. Bueno, en algún momento la había tenido, eso sí, porque había visto al menos dos enchufes y, junto al sofá, había una lamparita para leer. Pero, una de dos, o habían cortado el suministro eléctrico o la red estaba desconectada. Sin embargo, por más que toqueteé el antiguo y pintoresco cuadro eléctrico no conseguí ningún resultado, y al final tuve que conformarme con encender las lámparas de aceite y las velas que había diseminadas por el lugar.

A la cálida luz de las velas, la casa de campo resultó ser bonita, pero apenas merecedora de tal nombre por su tamaño. Constaba de una sola habitación de techos altos, con una cocina de construcción artesanal que

tenía armarios reciclados alineados en una de las paredes, una pila de porcelana de un solo grifo y un antiguo fogón de los años cincuenta que, según vi, funcionaba con bombona de gas. Enfrente había un cómodo sofá que se desplegaba para convertirse en cama, y en medio estaba el caballete de Noemie, además de una mesita redonda con sillas de madera curvada y una pequeña chimenea. Las paredes estaban decoradas con los cuadros de Noemie, amplios paisajes abstractos de colores marinos. El lugar resultaba pequeño, pero a la vez absolutamente deslumbrante, con una especie de sencillez al estilo *shaker*, así que podía entender por qué Noemie se había enamorado de él. Debía de ser perfecto para un artista, con tanta tranquilidad y tan alejado de los lugares de paso. Un sitio ideal para crear.

En la nevera no había nada. Estaba apagada y tenía la puerta abierta, sujeta por un jarrón lleno de cardos marinos. Pero en el armario de la entrada trasera había pasta y un par de tarros de pesto, y la notificación del teléfono la había visto justo cuando me estaba sentando cansinamente en la mesita con un humeante cuenco de *fusilli*. Tenía un mensaje de Signal, de un número desconocido. De inmediato hice clic en él.

«Jack, soy yo, Hel –decía–. ¿Estás bien?».

Me dio un vuelco el corazón. De inmediato tecleé: «¡Sí! Dios mío, sí, bien. Pero este no es tu número».

Hubo una pausa y luego apareció un mensaje.

«No. C me aconsejó comprar también un teléfono prepago, por si la policía me confiscaba el mío. Lo he configurado para que se borren los mensajes, pero C me dijo que este método era más seguro. ¿Dónde estás?».

Se produjo un momento de pausa y entonces el teléfono tintineó de nuevo.

«¿O crees que es mejor no decirlo?».

Me quedé sentada mordiéndome el labio, preguntándome qué podía o debía escribir. Si Cole estaba convencido de que los mensajes de Signal eran seguros, entonces confiaba en él. Al fin y al cabo, él era el experto en seguridad móvil. Ni por un segundo se me ocurriría pensar que Hel pudiera delatarme, pero tampoco quería ponerla en situación de tener que mentir a la policía.

«Estoy a salvo –tecleé por fin–. Y tengo un sitio caliente y seco donde quedarme. Creo que no debería decirte más».

«Bien. Estaba preocupada. Pero, Jack, ¿qué vas a hacer? A largo plazo, quiero decir».

Lo mismo me había preguntado Cole, pero la pregunta me hizo sentir todavía peor por venir de Hel.

«No lo sé –respondí, y continué–: Tengo que averiguar quién hizo esto,

pero no sé por dónde empezar. La única pista que puedo seguir es un extractor roto. No es demasiado».

«¿Un extractor roto?».

Su respuesta revelaba desconcierto y me di cuenta de que no le había contado que me había colado en nuestra casa y encontrado roto el extractor de la ventana del baño.

«No importa –escribí–. Es largo de contar. Pero voy a necesitar algo más sólido para saber qué está pasando».

Y en ese mismo momento, al pulsar «enviar», se me ocurrió. Sí que había algo más, o podía haberlo, en todo caso. Si yo tenía razón, si Gabe no había contratado la póliza de seguros, entonces había sido otra persona. Y quizá esa otra persona hubiera dejado un rastro. El problema era que ese tipo de trabajo, piratear las bases de datos y rastrear información, correspondían mucho más al ámbito de Gabe que al mío. O «habían correspondido», me recordé a mí misma.

«Pero… sí que hay una pista», tecleé a Hel, justo cuando me llegaba otro mensaje suyo.

«Me he estado preguntando…».

«Perdona, nos hemos cruzado», escribí.

«Tú primero :) –respondió, con un emoticono nada típico en ella; normalmente Hel no los usaba, aunque en este caso tampoco es que la situación fuera normal–. ¿Cuál es esa pista?».

«Ok. Estaba pensando… que sí hay un rastro que seguir: el del seguro».

Hubo una larga pausa. Casi podía oír el cerebro de Hel trabajando. Entonces llegó su respuesta.

«¿A qué te refieres?».

«Alguien contrató ese seguro. Y no creo que fuera Gabe. No es su estilo».

«Era», tuve que recordarme de nuevo, con amargura. No era su estilo. ¿Me acostumbraría alguna vez a hablar de él en pasado? Me parecía imposible que se hubiera ido para siempre, pese a que había acunado su cuerpo muerto entre mis brazos.

La contestación de Hel estaba ya allí.

«Ok. Pero ¿cómo vas a demostrarlo?».

«No lo sé –tecleé–. Podría preguntarle a Cole. Quizá él pueda hacer alguna filigrana, como meterse en su sistema y averiguar la dirección IP de quien solicitara el seguro».

Hubo otra larga pausa. Después, apareció el mensaje. Solo una palabra.

«Quizá».

La duda casi sonaba en la pantalla. Por alguna razón, eso me molestó.

«Ok. A ver: ¿qué has estado preguntándote?».

«Bueno… No sé si esto va a gustarte…».

De nuevo se detuvo y eso casi me hizo poner los ojos en blanco. No

había nada, literalmente nada, que pudiera gustarme de mi situación. ¿Cómo iba Hel a hacerla peor de lo que ya era?

El teléfono volvió a tintinear.

«Pero estaba pensando… ¿Has sabido algo de Jeff Leadbetter últimamente?».

¿Jeff? Durante un fugaz instante me quedé desconcertada, preguntándome cómo demonios sabía ella lo del correo de Jeff. Pero, claro, no lo sabía, no podía saberlo, ¿no?

«¿Qué quieres decir? ¿No te habrá enviado un correo a ti también?».

«¿Te ha enviado un correo?».

«Sí. ¿No me lo preguntabas por eso?».

«No. ¿Y cómo es que te ha escrito?».

Suspiré, un suspiro que resultó sorprendentemente ruidoso en la pequeña casa, audible incluso por encima del crepitar del fuego.

«Dios mío, me envió un mensaje idiota sobre la muerte de Gabe, pura provocación. Supongo que se lo ordenaron sus superiores, digo yo que esperando que le contestara y delatara mi ubicación».

Esta vez la respuesta de Hel llegó sin demora.

«¿Y lo hiciste? ¿Contestaste?».

«Sí, pero con la precaución de activar primero el VPN. No creo que puedan sacar nada en limpio de mi correo».

Se produjo otra larga pausa. Supuse que Hel estaba intentando dilucidar si había hecho una suprema estupidez.

«Es una red privada virtual –añadí, por si no sabía lo que era–. Oculta tu ubicación».

Todavía no hubo respuesta.

«¿Por qué querías saber sobre Jeff?», tecleé, más que nada para incitarla a decirme lo que estaba pensando. Esas largas pausas me estaban poniendo nerviosa. Veía la imagen de la policía echando abajo la puerta de Hel y apoderándose del teléfono, aunque era más factible que simplemente estuviera tecleando con una mano mientras con la otra intentaba acostar a las gemelas.

«¿Hel?».

Todavía no había acabado de teclear cuando llegó su mensaje.

«Mira, quizá me equivoque del todo, pero admitamos que alguien mató a Gabe. Y admitamos también que tienes razón y quieren incriminarte. Las dos hemos dado por sentado que esto tenía que ver con Gabe, pero ¿y si no es así? ¿Y si tiene que ver contigo?».

«¿Cómo?», pregunté.

Ahora estaba confundida. La fatiga se había adueñado de mí hasta el punto de que no era capaz de entender lo que intentaba decirme.

«Perdona, Hel, pero vas a tener que explicarte mejor. ¿Qué quieres decir?».

«Pues que podrían haber matado a Gabe no para castigarlo a él, sino para castigarte a TI. Y su siguiente objetivo es arruinarte la vida. Y la única persona que se me ocurre lo bastante enferma como para hacer algo así…».

Dejó el mensaje inacabado, pero yo me había quedado helada porque sabía perfectamente lo que se había callado.

La única persona que se le ocurría capaz de arruinarme la vida con toda premeditación, y la única que se me ocurría a mí, era Jeff Leadbetter.

Durante un buen rato no contesté. Simplemente me quedé sentada, tratando de asimilar lo que Hel insinuaba. No podía ser cierto. Imposible. Pero… ¿y si tenía razón? Durante los seis meses que siguieron a nuestra ruptura, Jeff había convertido mi vida en una pesadilla. Multas que aparecían misteriosamente, de la nada. Llamadas telefónicas en plena noche en las que nadie hablaba. Una redada de drogas en mi antiguo piso de Hackney, con seis agentes armados que habían echado la puerta abajo e irrumpido en el interior mientras estaba durmiendo. «Un chivatazo anónimo», esa había sido la única explicación, pero yo sabía la verdad. Jeff. Y, si yo hubiera sido otro tipo de persona, más reactiva, o incluso –Dios me libre– alguien que de vez en cuando todavía se fumaba algún porrito o se metía un tiro de coca, como había hecho de más joven, podría haber terminado entre rejas o incluso muerta, en el peor de los casos.

La redada en plena noche había sido lo peor de todo. Después, la cosa había ido atenuándose, de nuevo con llamadas telefónicas silenciosas y algún que otro registro «aleatorio» en mi coche. Por fin, cuando conocí a Gabe y me mudé a su casa, el acoso había cesado por completo. Ingenuamente, en aquel momento supuse que Jeff le tenía miedo a Gabe, o que había pasado página.

Pero ¿y si no era así? ¿Y si, sencillamente, había estado esperando la ocasión propicia para escarmentarnos a ambos?

Era demasiado rocambolesco. Pero también lo eran el resto de teorías que se me habían ocurrido.

El teléfono volvió a tintinear.

«¿Jack? ¿Estás ahí?».

«Sí, aquí estoy –respondí–. Pensando».

«¿Pensando en qué?».

Pensando en que su teoría no tenía ni pies ni cabeza, esa era la respuesta sincera. ¿Jeff? ¿Un poli? ¿Organizando el asesinato de mi marido para castigarme por una ruptura de hacía tanto tiempo? Parecía absurdo, más aún si se tenía en cuenta que lo había visto en el puesto de policía más o menos a la misma hora en que Gabe debía de haber muerto. Pero, por otro lado, no se me ocurría nadie más que pudiera

guardarnos rencor y, en cierto modo, aunque mi parte racional adujera cientos de razones en contra de esa posibilidad, una pregunta no dejaba de susurrarse traicioneramente en mi inconsciente. ¿Y si había sido culpa mía? ¿Y si Gabe había muerto por mi causa?

Estaba allí sentada mirando a la pantalla, intentando pensar algo que decirle a Hel, cuando irrumpió un aviso. «Batería restante: 15 %».

Mierda. Me había olvidado por completo de que sin electricidad no podría cargar el teléfono.

«Oye, me quedo sin batería –le envié a Hel–. Mejor cierro. Pero te quiero».

«Yo también te quiero –me respondió–. Ten cuidado, ¿vale?».

«Lo tendré».

Esperé un momento a ver si enviaba algún otro mensaje, pero no lo hizo y al final apagué el teléfono y me quedé con la mirada perdida en aquella oscuridad iluminada por el fuego, intentando asimilar lo que Hel había dicho. Cuanto más pensaba en ello, más improbable me parecía. Jeff era un gilipollas, eso seguro, pero no un asesino. Y más aún: era un gilipollas con coartada, de lo cual yo misma podía dar fe.

Sin embargo, cuando cerré los ojos para tratar de conciliar el sueño, no eran las palabras de Hel las que resonaban con insistencia en mis oídos, sino las del propio Jeff, las palabras que había escupido con rabia aquel último día, el día en que lo había dejado plantado para siempre: «Haré que te arrepientas de esto, hija de puta de mierda. Si no puedes ser mía, no serás de nadie».

En aquel momento, estaba segura de que la amenaza se quedaría en nada. Pensé que eran bravuconadas, palabras vanas de un hombre con un ego desmesurado e incapaz de aceptar un rechazo. Pero ahora…, bueno, ahora Gabe estaba muerto. Y yo ya no estaba segura de nada.

MIÉRCOLES, 8 DE FEBRERO

Menos de cuatro días

Hacía un frío espantoso cuando me desperté, y, durante un rato, simplemente me quedé hecha un ovillo en el sofá, tratando de adivinar qué hora era. El fuego se había apagado durante la noche y ahora solo quedaba ceniza blanca y carbonilla negra. Veía mi aliento cada vez que respiraba.

Me había quedado dormida sin desvestirme, envuelta en una manta de lana tejida a croché, lo cual ahora parecía una buena decisión. Puede que me sintiera rígida y aterida, pero al menos no necesitaba vestirme.

Sin embargo, lo que sí necesitaba era hacer pis, y con urgencia; de modo que, pese a mis esfuerzos por ignorar esa necesidad lo máximo posible, al final el dolor pélvico me obligó a levantarme. No solo me molestaba la vejiga. Me dolía todo. El costado, por la herida que me aguijoneaba cada vez que intentaba girarme en el sofá. Los músculos de los muslos, por la dura caminata a través de las dunas del día anterior. Los pies, por los diez kilómetros recorridos a pie por el pavimento londinense hasta las oficinas de Cole, más los otros cinco en dirección contraria hasta Charing Cross. Incluso sentía los dedos de las manos rígidos y doloridos, posiblemente por apretar los puños para controlar el temblor de las manos cada vez que pasaba junto a un policía o una cámara de seguridad.

Me sentía una anciana; cada una de mis articulaciones protestó al ponerme dolorosamente en pie, con la manta bien ceñida alrededor de los hombros para protegerme del aire helado de la mañana.

El cuarto de baño era un pequeño anexo con el techo de chapa ondulada, y en él todavía se notaba más el frío que en la habitación principal, si tal cosa era posible. Me estremecí cuando la piel desnuda tocó el asiento glacial del inodoro, pero una vez sentada me quedé allí durante un largo rato, con la cabeza entre las manos, intentando decidir qué podía hacer.

Lo que en primer lugar quería hacer era telefonear a la compañía aseguradora, ponerme en mi personaje de *pen tester* y tratar de sonsacarles alguna información de la póliza, aunque fuera tan solo la fecha y hora en que la habían contratado. Pero no podía hacer nada hasta no tener cargado el teléfono. Todo dependía de ello.

Lo cual significaba que, antes que nada, tenía que solucionar la cuestión de la electricidad.

En segundo lugar…, tenía que averiguar del modo que fuera si Jeff Leadbetter estaba detrás de todo el asunto. No sabía cómo lo haría, y

menos aún cómo podría demostrarlo.

Dos cafés más tarde, con un pequeño fuego crepitando en la chimenea, me sentía algo menos helada y mucho menos desesperanzada, pero aún no había conseguido que funcionara la electricidad, y sin ella no estaba claro que pudiera quedarme allí.

Por la noche había apagado el teléfono para ahorrar batería y, al encenderlo de nuevo, me sorprendió ver que eran casi las once de la mañana. Había dormido más de lo que creía. Pero lo más preocupante era que solo quedaba un ocho por ciento de batería.

Abrí Signal y le envié un mensaje a Cole.

«Hola, Cole, soy yo. Perdona que te moleste, pero no consigo hacer funcionar la electricidad. ¿Hay algún interruptor central? No puedo cargar el móvil y casi no me queda batería».

Esperé durante unos minutos para ver si contestaba, pero no hubo respuesta. Mientras miraba la pantalla iluminada, la barrita de batería bajó hasta el siete por ciento y algo muy parecido al pánico se apoderó de mí. Sin teléfono, estaba jodida y bien jodida. Ni tampoco me serviría el portátil, porque dependía del móvil para conseguir acceso a la red.

Otros treinta segundos. Todavía sin respuesta. Joder. ¡Joder!

Con una sensación de vacío en el estómago, apagué el teléfono.

Me había dicho a mí misma que solo consultaría si Cole había contestado cada media hora, pero eso solo me permitió mirar dos veces el móvil antes de que la batería se agotara por completo, lo cual ocurrió entre las doce y media y la una. Después, ya no tenía forma de saber la hora, pero mi percepción era que ya habían pasado tres horas, quizá cuatro, cuando me senté en la mecedora del porche, bien abrigada con el gabán color piel de camello de Noemie, para leer uno de los libros de bolsillo maltrechos y con las tapas dobladas que había encontrado en la repisa de la chimenea. El sol se estaba poniendo en el horizonte, las sombras se alargaban, y entonces oí el ronroneo de un motor de coche en la distancia, por el sendero. Me incliné hacia delante, aguzando el oído para intentar distinguir si el ruido se acercaba o se alejaba.

Con el romper de las distantes olas, al principio se hacía difícil precisarlo, pero luego no tuve dudas: se estaba acercando. Y mucho.

El sobresalto me hizo levantarme a trompicones y mirar a derecha e izquierda, presa de un pánico enfermizo. Mierda. ¿Cómo no me había preparado para algo así? Todas mis cosas estaban desparramadas por la casa. No podía permitirme abandonar el contenido de la mochila, que era todo lo que tenía ahora en el mundo, pero si me detenía a empaquetar podría ser ya demasiado tarde.

Al final, con el corazón golpeándome en el pecho, me decidí. Arrojando el libro al suelo, corrí a la casa, cogí el teléfono y lo que pude de entre mis cosas y salí disparada hacia las dunas.

Allí me agaché entre dos arbustos achaparrados y esperé.

Se me hizo eterno. Ahora estaba más cerca del mar y apenas oía nada aparte de las olas, los latidos del corazón que me resonaban en los oídos y mi propia respiración jadeante. Me pareció, aunque quizá fueran imaginaciones mías, que el sonido del motor se hacía más fuerte y luego cesaba. Pero no podía asegurarlo. Lo que no había oído, y de eso sí estaba bastante segura, era ningún coche arrancando de nuevo y alejándose.

¿Sería la policía? ¿Un amable vecino que se había acercado para comprobar por qué había luces y humo? ¿O solo el cartero?

El sol se había ocultado ya tras el promontorio y el frío empezaba a ser extremo, más intenso si cabe por el viento, que estaba arreciando como la noche anterior a esa misma hora. Permanecí en cuclillas, abrazada a mi mochila y con la cabeza escondida entre sus pliegues, intentando no pensar en lo que haría o no haría. No podía quedarme allí toda la noche; me congelaría. Pero si se formaba niebla tal vez pudiera escapar corriendo. Todavía llevaba el gabán color camello, quizá lo único bueno de toda aquella situación, no solo por lo que abrigaba, sino porque su color se camuflaba a la perfección entre las dunas veteadas por la lluvia. Si de verdad querían encontrarme, lo harían, no me cabía duda. Mi escondite no supondría ninguna dificultad para un buen equipo de búsqueda, menos aún si había perros policía. Ni siquiera me había preocupado de borrar mis huellas desde la casa. Pero, si resultaba ser un visitante ocasional que venía a comprobar que todo estuviera en orden, quizá pudiera escabullirme en la oscuridad cuando el sol se pusiera del todo.

Todavía seguía sopesando mis cada vez más desesperadas opciones cuando lo oí. Un silbido tenue, no exactamente una canción, sino una secuencia melódica que subía y bajaba y que de inmediato me resultó familiar, aunque no sabía dónde la había oído. Me quedé donde estaba, intentando averiguar qué estaba pasando. ¿Era solo alguien que paseaba el perro al atardecer, silbando por el camino a la playa? Bien podía ser, aunque había elegido una canción un poco rara, nada que ver con esas tonadas de ritmo alegre que la gente suele canturrear. ¿Y por qué me resultaba tan familiar? La melodía me causaba cierto malestar íntimo, una especie de triste añoranza que resultaba desmesurada para tan breve secuencia de notas.

Hubo una pausa y luego volvió a oírse el sonido, ahora algo más cerca, pero con intensidad variable según soplara el viento, y de pronto, con una sacudida emocional, me vino el recuerdo. Recordé dónde había oído esa melodía y por qué había suscitado en mí esa sensación extraña y agridulce de pérdida: era la frase inicial de una canción de Talking Heads: *This Must Be the Place*. Y la razón por la que pude reconocerla, la

razón por la que me había provocado ese pesar, como si mi cuerpo hubiera establecido la conexión antes de que el cerebro encajara las piezas, era porque se trataba de la misma canción que Gabe y yo habíamos bailado en nuestra boda, nuestro primer baile, bamboleándonos juntos en una playa griega bajo guirnaldas de luces mientas nuestros amigos y familiares nos rodeaban sonrientes.

Solo alguien que nos conociera íntimamente podía haber silbado esas notas iniciales. Nadie más la habría recordado ni habría sabido qué significaba para mí. Sin pensármelo dos veces, sin calibrar que podía estar cometiendo una gran estupidez, solté la mochila y me levanté, y allí, dos o tres montículos más allá, en lo alto de una duna, recortado contra el cielo y oteando el mar con rostro preocupado, estaba Cole.

–¡Cole! –dije con voz ahogada, y él se giró y se le iluminó la cara nada más verme.

–¡Jack! –Se acercó trastabillándose por la arena y me abrazó–. ¿Por qué diablos te escondes aquí fuera? ¿No has recibido mi mensaje?

–El teléfono se murió –expliqué, sosteniéndolo en alto.

Cole maldijo.

–Pensé que a lo mejor había visto tu mensaje demasiado tarde. Intenté escribirte, pero al ver que no podía contactar contigo me entró miedo y me pareció mejor venir. Al llegar a la casa y ver que faltaban la mitad de tus cosas… –No terminó la frase, dejándome imaginar a mí lo que había pensado.

–Lo siento –dije–. He oído el coche y no sabía qué hacer. He creído… Bueno, mira, ahora ya da igual. –Recorrí con la mirada la playa cada vez más sombría. Estaba desierta, pero de pronto me sentí demasiado expuesta allí fuera. Al pensar que Cole había conducido hasta aquí, con las cámaras lectoras de matrículas captándolo durante todo el camino…–. Será mejor que entremos.

Cole asintió, cogió mi mochila y atravesamos las dunas en dirección a la casa.

En el interior, Cole encendió los candiles y luego yo reavivé el fuego mientras él se iba al anexo a examinar el cuadro eléctrico. Al final se rindió y volvió a la habitación principal, zarandeando la cabeza.

–No sé cuál es el problema. Algo ha explotado ahí y creo que se necesitará a alguien más experto para arreglarlo. Pero, mira, he comprado una batería externa, así que ya puedes cargar el móvil.

Se sacó del bolsillo algo que parecía un teléfono móvil macizo y me lo pasó, y yo hurgué en la mochila en busca del cable cargador y enchufé el teléfono.

–¿Cuántas cargas me durará? –le pregunté mientras el icono de batería, de forma reconfortante, empezaba a rellenarse. Cole se encogió de hombros.

–No lo sé; con el mío son cuatro cargas como mínimo, y podemos cargarlo a tope en el coche antes de irme.

–Dios mío. –Me senté en el sofá–. Tengo que decirlo, Cole. Me alegro de verte, pero ¿crees que ha sido buena idea venir en coche? ¿Y si te han seguido?

Col volvió a encogerse de hombros, más contrito esta vez.

–Ya lo sé. Es solo que… me entró el pánico cuando no pude localizarte. No dejaba de pensar en cómo te las arreglarías, aislada en la casa sin electricidad y sin poder llamar para pedir ayuda. Y luego me acordé de que apenas habíamos dejado comida y otras cosas necesarias. Creo que me di cuenta de lo estúpido que era el plan.

–¿Me tomas el pelo? –Me acerqué a donde estaba sentado en la mesa y le puse la mano en el hombro–. El plan era magnífico. Y te estoy muy agradecida; me sacaste de Londres. Lo que pasa…, supongo que me preocupa que si la policía te está vigilando…

No terminé la frase. Cole se frotó la cara, preocupado.

–Ya sé, ya sé. Pero, mira, no creo que me siguieran. O más bien estoy seguro. Esos caminos rurales del último tramo… son de un solo carril y como mucho te topas con un coche cada hora. Ahí no hay forma de seguir a nadie sin que te vean. Y me salí de la autopista en Maidstone, así que las cámaras de reconocimiento de matrículas solo pueden haberme seguido hasta allí. Pero, Jack, si empiezan a husmear, al final encontrarán este sitio. Aunque esté a nombre de Noemie, soy yo quien paga la mayoría de las facturas, y estoy seguro de que figuro entre los contribuyentes municipales. Vengo aquí casi cada fin de semana durante el verano. No les costaría mucho averiguar todo eso. Esto solo estaba pensado como solución temporal. Si no quieres dejar ningún rastro, entonces necesitas un lugar totalmente aislado, sin conexión con ninguno de nosotros.

Asentí con gesto cansado. Sabía lo que quería decir, pero yo no tenía intención de estar huyendo durante tanto tiempo. No podía.

–Pareces cansada –dijo Cole–. ¿Has comido mínimamente bien?

–Sí –contesté, aunque no era del todo cierto. Había tomado la pasta al pesto la noche anterior y una barrita de cereales para desayunar, y después había intentado acabarme el resto de la pasta fría para comer, pero alguna cosa me había revuelto el estómago. Y, ahora, de pronto me sentía hambrienta.

–Bueno, he traído comida –dijo Cole levantándose–. Y vino. Voy a prepararte una cena de chuparse los dedos. Quiero que te sientes ahí y no hagas absolutamente nada, y durante un par de horas vamos a fingir que nada de esto está pasando, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –contesté. Tenía un nudo en la garganta, quizá por la amabilidad de Cole o quizá por haberme dado cuenta de lo mucho, de lo

muchísimo que deseaba que eso fuera verdad.

Y eso fue lo que hicimos durante las siguientes dos horas. Cole cocinó un plato increíblemente sabroso con berenjena frita, fideos y una buena cantidad de miso, y yo me senté a la mesa y aticé el fuego y bebí el vino tinto aterciopelado que él había traído, hasta que empecé a tener la cabeza nublada y todo lo ocurrido durante los últimos días adquirió una pátina de irrealidad.

Cuando Cole sirvió la comida, devoré todo el plato más una enorme cantidad extra que se apresuró a repartir en cuanto terminé, tras lo cual me recosté en la silla, con la barriga tan llena que no podía casi ni pensar, y eché mano a la botella.

–Madre mía, me parece que he bebido demasiado para conducir –dijo Cole mientras yo me inclinaba para llenar primero su copa y luego la mía.

–No seas tonto –dije–. Esta casa es tuya. Deberías quedarte.

–¿Estás segura? –Parecía dudar–. Quiero decir que, sobre el papel, la casa es de Noemie. –Echó un vistazo a la alfombra de la chimenea y adiviné que estaba calibrando cuánto frío podría tener, tapado solo con su abrigo, a las dos de la madrugada–. Supongo que podría dormir en el coche.

–Cole, quédate. El sofá es doble. No será la primera vez que me acuesto con los pies de un amigo en las narices. Además –me di cuenta de que estaba sonriendo por primera vez en lo que parecían muchos días–, si hay alguien más calentando este sitio, puede que mañana me sienta los dedos al despertarme.

–De acuerdo –cedió Cole, aunque parecía algo reacio–. Pero tendré que madrugar. A las diez tengo una reunión en Londres.

–Muy bien. –Contuve un bostezo–. Estoy hecha polvo. Creo que no duraré ni diez minutos despierta.

–¿Tienes el teléfono cargado? –preguntó Cole, levantándose y empezando a recoger los platos. Asentí y encendí el móvil con cierta esperanza de encontrar algún mensaje de Hel, pero no había nada, solo cuatro mensajes de Cole que empezaban justo después de que mi teléfono se hubiera agotado, mensajes cada vez más alterados en los que me preguntaba si estaba bien y luego me anunciaba su intención de venir.

Pero pensar en Hel me hizo recordar otra cosa: nuestra conversación de la noche precedente.

–Cole –le dije–, lo siento mucho, pero tengo que pedirte otro favor.

–Jack. –Dejó los platos en el fregadero y vino a sentarse a mi lado, muy serio. Me tomó de la mano, sus dedos cálidos y suaves al cerrarse sobre los míos–. Haz el favor, deja ya de disculparte. Quiero que me pidas las cosas, de verdad, ¿no lo entiendes? Quiero ayudar. Habría hecho cualquier cosa, lo que fuera, por Gabe. Así que, por favor, lo que sea que

quieras… dilo y ya está. Y, si está en mi mano, dalo por hecho.

–No sé si está en tu mano, ese es el asunto –repliqué, y entonces le conté la teoría de Hel sobre Jeff y mis propias sospechas acerca de la póliza de seguros. A medida que hablaba, la cara de Cole iba tomando una expresión más seria y, cuando acabé, parecía más que preocupado.

–Esto no me gusta.

–Pero ¿crees que podría ser verdad?

–Pues sí, podría. Mierda. Quiero decir que, bueno, no pinta bien. Pensar que podrían haberlo confundido con otro o que a un ladrón se le fue la cosa de las manos ya era bastante malo. Pero, si Hel tiene razón, ese tío está psicótico. Podrías correr verdadero peligro.

–Hay algo más –dije, con cierta reticencia, y pasé a contarle el correo de Jeff y mi impulsiva contestación–. ¿Crees que hice mal? Al contestarle, quiero decir.

Cole sacudió la cabeza.

–No lo sé. Vaya tela. Es decir, que contestar no fue probablemente lo mejor, para ser sincero; pero, en fin, si había alguien bueno con el VPN, ese era Gabe, y si eso lleva a los colegas de Jeff a husmear en su historial…

–Entonces, ¿tú sí crees que Hel tiene razón? –le pregunté. Cole pareció sorprendido.

–Bueno, pues… supongo. ¿Tú no?

–No lo sé –contesté. Tenía la mente espesa y me sentía tonta; con tanto vino y comida se me hacía difícil pensar con lógica–. Es solo que… Bueno, entiendo lo que quiere decir Hel. Como ella dijo, casi siempre son los cónyuges los culpables en este tipo de casos, los cónyuges y las exparejas. Y Jeff es el único de mis ex que puede considerarse significativo, y desde luego el único con el que me separé de mala manera. Lo que pasa es que…, no sé, Cole, no lo veo haciendo algo así. Además, estaba en el puesto de policía más o menos a la misma hora que yo.

–Podría haber contratado a alguien –replicó Cole–. Vaya, que el tío es policía. Seguro que sabe a quién buscar.

–No es solo eso. Es todo, el haber contratado la póliza. Me parece demasiado alambicado. Ojalá supiera los entresijos de esa historia, quién contrató el seguro y si de verdad tiene algo que ver con el asesinato. ¿Hay alguna forma de averiguarlo?

–Quizá… –respondió Cole. Se frotó la sien. Parecía estar cavilando sobre ello–. Mierda, esto sí que era el campo de Gabe. El paso más fácil sería intentar apoderarse de los documentos del seguro, ver si hay errores, algo que pueda indicar que fue otra persona y no Gabe quien lo contrató. Si ese fuera el caso, bastaría con hacer que la policía eche un vistazo al *back end*. Si consiguen la dirección IP de quien contrató la

póliza… ¿Crees que Jeff sabría lo bastante como para usar un VPN?

–No lo sé. –Me dolía ya la cabeza–. Las cosas técnicas no son lo suyo. Pero creo que sí me enviaron los documentos de la póliza. Espera.

Abrí el portátil, busqué el correo de la aseguradora e hice clic para ver los adjuntos. El titulado «Resumen de su póliza» parecía el más prometedor, así que lo abrí.

En la pantalla apareció un largo PDF por el que fui bajando, dejando atrás la jerga legal para buscar información sobre Gabe. Ahí estaba su nombre, incluido el segundo nombre, todo correcto. Estatura. Peso. Profesión. Fecha de nacimiento, correcta. Bebedor ocasional. No fumador…, bueno, eso no era del todo exacto. De vez en cuando le gustaba fumarse un canuto. Pero era verdad que no fumaba cigarrillos y, además, tampoco sabía si Gabe admitiría en una póliza de seguros que se echaba alguna que otra caladita de hierba. No parecía tan relevante. En cualquier caso, había un montón de información, toda ella correcta, y no veía cómo Jeff podría haber averiguado siquiera la mitad.

–No pudo ser Jeff –dije en voz alta–. No puede ser. Aquí hay cosas que le resultaría imposible saber. Por ejemplo, ¿cuánta gente sabe que el segundo nombre de Gabe es… –me interrumpí, de nuevo para corregirme con dolor en el corazón–, era Charles?

–Bueno, siempre puede recurrirse al *phishing* –adujo Cole con ciertas dudas, pero negué con la cabeza.

–Jeff no es tan espabilado, te lo digo yo. Aparte de que no tiene los conocimientos técnicos necesarios, no creo que su cerebro funcionara de esa forma. Él es más de usar sus contactos para joderte.

–Un momento. –Cole dejó la copa en la mesa–. Espera, los contactos de Jeff. ¿Qué me dices de la base de datos de la policía?

–¿Qué quieres decir?

–Ese Jeff… es policía, ¿no? Y a Gabe…

–Lo arrestaron cuando tenía diecisiete años –terminé la frase, viendo adónde quería llegar Cole–. Joder. Pero era menor. ¿Crees que aún estará en el sistema?

Cole se encogió de hombros.

–¿Sinceramente? No tengo ni idea. Sé que una condena así ya se daría por extinguida y no haría falta declararla como antecedentes, pero imagino que todavía consta en algún sitio y que, probablemente, un tipo como Jeff podría tener acceso. No sé qué mantienen en los archivos, pero supongo que la fecha de nacimiento, la estatura y datos similares casi seguro que figurarían. El peso, bueno, Gabe había engordado unos cuantos kilos desde los diecisiete años, pero sería bien fácil calcularlos más o menos a simple vista. Y el resto…

–Y el resto lo puedes deducir. Joder.

Comprender que todo aquello resultaba factible fue como recibir un

jarro de agua fría en la nuca. Debería sentirme… si no feliz, al menos con una especie de triste satisfacción por estar más cerca de averiguar lo que le ocurrió a Gabe y quién lo había planeado todo. Pero no era así. Lo único que sentía era un horror creciente. Porque, si había sido Jeff, entonces las probabilidades de que la policía resolviera el caso habían pasado de ser exiguas a ser prácticamente nulas.

No es que pensara que Malik y Jeff estaban conchabados, no exactamente. No me imaginaba a la inquebrantable Malik sentada con un colega corrupto, preparando un plan para asesinar a un hombre inocente y meter entre rejas a su esposa. No me parecía nada plausible. Pero la idea de que no pusieran toda la carne en el asador a la hora de investigar a uno de los suyos, de que pudieran abordar con escepticismo la denuncia de una chica inestable e histérica que ya tenía un historial de denuncias falsas contra su ex… Eso sí lo veía, eso sí me parecía más que plausible.

–Si todo eso es verdad –le dije a Cole con voz desmayada–, ¿cómo coño voy a demostrarlo?

Me rodeó con sus brazos y sentí la misma apremiante necesidad que el día anterior cuando me había abrazado en la iglesia, la necesidad de hundir la cara en su pecho y llorar, como habría hecho de haberse tratado de Gabe. Solo que seguía sin poder llorar. No parecía capaz de dejarme ir lo suficiente como para llorar.

–Jack –oí su voz cerca de mi oreja, consciente de la calidez de su cuerpo, de su estatura, de su presencia física en cierto modo tan similar a la de Gabe, pese a sus diferencias, y noté que se me formaba un nudo en la garganta–. Todo irá bien.

Permanecimos así durante mucho rato, él rodeándome con los brazos, yo con la mejilla apoyada en su pecho, oyendo su corazón. Por primera vez en varios días, me sentí… a salvo. Pero sabía que era una ilusión. Cole no podría protegerme de lo que se avecinaba más de lo que Gabe había podido protegerse a sí mismo.

–Yo creo que no –susurré.

–Jack –Cole me tocó la barbilla y me hizo levantar la cabeza para mirarlo–. Escúchame: todo irá bien. No voy a permitir que te ocurra nada.

Quería creerle. Deseaba creerle con toda mi alma.

Pero había un problema: ambos sabíamos que eso era una tontería. Cole no podía prometer algo así. Y lo peor ya había sucedido. Gabe estaba muerto. El hecho de que a mí me condenaran por su asesinato…, bueno, eso sería tan solo la guinda de este pastel de mierda.

No dije nada y me quedé mirándolo, los surcos del entrecejo, el cabello rubio oscuro, los atribulados ojos azules ahora de un profundo tono marino a la exigua luz de las velas. Me puso la mano en la mejilla.

Y entonces se inclinó y me besó.

Por un momento, pensé… No sé. Pensé que quizá era solo compasión, un bondadoso beso fraternal que pretendía darse en la mejilla o la frente y había ido a parar a mi boca. Pero entonces sus labios se abrieron, me rodeó la cara con ambas manos y me di cuenta de que, sí, me estaba besando. Besando en toda regla, con la boca abierta contra la mía, la lengua contra mis labios. Y, durante un segundo, un segundo extraño y enturbiado por el vino y lleno de anhelo, se lo permití. No, más que eso, si he de ser absolutamente sincera… Hice algo más que dejar que Cole me besara; le devolví el beso.

Pero, entonces, algo dentro de mí se revolvió, el sentimiento de que aquello era un profundo error, algo totalmente inapropiado, por mucho que deseara sentir los brazos de alguien a mi alrededor y su cuerpo contra el mío. Sí, quería a alguien, sus labios, su calor, la suavidad de su piel desnuda, pero no a cualquiera: quería a Gabe.

–No –dije, al principio de forma indiscernible, como en sordina por tener la boca pegada a la de Cole. Luego, con más energía, empujándolo con las manos planas contra el pecho– ¡No! ¡Cole, no quiero!

Cole se echó atrás como si lo hubiera abofeteado, aunque mi empujón no había sido ni mucho menos tan fuerte.

–Lo siento –dijo perplejo, aunque no sabía si esa perplejidad obedecía a mis actos o a los suyos–. Dios mío, cuánto lo siento. El vino…, yo…

–No pasa nada –dije con sequedad, aunque no estaba segura de que así fuera–. Los dos estábamos… Mira, lo entiendo. Hemos bebido y los dos tenemos mucha pena. –Las palabras quedaron estranguladas en la garganta. Y el caso era que me daba cuenta de la verdad que había en lo que acababa de decir, para él y para mí. Entendía cómo esa añoranza, la desesperada añoranza por Gabe, podía transformarse en el impulso de buscar a quien le era más cercano. Pero Cole estaba con Noemie, y yo… ¿Qué era yo? ¿La viuda de su mejor amigo?

–Lo siento –repitió. Extendió hacia mí el brazo y yo me retiré, involuntariamente, y entonces su cara se crispó como si estuviera dolido–. Lo siento mucho. Dormiré en el coche.

–No seas tonto –dije–. Te quedarás congelado.

–Pondré la calefacción.

–No puedes dejarla puesta durante toda la noche. Te quedarás sin batería. Vamos, Cole. Somos adultos. Hemos cometido un error y ya está. –O tú lo has cometido, pensé, pero no lo dije, aunque era verdad que al principio yo había correspondido a su beso–. No tenemos por qué echar a perder nuestra amistad. Tengo un saco de dormir. Dormiré en el suelo.

–No –replicó Cole con vehemencia–. No. Si alguien va a dormir en el suelo, soy yo. Lo siento. He sido… No sé en qué estaba pensando, Jack. Estaba confuso. Y… –Se interrumpió.

–¿Sí? –pregunté. Me sentía…, no sé, desconcertada, pero también apenada por él. Sin embargo, Cole se limitó a negar con la cabeza.

–Da igual. –Se sacó el teléfono del bolsillo, lo miró y dejó escapar un suspiro–. Mira, es casi medianoche. Vamos a descansar un poco. Y soy yo quien duerme en el suelo, ¿vale? No se hable más.

Por un momento pensé en discutírselo, pero acabé cediendo y tan solo asentí. Cole volvería a su casa al día siguiente y dormiría en una cama con un colchón como Dios manda. No pasaba nada porque durmiera una noche en el suelo.

–De acuerdo.

Durante los siguientes minutos solo hubo silencio, mientras Cole desenrollaba el saco de dormir en el suelo y yo sacaba el sofá. No lo había hecho la noche anterior, pues simplemente me había dejado caer sobre los cojines, y ahora me estaba peleando con el mecanismo. Por fin cedió con un chasquido y la extensión salió de modo tan inesperado que me dio en las costillas. No fue un golpe fuerte, pero cayó justamente donde tenía el corte y una punzada de agudo dolor me sacudió de arriba abajo, arrancándome un grito y haciendo que soltara el sofá cama y me llevara las manos al vendaje.

–¿Jack? –dijo Cole, soltando la cremallera del saco de dormir y enderezándose con expresión de sorpresa–. ¿Qué…? ¿Estás bien?

No era capaz de hablar. Solo podía permanecer allí quieta apretándome el costado con la mano, haciendo un movimiento que no era ni de asentimiento ni de negación e intentando no gemir de dolor.

–Jack, ¿qué coño pasa? –Cole se acercó, alarmado.

Sentía algo cálido que me fluía por el costado, por debajo del vendaje. ¡Mierda!

–Estoy… bien –conseguí decir. La punzada se iba atenuando, volviendo a ese dolor sordo al que ya me estaba acostumbrando–. Estoy bien. Me corté saltando un muro. El sofá me…, me ha dado justo donde más duele.

–No, no, Jack. Te has quedado como la pared. Eso no es… Déjame ver.

Negué con la cabeza. No iba a quitarme la camiseta delante de Cole, después precisamente de lo que casi había pasado entre nosotros, pero debió de leerme el pensamiento, porque su rostro adquirió una expresión pétrea y un tanto impaciente.

–Por el amor de Dios, Jack, que no voy a hacerte el salto del tigre si es lo que te preocupa. Sí, durante un momento me he portado como un idiota, eso no lo niego. Pero uno no está a punto de desmayarse solo por arañarse en el costado con un sofá. No es normal. Así que déjame ver qué tienes.

Cerré los ojos. A regañadientes, me levanté la camiseta.

Lo primero que vi fue que el apósito, sin cambiar ya dos días, estaba

negro de sangre antigua. Y había más sangre, esta vez fresca y roja, que se escapaba en un hilillo por una esquina. Cole me echó una mirada que era una pregunta muda, «¿me dejas?», y, cuando asentí, él empezó a despegar la esquina empapada del apósito. Cerré los ojos, sintiendo cómo el dolor se intensificaba cuando los bordes adhesivos tiraban de la herida, hasta que oí cómo Cole tomaba aire, espantado, en el momento en que el apósito se despegaba del todo.

–Por Dios santo, Jack. Esto… no tiene buena pinta.

Abrí los ojos.

–¿Qué quieres decir?

Me eché un vistazo al costado, tratando de ver por encima del trozo de camiseta enrollada que Cole sujetaba con la mano libre. En la otra tenía el apósito ennegrecido, encostrado.

Lo que vi me provocó náuseas y un flujo ácido por la garganta.

La herida no había sanado. Seguía viéndose la misma punzada pequeña y malévola justo debajo de la costilla. Pero ahora los bordes se habían inflamado y adquirido ese aspecto blanquecino y malsano de la carne cuando lleva demasiado tiempo en remojo. Y el líquido que rezumaba lentamente del agujero era una mezcla de sangre y algo más inquietante, una especie de fluido blanco y pegajoso que no olía demasiado bien.

–Esto tienen que mirártelo.

–No puedo ir al hospital. Me pedirán los números del carné de identidad y de la seguridad social. A lo mejor podemos intentar… –Tragué saliva–. No sé, limpiar la herida. Tengo más apósitos en la mochila. Y quizá mañana pueda conseguir algo en la farmacia.

–No creo que nada de la farmacia vaya a solucionar esto –dijo Cole. Su cara mostraba descontento–. Necesitas puntos y, probablemente, antibióticos.

–Bueno, no van a darme una receta de antibióticos sin pedirme algún nombre, ¿verdad? Y yo no puedo dárselo. De modo que, si no tienes una idea mejor, quizá podías callar la boca y hacer algo útil, como buscar alguna toallita, por ejemplo.

Se produjo un silencio. Entonces Cole asintió con brusquedad, se dio media vuelta y desapareció en el pequeño baño anexo.

Suspiré. Sabía que estaba abroncando a la persona equivocada, que Cole era una de las pocas personas que intentaban ayudarme. Pero también sabía que, por más que pudiera tener razón, su sugerencia era absurda. Yo necesitaba sutura y antibióticos y dormir bien toda la noche en una buena cama y un modo de acceder a la base de datos de la aseguradora y mil cosas más que nunca conseguiría. Los antibióticos eran lo de menos; necesitaba a Gabe, y Gabe ya no estaba. Así que oír a Cole diciéndome todo lo que debería hacer…, francamente, eso no me ayudaba en nada.

–Perdona –le dije cuando regresó con una pastilla de jabón y una toallita limpia y las dejó en la mesa–. Sé que intentabas ser de ayuda, y tienes razón, pero es que ahora tengo que concentrarme en averiguar quién le hizo esto a Gabe.

–¿Y cómo vas a hacerlo? –preguntó Cole. Se había acercado al fogón y estaba de espaldas a mí, calentando un cazo con agua, de modo que no podía interpretar su expresión, pero hablaba con voz controlada, como si tratara de no revelar sus verdaderos sentimientos.

–No lo sé. Necesito…, necesito averiguar quién contrató esa póliza. Joder, ojalá Gabe estuviera aquí.

Hubo un largo silencio. Cole, todavía en el fogón, pareció encorvarse de pronto, y supe que ambos estábamos pensando en lo mismo, en lo mucho que echábamos de menos a Gabe y en que todo aquello era espantoso, una situación de mierda. Mi mayor deseo, por encima de cualquier otro, era conseguir tomármelo como un mero ejercicio, con un objetivo claro y con Gabe susurrándome instrucciones al oído por el auricular *bluetooth*.

«¿Entonces? –oí que decía una voz interior, una voz que me encogió el corazón por su similitud con la de Gabe–. Bien, finge que esto es un ejercicio. ¿Cuál es tu objetivo?».

Mi objetivo era…, bueno, era lo que acababa de decirle a Cole: averiguar quién le había hecho aquello a Gabe y sacarlo a la luz pública. Ese había sido siempre mi objetivo. Por eso había huido de la comisaría, porque no importaba ponerme una diana en la espalda si con ello tenía libertad para cazar al asesino de Gabe.

«No me jodas, Cross. ¿Cuál es tu objetivo inmediato?».

Eso sí que sonaba igual que Gabe. Siempre haciendo las preguntas más peliagudas. Porque esa era desde luego más ardua. Mi objetivo inmediato era averiguar quién había contratado la póliza de seguros. Pero no tenía ni idea de cómo hacerlo. Podía llamar a la compañía, pero no estaba segura de cuánta información obtendría con ello. Casi con toda seguridad, lo único que me proporcionarían serían datos que ya conocía por los documentos de la póliza y, si alguien les había informado de la muerte de Gabe, quizá ni siquiera eso. Si al menos tuviera acceso a los archivos originales… Allí debía de haber más información: detalles de la tarjeta de crédito, por ejemplo, o llamadas telefónicas. Alguien debía de haber pagado la póliza, pero ¿quién? Si Gabe estuviera aquí, seguro que juntos nos las habríamos arreglado para piratear los archivos de la compañía, pero esa era su parcela. Yo no tenía ni la más mínima idea de cómo conseguir acceso remoto a una base de datos segura. Mi especialidad eran los edificios, colarme físicamente en cualquier sitio. Pero…

Y entonces se me ocurrió. Si conseguía entrar en las oficinas de

Seguros Sunsmile Ltd, no necesitaría *hackear* nada. Podría simplemente acceder a su base de datos como cualquier empleado. Y entrar en lugares en los que se suponía que no debía estar…, ese era mi trabajo.

Por primera vez, tenía algo parecido a un plan, lo que me hizo sentir un destello de lo que podría ser… ¿esperanza, tal vez?

–Cole –dije, y enseguida me interrumpí.

No sabía bien por qué. Cole se había dado la vuelta en el fogón y estaba mirándome.

–¿Sí?

–No importa –dije.

No sabía bien por qué, pero no quería contarle mi idea. Lo único que tenía claro era que iba a afrontar algo peligroso y no necesitaba que le echaran un jarro de agua fría a mi idea antes siquiera de tenerla medio preparada. Si iba a hacer aquello, tenía que aferrarme a ese rayo de esperanza. No tenía ningún otro.

Cole cogió el cazo caliente y lo llevó con cuidado a la mesa de la cocina.

–Levántate la camiseta –me dijo–. Puede que esto te duela.

Asentí y él mojó la toallita en el agua y empezó a limpiar con suavidad el corte del costado.

Dolía. Y no poco. Muchísimo más, de hecho, que cuando dos días antes me había limpiado la herida en el baño del albergue. Cuando la piel estuvo limpia, Cole aplicó una crema antiséptica que había encontrado en el armario del baño y pegó encima otro apósito, tras lo cual dejé escapar un entrecortado suspiro.

–¿Cómo lo notas? –me preguntó Cole, mirándome con una expresión a medio camino entre la inquietud y la exasperación.

–Mejor –respondí, aunque no estaba tan segura de que fuera así. Me sentía mareada y consumida, por no hablar de que la herida escocía como un demonio. Y el cazo de agua que sostenía Cole tenía un preocupante color rojo. ¿Cuánta sangre estaba perdiendo? Pese a todo, resultaba en cierto modo reconfortante tener un apósito limpio, e incluso el escozor que me provocaba la crema tenía algo de tranquilizador, aceptando la frase hecha de que lo que pica sana.

De repente, sentí un cansancio inmenso, y el sofá cama, con su suave colchón y la colcha de ganchillo, resultaba irresistiblemente tentador.

–Deberíamos dormir un poco –dije, y Cole asintió.

–Buenas noches, Jack. –Sopló la vela de la mesa y yo metí los apósitos restantes y la crema en la mochila y me subí la cremallera del forro polar.

–Buenas noches, Cole.

Me coloqué en el sofá cama, apagué la lámpara de aceite y me tumbé.

El fuego se había transformado en ascuas refulgentes, y escuché, más

que vi, cómo Cole se metía en el saco de dormir con un frufrú de tejido sintético.

Percibí el resplandor momentáneo de la pantalla de su teléfono cuando consultó la hora, tras lo cual se giró en la oscuridad, dándome la espalda, y lo oí suspirar.

JUEVES, 9 DE FEBRERO

Menos de tres días

Abrí los ojos. Una tenue grisura de luz de luna se filtraba por entre las cortinas y Cole roncaba sobre la alfombra, frente al fuego ahora apagado. Me dolía la herida de las costillas y tenía mucho frío, pero estaba segura de que no me había despertado por eso. Había sido otra cosa la que me había sacado del sueño.

Gabe siempre había dicho que lo que hacía de mí una gran *pen tester* no eran mis habilidades físicas. No es que yo fuese más rápida, más fuerte, más diestra forzando cerraduras ni más intrépida a la hora de escalar muros. Había montones de tíos más buenos forzando puertas y muchas mujeres mejor dotadas. No. Lo que me había salvado, una y mil veces, lo que en su momento había hecho de mí una ladrona condenadamente buena, era que me daba cuenta de ciertas cosas, detalles que otros no notaban, y también que confiaba en mi instinto.

El ángulo muerto de las cámaras. La pausa en los pasos del vigilante. La etiqueta que podía desactivarse con un bolígrafo.

Y ahora había notado algo antes incluso de estar del todo despierta. Solo que no sabía qué.

Permanecí escuchando durante unos minutos, tratando de averiguar qué me había sobresaltado tanto como para despertarme, qué me había acelerado el corazón antes de haber abierto los ojos.

No había sido Cole levantándose para ir al baño. Ni un trueno; afuera el tiempo estaba en calma y, por entre las cortinas, solo veía una apacible blancura. Seguramente, la bruma marina había vuelto a adentrarse en tierra durante la noche.

Y entonces lo oí: el sonido que me había arrancado del sueño sin tener siquiera conciencia de qué era.

El pitido estridente de estática de una radio policial y luego un amortiguado código identificativo.

Con el corazón palpitante, salté del sofá, caminé de puntillas por el suelo de madera y me acuclillé bajo la ventana. Al separar con cuidado las cortinas, vi a alguien –me pareció Malik, pero no estaba segura–, de pie frente a la casa y hablando en voz baja por radio. Más arriba del camino, un coche negro sin ningún distintivo policial estaba aparcado de través, bloqueando el Mazda de Cole, y algo más lejos se veía el resplandor de unos faros de automóvil a través de la niebla, serpenteando y girando para tomar las curvas del camino, cada vez más cerca.

Quien estuviese allí fuera debía de estar esperando refuerzos. Tenía que escapar antes de que rodearan la casa.

Un malsano torrente de adrenalina me sacudió de arriba abajo, pero me contuve y, con manos temblorosas, traté de concentrarme en meter mis cosas en la mochila. El ambiente era glacial, mi aliento formaba nubes blancas, pero yo estaba demasiado exaltada como para notarlo y temblaba más por nerviosismo que por el frío.

–Cole –susurré. Cole seguía dormido, roncando apaciblemente–. Cole, levanta. Necesito el saco de dormir.

–¿Qué…? –farfulló volviéndose, y de súbito me invadió una impaciencia furibunda.

–Levanta. Necesito el… Da igual. –Di un tirón, tratando de arrancarle el saco. Por un momento, su cuerpo se deslizó junto con el saco y rodó por la alfombra, hasta que conseguí quitárselo y me apresuré a enrollarlo mientras él se sentaba en el suelo, parpadeando y con un desconcierto más que evidente.

–Pero ¿qué co…? –empezó a decir a un volumen normal, lo que me hizo chistar con auténtico pavor.

–Calla. La policía está fuera. Tengo que irme.

–Pero… –intentó replicar, pero yo ya estaba cogiendo la mochila y mirando afuera por las ventanas de la parte de atrás.

La casa tenía solo una puerta, pero en la parte trasera había dos grandes ventanas, una de ellas con caída limpia a la arena, mientras que bajo la otra sospechaba que había un tojo. La cuestión era si estaba dispuesta a clavarme los pinchos para aprovechar la protección que brindaba el arbusto, tanto para esconderme como para amortiguar la caída. Me quedé parada un segundo, indecisa. Entonces me dirigí a la otra ventana, la que caía directamente sobre la arena. La opción de poder esconderme de la policía resultaba tentadora, pero seguramente haría algún ruido al caer y, si me quedaba enredada en el arbusto, tal vez ya no pudiera escapar. La idea de estar allí agitándome angustiosamente, con las ramas rompiéndose, intentando ahogar las exclamaciones de dolor mientras las espinas me arañaban…, no me atraía demasiado.

La ventana chirrió al subirla y yo me estremecí, conteniendo la respiración. Pero no hubo indicios de que nadie hubiera oído nada, así que dejé caer la mochila fuera y a continuación me descolgué por el lateral de la casa, con los pies en adherencia sobre las tejas de madera hasta quedarme totalmente estirada. La posición me provocó un dolor atroz debajo del costillar. Sentía cómo el apósito me tiraba de la piel y la herida se iba abriendo.

Me solté y caí sin ruido en la arena, a cuatro patas, como siempre hacía. Pero, esta vez, a pesar de la suavidad del aterrizaje, tuve que cerrar los ojos y morderme el interior de la mejilla para ahogar el dolor en el costado, hasta que se fue atenuando.

Estaba ya levantándome, con la mano apretada contra las costillas,

cuando de la parte delantera me llegó el ruido de un motor y el rechinar de los neumáticos sobre el asfalto. Los refuerzos habían llegado.

Respirando hondo, me eché la mochila al hombro y empecé a correr hacia la niebla.

No sabía muy bien adónde iba, solo que me estaba alejando de donde me había dejado el taxista. Correr por aquella arena movediza resultaba increíblemente duro; las subidas y bajadas de las dunas no eran visibles por la niebla y la oscuridad, y estaba girando la cabeza para ver si me seguían cuando en plena carrera me topé con algo que me frenó en seco con un violento tirón.

Mierda. ¡Mierda!

Alambre de espino. Mi bestia negra.

Quizá eran los restos de alguna valla largo tiempo olvidada, elevándose en espiral desde la arena blanda como una mala hierba, y se me había enganchado en las zapatillas y los vaqueros, clavándose como garfios en la tela holgada y en la piel que había debajo. No podía desenredarme sin perder un trozo de carne. Con cuidado, maldiciendo mi falta de atención y al granjero responsable de aquellos putos restos, empecé a desenredar el alambre.

Detrás de mí se oían ruidos, alguien que golpeaba en la puerta principal, voces fuertes, y al mirar a mi espalda vi los faros de un coche atravesando la bruma, y algo más también, algo menos potente, el movimiento de un haz de linterna, quizá. Desenganché otra espiral de alambre. Ya casi estaba libre.

Y entonces la oí, una voz, tal vez a través de un megáfono, aunque no estaba segura del todo.

–¡Jack! –Era una voz de mujer–. Jack, soy la subinspectora Malik. Sabemos que estás ahí. No tienes adónde huir. Tienes que entregarte.

Cerré los ojos durante un segundo. ¿Cómo? ¿Cómo coño me habían encontrado? ¿Habían rastreado el coche de Cole?

Me liberé del último trozo de alambre que se aferraba a mi zapatilla y empecé de nuevo a correr, con pasos silenciosos en la arena húmeda, pero jadeando ruidosamente en la quietud previa al amanecer. Incluso las olas parecían haberse sosegado.

–¡Entrégate, Jack! –gritó Malik. ¿Me lo había imaginado o sonaba ahora más cerca?–. Eres inocente, ya lo sabemos. Todo esto es un grave malentendido. Hemos hablado con tu hermana y nos lo ha explicado todo. Solo queremos que vuelvas a casa para aclararlo, para limpiar tu nombre y ayudarnos a atrapar al asesino de Gabe.

Me subió un sollozo por la garganta. Deseaba creer lo que me decía más que ninguna otra cosa en el mundo, creer que de verdad me consideraban inocente. Pero no se envían dos coches patrulla en plena noche por alguien inocente.

–No puedes seguir huyendo, Jack –se oyó de nuevo la voz de Malik, y ahora veía los haces de las linternas en la oscuridad, penetrando en la niebla como sables de luz blanca–. Podemos rastrear tu teléfono. Saber dónde estás. Te estoy dando la oportunidad de entregarte. ¡Todo será mucho peor si te empeñas en huir!

¡¿Pues no era yo inocente?!

Casi tenía ganas de contestarle a voz en grito, tan transparente e irrisorio me parecía aquel señuelo. Pero no lo hice, no era tan estúpida, y tampoco me sobraba aire en los pulmones para ponerme a gritar. Necesitaba cada migaja de oxígeno de mi cuerpo para atravesar aquellas dunas.

Corrí y seguí corriendo. Una carrera que me pareció de kilómetros, aunque quizá ni siquiera llegara tan solo a uno. Pero correr en la oscuridad por una arena blanda e inestable no es cosa de broma, sobre todo cuando no ves si sube o si baja y cada paso es desigual e inesperado.

Tras recorrer varios cientos de metros más, los músculos de las piernas empezaron a quejarse, ahora que ya había consumido la inyección inicial de adrenalina, y el dolor en el costado se hacía más intenso a cada paso. Pero tenía que seguir adelante, no había alternativa. «Vamos, puedes hacerlo», pensé. Velocidad, resistencia, fuerza, para eso te entrenas. Sí, solo que ellos eran media docena, los perseguidores que venían peinando las dunas en la niebla, y yo era solo una, y mi resistencia se estaba agotando. En algún momento tendría que parar de correr. La cuestión era si me iban o no a atrapar antes.

Pero en ese instante vi, emergiendo inquietante en la oscuridad, una pequeña cabaña de hormigón con una ventana de servicio metálica en la fachada. Durante el verano debía de utilizarse para vender helados y granizados, pero ahora parecía más bien un búnker de la Segunda Guerra Mundial. Miré atrás por encima del hombro y vi la luz de una linterna a través de la bruma, no tan lejos como me habría gustado. Por un segundo, vacilé. ¿Seguir corriendo… o esconderme?

El aire me salía con furia de la nariz y, como por reflejo, levanté rápidamente la mano para tocarme el pinganillo de goma y pedirle consejo a Gabe, aunque sabía la verdad antes de llegar a tocarme la mejilla desnuda. Estaba sola. Allí no había ningún Gabe que me dijera qué hacer.

La persiana que cubría la ventana de servicio estaba cerrada por dentro con candado y parecía segura. En condiciones normales podría haberla forzado con una pata de cabra. En la mochila llevaba una palanca pequeña y fina que también podría servir, pero resultaría difícil hacerlo sin ruido, e imposible sin dejar un rastro bien visible, lo que haría que cualquier perseguidor viniera directo hacia mí. Forzar la puerta trasera para los empleados parecía una mejor opción, si conseguía hacerlo con

rapidez suficiente. La linterna se estaba acercando de manera inquietante, y veía otra más por otro lado, aproximándose desde lo alto de las dunas que tenía ante mí. Estaban estrechando el cerco. De pronto, esconderme ya no parecía solo la mejor opción, sino la única posible.

Pero cuando rodeé la cabaña vi que, efectivamente, por detrás tenía puerta, pero no cerradura, tan solo un viejo panel numérico de metal pintado y, junto a él, un oxidado pomo de acero. Una cerradura de combinación mecánica. Mierda. Era lógico. Aquí debían de trabajar multitud de empleados temporales, así que darles llave a todos habría sido un quebradero de cabeza. Otra complicación era que, si el código tenía cuatro dígitos, habría exactamente diez mil combinaciones posibles.

–¡Jack! –oí a mi espalda, como si fuera la respuesta a mis dudas. Sentí que se me revolvía el estómago. Hiciera lo que hiciera, tendría que ser ya. Hacer algo siempre era mejor que no hacer nada. Rápidamente, tecleé 1234, como había hecho en Arden Alliance, y giré el pomo de metal. Aquella vez había valido la pena intentarlo, así que ahora también, pero, al igual que en Arden Alliance, no ocurrió nada.

Con todo, había una diferencia: este intento no había sido del todo inútil. Al tocar las teclas había notado algo: dos de ellas tenían un tacto distinto al resto. Más suave, más frío. La pintura se había descascarillado y dejado a la vista el metal que había debajo. Ansiaba echar mano de la linterna, pero no podía arriesgarme, así que me limité a pasar los dedos por todo el panel, cerrando los ojos para sentir mejor los cambios de textura. Había cinco teclas que se notaban más desgastadas: los números 1, 4, 5 y 9, y el signo *.

Dejé escapar un fuerte suspiro. Cuatro números y un asterisco para terminar la combinación. Eso me dejaba todavía con veinticuatro combinaciones posibles, algo perfectamente factible, dado que las cerraduras mecánicas rara vez tenían un límite de intentos fallidos, pero aún demasiado para mí en esas circunstancias, con Malik y sus muchachos peinando la oscuridad a tan poca distancia, y eso suponiendo que pudiera memorizar las combinaciones en mi cabeza.

Pese a todo, había descifrado suficientes códigos numéricos para saber dos cosas. La primera, que cuando se pedía a la gente fijar una combinación de cuatro números, una cantidad considerable de personas elegía años. Y, segunda, dado que mucha gente escogía fechas de valor sentimental, había doble probabilidad de que los dígitos incluyeran el 1 y el 9. Así que resultaba altamente posible que la combinación empezara por 19, lo que significaba que podía ser 1945 o 1954. No tenía ni idea de cuál era la más probable, pero tampoco importaba. Sin detenerme a pensar, tecleé 1954* y giré el pomo con tanta fuerza que el metal chirrió levemente. Esta vez, cedió.

La puerta se abrió y entré, cerré con sigilo y me agaché recostada en el

frío metal, con unas palpitaciones tan fuertes que me sentía mareada.

El interior de la cabaña resultaba muy silencioso; la gruesa capa de hormigón amortiguaba el sonido del mar y del viento. Olía a cornetes de helado y a lácteos agriados, olores a los que se superponía el tufo ligeramente rancio de las neveras descongeladas. Trataba de aguzar el oído para oír voces, pero resultaba difícil distinguir nada más fuerte que el torrente de mi propia sangre en los oídos y el martilleo del pulso.

Pero entonces oí algo. Más cerca que antes. Muy cerca, de hecho.

–¡Jack! –Era Malik. Ahora parecía enfadada, o más que eso, furiosa–. Jacintha Cross, esto es una orden de la policía. Tenemos perros en camino y, puedes creerme, no te va a gustar que te den caza los perros.

Hundí la cara en la mochila. Había arena en las costuras de cuando la había dejado caer en las dunas. Tuve que aguantarme las ganas de toser.

Y entonces oí otra voz, de hombre. No la de Miles, sino la de otra persona, alguien que consiguió que se me disparara el pulso a una velocidad mareante.

–¿Ha sido más lista que tú, Malik? –Era Jeff.

–Esa putita de mierda… –Era un gruñido entre dientes de pura frustración–. La he visto, te lo juro.

–Si tú lo dices. –Jeff parecía más divertido que molesto.

Volvió a oírse a Malik, esta vez en tono más cortante.

–Un momento, ¿este sitio qué es? –Sonó un crujir de botas sobre gravilla mientras se acercaban a la cabaña, hasta que entraron en el cuadrado de cemento pegado al mostrador. Cerré los ojos con fuerza, como si así pudiera hacerme menos visible. Deseaba con toda mi alma, con todo mi ser y por encima de cualquier otra cosa, oír la voz de Gabe diciéndome que podía hacerlo. Porque, en ese instante, me sentía a punto de perder por completo el control.

–Algo me dice que está aquí, ¿no crees?

Hubo un breve silencio y luego, con estrépito alarmante, se oyó un matraqueo en la persiana de la ventana de servicio mientras alguien, quizá Malik, intentaba abrirla de forma bastante menos suave que la mía.

–Tiene candado –oí decir a Jeff–. ¿Algún signo de que hayan forzado la entrada?

–No parece. –De nuevo sonó el matraqueo mientras Malik, deduje, examinaba los bordes de la persiana, pero yo sabía que eran sólidos–. Vamos a ver por detrás.

Más crujido de pasos. Noté un flujo de bilis en la garganta y me lo tragué como pude. Recordé de pronto, con toda nitidez, cuando me había escondido bajo el sofá en Arden Alliance mientras los vigilantes me buscaban, pero jamás había sentido tanto miedo en un trabajo.

–Una cerradura de combinación –oí, esta vez de forma más amortiguada, porque la puerta debía de ser sin duda más gruesa que la

persiana. Luego sonaron una sucesión de clics mientras alguien intentaba lo mismo que yo, tecleando al azar. Apreté aún más la cara contra la mochila, tratando de silenciar incluso mi respiración. Por favor, por favor, que no noten las teclas desgastadas…

–Mierda –oí a Malik, en tono indignado–. Bueno, no veo cómo podría haber entrado ahí.

–Diría que ha vuelto sobre sus pasos, hasta la carretera, para tratar de que la lleve alguien. Se le da bien la gente. Es persuasiva. Sería más su estilo –dijo Jeff, con aire un tanto condescendiente. Había cierto tonillo en su voz, un implícito «tú hazme caso, que me conozco bien el percal». Malik dejó escapar un suspiro de exasperación.

–Estoy segura; atrás no ha vuelto. He visto algo.

–A lo mejor era un conejo –dijo Jeff, y me lo imaginaba encogiéndose de hombros.

Malik soltó una especie de exclamación, como si se mordiera la lengua para no decirle a Jeff dónde podía meterse el conejo.

–Bueno, sea como sea, no podemos hacer mucho hasta que no se levante la niebla –acabó diciendo, con sequedad–. Vamos a desplegarnos, comprobaremos la carretera y, cuando se despeje un poco, hacemos otro intento.

Tras la puerta de metal, dejé escapar lentamente un tembloroso suspiro.

Esperé hasta que el ruido de las botas desapareció. Después, me levanté, entreabrí la puerta lo mínimo posible y eché un vistazo por la rendija. No me habría sorprendido si Malik hubiera estado allí esperando, en silencio, para ver si asomaba la cabeza, como el conejo de Jeff saliendo del agujero.

Pero se había ido. Y también Jeff. Allí no había nadie, solo la serpenteante bruma.

Me subí el cuello del abrigo para protegerme de los alfilerazos de la arena, cerré con cuidado la puerta de la cabaña y emprendí la marcha hacia la oscuridad.

Habrían pasado quizá dos o tres horas cuando llegué tambaleándome a las afueras de Hastings. El sol apenas había comenzado a salir y no esperaba siquiera que hubiera una cafetería abierta, pero para mi sorpresa había una junto al puerto, nada del otro mundo, solo un pequeño bar que servía sándwiches de beicon y té a los pescadores y los estibadores. En el mostrador había un grupo de trabajadores que estaban haciendo un pedido complicado, con muchas bebidas calientes y panecillos para el desayuno.

Mientras guardaba cola tras el capataz me temblaban las piernas, quién sabe si por hambre, por fatiga o simplemente por la tensión nerviosa.

Lo que estaba haciendo era una insensatez, no cabía duda. No sabía cuáles serían los siguientes pasos de Malik, pero me habían visto ya en esta ciudad situada a solo unos kilómetros de la costa y se me buscaba por asesinato. Solo era cuestión de tiempo que mi fotografía apareciera en los periódicos. Ahora la gran pregunta era si la policía estaría al tanto de mi cambio de pelo. ¿Habrían encontrado imágenes mías de la estación de tren? ¿O seguían buscando a una chica de pelo rojo vestida con anorak?

En cualquier caso, lo más probable era que no me quedara mucho tiempo. Pero no importaba. Por primera vez en los últimos dos días, sabía cuál iba a ser mi paso más inmediato. La idea había ido tomando forma mientras corría por las dunas, dándole vueltas a lo que había pensado la noche anterior, meditando sobre cómo infiltrarme en Sunsmile sin que me descubrieran. Por lo general, para un trabajo como ese, un trabajo tan complicado como el de colarse en una empresa repleta de datos confidenciales, Gabe y yo habríamos necesitado semanas de *phishing*, *hackeo* y OSINT, a fin de recopilar información de fuentes abiertas u ocultas de tantos sitios como pudiéramos, hasta tener claro quién podía ser nuestro blanco y cómo introducirnos.

Ahora no disponía de semanas, quizá ni siquiera de días. No tenía acceso a la librería de herramientas de *hackeo* de Gabe, con sus descifradores de contraseñas y sus troyanos. Y, si me pillaban, no podría recurrir a ninguna tarjeta de «salir libre de la cárcel» ni a ningún jefe de seguridad que me sacara de apuros. Pero tenía un plan, eso sí.

Sentí un hormigueo de excitación, y entonces me di cuenta de que me había llegado el turno en la cola y la camarera estaba esperando con los brazos cruzados a que pidiera. Compré una taza de té y un bollo tostado con pasas y pregunté cuál era la contraseña del wifi. Busqué una mesa libre y encendí el ordenador.

Lo primero que hice fue lo que casi siempre hacía para elegir una diana. Entré en Instagram y busqué publicaciones geoetiquetadas de Seguros Sunsmile Ltd. La sede principal estaba en Milton Keynes y, por suerte, los empleados eran usuarios expertos de Instagram a los que les encantaba tomar fotos. Y, más importante, Sunsmile era una gran empresa. Los sitios pequeños, en los que los guardias de seguridad conocen a cada miembro de cada equipo, solían ser una pesadilla. Pero Sunsmile parecía tener varios cientos de trabajadores, y eso contando solo a los que utilizaban las redes sociales.

Bajé por las publicaciones, página a página, anotando posibles nombres y haciendo clic en los perfiles. Buscaba dos cosas: mujeres más o menos de mi edad, idealmente, con un físico no demasiado diferente del mío, y fotografías de vacaciones. Y también prestaba atención por si veía una fotografía donde hubiera un pase de seguridad, pero eso parecía

demasiado pedir, así que tampoco me hacía ilusiones. Las empresas se han concienciado mucho en lo de prohibir que sus empleados cuelguen imágenes de sus pases de seguridad, en parte porque gente como yo les han explicado los riesgos que conlleva.

Con todo, ante mi estupefacción, fue eso lo que encontré primero: un hombre sujetando su recién estrenado pase de empleado y con una sonrisa de oreja a oreja. «¡Los nervios del primer día, LOL!», decía el pie de foto.

Hice clic y amplié la imagen. Ay, Brian de Finanzas: mi idiota adorable, adorabilísimo.

Al menos había tenido la sensatez de oscurecer parte de su verdadero nombre, pero eso importaba poco para mi propósito. Hice una captura de pantalla del pase y lo guardé en mis descargas. Después reanudé la búsqueda de posibles dianas.

Encontré muchas personas que parecían perfectas: edad adecuada, altura similar según se podía deducir, algunas incluso con un gran parecido físico conmigo. Sin embargo, al hacer clic en ellas, sus datos las situaban a salvo en otro lugar del país. Pero entonces la encontré: Keelybab2001, operadora de atención telefónica. Sin fotos de vacaciones, pero con algo incluso mejor: la fotografía de un bebé lleno de manchitas rojas. El pie de foto incluía un emoticono de cara azul gritando horrorizado, y decía: «¡¡¡Mi pobesito pitufín tiene varicelas!!!».

Hice clic. Keely Winston. Afortunadamente, tenía también un perfil de Facebook con una configuración de seguridad bastante laxa y, tras un examen somero, conseguí saber su fecha de nacimiento, su lugar de residencia (Milton Keynes) y dónde había estudiado (también en Milton Keynes).

Ahora solo necesitaba saber su número de teléfono. Por suerte, la cosa no había hecho más que comenzar.

Tomé un buen trago de té mientras bajaba por la lista de amigos de Keeley en Facebook y elegía al azar a una tal Katie, que había comentado bastantes de las entradas de Keeley. Tardé tan solo cinco minutos en crear una cuenta de Twitter con el nombre de Katie y la imagen de su perfil. Encontrar a mi siguiente diana fue algo más difícil. Necesitaba a alguien que Katie y Keeley tuvieran como amigo común en Facebook y cuyos mensajes directos en Twitter estuvieran abiertos. Los amigos de Facebook de Keeley no eran muy activos en Twitter y me topaba con muros vacíos una y otra vez, hasta que al final encontré a Gemma, la jefa de relaciones públicas de Wilkinstone Travel. Mensajes directos abiertos, con el siguiente mensaje: «¡Contactadme si queréis consejos de viajes, tuiteros!».

Hice clic en el icono y empecé a redactar mi mensaje:

Hola, Gemma, aquí organizando algo para animar a Keeley (¿sabías que su pitufín tiene varicela?), pero he perdido su número para dárselo al mensajero. ¿Podrías reenviármelo? No quiero echar a perder la sorpresa.

La respuesta llegó con pocos segundos de intervalo.

Hola, Katie, ¡¡¡qué idea más bonita!!! 07449 567652. ¿Puedo contribuir con algo por PayPal?

No, ya está bien así. ¡Eres la mejor!

Y entonces cerré Twitter y abrí Photoshop.

Unas horas más tarde, salía de la copistería de Hastings llevando en el bolsillo el flamante pase de Keeley Winston como empleada de Sunsmile. No era la mejor falsificación que había hecho; imprimir la réplica directamente en una de las tarjetas blancas de mi mochila habría resultado más convincente, pero la copistería no tenía el material necesario para hacerlo, así que tuve que conformarme con imprimir en papel satinado y después pegar el papel en la tarjeta. El resultado era bueno, no tanto como para superar un examen detallado, pero no estaba mal. De todas formas, la verdad era que si levantaba cualquier tipo de sospecha ya estaría perdida. Esperaba que miraran la tarjeta de pasada y así salir airosa, porque, de pasada, parecía idéntica a la de Brian, salvo por el nombre de Keely y mi foto en lugar de la suya.

Cuando miré el teléfono, vi que eran las diez y diez. Tenía dos opciones, ambas con sus correspondientes riesgos. Podía intentar piratear la contraseña del ordenador de Keeley ahora, mediante *phishing,* o bien podía esperar hasta haber conseguido entrar en Seguros Sunsmile.

Si lo intentaba ya, iría a Milton Keynes con la seguridad de conocer los datos necesarios para realizar el trabajo de principio a fin.

Pero no disponía del equipo requerido para suplantar un número de teléfono, y una llamada de un móvil desconocido al azar resultaba mucho menos convincente que otra procedente de su propia empresa. Si Keeley no picaba el anzuelo, tendría que empezar de cero otra vez: encontrar a otra persona que no estuviera ese día en la oficina, conseguir su número y falsificar su identificación. Y el tiempo se me estaba acabando.

El problema era que la alternativa, es decir, esperar hasta conseguir entrar en Sunsmile y tratar de obtener entonces la pieza final del puzle, resultaba en ciertos aspectos incluso más arriesgada. Si llegados a ese punto fallaba, si Keeley adivinaba mi farol, entonces estaría perdida. O más que perdida, en realidad, porque, si Keeley adivinaba mis intenciones, lo más probable era que al salir de Sunsmile me encontrara a alguien esperándome en la recepción junto con el personal de seguridad.

Sí, la segunda opción era más arriesgada, mucho más. Pero también tenía más probabilidades de éxito. Así que iba a ser la elegida.

Bajé del tren en Milton Keynes poco después de la una de la tarde. Había dejado el gabán color camello de Noemie enrollado en los aseos del tren, y ahora llevaba un atuendo que debería ser, esperaba, más apropiado para el centro de atención telefónica: vaqueros azul oscuro, camiseta blanca y chaqueta oscura. Estaba histérica, enferma de los nervios, y en el apósito de las costillas notaba una dolorosa pulsación acompasada con el martilleo del corazón, pero aparte de eso sentía…, bueno, me sentía mejor de lo que me había sentido en varios días, a decir verdad. Estaba en mi zona de confort, haciendo mi trabajo, un trabajo en el que, en este caso, no podía permitirme fallar, eso sí, pero ¿acaso no me había sentido así infinidad de veces antes? Esto era una prueba de penetración como otra cualquiera. Y yo era buena, pero que muy buena en mi trabajo.

Estaría a unos cinco minutos del edificio de Sunsmile cuando sonó un pitido en mi teléfono. Era un mensaje de Signal, de Hel.

«Ey, ¿estás bien? Ayer no supe nada de ti», me había escrito. Sentí una ola de serotonina, pero también el firme convencimiento de que no era momento de tener una conversación a corazón abierto.

«Estoy bien –contesté–. Anoche escapé por los pelos; no he dormido nada, pero ahora voy tras algo grande. Podría ser la primera buena noticia en muchos días».

«¿CÓMO?», fue su inmediata respuesta, vibrante de exaltación.

«Tengo una pista –tecleé–. Relacionada con la póliza. No puedo hablar ahora. Te envío mensaje en cuanto salga».

«Espera, ¡¡¡¿estás allí ahora?!!!», preguntó, con una cantidad nada habitual de signos de exclamación.

«Sí», respondí.

Hel contestó con un emoticono de expresión angustiada. Y añadió: «¡Ten cuidado! Mantenme al tanto. Corto y cierro».

Cerré la aplicación. Doblé la esquina y la sede de Sunsmile apareció, inmensa, delante de mí.

El edificio parecía incluso más grande que en las fotografías de Instagram y me sentí un tanto intimidada al acercarme a la puerta acristalada, pero la abrí de un empujón en un gesto que pretendía dar la impresión de confiada familiaridad. La gente volvía de comer y yo crucé los dedos para que los acristalados portillos de acceso se abrieran hacia delante o se retrajeran como puertas de ascensor, porque esos eran fantásticos para colarse pegado a alguien. Pero, por desgracia, Sunsmile había optado por el sistema tradicional de tornos metálicos, del tipo que

había en la piscina municipal cuando yo era niña.

Para colmo, resultaban irritantemente efectivos y me sería imposible entrar pegada a otro empleado sin que me detuvieran por acoso sexual. Tendría que ingeniármelas para engatusar a los guardias.

Me aproximé a los tornos con toda la confianza de que fui capaz, sin aminorar el paso al pasar la tarjeta de plástico por el lector. El golpe cuando el torno no cedió me provocó tal sacudida en las costillas que tuve que reprimir un grito, y el clanc metálico se oyó perfectamente en el mostrador de recepción. Lo que en ese momento tenía ganas de hacer era crispar el gesto y llevarme la mano al dolorido costado, pero, en lugar de eso, me limité a mirar la tarjeta que tenía en la mano con expresión de inofensiva sorpresa.

Volví a intentarlo, esta vez empujando el torno más suavemente con la mano. Detrás de mí se estaba formando una pequeña cola y la gente, recién llegada de comer, se desviaba suspirando hacia los otros tornos al darse cuenta de lo que sucedía.

–La mía se quedó a cero el otro día –dijo una de las chicas–. Tendrás que llamar a Derek para que te abra.

Derek. Si hubiera tenido tiempo de elevar una silenciosa oración de gratitud a un Dios en que no creía, lo habría hecho.

–¡Derek! –grité en dirección al guardia de seguridad de la recepción. El guardia levantó la cabeza, con expresión interrogativa y solícita–. Derek, lo siento. No sé qué pasa. No me funciona la tarjeta. ¿Podrías abrirme?

Levanté mi pase, sin moverme del torno a propósito. No dejes que se acerque demasiado…

–Soy… Keeley –dije, con un pequeño deje de disgusto por el hecho de que no me hubiese reconocido–. Keeley Winston, de atención telefónica. ¿Te acuerdas?

Derek miró con más atención, entornando los ojos para intentar ver la identificación desde su posición tras el mostrador y luego fijándose en mí. Noté que se me aceleraba el corazón. Este era el momento. Si de verdad conocía a Keeley, estaba bien fastidiada.

Pero entonces sonrió.

–Perdona, Keeley –dijo, y presionó algo bajo el mostrador–. No la pongas cerca de tus tarjetas de crédito, ¿vale?

–Ostras, pues eso no lo sabía. –Hice un mohín de supuestas disculpas por mi estupidez–. Gracias, Derek.

Y entonces el torno se desbloqueó y yo entré.

Caminé con paso decidido durante los primeros minutos, siguiendo el flujo de gente, y luego me fui quedando rezagada de la comitiva que había cruzado conmigo por la recepción, esperando a que me alcanzara la siguiente hornada de gente que volvía de comer. Cuando estuve

convencida de que a mi alrededor no había nadie que hubiera cruzado los tornos conmigo, le toqué en el hombro a una chica de aspecto agradable.

–Perdona, soy una externa de informática y se supone que debería estar ocupándome de la máquina de alguien en atención telefónica, pero estoy totalmente perdida. ¿Puedes orientarme? La persona a la que busco se llama Keeley Winston.

La chica se rio, pero no de modo desagradable.

–Dios mío, sí, esto es un poco laberinto, ¿verdad? El centro de atención telefónica está en la tercera planta, en el ala C. Coge aquel ascensor de allí. No sé decirte dónde se sienta exactamente, pero arriba seguro que alguien te puede orientar.

Asentí para darle las gracias y me apresuré por el pasillo hacia el ascensor. Pero cuando entré y pulsé el botón a la tercera planta, no ocurrió nada, y entonces vi consternada que funcionaba también con tarjeta.

Salí del ascensor y me quedé un instante considerando mis opciones. Había traído la mochila, más por no tener donde dejarla que porque quisiera llevarla encima. Resultaba un poco demasiado grande para pasar por mochila de diario, pero no tenía alternativa. Ahora me alegraba mucho de tenerla conmigo.

Agachándome tras un macetero oportunamente colocado allí, hundí la mano en la mochila y saqué el cabestrillo que solía guardar enrollado en el fondo para emergencias como aquella. Me lo pasé por encima de la cabeza y metí dentro un brazo, el derecho. Con el izquierdo sujeté la mochila, pues ahora ya no podía cargarla sobre los dos hombros. Me enderecé y volví a pulsar el botón del ascensor, rezando para que esta vez no bajara vacío. La suerte me sonrió. Dentro había un tipo de aspecto afable que andaría rozando la cincuentena.

–¿Subes? –me preguntó cuando entré, y yo asentí con una sonrisa y empecé a palparme los bolsillos con la mano izquierda, como si buscara mi tarjeta y casi dejando caer la mochila al hacerlo, momento en el que puse cara de dolor como si el tirón me hubiera afectado una muñeca con un esguince.

–Permíteme –dijo el hombre enseguida, y alargó su pase de empleado y tocó el lector–. ¿Qué piso?

–Tercero. Muchas gracias. Estoy harta de esta muñeca. Nunca volveré a patinar sobre hielo.

–Yo me hice un esguince en el hombro jugando al *squash* el año pasado –dijo el hombre amigablemente mientras el ascensor empezaba a subir–. Un latazo peor que un dolor de…, bueno, iba decir «huevos», pero ahí no te haces esguinces, ¿no?, ¡ja, ja!

Me reí y el ascensor se detuvo en la segunda planta.

–Bueno, aquí me bajo –dijo–. Espero que esa muñeca mejore pronto. –Y salió.

–Encantada –dije con una sonrisa de agradecimiento bastante más auténtica que mi esguince de muñeca. Y a continuación, cuando la puerta del ascensor se cerró, me desembaracé a toda prisa del cabestrillo, enderecé los hombros y me preparé para el último obstáculo.

Al salir del ascensor en la tercera planta, la primera impresión fue que el departamento de atención telefónica de Sunsmile era como cualquier otro que hubiera pirateado, solo que más grande y ruidoso. Un pequeño laberinto de pupitres y boxes desplegados en una compleja jerarquía que abarcaba espacios compartidos, pequeños cubículos acristalados y los despachos para los mandos superiores, con derecho a una puerta que cerrara y una ventana con auténtica luz solar.

El barullo de conversaciones era demencial y tuve que contenerme para no taparme los oídos mientras pasaba entre los cubículos, buscando una cara amable a la que preguntar. Al final elegí a una chica que acababa de colgar el teléfono y estaba ya marcando el siguiente número. La gente ocupada era siempre la más idónea, pues estaba demasiado distraída para hacer las preguntas pertinentes.

–Perdona que te moleste –me disculpé–. Ya veo que estás ocupada, pero ¿podrías decirme dónde se sienta Keely Winston?

–¿Keely? –dijo la chica en un tono impersonal–. Creo que está enferma, pero su pupitre está por allí. –Señaló hacia un rincón–. No tiene pérdida. Está atiborrado de troles.

Por un momento, me pareció haber entendido mal.

–Perdona, ¿has dicho… «troles»?

Pero la chica ya estaba hablando por el micro de sus cascos, así que sacudí la cabeza y seguí adelante, hacia el rincón que me había indicado. Keeley debía de tener cierto rango, porque disponía de medio cubículo y de una ventana, y cuando estuve más cerca entendí a qué se refería la chica. El pequeño cubículo estaba lleno de los mencionados troles, muñequitos con los pelos hacia arriba y caras sonrientes. Había troles chico y troles chica, troles bebé y troles abuelita. El efecto era más que inquietante y, en cierto modo, también risible, aunque en ese momento no podía reírme.

En lugar de eso, me senté en la silla de Keeley, encendí su ordenador y eché un vistazo alrededor. Mi esperanza era toparme con el premio gordo de los *pen testers*, una contraseña escrita en un pósit y pegada al monitor, pero, si Keeley anotaba sus contraseñas, no era tan tonta como para dejarlas a la vista. Así que cogí el teléfono, respiré hondo y marqué el número que me había dado Gemma. Sonó un tono. Otro tono. Otro tono…

Estaba a punto de rendirme, presa de la más amarga desilusión, cuando sonó un clic y descolgaron el teléfono. Oí el llanto de un bebé al otro lado de la línea y eso me levantó el ánimo. Lo único mejor que alguien ocupado era alguien ocupado y distraído.

–¿Sí? –La voz de Keeley sonaba brusca y algo preocupada–. ¿Quién es?

Tomé aire. «No la pifies ahora».

–Hola, Keeley –dije, intentando sonar cálida y profesional al máximo–. Perdona, ¡seguro que te estás preguntando por qué te llaman desde tu propio número! Soy Kate, de informática. Parece que hay un problema con algunos ordenadores. Se ha metido algún *malware* en el sistema, así que estamos haciendo un análisis manual en las unidades afectadas. Llevo toda la semana intentando localizarte y la cosa es ya…, en fin, bastante urgente, la verdad. Estoy en tu escritorio ahora mismo. ¿Hay alguna posibilidad de que te pases por aquí y me des acceso?

–Bueno, no veo cómo puede haber sido culpa mía. –Sonaba un poco a la defensiva–. Llevo toda la semana en casa con Harry. Tiene varicelas.

«Varicela será», pensé, pero no dije nada. La regla de oro del *phishing*: no cabrees a tu diana.

–¡Uf, menuda pesadilla! –dije en lugar de lo que pensaba, con voz lo más empática posible–. Yo tengo gemelos y los dos la pasaron hace un par de meses. Te juro que no pegué ojo en dos semanas.

–Dios mío, ni que lo digas –dijo Keeley en tono lastimoso, y por ese cambio de actitud adiviné que había conseguido conectar con ella–. Es un horror absoluto, ¿verdad? –El llanto que sonaba al fondo se intensificó–. Mira, Kate, perdona, este no es el mejor…

–Ah, está claro, por supuesto –dije yo–. Mierda, odio hacerte venir a la oficina por algo que no es culpa tuya, pero tengo que efectuar el análisis sí o sí. Es cuestión de seguridad.

–¡Me es imposible ir! –Keeley parecía alarmada–. No tengo a nadie que se haga cargo de Harry. Mi madre está con la quimio y el médico le ha dicho que no puede acercarse a él hasta que las manchitas tengan costra.

–Escucha –le dije con aire de confidencia, como quien acaba de tomar una decisión. Bajé la voz–. Esto no es del todo… Se supone que no podemos hacerlo de esta forma, pero me doy cuenta de que estás en un apuro. ¿Quieres darme tu contraseña y hago el análisis sin que tengas que venir? Eso sí, no se lo digas a mi jefe. De verdad, esto no nos dejan hacerlo.

–Pues claro, por supuesto –contestó Keeley, con alivio manifiesto en la voz–. Las encontrarás todas en mi Rolodex, buscando por Harry Winston, pero la principal es Harry24Sept. Madre mía, muchas gracias, Kate. De verdad que te lo agradezco. Lo siento, habría ido si pudiera hacerlo, pero ya sabes cómo es esto.

–Pues sí, los tíos no acaban de entenderlo, ¿verdad? Mi jefe se cree que

puedo dejar lo que sea que esté haciendo. Y una se queda pensando: ¿cómo? ¡Pero, majo, que esto no va así!

Keeley dejó escapar una risa entrecortada y al fondo volvió a oírse el llanto.

–Escucha, te dejo ya –dije con voz cálida–. Cuídate, Keeley. ¡Y procura descansar tú también!

–Gracias, sí, mejor me voy. Harry está empezando la Tercera Guerra Mundial. Cuídate, Kate. Chao.

–Chao –repetí alegremente, y se oyó un clic y el teléfono se cortó.

Resistiendo la tentación de levantar el puño en gesto triunfal, inicié sesión en el ordenador y, mientras arrancaba, busqué la tarjeta marcada como Harry Winston en el Rolodex de Keeley. Había allí un verdadero tesoro, las contraseñas de todos y cada uno de los sistemas perfectamente ordenadas, sin intención ninguna de disimularlas.

Cerré los ojos, elevando una silenciosa oración de gratitud por los sistemas informáticos demasiado complejos con un número de contraseñas imposible y por los padres distraídos de todo el mundo, y traté de descubrir la base de datos de las llamadas.

Lo más difícil era adivinar qué icono del muy atestado escritorio de Keeley era el relevante, y me equivoqué un par de veces al iniciar una base de datos de seguros de automóvil y lo que parecía ser una intranet de los empleados, pero al final abrí uno que me mostró una pantalla de inicio con el logo de Sunsmile y el eslogan «Seguros de vida Sunsmile: un amigo para toda la vida». El icono de búsqueda me llevó a otra pantalla que decía: «Búsqueda por número de carné de identidad, número de póliza, nombre, código postal».

El corazón me estallaba mientras tecleaba nuestro código postal.

Aparecieron tres pólizas. Dos eran de personas de las que nada sabía, presuntamente de vecinos nuestros asegurados en Sunsmile. Pero la tercera…, la tercera era más reciente, y era de Gabe.

Me temblaban los dedos al abrirla y bajar por el historial del cliente. Había copias de todo. Los formularios entregados, los recibos de pago… Hice clic en la tarjeta de crédito que tenían en el archivo, cruzando los dedos mentalmente para que fuera algo así como el cuerpo del delito. No sé bien qué esperaba encontrar –una tarjeta a nombre de Jeff Leadbetter parecía demasiado esperar–, pero se me cayó el alma a los pies cuando vi los datos. Figuraba el nombre de Gabe y, de hecho, la tarjeta era la suya; reconocí el número. No tenía sentido. Gabe era muy cuidadoso con los datos de su tarjeta de crédito. No era imposible que los hubieran obtenido mediante una ciberestafa, pero eso no parecía el estilo de Jeff. Hice clic en el apartado de datos identificativos del cliente y allí, ante mis propios ojos, apareció escaneado el carné de conducir de Gabe. Eso sí que me dejó anonadada. No me imaginaba a Gabe subiendo su carné de

conducir a ningún sitio, aparte de alguna web de legitimidad incontestable que exigiera necesariamente la foto de su carné. ¿Me había equivocado en todo? ¿De verdad había contratado Gabe la póliza?

Bajé por la página buscando algo más, algo revelador, pero solo una cosa parecía fuera de lugar: el número de teléfono que se adjuntaba. No era el de Gabe. Pero tampoco era el de Jeff, al menos el de la época en que habíamos sido pareja. No lo reconocía en absoluto. Lo anoté en un pósit del taco que Keeley, de modo muy práctico, había dejado junto al monitor y me lo guardé en el bolsillo. Un número de teléfono constituía una pista algo endeble, pero ya era algo. Podía intentar llamar cuando saliera de allí.

Estaba a punto de cerrar la base de datos cuando vi algo en la parte inferior de la pantalla: un pequeño icono en forma de altavoz. «Registro de llamadas», decía el encabezado. Y había una sola entrada con fecha de hacía algo más de una semana, de tres días antes de la muerte de Gabe, de hecho.

El corazón se me alborotó de nuevo.

Una llamada. Una llamada telefónica real. Con quienquiera que hubiese contratado la póliza. Y a punto había estado de pasarla por alto.

En la mesa había unos auriculares. Los cogí, me los puse en las orejas e hice clic en la grabación. Por dentro bullía de nervios y me estaba mordiendo el labio tan fuerte que los dientes casi se tocaban a través de la blandura de la piel. Al principio no ocurrió nada; solo había un icono de carga giratorio. Y, entonces, en los auriculares sonó una voz de mujer.

–Hola, ¿podría hablar con el señor Gabriel Medway?

–¿Quién es? –contestó una voz grave de hombre.

Sentí una sacudida repentina, seguida por una sensación de aplastante derrota. Porque no era Jeff. No se parecía en nada. La voz era demasiado grave, sonaba mucho más como… Un sentimiento de pavor me estaba creciendo en la boca del estómago. Sonaba mucho más como Gabe, en realidad.

Dios mío. ¿Había interpretado todo este asunto mal?

La grabación estaba en pausa porque el dedo, en un tic reflejo, había apretado el ratón al oír esa voz tan inesperada, pero ahora rebobiné hasta el principio, esta vez preparada para oír esa voz masculina.

–¿Quién es?

Las palabras repetidas, aunque ya las esperaba, me cayeron como una cuchillada en el corazón. Porque realmente podían ser suyas, de Gabe. Sin embargo, no estaba segura al cien por cien. La voz de la mujer sonaba con limpieza absoluta, pero al otro lado de la línea la grabación dejaba bastante que desear. Se oía un chisporroteo y la voz del hombre sonaba distorsionada. Subí un punto el volumen y cerré los ojos, intentando aislarme de cualquier elemento de distracción y concentrarme

tan solo en el sonido de la voz en mis oídos.

–Soy Jo, de Sunsmile, señor Medway. Se puso usted en contacto con nosotros para contratar una póliza, ¿verdad? Solo necesitamos aclarar un punto, concerniente a…

–Perdone, ¿no podría enviármelo por correo? –la atajó con brusquedad el hombre. Parecía crispado por que lo hubieran llamado–. No es buen momento.

Y de golpe me vino la certeza, absoluta, con una ráfaga de alivio que me provocó un cosquilleo en la punta de los dedos. Ese no era Gabe. Se parecía mucho, de hecho sonaba casi igual, con esa voz también grave y su misma dicción. Cualquier otra persona habría caído en el engaño. Pero yo conocía a Gabe como la palma de mi mano. Su voz me había acompañado noche tras noche, año tras año, susurrándome al oído durante horas para animarme, darme instrucciones, hacerme reír, advertirme. Y, aunque no hubiera sabido aducir ningún detalle concreto, nada que pudiera presentar a la policía como irrefutable, estaba segura de algo: esa persona no era Gabe. Ni hablar.

–Por supuesto, si así lo prefiere –dijo la mujer con cordialidad–, pero esto solo llevará un momento. No es más que…

Se oyó un clic y la llamada terminó.

Oí suspirar a la mujer.

–Yo también le deseo un buen día, señor –dijo con cierto sarcasmo a la línea cortada. Y ahí finalizó la grabación.

El corazón me golpeaba en el pecho como un bombo, tan fuerte que me resonaba en los oídos.

Me reacomodé los auriculares, ahuequé la mano sobre la oreja para eliminar en lo posible el ruido de fondo y cerré con fuerza los ojos.

Después subí a tope el volumen y pulsé de nuevo el *play*.

«Perdone, ¿no podría enviármelo por correo? No es buen momento».

Otra vez.

«Perdone, ¿no podría enviármelo por correo?».

«Perdone, ¿no podría…».

«Perdone».

«Perdone».

«Perdone».

Y entonces, no sé cómo, lo supe.

Oí el golpetazo cuando el ratón resbaló de la mesa y cayó al suelo.

Noté el roce de las ruedecillas contra las losetas de moqueta cuando eché atrás la silla y me puse de pie, con piernas tambaleantes.

Me di cuenta de que las manos me temblaban mientras cerraba el ordenador de Keeley y volvía a poner su Rolodex en la letra A.

Pero por dentro…, por dentro me sentía extrañamente anestesiada. Por dentro no sentía nada en absoluto.

–¿Estás bien? –me preguntó la chica del escritorio contiguo cuando ya me iba–. ¿Buscabas a Keeley? Se ha pedido permiso porque tiene enfermo a su hijo.

–Sí, ya lo sé –contesté. Notaba una extraña sensación en la cara, a la vez de frío y de calor. Agarré el tirante de la mochila para contener el temblor de las manos–. Soy de informática. Solo estaba actualizando algunos parches de seguridad mientras está fuera. Ya está hecho.

Dar forma a las palabras era un esfuerzo, pero la chica no pareció notar nada. Se limitó a asentir y se ocupó de su siguiente llamada.

Tenía ganas de gritar, pero no podía. Necesitaba salir de allí, reflexionar sobre lo que debía hacer ahora. Reflexionar sobre el porqué.

Por una razón: porque esa voz de la grabación, la voz que había oído una vez y otra y otra más…, esa voz era la de Cole.

Y ni remotamente me veía capaz de entender qué significaba eso.

Sentía las piernas como de gelatina mientras volvía sobre mis pasos por el laberinto de oficinas y salas de reunión de Sunsmile, en dirección a la entrada principal. El corazón me explotaba en el pecho y solo podía pensar en una cosa. Tenía que salir de allí y llamar a Hel, decirle lo que había descubierto. Porque no tenía sentido. ¿Cole? ¿De verdad?

Había llegado casi a la recepción y ya estaba buscando el teléfono en el bolsillo cuando, al doblar la última esquina, los vi: unos vigilantes de seguridad apiñados alrededor de una pantalla, tras el mostrador de recepción. Eran tres, más un tipo de traje con aspecto de ser el jefe, y todos parecían preocupados. Uno de ellos estaba señalando en lo que, horrorizada, reconocí inequívocamente como un monitor de seguridad. Otro estaba hablando con Derek, el guardia que me había abierto los tornos. Derek levantaba las manos en actitud defensiva, como si rebatiera alguna afirmación.

Todo mi ser pareció volverse insensible. Algo iba mal. O peor que mal. Pero ¿cómo era posible? Que yo supiera, no la había cagado. Nadie me había dado el alto. No había notado ninguna mirada suspicaz en el centro de atención telefónica y podría jurar que Keeley no se había olido nada durante nuestra conversación.

Disponía de dos opciones: pasar a toda velocidad por recepción esperando que nadie me viera o volver sobre mis pasos. Estaba dudando –después de todo, quizá el incidente no tuviera nada que ver conmigo– cuando del exterior me llegó un sonido que me disparó todavía más el pulso. Era el repetido ulular de una sirena de policía: un coche patrulla estaba aparcando en la cuadrícula amarilla de «prohibido detenerse» pintada en la entrada, al tiempo que encendía sus luces azules.

Quizá no estuvieran allí por mí. Pero empezaba a tener toda la pinta de que sí, y yo no iba a quedarme para averiguarlo.

Di media vuelta y apreté el paso de nuevo hacia el interior del edificio. Buscaba señales de salidas de incendio, pero, lógicamente, todas las que había en esa zona señalaban hacia la recepción, de modo que no hice caso y, medio andando, medio corriendo, seguí internándome en el edificio de Sunsmile. Tenía una sensación extraña en el pecho, de pánico, desde luego, pero mezclado con una especie de euforia, de impulso adrenalínico como el que siempre me acompañaba durante mis trabajos, en los momentos complicados. De nuevo la mano se me fue automáticamente a la oreja, buscando el auricular *bluetooth* que, por supuesto, no estaba allí. Era como un recordatorio físico de la ausencia de Gabe: ahora estaba sola.

Intentaba alejarme lo más rápidamente posible de la recepción, pero a una velocidad que hiciera plausible imaginar, por ejemplo, que era una empleada que se había olvidado de recoger al pequeño Freddie en la guardería. Nada de carreras desatadas. Nadie hace esprints en una oficina. Pero, un medio trote estresado, eso sí. Lo del estrés, al menos, no me resultaba difícil de emular. Lo más difícil era contenerme para no arrancar a toda velocidad. Casi podía oír a Gabe en mi oído: «No llames la atención, cariño. Intenta integrarte en el ambiente».

«Pues eso intento, joder», pensé. Pero la protesta me habría salido más convincente si Gabe hubiera estado de verdad allí. Cuando llegué a un tramo desierto de pasillo, me quité la oscura chaqueta y busqué en la mochila las gafas falsas que había metido allí, con una gruesa montura negra difícil de pasar por alto. Como disfraz no era gran cosa, pero el cambio de esos dos elementos juntos tal vez confundiese a quien estuviera comparándome con una borrosa imagen de la cámara de seguridad.

Al menos, me había adentrado lo suficiente en Sunsmile como para encontrar señales de salida de incendios que apuntaran en otra dirección, más hacia el interior del edificio, así que les hice caso, mirando atrás de vez en cuando para comprobar que nadie me estuviera siguiendo. A mi espalda, bastante lejos, oía cierto revuelo, pero no estaba segura de si eran los guardias de seguridad u otra cosa que no tenía nada que ver. Esto último se me antojaba ilusorio, pero, en cualquier caso, tampoco parecía que fueran tras de mí.

Empezaba a sentir cierto optimismo cuando, al doblar una esquina, vi a un guardia un poco más adelante, consultando su teléfono.

Mierda.

No me había visto y estaba demasiado ocupado leyendo lo que hubiera en su pantalla, pero mi imaginación ya se había puesto a fabular. Un mensaje con mi descripción. Tal vez algo peor: un pantallazo de la cámara de seguridad.

Mierda. ¡Mierda!

Al final opté por esconderme en un despacho. Estaba vacío, así que me senté en la silla del escritorio encarada a la ventana, metí la mochila de una patada debajo de la mesa e intenté apaciguar mi ritmo cardiaco. El ordenador no estaba encendido ni tenía tiempo de encenderlo. Acerqué unas carpetas y cogí el teléfono.

Por encima del zumbido del tono telefónico, podía oír pasos que se aproximaban por el pasillo. «¡Pasad de largo –rogué para mis adentros–, pasad de largo!».

Pero no lo hicieron. Se detuvieron tras la puerta abierta y oí una tos ligeramente forzada.

–Bueno, pues no es suficiente –dije con sequedad en el auricular–. Necesitábamos esas cifras para ayer.

Un hilillo de sudor me bajaba entre los omóplatos y me apreté contra el respaldo de la silla para secarlo.

–Mira, no sé cómo decírtelo, Diane, pero mañana no es jueves. –Aunque a lo mejor sí que lo era. Había perdido por completo la noción del tiempo. Cerré los ojos, tratando de que la mano que sostenía el teléfono no temblara demasiado ostensiblemente. Se oyó otra tos, esta vez acompañada de unos tímidos golpes en la puerta. Suspiré, me puse el auricular en el hombro y giré la silla.

–¿Hola? ¿Sí? ¿Puedo ayudarle en algo?

El guardia de seguridad estaba al otro lado de la puerta, apoyando su peso ahora en un pie, ahora en el otro.

–Perdone que la moleste, pero ¿puedo preguntarle si ha visto a algún intruso?

–¿Algún intruso? –Intenté que mi voz tuviera un matiz de irritación más que notorio–. Perdone usted, pero ¿no es ese su trabajo? No sabía que habíamos delegado la seguridad de la empresa en el personal de contabilidad.

–Al parecer ha habido una alteraci… –empezó a decir el guardia, algo titubeante, y yo lo atajé de mala manera.

–Para responder a su pregunta: no, por supuesto que no he visto a nadie. La única persona que está alterando aquí algo es usted. Y ahora, si no le importa, tengo una llamada importante que atender. –Volví al teléfono, que ahora pitaba ruidosamente indicando que estaba descolgado–. Perdona –dije con voz fuerte hacia el auricular, deseando con toda mi alma que el guardia no oyera ese ruido de mi conversación a una sola banda–. ¿Dónde estábamos? Ah, sí, las… –Mierda, piensa en algún término convincente de contabilidad. ¡Piensa, Jack!–. Las cifras RSI que te pedí. Ahora la cuestión es: ¿vas a dejar de tomarme por tonta y enviarme ya los números? La reunión es mañana, por si no me he explicado bien. ¿O prefieres que entre allí y diga que no tengo proyecciones actualizadas porque a ti no te ha dado la gana cumplir con

una petición tan sencilla?

Cerré los ojos, fingiendo que rechazaba las excusas de la supuesta interlocutora, cuando en realidad trataba de aguzar el oído para percibir si el guardia de seguridad se iba. Pero no oía nada que no fuera el pitido del teléfono. ¿Seguía allí el guardia? ¿Y si me arriesgaba a mirar?

Por fin, colgué con brusquedad el teléfono, como si estuviera indignada, y giré la silla preparada para lanzarle al guardia una andanada que lo ahuyentara con el rabo entre las piernas, pero se había ido.

Me desplomé en la silla, sintiendo cómo se desintegraban todas mis bravuconadas. Había faltado bien poco. Un guardia más seguro de sí habría puesto a prueba mi farol, o se habría olido algo. Y si hubiera acudido Derek, u otro de los que habían visto las imágenes de seguridad en la recepción, habría sido mi fin.

Tenía que salir de allí. Ya mismo.

Cogí la mochila y me la colgué al hombro, sin hacer caso del pinchazo en el costado. Después empecé a correr, ahora de verdad, en dirección opuesta a la que esperaba que hubiera tomado el guardia. Ya no intentaba aparentar nada plausible. La ilusión de que esto pudiera ser como cualquier otro trabajo se había disipado. Aquí el riesgo era muchísimo mayor, y nunca había sentido un miedo ni una fatiga semejantes en ningún *pen test*.

Me temblaban las piernas, pero me obligué a seguir adelante y doblé a la izquierda, como indicaba una señal de salida de incendios. Al hacerlo casi me choco con una mujer que sostenía una taza de té, pero conseguí esquivarla y musitar una disculpa, tras lo cual giré al azar a la derecha, más para huir de la mirada de susto de la mujer que porque tuviera alguna idea de adónde dirigirme.

Y entonces, cuando ya empezaba a pensar que me había equivocado de dirección y que tendría que volver atrás, doblé otra esquina y fui a parar a un tramo sin salida. Solo que no era exactamente sin salida. Allí había una enorme puerta cortafuegos…, aunque no era como la que esperaba encontrar. No tenía barra de acero de fácil apertura ni se trataba de una salida trasera alternativa. Esta tenía un botón verde tras un cristal y una gran señal encima que decía: «Puerta con alarma. Utilizar solo en caso de emergencia».

Sentí náuseas. Náuseas de verdad, con ganas de vomitar. Esto era exactamente lo que les habría dicho a los de Arden Alliance si hubiera llegado a escribir el informe: nadie debería poder escabullirse porque una puerta cortafuegos se abra sin que se dispare ninguna alarma. Justo ahora que no quería, justo ahora que había tanto en juego, me había topado con una empresa que hacía las cosas bien. Existía una ínfima posibilidad de que el letrero fuera falso, de que solo pretendiera impedir

que la gente saliera a fumarse un pitillo a escondidas, pero lo dudaba. Ese botón no tenía aspecto de ser una broma.

En cualquier caso, no me quedaba otra. A mi espalda, oía por el pasillo voces cada vez más fuertes, sonidos de *walkie-talkie* y el retumbar de pasos. Ya fuera porque el guardia tímido sí que se había olido algo o porque la mujer del té había dado la alarma, lo cierto era que los de seguridad habían encontrado mi rastro y se estaban acercando.

Tenía que salir de allí, aunque para hacerlo tuviera que armar un buen alboroto. Y, de hecho…, a lo mejor un poco de alboroto no sería tan malo.

La idea me dio una inyección de coraje y, levantando el pie, le di una patada con el tacón al cristal que protegía el botón. La primera patada falló, pero al segundo intento conseguí romper el cristal. Respiré hondo, presioné el botón… y nada sucedió.

Toda mi adrenalina se esfumó. Me quedé allí mirando el botón con aturdida incredulidad, oyendo las voces que venían por el pasillo. No había alarma, pero la puerta continuaba obstinadamente cerrada.

Por fuerza tenía que haber algún error, ¿no? Una salida de incendios sin alarma no era en absoluto recomendable. Y una que no funcionara era manifiestamente ilegal.

Los pasos se oían ya muy cerca.

Levanté la mano, dispuesta a apretar de nuevo el botón. Pero, antes de que pudiera hacerlo, la puerta se abrió hacia fuera con una pesadez lenta y señorial, dejándome allí con los ojos entornados frente al radiante sol de la tarde mientras, a mi espalda, los aullidos de lo que parecían mil alarmas empezaban a sonar por todo el edificio.

Me quedé por un momento sin saber qué hacer. A derecha e izquierda del pasillo, la gente empezó a salir de las oficinas, poniéndose a toda prisa los abrigos, echándose las bolsas al hombro pese a las estrictas instrucciones de dejarlo todo y quejándose a sus colegas por la interrupción. Y entonces me di cuenta: estas personas eran mi camuflaje, mi billete a la libertad.

Subiéndome más la mochila en el hombro, levanté la barbilla y, procurando parecer lo más cabreada posible, salí a la luz del sol junto con todos los demás. En cuanto doblé la esquina, empecé a correr.

Veinte minutos más tarde, entraba derrapando y sin aliento en la estación de Milton Keynes, la mano apretada contra el dolorido costado, sin tratar de disimular el rostro encendido y el pecho jadeante. En parte porque era incapaz de hacerlo –estaba demasiado extenuada para intentar aparentar normalidad–, y en parte, también, porque una estación de tren es el único lugar en el que puede parecer que huyes de la policía sin levantar sospechas.

En los tornos me detuve resollando, con una mano apoyada en la máquina mientras con la otra buscaba el billete de vuelta. Gracias a Dios seguía allí. Temblaba de tal forma que necesité tres intentos para meterlo en la estrecha ranura, tras lo cual la barrera se abrió y yo crucé y me desplomé en un banco del andén, intentando parecer alguien que acababa de perder su tren. En realidad, no tenía ni idea de lo que iba a hacer a continuación.

Cada parte de mi cuerpo temblaba por la adrenalina y en el costado notaba un dolor ardiente y continuado, tan intenso que a duras penas podía contener las ganas de inclinarme a un lado del banco y vomitar, cosa que probablemente habría hecho si hubiera tenido en el estómago algo más que un bollo tostado. Pero no era solo el dolor del costado lo que me revolvía el cuerpo. Estaba de mierda hasta más arriba del cuello, peor de lo que podría haber imaginado, y no solo eso, porque la policía disponía de algún medio para seguir mi rastro. Me habían encontrado primero en la casa de Cole y luego en Sunsmile, y no se me ocurría cómo.

Había regresado a la estación más por instinto que otra cosa, quizá porque la urgencia por salir de Milton Keynes se imponía a cualquier otra consideración. Pero ahora no tenía ni idea de qué hacer ni de adónde ir. A la casa de Cole no podía volver. Y, por descontado, tampoco a la de Helena. Lo que de verdad quería era regresar a mi casa, darme una ducha caliente, acostarme en una cama blanda y dormir. ¡Dormir! No estaba segura de cuánto había dormido la noche anterior, pero habrían sido unas horas como mucho, y desde entonces solo había podido robar algún momento de descanso. Ahora, mientras el dolor del costado se transformaba en punzadas fluctuantes que, si bien eran más llevaderas, no dejaban de ser bastante inquietantes, me sentía débil y temblaba de puro cansancio, y no podía imaginar nada más atrayente que mi propia cama. Pero era un anhelo vano. Volver a casa resultaba imposible, incluso más que regresar a casa de Hel. Para el caso, lo mismo me daría quedarme allí sentada añorando a Gabe. Porque, en definitiva, tanto él como mi existencia normal de cada día habían desaparecido, sin que hubiera posibilidad de recuperarlos.

Todavía estaba sentada en el banco, intentando controlar la respiración, cuando oí cierto revuelo tras de mí, en el vestíbulo de entrada. Al mirar por encima del hombro, vi en los tornos a dos agentes uniformados, mostrando sus placas identificativas al guardia de servicio.

El corazón se me disparó a una velocidad casi mareante y miré a mi alrededor, tratando de evaluar mis opciones. A lo lejos veía un tren acercándose, pero ¿a qué andén se dirigía?

Moviéndome con normalidad para no llamar la atención, avancé deprisa por el andén hasta el paso elevado, con la cabeza baja como si consultara el teléfono. En realidad, toda mi atención se dirigía a la

entrada principal de la estación, situada a mi espalda. Los policías habían entrado ya y se estaban desplegando, uno por el andén en mi misma dirección, mientras que el otro se había quedado cerca de la entrada y hablaba con unos estudiantes.

Con el corazón acelerado y amparándome en la sombra del paso elevado, empecé a subir las escaleras. En cuanto estuve fuera de la vista, en el puente cubierto que cruzaba el andén, me quité las gafas, busqué en la mochila mi forro polar y me lo puse por encima de la cabeza. Cubierta con la capucha, mi aspecto, o eso esperaba, difería por completo del de la elegante oficinista que se había colado en Sunsmile. Ahora me asemejaba más a un muchacho adolescente que a una mujer adulta.

El tren estaba ya cerca, lo bastante como para distinguir por qué vía entraba, y tras un vistazo al panel de horarios vi que se dirigía a Birmingham y que, con ocho minutos de retraso, pararía en el andén número seis. Mi billete no servía para ese trayecto, pero esa era ahora la menor de mis preocupaciones, porque por desgracia el tren no era lo único que se estaba acercando. Al mirar atrás hacia las escaleras, vi que el policía que venía en mi dirección se detenía a hablar con una mujer vestida con camisa blanca y chaqueta oscura y que luego se encaminaba al paso elevado.

Tragué saliva, me tapé aún más con la capucha y crucé al trote el puente hacia el indicador del andén seis.

–¡Ey! –oí gritar a mi espalda, pero no me detuve. No sabía si el policía me gritaba a mí o a otra persona, pero tampoco me iba a esperar a averiguarlo–. ¡Ey, muchacho!

Sus pasos eran cada vez más rápidos. Por debajo de mí, el tren entró en la estación.

¡Dios, Dios! Ahora no, por favor, ahora no.

El costado me estaba matando y por un momento creí que iba a vomitar, pero conseguí que las piernas me obedecieran y bajaran algo más deprisa los escalones que llevaban al andén.

–¡Policía! –oí detrás de mí. Pero por fortuna el andén seis estaba atestado y, cuando doblé la esquina al término de las escaleras, me topé de frente con una pandilla de adolescentes, todos de estatura similar a la mía y dos de ellos con un forro polar negro y la capucha puesta. Elevé una silenciosa oración de gratitud al dios de los chicos adolescentes, al tiempo que el tren abría sus puertas y yo me abría camino hasta el interior, con escaso respeto por las buenas formas.

«Cerrad las puertas, cerradlas ya».

Dentro del tren, avancé a codazos por el abarrotado pasillo hasta el siguiente vagón. En ese momento, por megafonía se oyó el aviso.

–Este es el tren de las tres treinta y uno a Birmingham New Street, con demora sobre el horario previsto. El tren está a punto de efectuar su

salida. Por favor, mantengan las puertas despejadas.

Contuve la respiración y, agachando la cabeza, miré por la ventanilla al andén. El policía estaba allí con cara de pocos amigos, hablando por el *walkie-talkie*.

Entonces, con una sacudida que me hizo tambalearme y llevarme la mano al costado, el tren empezó a moverse. Nos íbamos, sí, pero el riesgo había sido excesivo para mis nervios.

Mientras el tren se alejaba de Milton Keynes, la tensión nerviosa abandonó mi cuerpo de golpe y me quedé débil y temblorosa, tanto que estaba desesperada por sentarme. Cuando había cogido la mochila de emergencia, en Salisbury Lane, me había congratulado de lo poco que pesaba. Ahora, aunque me había comido casi todas mis provisiones, parecía que llevara plomo en los hombros. La dejé resbalar hasta el suelo y busqué un asiento libre. Intentaba decidir si debía buscar en otro vagón o pedirle a la mujer que tenía enfrente que quitara sus bolsas de la compra del asiento contiguo, cuando noté que algo caliente me bajaba por un lado del vientre. Al deslizar la mano bajo el forro polar, la punta de los dedos salió roja. El apósito debía de haberse soltado con tantas carreras. Otra vez estaba sangrando.

Mierda. El forro era negro, así que las manchas de sangre no se verían, pero no podía permitirme sangrar en los asientos del tren o en otro lugar visible para la gente. Si había algo que llamara la atención, sería precisamente eso.

Sobre la puerta que comunicaba con el siguiente vagón había una señal de aseos, así que con un esfuerzo me eché de nuevo la mochila al hombro y avancé por el atestado pasillo, rezando al pasar junto a una mujer con su bebé para no dejarle manchas de sangre en el cochecito.

El aseo era de los del viejo estilo, con una puerta manual y un váter calcificado que no me habría sorprendido saber que descargaba directamente en la vía. Pero, mientras cerraba la puerta tras de mí y pasaba el pestillo, tampoco me habría importado si el váter hubiera sido el de *Trainspotting*, tan agradecida estaba de que tuviera un seguro que funcionaba y un grifo.

Colgué la mochila detrás de la puerta y me quité primero el forro polar y luego la arruinada camiseta blanca, ahora adornada con una amapola rojo oscuro que había aflorado en un costado.

Lo primero que pensé al examinar el apósito fue que no tenía tan mal aspecto: las carreras me habían abierto la herida y la sangre había traspasado la gasa. Posiblemente, bastaría con ponerme un apósito limpio.

Pero al despegar la esquina del cuadrado empapado, lo que vi debajo me hizo estremecer.

El interior del apósito tenía incluso peor aspecto que el que Cole me había ayudado a retirar el día anterior, porque estaba empapado de una mezcla de sangre y algo que se parecía inquietantemente al pus. La propia herida estaba tan irritada e inflamada que incluso alguien como yo, con nulos conocimientos médicos, sabía que aquello no podía ser bueno.

Una infección explicaría por qué tenía aquellas sensaciones tan extrañas, las piernas débiles y como de mantequilla y la piel tan pronto ardiendo como helada, de modo que, por mucho que me costara admitir que Cole pudiera tener razón, empezaba a pensar que tal vez estaba en lo cierto: necesitaba antibióticos. Pero ese era un riesgo que no podía asumir.

Al final, me eché agua caliente en la piel y limpié en lo posible aquella porquería, intentando no hacer caso del olor nauseabundo que subía de la pila junto con el vapor. El agua me escocía, pero no tanto como había pensado; incluso esas punzadas me parecían casi un alivio después del dolor sordo y constante que me había estado corroyendo el costado durante todo el día.

Una vez el corte estuvo limpio, lo sequé dando toquecitos con papel higiénico y después pegué encima otro de los apósitos que había robado en el centro comercial. Lo sostuve contra las costillas, cerré los ojos para aguantar el dolor y apreté, notando el calor que emanaba de la herida a pesar de las capas de gasa y papel. Nada más podía hacer, salvo cruzar los dedos y confiar en mi sistema inmunitario. Temblando, volví a ponerme la camiseta ensangrentada y el forro e intenté pensar qué debía hacer ahora.

Mi billete no servía para este trayecto, así que tendría que ingeniármelas para cruzar la salida cuando llegáramos. Tal vez resultara más sencillo en una pequeña estación rural, o más aún en una tan pequeña que ni siquiera tuviera tornos. La cuestión era cuál.

Me saqué el teléfono del bolsillo para consultar las paradas del tren, pero, antes de que pudiera hacerlo, vi una notificación de Signal en la pantalla de bloqueo. Era un mensaje de Hel.

«¿Jack? –decía–. ¿Estás ahí? ¡¿Cómo ha ido?!».

Me inundó una sensación de alivio. Hel. Dios mío, hablar con ella era lo que más deseaba en ese momento, contarle todo este embrollo espantoso y saber su opinión objetiva y analítica sobre qué coño estaba pasando y lo que podía significar todo esto.

¿De verdad era posible que Cole fuera responsable de la muerte de Gabe? No lo había matado él mismo, de eso estaba segura, al menos tan segura como se podía estar sin haber presenciado el asesinato. Y su voz conmovida cuando se lo había contado, su angustia al balbucear: «¿Le… cortaron el cuello?»… No, eso no había sido fingido, también estaba

segura. Pero la compañía de seguros…, ¿por qué otra razón iba Cole a contratar una póliza? Eso no era un acto ejecutado en caliente. Debió de tardar días en hacerse con el carnet de Gabe y con los detalles de su tarjeta de crédito y en rellenar los formularios. Eso fue algo frío y premeditado, hasta un punto que me trastornaba la cabeza de solo pensarlo, y ni por asomo me sentía capaz de analizar lo que significaba.

Yo confiaba más en la opinión de Hel que en la de cualquier otra persona en el mundo, más que en la de Gabe, en cierto sentido, porque Gabe era un optimista y su perspectiva se veía siempre influida por ese hecho de desear lo mejor para todos y opinar lo mejor de todos. Hel era…, bueno, tampoco diría que pesimista, pero sí más realista. Ambas habíamos pasado por las mismas experiencias, sobrevivido a la muerte de nuestros padres cuando apenas éramos adultas. Aquella noche, ambas habíamos perdido la confianza en la posibilidad de un desenlace positivo para cualquier circunstancia de la vida, algo que nunca le había sucedido a Gabe. Y, además, Gabe ya no estaba.

Por esa razón, Hel era la única persona que podría, solo podría, ayudarme a llegar al fondo de esta cuestión. Aun así, no contesté enseguida, y no solo por mi estado de confusión. Había algo más, una sensación que en ese momento, mientras miraba la pantalla de bloqueo, me di cuenta de que me había estado incomodando durante algún tiempo, desde que había intercambiado mensajes con Hel antes de entrar en Sunsmile. Entonces no había tenido tiempo de pensar en ello, pero había algo que no cuadraba. Algo…

Y entonces se me ocurrió.

De hecho, lo tenía delante de las narices, mirándome con sus ojitos redondos.

El emoticono de expresión angustiada de Hel, el que me había enviado dos mensajes más arriba. Y, antes aún, el mensaje ahora borrado de «tú primero», con ese emoticono sonriente tan poco típico de ella. Dos emoticonos que nunca había usado en sus mensajes.

Y en ese instante caí en la cuenta de algo más, algo que primero me provocó acaloramiento y luego me dejó helada, de modo que tuve que dirigirme a tientas al inodoro cerrado para sentarme encima, antes de que las temblorosas piernas sucumbieran al traqueteo del tren.

Había sido Cole quien le había hablado de Signal a Hel. Y Cole quien le había dado mi número y le había dicho que me llamara con un teléfono de prepago. Salvo que… no lo hubiera hecho. ¿Y si todo no era más que un montaje? ¿Y si la persona con la que había estado intercambiando mensajes era… Cole?

La idea me hizo sentir casi violada. Y, sin embargo, eso explicaría algo que no había dejado de reconcomerme desde que había visto a la policía en Sunsmile y que, hasta ahora, no había conseguido entender: ¿cómo

habían sabido que yo estaba allí en ese preciso momento? Yo solo se lo había revelado a Hel.

Alguien me había traicionado. Y estaba todo lo segura que se puede estar de que no había sido Hel.

Una angustiosa oleada de pavor glacial amenazaba con anegarme. Esto tenía que saberlo con absoluta certeza, como fuera.

«Hel –contesté–, te va a parecer una tontería, pero tengo que preguntarte algo. ¿Cómo se llamaba ese osito de peluche tuyo, el de cuando éramos niñas, el grande de color azul?».

Hubo una pausa larga, muy larga.

Y después: «Jack, ¿va todo bien?».

«Sí, bien, pero necesito que me lo digas, Hel. ¿Cómo se llamaba?».

Otra pausa.

«Joder –fue la respuesta, esta vez rápida–. Hace siglos de eso. Ya no me acuerdo. ¿Bluey?».

Sentí como si hubiera tocado una valla eléctrica, una sacudida de pánico tan violenta que me hizo morderme el interior del carrillo. Si hubiera podido, habría arrojado el móvil por la ventanilla del tren. Pero la ventanilla no se abría y, de todas formas, no podía permitirme perderlo.

Llamaron a la puerta, pero no hice caso. Me quedé mirando pasmada la pantalla del teléfono, mientras mi interior se revolvía con una mezcla de asco y miedo.

«¿Por qué?», fue el siguiente mensaje. Pero ya era demasiado tarde. Ahora yo lo sabía, con toda seguridad.

Ese osito había sido un tesoro para Hel. Se había acostado con él cada noche durante dieciséis años, y ni siquiera después había acabado en la basura, sino que se le había retirado, con honores, a un estante ubicado sobre el ropero. Era uno de los pocos objetos que Hel se había llevado cuando desalojamos la casa de nuestros padres, y ahora descansaba encima de otro armario, en la habitación de Kitty y Millie. Nunca jamás, en ninguna circunstancia menos grave que sufrir un coma, Hel se habría olvidado del nombre de Bluebell. Estaba grabado en mi memoria, así que no digamos en la suya. Imposible olvidar los infinitos lamentos de «se me ha caído Bluebell» cada noche que el osito caía de la litera superior al suelo; las discusiones de las vacaciones porque quería llevárselo, y, si la dejaban hacerlo, por si tenía que viajar en la maleta en lugar de llevarlo ella en brazos; las veinticuatro horas de terror cuando se le había perdido en el metro… La mera idea de que Hel pudiera haber olvidado su nombre resultaba, en fin, ridícula. Antes se habría olvidado del nombre de Roland.

Tenía ganas de echarme a llorar. Pero no podía.

«Lo sé –tecleé–. Ya puedes dejar de fingir».

Otra pausa.

«¿Cómo dices?».

«Que lo sé –escribí de nuevo–. Lo sé, Cole. Lo sé todo».

Se produjo otra larga pausa, más larga si cabe esta vez, y entonces mi teléfono empezó a sonar.

Al mismo tiempo, volvieron a llamar a la puerta, con mayor urgencia.

–¡Tengo aquí a un niño desesperado! –oí al otro lado.

Me levanté, descolgué la mochila de la puerta del baño y abrí con una sonrisa de disculpa dirigida a la malhumorada mujer que esperaba fuera con su niño.

El teléfono seguía sonando mientras me apartaba al fondo del pequeño vestíbulo. Era del tipo antiguo, con una ventana que podía abrirse, y, a pesar de que por ella se colaba un ventarrón helado, no hice ningún intento de cerrarla. Esperaba que el ruido encubriera nuestra conversación.

Esperé hasta que la puerta del aseo se cerró y, justo cuando oí el pestillo, el teléfono que aún sostenía en la mano dejó de sonar.

Estaba a punto de devolver la llamada cuando tuve otra idea; me detuve y rebusqué en mi bolsillo. El pósit con el número que había copiado de la base de datos de Sunsmile seguía allí.

Respiré hondo y lo introduje en Signal. Después pulsé el botón de llamada.

–No lo entiendes. –Era la voz de Cole, temblorosa, y por primera vez desde la muerte de Gabe no sentí una angustia inmediata por la similitud entre las voces de ambos, solo asco e incredulidad ante mi propia estupidez. ¿Cómo podía haber pensado que la voz de Cole sonaba como la de Gabe? No se parecían en nada. En nada.

–Ya lo creo que lo entiendo –dije. Y mi voz era serena, casi de un modo antinatural, por el esfuerzo de no levantarla en exceso–. Lo entiendo todo. ¿Por qué lo hiciste, Cole?

–No, no lo entiendes. Yo no quería que esto sucediera…, nada de esto. ¡Estaba intentando protegerte!

Por un segundo, no supe qué responder. Pero de pronto encontré las palabras y las escupí al auricular con una fuerza que me sorprendió incluso a mí misma.

–Que-te-jodan.

–Tú no sabes con quién estás tratando…

–Con un mentiroso de mierda, un traicionero y criminal… –Me interrumpí, buscando una palabra lo bastante mala como para ajustarse a lo que quería llamarle–. Hijo de puta –terminé diciendo, ahora ya no con voz firme, sino casi tan temblona como la de Cole–. Con ese estoy tratando. ¿Cómo fuiste capaz? ¿Cómo pudiste hacerle algo así? Era tu mejor amigo.

–Era un puto loco –contestó Cole, y había verdadera angustia en su voz–. Intenté advertirle, pero él estaba empeñado. ¿Y tú crees que todo esto es cosa mía? Pues no, no lo es. Yo nunca quise algo así. Solo estaba haciendo lo único que podía hacer, que era protegerte a ti. No había nada que pudiera hacer para salvar a Gabe. Tan solo podía asegurarme de que tú te libraras.

–A mí no me protegiste, lo que hiciste fue incriminarme, imbécil –dije casi gritando, tras lo cual me obligué a bajar el tono para decir en un susurro venenoso–: ¿De verdad vas a seguir diciendo que contratar ese seguro era una medida para protegerme? ¡Como si hubiera una cantidad de dinero que pudiera compensarme por la muerte de Gabe! No me protegiste, sino que le diste a la policía un argumento sólido como el hierro para acusarme. ¿Vas a decirme ahora que no se te había ocurrido?

–Pues claro que se me había ocurrido –rugió Cole–. Pero si estás en la cárcel no podrán matarte también, zorra estúpida.

–¿Quiénes? –exigí saber–. ¿Quiénes? ¿De quién hablas? ¿Quién querría matar a Gabe? ¿Quién querría matarme a mí?

–No puedo decírtelo –contestó Cole, y en su voz ya no había ira ni angustia, sino que ahora sonaba asustado, asustado de verdad.

–Cole, te juro por Dios que estoy grabando esta conversación. Así que, a menos que quieras que la cuelgue en Twitter ahora mismo, vas a decirme qué está pasando.

–¡No! –aulló, tan aterrorizado como si hubiera blandido un cable de corriente en su cara–. Joder, Jack, ¿quieres que nos maten a los dos?

–¡Entonces dímelo!

–Nos. Van. A. Matar –dijo Cole, articulando cada palabra muy despacio y con máxima claridad, como si le hablara a una niña. Pero mi impresión era que no lo hacía por condescendencia ante mi supuesta estupidez, aunque algo de eso podría haber también, sino para controlar el temblor de la voz–. ¿No lo entiendes, Jack? Me matarán a mí por decírtelo y a ti por haberte enterado.

–Me. Importa. Una. Mierda –le espeté, imitando su tono en una furiosa burla–. ¿No lo entiendes tú, Cole? Me enfrento a la cárcel de por vida. He perdido al único hombre al que he amado. No sabes hasta qué punto me importa una mierda que me corten también el cuello. De hecho, mira, ¿sabes qué? Ahora mismo sería casi un alivio. Lo único que me importa, lo único, es averiguar quién mató a Gabe. Si eso hace que me maten a mí también, la verdad es que me importa un carajo.

Siguió un largo silencio. Muy largo. Podía oír la respiración entrecortada de Cole al otro lado de la línea. Estaba claro que, quizá por primera vez, había entendido hasta dónde estaba dispuesta a llegar.

–No puedo decirte quién fue –habló por fin, en voz muy baja–. No sé quién fue, pero puedo decirte por qué.

–Muy bien. –Se había puesto a llover y las gotas, que caían sesgadas, se colaban por la ventana entreabierta y me salpicaban la cara. Cerré los ojos, sintiendo el frío goteo que me resbalaba por la nariz. La sensación era la del llanto, pero un llanto que en nada aliviaba mi sufrimiento íntimo–. Muy bien. ¿Por qué?

–Joder –susurró Cole–. Joder. ¡Joder! Mira, ¿podemos hacer esto cara a cara?

–Estás de coña, ¿no? –me reí, una risa que me salió áspera y ronca y que me sacudió las costillas hasta hacerme estremecer. Me presioné el apósito con la mano–. ¿Para que puedas entregarme otra vez a la policía? Porque fuiste tú quien les dijo que estaba en Sunsmile, ¿no? Seguro que estabas riéndote por lo bajo cuando me fui de la lengua con Hel. Y cuando la policía se presentó en la casa de campo no fue porque te hubiera seguido, ¿verdad? Fuiste tú, tú los llamaste.

–Intentaba protegerte –replicó Cole con desesperación, y lo más extraño era que casi, solo casi, le creía–. Por favor, Jack. Por favor.

Pero yo no estaba dispuesta a tolerar nada más.

Cole había traicionado a Gabe y luego me había traicionado a mí, una vez y otra y otra más.

–Cole –dije en tono concluyente–, te juro que si no me dices ahora mismo lo que sabes, en este mismo segundo, subo esta conversación al Twitter de Gabe. La enviaré a cada grupo de Discord al que se hubiera unido, la publicaré en Reddit y la transmitiré en Twitch. Y diré tu nombre en cada una de esas plataformas. No sé cuánta gente sumará eso, pero solo la cuenta de Twitter de Gabe ya tiene casi cien mil seguidores. Estoy segura de que un buen número te siguen a ti también. ¿Quieres que oigan tu voz admitiendo tu complicidad en el asesinato de tu mejor amigo?

–¡Joder! –gritó Cole, tan fuerte que tuve que separarme el teléfono de la oreja. Se oía un ruido al otro lado de la línea que no acababa de reconocer. Parecía una especie de sollozo. Entonces se oyó de nuevo su voz, temblorosa e irritada–. Escúchame bien, Jack. Si sigues con esto, si le dices a todo el mundo lo que voy a contarte…

–No, conmigo las amenazas se han terminado –lo atajé con frialdad–. No me interesa oírte decir otra cosa que no sea por qué mi marido tenía que morir. Así que suéltalo ya o prepárate a convertirte en viral, muy viral.

–¿Sabes lo que es una vulnerabilidad de día cero? –preguntó Cole. Fruncí el ceño.

–¿Qué es esto? ¿Un examen?

–No. Estoy respondiendo a tu pregunta. ¿Lo sabes?

–Pues claro. Es un modo de piratear un dispositivo que tiene un fallo no solucionado, un fallo del que ni siquiera es consciente el desarrollador

del *software*, de ahí lo de día cero, porque son cero los días que tiene para solventarlo.

–Eso es. Y sabes que los fallos más graves, los que afectan, por ejemplo, a todas las personas que tengan un iPhone, son valiosos, ¿no? Y que podrían valer, digamos, cientos de miles de dólares en el mercado negro.

–Sí, lo sé. –Ahora me tenía desconcertada. ¿Adónde quería llegar?

–Pues bien: Gabe encontró uno. Uno bien gordo. Me pidió consejo sobre qué debía hacer. Yo le dije que la mejor opción sería planteárselo al desarrollador del *software* y pedir una recompensa por el informe responsable. Pero en lugar de eso… –Cole se detuvo y lo oí tragar saliva– decidió venderlo en la internet oscura. No sé a quién acudió, pero debió de mezclarse con gente poco recomendable, porque decidieron…, en fin, decidieron que no iban a pagarle lo que pedía. Les pareció más conveniente quitárselo sin más. Y eso es lo que hicieron.

Tras terminar la conversación con Cole, durante un largo minuto no hice nada. Simplemente me quedé allí intentando asimilar lo que me había contado, sin apenas notar que las gotas de lluvia que se colaban por la ventanilla abierta estaban mojando la pantalla del móvil.

Por fin me recompuse y, al volverme, casi se me cae el teléfono. La mujer del aseo estaba detrás de mí, sujetando la mano del niño.

Durante un breve instante me miró a los ojos, una mirada directa y sin parpadeos que parecía un desafío. Después se volvió y se dirigió al vagón, en dirección opuesta a donde yo me había sentado.

Sentí que me faltaba el aire. ¿Cuánto tiempo había estado allí esa mujer? No podía ser mucho. El niño era demasiado pequeño para esperar pacientemente y en silencio mientras su madre escuchaba la conversación telefónica de una extraña. Lo que significaba que tan solo debía de haber oído la última parte.

Me devané los sesos tratando de recordar qué había dicho y si habría sonado sospechoso. Casi todo el rato había hablado Cole. Eso sí lo recordaba. Yo solo había dicho alguna cosa sobre programación, pirateos y vulnerabilidades, al menos hacia el final. Pero antes… había mencionado el nombre de Gabe, de eso estaba segura. Y había hablado de su asesinato. O al menos me había referido a Gabe como víctima de asesinato, aunque no recordaba las palabras exactas. De todas formas, con independencia de las palabras, sin duda había dicho lo suficiente para que alguien curioso buscara el caso en el teléfono. Mierda.

Encendí otra vez el teléfono y busqué en Google «asesinato programador Gabe», y esperé a que aparecieran los resultados en la pantalla.

El primero hizo que me acalorara y luego sintiera frío, mucho frío, en una sucesión tan rápida que me sentí enferma.

Se trataba de un artículo de la BBC y el titular decía: «Buscan a la esposa del programador asesinado para interrogarla». La imagen de la previsualización era la mía.

Me temblaban las manos cuando hice clic en la historia. Tenía fecha y hora de ese mismo día y, en la parte de arriba, justo debajo del titular, había una foto grande mía, sacada de la web de Crossways Security y acompañada del texto siguiente: «La policía busca a Jacintha Cross para interrogarla en relación con el asesinato de su marido. Las fuerzas del orden han solicitado la colaboración de los ciudadanos y les ruega que llamen al 999 en caso de ver a la señora Cross».

Más abajo de la foto, el artículo continuaba.

> La policía que investiga el asesinato del experto en seguridad digital y *hacktivista* Gabriel Medway, quien se hacía llamar Gakked en la comunidad virtual de *hackers*, ha emitido hoy un comunicado en el que confirma que está buscando urgentemente a la esposa del programador, Jacintha Cross, para interrogarla en relación con la muerte de su marido.
>
> La señora Cross, quien en un principio accedió a ser entrevistada por la policía metropolitana, no ha sido vista desde el martes 7 de febrero. La policía trata de dar cuanto antes con su paradero por cuestiones relacionadas con la investigación y para ello han apelado a la colaboración ciudadana.
>
> Jacintha Cross, de 27 años, consultora de seguridad que también responde al nombre de Jack, fue vista por última vez en las proximidades de Rye, en East Sussex, pero se cree que ha abandonado la zona, desplazándose posiblemente en autobús o en tren. Se trata de una mujer blanca, de 1 m 58 cm de estatura, complexión ligera, ojos avellana y cabello de longitud mediana y teñido de un llamativo color rojo, aunque portavoces de la policía advierten de que podría haber cambiado su apariencia.
>
> El inspector Branagh, de la policía metropolitana, ha manifestado al respecto: «Hacemos un llamamiento urgente a la ciudadanía para que nos ayuden a dar con la señora Cross, quien podría estar viajando bajo un nombre falso o con documentación falsificada. Rogamos que nadie aborde directamente a la señora Cross, sino que informe a la policía de cualquier persona sospechosa llamando al 999».

Hacia la mitad del artículo, había una granulosa instantánea mía caminando por la estación de Charing Cross, con la cabeza agachada mirando al teléfono. Era en blanco y negro, pero podía adivinarse que mi pelo ya no era rojo. En la parte inferior, tres vínculos remitían a sendos artículos sobre la muerte de Gabe, cada uno de ellos ilustrado con una fotografía suya sacada de nuestra web profesional. Sabía que debía pinchar en ellos, averiguar lo que la policía pudiera haber difundido

públicamente, pero su rostro cálido y afable sonriendo desde la pantalla era como un puñetazo en el estómago y no me vi capaz de hacer clic. En lugar de abrir los artículos, lo que hice fue apagar el teléfono, aunque cerrar la pantalla no mitigó en nada el pavor enfermizo que se me había ido acumulando en la boca del estómago mientras leía. En cierto sentido, el artículo no era ninguna sorpresa. Al fin y al cabo, no hacía más que confirmar lo que ya sabía: que la policía me estaba buscando y me consideraba sospechosa de la muerte de Gabe. Pero ver los hechos expuestos de forma tan brutal no dejaba de causarme una gran conmoción, y el modo en que la policía había compuesto sus comunicados… «Que también responde al nombre de Jack», ¿cómo se las habían arreglado para que un simple diminutivo resultara tan sospechoso? En cuanto a ese «rogamos que nadie aborde directamente a la señora Cross», como si yo fuera armada y peligrosa…, ¡por el amor de Dios! La fotografía, además, era de calidad. Nada que ver con esas fotos policiales en blanco y negro caritativamente borrosas. Habían elegido mi imagen de la web profesional de Crossways, junto con la de Gabe. Tenía una alta resolución y estaba bien iluminada, de modo que, incluso con mi decolorado cabello rubio blanquecino y las ojeras de agotamiento bajo los ojos, se me podía reconocer como la misma persona. ¿Estaría ya la mujer del aseo, la que iba con el niño, llamando al 999?

Eché un vistazo por la ventana y luego abrí el horario del tren en el móvil. Faltaban unos quince minutos para Northampton, pero esa era una estación grande y casi seguro que tendría tornos y policías de transporte vigilando. De ningún modo podía permitirme un altercado en un lugar así. Me arrestarían en cuestión de segundos.

La siguiente parada estaba a diez minutos, un lugar del que nunca había oído hablar: Long Buckby. En Google aparecía como un pueblo pequeño con una estación que no parecía disponer de taquilla para vender billetes, no digamos de tornos. Exactamente el tipo de sitio que había deseado. El único problema radicaba en que estaba a veinticinco minutos y a dos paradas de distancia. Si, y solo si, la mujer del niño estaba llamando a la policía en este mismo momento, casi con toda seguridad subirían al tren en Northampton. Dentro de diez minutos podrían estar peinando el tren entero.

Me quedé frente a la ventanilla, mordiéndome la uña y considerando mis opciones. La primera era bajarme en Northampton e intentar pasar las barreras pegada a otro pasajero, pero no me gustaban los riesgos que conllevaba. En las aglomeraciones de la hora punta, con los viajeros empujando y usando los codos, tal vez pudiera salirme bien, pero pasaban solo unos minutos de las cuatro, y hacer eso mismo en una estación medio vacía resultaba mucho más difícil. La segunda opción consistía en permanecer en el tren y tratar de ocultarme hasta Long

Buckby. Si conseguía llegar tan lejos, seguramente estaría fuera de peligro. El problema era que, si la mujer del niño había llamado a la policía, quedarme en el tren después de Northampton equivalía casi a un billete de ida a la cárcel.

La tercera opción…, pero ahí ya me chocaba con un muro de ladrillo. La única opción restante era simplemente el último recurso que siempre había tenido al alcance: dejar de huir y entregarme a la policía. Evidentemente, eso estaba descartado. Si lo hacía, todo habría sido para nada. O quizá… no.

Me quité la mano de la boca. Nunca había considerado en serio la opción de entregarme. Sin embargo, mi incursión en Sunsmile lo había cambiado…, bueno, no diría que todo, pero sí muchas cosas. Ahora tenía pruebas para apoyar mi versión.

Lo que le había dicho a Cole era mentira: no estaba grabando la conversación. Mi teléfono no disponía de la configuración necesaria para ello, aunque estoy segura de que habría encontrado alguna aplicación para hacerlo si lo hubiera pensado antes. Pero no lo había pensado, de modo que lo de publicar la conversación había sido solo un farol. Con todo, sí tenía una grabación que presentarle a la subinspectora Malik: la de la voz de Cole en la base de datos de Sunsmile. Solo me cabía esperar que, cuando Malik y Miles la escucharan, estuvieran tan seguros como yo de que esa no era la voz de Gabe. Porque el problema era que Gabe y Cole sonaban casi igual. La misma voz grave, el mismo acento del norte de Londres… Una similitud tan acusada que me había hecho sufrir lo indecible cada vez que Cole me había hablado durante los últimos días.

Y, aunque Malik y Miles convinieran en que la voz de la grabación era de Cole, eso tampoco me absolvería. Porque a lo mejor concluían que estábamos juntos en esto. El papel de Cole sería contratar la póliza a nombre de Gabe; el mío, cobrarla. No seríamos la primera pareja que cometía un asesinato para asegurarse la estabilidad económica y un nuevo futuro. Y el hecho de que me hubieran pillado escondida en la casa de campo de Cole acabaría de confirmar sus sospechas.

No. No podía confiar esa información a Malik y Miles, otra vez no. Ya me habían demostrado que estaban dispuestos a elegir la solución fácil, en lugar de molestarse en buscar una verdad complicada. No podía permitirme darles una segunda oportunidad, al menos hasta que yo misma hubiera llegado al fondo de todo el asunto. Porque, por mucho que deseara ver pagar a Cole por su papel en esto, todavía deseaba más encontrar al asesino de Gabe, y estaba bastante segura de que no era Cole.

Eso me dejaba dos opciones: Northampton o Long Buckby. Ahora la pregunta era cuál elegir.

Aún estaba intentando decidirme cuando el tren comenzó a aminorar

la marcha, hasta que al final se detuvo con un chirriar de frenos. El silencio, después del rugido incesante del viento a través de la ventanilla medio abierta, transmitía una extraña sensación de vacío. Afuera se oía el golpeteo de la lluvia y los silbidos y el tictic de los frenos de aire del tren. Del vagón me llegaba el llanto lento y cansado de un niño, y yo sabía exactamente cómo se sentía.

Entonces sonó un chasquido en los altavoces.

–Rogamos disculpen el retraso, señoras y señores. Permaneceremos detenidos durante unos minutos por un semáforo en rojo. Hay un tren por delante de nosotros en Northampton y estamos esperando a que nos asignen andén. Deberíamos reanudar la marcha dentro de pocos minutos.

Sentí que el corazón empezaba a latirme con violencia. ¿De verdad había otro tren más adelante? ¿O era una treta para permitir que la policía apostara a sus hombres en el andén, listos para subir al tren?

Mierda. ¡Mierda!

¿Qué debía hacer?

Me fijé en la puerta, con su ventanilla medio abierta. Si al menos hubiera sido uno de los trenes antiguos, en los que podías asomarte y abrir la puerta desde fuera… Pero estaba bastante segura de que esos ya los habían retirado. A pesar de que este todavía parecía bastante viejo, todo indicaba que tenía algún tipo de desbloqueo central. Un rótulo luminoso anunciaba con rotundidad: PUERTA CERRADA. Y, justo debajo, un cartel advertía: ANTES DE ABRIR LA PUERTA, ESPEREN A QUE EL TREN SE DETENGA. COMPRUEBEN QUE LA PUERTA SE HALLA JUNTO AL ANDÉN. ESPEREN A QUE SE ILUMINE LA LUZ DE APERTURA SITUADA ARRIBA. ABRAN LA VENTANILLA DE LA PUERTA Y DESBLOQUEEN LA PUERTA.

Lo que significaba que no había modo de abrir la puerta hasta llegar al andén. Claro que también…, eso de «abran la ventanilla de la puerta»…

Mi alborotado corazón se aceleró más si cabe. ¿Era posible, entonces?

La ventanilla ya estaba medio bajada, pero parecía atascada y me costó un gran esfuerzo deslizarla apenas unos centímetros más. Me puse entonces de puntillas y saqué la cabeza fuera por la estrecha abertura. Abajo no había nada, salvo las traviesas y la grava. Me llevé la mano al costado, pensando en el corte que rezumaba bajo el apósito. La ventanilla apenas tenía amplitud suficiente para conseguir retorcerme hasta salir, y el suelo debía de estar a más de cuatro metros. Ya había saltado desde esa altura antes y no era ninguna broma, ni siquiera estando en plena forma. Sientes el golpe en todo el cuerpo, en cada hueso y cada articulación. Y yo me encontraba en un estado espantoso. Pero no había alternativa.

Arrojé primero la mochila. Los bolsillos laterales se engancharon en el alféizar, pero conseguí soltarla y oí con un estremecimiento cómo rebotaba contra el peldaño exterior y caía con un fuerte golpe al suelo.

Después, me agarré al borde superior de la ventana e intenté sacar un pie fuera.

Estaba muy alto y, por un instante, no supe si podría siquiera subir el pie hasta la abertura, no digamos ya el resto del cuerpo. Pero debería poder hacerlo. Había subido una pared mucho más alta cuando me había colado en mi propio jardín trasero de Salisbury Lane, solo que ahora los brazos me temblaban de fatiga, el dolor del costado me aguijoneaba y los músculos no parecían querer obedecerme.

Por un momento pensé en renunciar, pero ya había arrojado fuera la mochila. Si me quedaba en el tren, incluso aunque la mujer con el niño no me hubiera descubierto, incluso si llegaba sin novedad a Long Buckby, estaría jodida y bien jodida. No tendría dinero ni teléfono ni ropa limpia, nada.

Tenía que salir por aquella ventanilla.

Tomar conciencia de ello me dio una inyección de adrenalina y conseguí pasar un pie y después el otro por encima del alféizar, tras lo cual hice girar el cuerpo ignorando el dolor atroz del costado y culebreé sobre el estómago por la estrecha abertura, descolgándome hasta notar que tocaba el peldaño exterior con los pies.

Me quedé allí, con los músculos temblando por el esfuerzo, agarrada al borde de la ventanilla, y aventuré una ojeada abajo, más allá de las piernas. La caída era terrorífica. Parecía peor que desde dentro del tren.

Con cuidado, me agaché apoyada en manos y rodillas y giré temblando hasta quedar sentada en el peldaño más inferior. Debajo de mí tenía una caída sobrecogedora hasta lo que parecía ser una grava de grosor intimidante.

Tragué saliva. Y entonces oí que el tren arrancaba máquinas.

–Señoras y señores, buenas noticias –oí al otro lado de la ventanilla abierta–. Hemos recibido autorización para continuar hasta Northampton.

Hubo una sacudida y el tren empezó a moverse.

El corazón me latía con tanta fuerza que pensé que iba a marearme. Lo que quería era descolgarme despacio y con cuidado hasta el suelo, pero no había tiempo. El tren cogía velocidad. Me daría de narices contra un matorral a más de cien por hora si no actuaba rápido, muy rápido. Pero lo cierto es que resulta muy difícil decidirse a saltar de un tren en marcha.

Estaba inclinada hacia delante, intentando mentalizarme para hacerlo, cuando oí un ruido encima de mí y al mirar a la derecha vi un árbol cuyas ramas se extendían sobre la vía y raspaban en el techo del tren. Era demasiado tarde para saltar. Si lo hacía, probablemente me estrellaría contra el tronco. Así que, por instinto, me pegué a la puerta y, con los ojos cerrados y la cabeza agachada contra el hombro, aguanté mientras

las ramas me arañaban toda la cara y me pinchaban en la mejilla y la oreja.

Cuando levanté de nuevo la vista, el árbol había quedado atrás, pero ahora el tren iba más deprisa. Fatalmente deprisa, podría decirse.

Con la sensación de estar haciendo una estupidez mayúscula, salté.

Aterricé con un golpe tan violento que me dejó sin respiración. Al principio, estaba demasiado ocupada tratando de respirar como para hacer algo más que quedarme tumbada, ovillada en posición fetal, jadeando y agarrándome las costillas. La herida del costado dolía como si me hubieran metido dentro un atizador al rojo vivo y estuvieran hurgando al compás de mis latidos. Casi tenía la esperanza de que alguien me hubiera visto y activado el freno de emergencia, y, en la medida en que podía pensar en algo que no fuera el horrible dolor del costado, esperaba oír el chirrido de los frenos y el ruido del tren al detenerse. Pero, cuando el dolor se mitigó lo suficiente para permitirme levantar la cabeza, vi que el tren había tomado la curva y desaparecía en la distancia. Nadie me había visto o a nadie le importaba.

Dejé caer de nuevo la cabeza y pensé en mis opciones.

Considerándolo todo en conjunto, la cosa no había ido tan mal. Había caído en un montón de helechos, cuando fácilmente podrían haber sido ortigas o zarzas o incluso rocas, y no parecía que me hubiera roto nada. Las rodillas y los tobillos me dolían por la violencia de la caída, pero no había sufrido una conmoción cerebral, y al ponerme de pie no noté que nada me doliera en exceso, salvo la herida en el costado, que seguía protestando con cada movimiento. Cuando metí la mano bajo la camiseta para comprobar su estado, no pude reprimir un gemido. El apósito seguía en su sitio, pero tenía un tacto pulposo por la sangre.

La mochila había caído a una distancia sorprendentemente lejana y, mientras retrocedía por la vía procurando no tropezar con las traviesas –pues solo faltaba ahora que me cayera y me electrocutara con el tercer riel–, intenté pensar en qué debía hacer. Ardía en deseos de hablar con Hel, pero no estaba segura de poder hacerlo sin romper a llorar. Peor aún, ¿podía arriesgarme siquiera a llamarla? Lo más probable era que tuviese el teléfono pinchado, aunque, si usaba Signal, al menos la policía no debería poder triangular mi ubicación.

Cuando por fin llegué a la mochila, la recogí y empecé a subir el empinado talud. Tenía que alejarme de la vía principal antes de que pasara otro tren. Puede que ningún pasajero se hubiera fijado en mí, pero desde luego a un conductor no le pasaría desapercibida si me veía caminando junto a las vías, y lo último que necesitaba era otro tren haciendo chirriar los frenos hasta detenerse y una alerta de seguridad de «pasajero en las vías» transmitida por toda la red.

No me fue fácil subir por el empinado terraplén y, al llegar arriba, la visión de una alambrada de espino casi acaba de rematarme, pero me las arreglé para lanzar la mochila por encima y, con enorme esfuerzo, pude trepar y pasar al otro lado, haciendo caso omiso de las púas que se me clavaban en los muslos y que me arrancaron un jirón de los vaqueros al soltarme.

No importaba. Nada de eso tenía importancia. Había pasado al otro lado. Eso era lo que contaba. Había conseguido pasar y ahora… ¿dónde estaba? En un campo de cultivo, según parecía, arado con empinados caballones y sembrado de lo que podrían ser nabos o remolachas. De pronto me sentí débil y vi que estaba temblando, y supe que, si no me sentaba –o, mejor aún, me tumbaba–, iba a derrumbarme allí mismo.

En la esquina del campo había un haya enorme, así que obligué a mis cansadas piernas a avanzar unos metros más hasta llegar bajo su copa abierta y me desplomé contra el tronco, con la mochila pegada al pecho. Sabía que debía comer algo, beber algo, pero de repente sentía tal cansancio que me venían náuseas y la simple acción de abrir la mochila me parecía un esfuerzo imposible de realizar.

«Vamos, cariño. –Era la voz de Gabe, tenue en mi oído–. Tienes que comer algo». Cuántas veces me había dicho eso mismo al llegar a casa tras una noche de carreras por los pasillos de algún edificio lejano, cuando yo me sentía tan agotada que solo quería derrumbarme en la cama. Pensé en nuestra última conversación, en cómo lo había mangoneado yo exigiéndole patatas fritas y quejándome de su maldito beicon. Dios mío, qué no daría yo por solo otro beso más, otra pulla, otro chiste malo sobre *nuggets* de pollo cien por cien veganos hechos con auténticos ingredientes…

Gabe en su papel de papá. La idea era demasiado agridulce para poder soportarla. Tragué saliva. A continuación, abrí la mochila y eché un vistazo dentro.

Lo primero que comprobé no fue cuánta comida me quedaba, sino si el teléfono seguía allí. Así era, en efecto, y gracias a Dios en perfecto estado, pese a haber sido arrojado por la ventanilla de un tren y caer sobre las piedras desde más de cuatro metros. Lo siguiente que hice fue desenroscar el tapón de la botella de agua encajada en el bolsillo lateral y beber como un camello. Estaba, me di cuenta entonces, absolutamente deshidratada, solo que ni siquiera lo había notado.

Esa enorme cantidad de agua en el estómago vacío no hizo más que intensificar mis náuseas, pero sabía que debía comer algo. No había tomado nada desde el bollo de la cafetería de Hastings, y hacía tanto de eso que parecía haber sido en otra vida. Quedaban algunas barritas energéticas en el fondo de la mochila, además de varios fideos instantáneos que había comprado en el albergue. Aunque no tenía

posibilidad de calentarlos, abrí un envase y mastiqué aquellas quebradizas esquirlas en seco, tras lo cual me comí una barrita energética.

Después, cediendo a la urgencia que no había hecho sino incrementarse desde mi conversación con Cole, saqué el teléfono, abrí Signal y llamé al móvil de Hel.

Sonó y sonó.

Y entonces Hel descolgó.

–¿Sí?

–Soy yo –dije sin preámbulos. Oí el grito ahogado de Hel y casi el torrente de pensamientos en su cerebro, intentando dilucidar qué podía o no decir.

–¿Debería llamarte yo? –preguntó por fin.

–Sí, desde luego. Utiliza Signal y este número.

–¿Signal?

–Es una aplicación. De mensajes encriptados.

–Vale. –Solo dos sílabas, pero percibía la urgencia que vibraba en su voz. Estaba tan desesperada por hablar conmigo como yo con ella.

Colgó y me quedé esperando. Y continué esperando. Cada vez hacía más frío y estaba más oscuro, así que saqué el saco de dormir de la mochila, lo extendí al amparo de un seto y me metí dentro. Estaba peleándome con la cremallera cuando el teléfono zumbó y del sobresalto casi se me cae. Era una llamada de Signal, de un número que no reconocía, un número de móvil, y por un segundo se me revolvió el estómago al pensar en Cole y en cómo me había embaucado. Pero esta era una llamada de voz. Tenía por fuerza que ser Hel.

Descolgué.

–¿Es esto seguro? –es lo primero que dijo Hel–. He utilizado Signal y un teléfono que compré ayer en una tienda del centro. ¿Bastará con eso? Estoy casi segura de que la policía tiene controlado mi otro teléfono, pero no creo que hayan puesto micrófonos en la casa. ¿Crees que llegarían a algo así?

–No lo sé. Puede ser. –Traté de pensar. ¿Importaba eso? Mientras no dijera dónde estaba, quizá no–. Joder, Hel, qué alegría hablar contigo.

–Ay, madre mía, Jack. ¿Dónde estás? ¿Estás bien? ¿Bien de verdad? –Sonaba como si estuviera al borde de las lágrimas–. Estaba muerta de preocupación cuando no diste señales de vida. Sabía que la policía no te había encontrado, porque todavía están poniendo tu casa patas arriba, y hay un coche de incógnito delante de la nuestra las veinticuatro horas del día, pero no sabía si estabas muerta en alguna cuneta. Y tu fotografía está en todos los periódicos. ¿Te has enterado? Te pintan como si fueras…

–Sí, ya lo sé. Lo siento mucho –dije, interrumpiéndola con suavidad–. Estoy bien…, pero, Hel, atiende, ¿Cole se ha puesto en contacto contigo?

–¿Cole? ¿El amigo de Gabe? No, no he sabido nada de él. ¿Por qué?

–Si te llama, no confíes en él, ¿vale? –Noté que se me formaba un nudo en la garganta por la imposibilidad de explicar hasta dónde llegaba la traición de Cole, todo lo que había hecho durante los últimos días y semanas–. Está detrás de todo, Hel. Bueno, quizá no de todo, la verdad es que no lo sé bien, pero me ha estado mintiendo desde el principio, y fue él quien contrató la póliza de seguros.

–¿La póliza de seguros? –repitió Hel, desconcertada, y entonces caí en la cuenta: ni siquiera se lo había contado cuando nos habíamos visto en el centro comercial. Lo único que había hecho, literalmente, había sido coger la bolsa y correr. Solo en los mensajes de texto había explicado la situación, mensajes que en realidad le llegaban a Cole. Hel no había sabido nada de mí desde la tarde del lunes, cuando me había ido del centro comercial. Con razón estaba que se subía por las paredes.

Le resumí la secuencia de acontecimientos: la entrevista con la policía, el correo sobre la póliza de seguros, el convencimiento de que me estaban tendiendo una trampa y mi decisión de huir; y después mi encuentro con Cole, los mensajes falsos, mi incursión en Sunsmile y la subsiguiente llamada furibunda a Cole…, todo. Casi podía oír los engranajes del cerebro de Hel mientras se lo contaba.

–Y él lo admitió casi todo –terminé–. No el asesinato de Gabe, pero sí lo de la póliza. Incluso tuvo el descaro de decir que solo intentaba protegerme. Ojalá hubiera podido grabar la conversación. Porque ahora, tal como están las cosas, es su palabra contra la mía y, si dice que el de la llamada de Sunsmile no es él, no sé cómo demostrar que sí lo es. O también podrían creer que la voz sí es la suya, pero que lo hemos tramado todo juntos.

–Exacto –dijo Hel. Por su tono parecía muy angustiada, como si hubiera estado sumando dos y dos mientras yo soltaba toda mi retahíla sin respirar… y llegado a una conclusión que no le gustaba–. Porque en su versión hay agujeros por los que podrías pasar con un camión, ¿no crees?

–¿A qué te refieres? –Me sentía consumida hasta el extremo y mi cerebro no funcionaba bien. No sabía qué hora era, pero el sol se estaba poniendo, y quedarme tumbada en la calidez del saco de dormir… era lo máximo que podía hacer para no caer dormida oyendo la reconfortante voz de Hel en mi oído, con la ilusión de no estar sola en esta pesadilla–. La primera parte, eso de que Gabe había encontrado una vulnerabilidad y le había pedido consejo…, es probable que sea verdad. Es muy posible que Gabe quisiera saber la opinión de Cole, sobre todo si el asunto tenía que ver con teléfonos. Gabe no estaba muy metido en ese tema, pero la especialidad de Cole es esa, la seguridad y las aplicaciones antivirus en telefonía. Y, si el fallo era lo bastante grave, ya sabes, algo que afectara a

montones de usuarios y comprometiera la seguridad de todo el teléfono, entonces podría creerme el miedo de Cole y la idea de que alguien llegaría a matar por hacerse con esa vulnerabilidad. La gente metida en ese tipo de *hackeos* no se anda con tonterías. Estamos hablando del crimen organizado, de los llamados «Estados canalla», ese tipo de cosas. Lo que quiero decir es que, por ejemplo, si es algún tipo de *hackeo* que te permite ver la ubicación de un teléfono las veinticuatro horas del día, y si lo usas para rastrear y asesinar a tus enemigos, seguro que también eres capaz de pensar en asesinar al programador que lo descubrió para así borrar tu rastro.

–Pero ¿tú crees que Gabe se metería en ese mercado? –preguntó Hel, algo escéptica, y yo negué con la cabeza.

–No. Ni hablar. Y no solo por protegerse a sí mismo. No me imagino a Gabe vendiendo el hallazgo de un pirateo al mejor postor. No es…, no es su estilo, ya sabes.

Ahora que lo exponía todo en voz alta, me di cuenta de que esa parte de la historia de Cole me había chirriado desde el principio. Gabe sentía un gran desprecio por los *hackers* que vendían vulnerabilidades. La idea de que subastaría una vulnerabilidad a cualquier cibercriminal o a un Gobierno opresor con suficiente dinero…, bueno, me parecía ridícula. El problema estribaba en que no sabía cómo convencer a nadie más de que eso era así. Sabía, por haberlo hablado con Gabe, que los *hackeos* más importantes pueden venderse por cientos de miles de dólares en el mercado negro, quizá por millones. Con suficiente dinero sobre la mesa, aduciría Malik, los principios bien podían aparcarse.

–En eso estoy de acuerdo contigo, pero yo pensaba en otro problema –dijo Hel. Sonaba como si estuviera frunciendo el ceño al otro lado de la línea. Oía dibujos animados de fondo y, si cerraba los ojos y me esforzaba lo suficiente, casi podía imaginarme a mí misma tumbada en el sofá de la cocina de Hel, a las niñas mirando la televisión en la habitación de al lado, el reconfortante aroma procedente de los fogones que inundaba el aire–. Te digo por dónde voy: aunque creamos a Cole cuando dice que intentaba evitar que corrieras la misma suerte que Gabe, ¿cómo sabía él lo que iba a pasarle a Gabe?

Me froté los ojos, tratando de entender lo que me decía, y luego zarandeé la cabeza.

–Perdona, pero estoy reventada, Hel. Tendrás que explicármelo en la versión de «conspiración para tontos».

–Me explico –dijo Hel, y su tono era amable, pero por debajo se percibía una urgencia que me inquietó–. Aunque admitamos todo lo demás, que Gabe acudiera a Cole, que pusiera en venta su hallazgo y que la gente con la que trataba se la jugara, ¿cómo llega a olerse Cole que la vida de Gabe corre peligro? Porque, según Cole, ni siquiera Gabe lo

sabía. Así que ¿cómo lo vio venir?

–Pues… –Me incorporé sobre el codo, sin hacer caso de la punzada de dolor en el costado. Ahora también yo fruncía el ceño–. Tienes razón. Es… raro.

–Vamos a rebobinar hasta el principio –dijo Hel. Adivinaba que se iba apasionando con su propia idea, que me la estaba presentando como le presentaría una historia especialmente enrevesada a su editor–. Vamos a creernos el argumento de Cole y supongamos que alguien, la NSA, el NSO,[3] el MI6, o cualquier cártel del crimen organizado sin complicadas siglas de las que presumir en el nombre, supongamos, como decía, que contactaron con Gabe y que Gabe les prestó oídos. Supongamos también que el pobre Gabe acabó mezclándose con alguien tan falto de escrúpulos, tan desesperado, que incluso estaría dispuesto a matar para hacerse con esa vulnerabilidad, y supongamos, por último, que Gabe fue tan estúpido como para hacer todo eso sin proteger su identidad ni borrar su rastro, algo que me resulta muy difícil de creer. ¿Cómo demonios, dada esa situación, Cole recibe aviso de lo que va a suceder? Y un aviso, encima, tan grave que le lleva a robar la tarjeta de crédito y el carné de identidad de Gabe y a contratar una póliza de seguros a tu nombre. No. Todo eso no es más que una gran chorrada y la policía no se la creerá ni por un segundo. Lo que cabe preguntarse es qué creerán ellos que ocurrió.

–Joder. Pues tienes razón. –Ahora me había sentado y me abrazaba a mí misma para tratar de mantenerme en la calidez del saco, enfadada ante mi propia estupidez por no haberme dado cuenta de todo eso antes de que Hel me lo señalara–. No puedo creer que no me diera cuenta. Si Gabe no lo vio venir, y estoy segura de que no lo vio venir, ¿cómo sí lo hizo Cole? ¿Y por qué estaba tan asustado cuando hablé con él? Porque ya te digo que lo estaba, Hel. Eso seguro. Parecía aterrorizado de verdad, como si creyera que también iban a por él.

–Exacto –dijo Hel–. Cole está en el ajo, Jack. Matara o no a Gabe, está metido en esta mierda hasta el cuello y sabe más de lo que dice.

–Pero, un momento… –Me llevé la mano libre a la cabeza, intentando contener el dolor que parecía estar fraguándose allí, pero entonces lamenté haber dejado de presionarme el costado. Era lo único que parecía mitigar un poco el dolor. Me cambié el teléfono de mano y volví a presionarme el apósito, sintiendo el calor que desprendía–. Un momento. La única manera de que estuviera sobre aviso de lo que iba a pasarle a Gabe…

–Era que alguien se lo hubiera dicho –terminó Hel por mí, en tono lúgubre.

–Pero ¿por qué? –Mi voz, incluso a mis propios oídos, sonaba como la de una niña quejosa, a punto de echarse a llorar. La idea de que Cole,

¡Cole!, pudiera haber recibido aviso de lo que iba a pasarle a Gabe y no hubiera movido un dedo para salvarlo…– ¿Por qué un capo de la mafia, o quien coño fuera, iba a molestarse en contarle sus planes a Cole? La única razón que se me ocurre…

Me detuve. Hel no dijo nada, pero tampoco era necesario que lo hiciera, porque la respuesta ya se me había ocurrido, con una sensación enfermiza de inevitabilidad. Solo había una razón posible por la que alguien habría advertido a Cole de sus planes: que Cole ya estuviera en nómina, que trabajara para él.

Y la única razón por la que ya estaría en nómina…

–Si fuera yo –intervino Hel–, si yo dirigiera una banda criminal o alguna turbia agencia de *hackeo* gubernamental, no me dedicaría a presionar a Apple o Google para que me entregaran las llaves del reino. Bueno, intentarlo seguro que lo intentaría. ¿No hubo un caso en el que la NSA le pidió a Apple que creara una puerta trasera en el iPhone para acceder al teléfono de un terrorista? Claro que Apple los mandó a la mierda, si no recuerdo mal. Porque podían permitirse hacerlo. Son más grandes que cualquier Gobierno y tienen más que perder si sus clientes les retiran la confianza que si cabrean a cualquier agencia gubernamental de los Estados Unidos. No, si fuera yo, iría directa a los ingenieros. Y no a los de Apple, sino a los tíos de las empresas medianas, los responsables de aplicaciones pequeñas pero muy populares. Los animaría a que hicieran pedir a sus aplicaciones el máximo de permisos posible: cámara, micrófono, archivos, lista de contactos, ubicación geográfica exacta… Y después los presionaría para que crearan una puerta trasera y que toda esa información me llegara directamente a mí. Porque a esa gente, a los individuos con una familia a la que quieren y con facturas que pagar, es a la que se puede comprar. O coaccionar.

–Gente como Cole –dije, con un gemido–. Joder. ¡Joder!

–¿Crees que puedo tener razón?

–Pues…, joder, la verdad, Hel, no tengo ni idea, pero esto tiene mucha más lógica que toda esa sarta de gilipolleces que Cole intentó venderme. –Ahora el dolor de las costillas parecía irradiarse a la cabeza–. Y eso explicaría también la conducta de Gabe. Es decir, Gabe podría o no podría haberle pedido a Cole consejo sobre una vulnerabilidad telefónica, pero seguro que lo habría hecho si hubiera descubierto un problema en una aplicación de la que el propio Cole era responsable. Cole era su mejor amigo… Se habría sentido obligado a avisarlo de que se iba a armar una bien gorda. –Ahora la cabeza parecía que se me fuera a partir en dos. O quizá fuera el corazón. No estaba segura.

–Exacto. Y eso habría dejado a Cole en una tesitura un tanto complicada si se trataba de algo que había pasado por alto, pero, si era una puerta trasera que había introducido porque lo habían sobornado,

entonces su situación sería insostenible –dijo Hel. Su tono era cortante.

–Dios mío.

Quería ponerme enferma. Quería que Hel estuviera equivocada, pero lo que decía era plausible, horriblemente plausible. Daba sentido a todo, a las acciones de Gabe y a las de Cole. Incluso explicaba cómo Cole podía permitirse ese piso de lujo. Si hubiera estado aceptando dinero de alguien, quien fuera, por dejar una puerta trasera abierta en una de sus aplicaciones, y, si Gabe hubiera dado con esa puerta durante una de sus pruebas de penetración, sin duda ninguna habría avisado a Cole, y sin duda ninguna Cole habría acudido a quienes le pagaban. Estaría obligado a hacerlo. No porque quisiera traicionar a Gabe, sino porque no tendría más remedio que confesar que esa puerta estaba a punto de cerrarse. Solo que ellos no querrían que se cerrara. Querrían que siguiera abierta. A cualquier precio.

–¿Jack? –dijo Hel, en tono algo preocupado–. ¿Estás bien?

–Sí. No. No sé. Mierda. –Mi cabeza echaba humo. ¿Cuál era esa vulnerabilidad? ¿Se trataba de algo a lo que Cole había tenido acceso durante todo este tiempo? ¿Cuánto acceso? ¿Me había yo puesto alguna de sus aplicaciones en mi teléfono? La idea me revolvió el estómago, pensar que hubiera podido estar espiándonos a Gabe y a mí durante semanas, quizá meses–. Creo que tienes razón. Tiene que ser como dices. Pero ¿cómo voy a demostrarlo, Hel? Se llevaron el disco duro del ordenador de Gabe.

–¿No guardaba copias de seguridad en algún sitio?

–No lo sé. Con regularidad, no. Dios mío. –Tenía la sensación de que iba a vomitar. Mientras estaba allí sentada, intentando decidir qué hacer, cómo salir de este embrollo de mil demonios, en mi teléfono sonó un bip y, al mirar a la pantalla, vi que me avisaba de que solo quedaba un quince por ciento de batería. Con el corazón encogido, recordé la batería externa que Cole me había traído y que debía de seguir donde yo la había dejado, sobre la mesa de la casa de campo–. Mierda, tengo que colgar, Hel. Mi teléfono se está quedando sin batería y no tengo cómo cargarlo.

–¿No tienes enchufe? –La voz de Hel sonaba crispada por la inquietud–. Jack, ¿dónde diablos estás? ¿Estás bien?

–Sí, estoy bien –contesté, aunque nada había más lejos de la verdad. Tenía esa extraña sensación de frío y calor simultáneos, la misma de cuando tenía la gripe de pequeña, y notaba como unas náuseas, aunque estaba bastante segura de que eso tenía que ver más con Cole que con otra cosa–. Debería irme ya. Te llamaré mañana, desde este número, ¿de acuerdo?

–De acuerdo. Te quiero.

–Yo también te quiero.

Al colgar me dolía la garganta y me quedé mucho rato sin hacer nada, con la mirada perdida en la pantalla apagada, intentando decidir qué diantres iba a hacer. Lo más conveniente era apagar el teléfono, ahorrar batería, pero había otra persona con la que quería hablar. Desesperadamente. Solo que no estaba segura de poder hacerlo.

Al final, apagué el teléfono y permanecí tumbada, mirando las estrellas a través de las últimas y ondulantes hojas del haya. Y, en algún momento, me quedé dormida.

---

3 NSA, la Agencia Nacional de Seguridad de Estados Unidos; NSO, la Oficina Nacional de Estadística del Reino Unido *(N. del T.)*.

VIERNES, 10 DE FEBRERO

Menos de dos días

Cuando me desperté, mi primer pensamiento fue que quizá me estaba muriendo. Tenía un frío inaudito, insoportable, tanto que la sensación glacial que me había invadido en la casa de campo de Cole, junto al mar, era una versión para niños comparada con la de ahora. Este frío era tan intenso que dolía; había escarcha en el campo arado y en mi saco de dormir, y mi aliento se había helado alrededor del borde del saco, formando una capa glaseada que se agrietaba y descamaba cuando trataba de moverme.

Mi segundo pensamiento fue que iba a vomitar. Había tenido náuseas durante toda la noche, pero ahora sentía que la cosa iba en serio y sabía que, por mucho frío que tuviera, tenía que levantarme si no quería vomitar en el saco de dormir.

Tiritando y tan deprisa como me permitieron mis congelados miembros, agité manos y pies para intentar arrastrarme fuera del saco, pero ya era demasiado tarde. Estando ya medio fuera, sentí que se me atenazaban las tripas y perdía el control, y entonces empecé a vomitar, una cantidad sorprendentemente abundante considerando lo poco que había comido el día anterior.

Permanecí durante largo rato agachada, con el saco bajado hasta la cintura y la mitad inferior extendida sobre la tierra labrada, como una oruga que estuviera desprendiéndose del capullo. Temblaba por el frío y las náuseas, esperando a que el acceso acabara. Y ya pensaba que así era cuando de pronto me vino otra oleada, aunque esta vez no había nada que expulsar y todo quedó en una sucesión de arcadas secas sobre la tierra helada, hasta que por fin mi estómago aceptó a regañadientes que no quedaba nada más, que resultaba inútil continuar, y fui capaz de sentarme, temblando, sobre mis talones.

En fin, la parte positiva era que no me había vomitado en la ropa. La negativa, que me sentía enferma, muy enferma, y, al meter la mano bajo la camiseta para examinar el apósito del costado, supe por qué. Los dedos salieron pegajosos, encostrados, y sentía el pulso palpitando en la herida. Estaba sudando y tiritando al mismo tiempo, y supe que, si no iba a un hospital, lo más probable era que pronto dejara de ser un problema para Cole o para Malik. Palabras como «septicemia» o «sepsis» flotaban en mi mente. Y contra eso no bastaban los antibióticos, sino que necesitabas un trasplante de órganos. O un ataúd.

Por primera vez, cobré total conciencia de la gravedad de lo que estaba haciendo. Le había dicho a Cole que, en cierto sentido, sería un alivio si

me moría, si alguien me cortaba el cuello. Pero al decirlo tenía en mente algún tipo de intercambio cósmico: mi vida a cambio de la verdad sobre lo que le había ocurrido a Gabe. Esto…, esto era muy diferente. ¿De verdad quería morir en vano dejando sin descubrir la verdad sobre Gabe, morir de septicemia en un campo solitario y que algún agricultor encontrara mi cadáver cuando regresara a labrar el campo?

No. Quería seguir este rastro hasta el final e impedir que cualquier otra persona sufriera el mismo destino fatal que Gabe. Lo que sucediera después…, bueno, después de eso ya no me importaba lo que pudiera pasar. Pero estaba claro que para cumplir mi objetivo disponía de un tiempo limitado. Al cabo de un día o dos, quizá ya no podría ni caminar, no digamos ya dar esquinazo a la policía, a Cole o a cualquier otra persona que quisiera verme muerta o encerrada de por vida.

Porque durante la noche una convicción había fraguado en mi mente. No era solo a Gabe a quien Cole y sus amigos de las altas esferas temían. También me tenían miedo a mí. Ni por asomo me tragaba la historia de Cole. ¿Enviarme a la cárcel para protegerme de no sé qué misteriosos gánsteres? Chorradas. Las personas que estaban detrás de este asunto eran profesionales. Una importante banda del crimen organizado o alguien peor, quizá incluso alguna agencia gubernamental. Si un grupo de ese estilo hubiera querido verme muerta, habría montado guardia en la casa y elegido un momento en el que Gabe y yo estuviéramos allí juntos, y ahora yo estaría también muerta. En cuanto a lo de la cárcel o a algún tipo de custodia que me protegiera de los malos…, eso era para echarse a reír. En la cárcel moría gente a todas horas, por una pelea, por suicidio, por medidas de coerción improcedentes. Si alguien del exterior quisiera que un preso muriese en circunstancias misteriosas, sería un juego de niños lograrlo.

No. La historia de Cole no tenía ninguna lógica, lo que significaba que debía de haberme tendido una trampa por alguna otra razón, ya fuera por propia iniciativa o por sugerencia de sus jefes. La cuestión era por qué. La primera razón podría ser la de intentar desviar la atención del asesinato. Después de todo, si la policía estaba ocupada investigándome a mí y analizando mis motivos, sería menos probable que investigara el historial de Gabe en busca de otros enemigos con motivos tan graves como para querer matarlo.

Pero esa distracción también podrían haberla creado sin implicarme…, podrían haber procurado que la muerte de Gabe pareciera un robo que se había ido de las manos o un ataque al corazón. Podrían haberlo atropellado fuera de nuestra casa y disfrazar el asunto como un caso de atropello con fuga. Existían cientos de formas de matar a alguien de modo que no pareciera un asesinato a sueldo. Así que ¿por qué habían optado por un método en el que el asesinato era tan inequívoco?

La respuesta a esa pregunta tenía que ser, por tanto, la segunda razón: lo habían hecho de ese modo porque incriminarme era parte del plan. También tenían que quitarme de en medio a mí, conseguir encerrarme sin acceso a mi casa ni a las posesiones de Gabe. Matarme no, porque entonces estarían como al principio, con la policía investigando el motivo de ambos asesinatos. No, viva pero entre rejas, tan fuera de juego que no supusiera ningún peligro.

Todo lo cual me hacía concluir que, aunque se hubieran llevado el disco duro de Gabe, debían de tener fundadas sospechas de que había guardado la vulnerabilidad en otro lado, un sitio con el que podría dar su esposa.

Si eso era cierto, tenía que encontrar ese sitio.

El problema radicaba en que su plan había funcionado. Sí, yo no estaba de hecho en una celda. Pero la policía se había incautado de todos los dispositivos de Gabe y de la mayoría de los míos, con lo que las copias de seguridad de Gabe quedaban fuera de mi alcance.

Dado que las probabilidades de colarme en el depósito de pruebas de la policía metropolitana eran prácticamente nulas –yo era buena, sí, pero no tanto–, mi única opción realista se limitaba a la nube. Gabe guardaba copias en línea de vez en cuando, no copias de seguridad completas, porque para eso solía utilizar un disco físico, pero los documentos importantes o los archivos a los que quería acceder desde diversas ubicaciones, esos sí que los almacenaba en línea. En cualquier caso, yo no podía acceder a las copias de seguridad de Gabe en la nube sin tener alguno de sus dispositivos. Estaba bastante segura de saber la contraseña, pero casi todas sus cuentas tenían dos pasos de verificación. Un inicio de sesión en otro dispositivo activaría el envío de un mensaje con un código a su teléfono y, sin ese código, me sería imposible continuar. Y ahora el teléfono de Gabe estaba en poder de la policía.

Mierda. ¡Mierda!

Tenía que conseguir ese teléfono. La cuestión era cómo.

Eran las ocho de la mañana y me había obligado a tomar un repugnante desayuno de barritas energéticas y agua, tras lo cual saqué el teléfono del bolsillo y lo encendí. Quedaba muy poco porcentaje de batería. Solo me cabía esperar que fuera suficiente para lo que pretendía hacer.

Había llegado a la conclusión de que necesitaba hacerme con el teléfono de Gabe, o al menos con el código que le llegara por mensaje. Y solo se me ocurría una persona capaz de ayudarme en ese propósito. El problema era que la idea me daba más ganas de vomitar de las que había tenido al levantarme.

Hacía años que había borrado de mis contactos el número que estaba a

punto de marcar, pero me lo sabía de memoria, por más que hubiera intentado olvidarlo, así que abrí Signal y me quedé mirando embobada la pantalla. Cada una de mis terminaciones nerviosas me ordenaba que no lo hiciera, recordándome lo que estaba en juego. Mi orgullo, por descontado. El respeto por mí misma. Quizá incluso mi libertad, si Cole me había dado información equivocada sobre la seguridad de la aplicación…, y lo cierto era que me había mentido en todo lo demás.

Pero, a fin de cuentas, las palabras que le había dicho a Cole todavía resonaban en mis oídos: nada me importaba, salvo averiguar quién le había hecho eso a Gabe. Nada. Ni mi pasado ni mis sentimientos heridos. Ni siquiera mi vida. Si esta llamada me acercaba más a la verdad, tenía que hacerla. Tenía que tragarme mi orgullo. Por Gabe.

Haz la puta llamada, me dije brutalmente. Gabe haría lo mismo por ti, lo sabes.

La batería bajó otro uno por ciento.

Hice girar la alianza de mi dedo, pensando en Gabe. Él no habría querido que yo hiciera esto. Si estuviera aquí, me cogería el teléfono y lo pisotearía antes de permitírmelo. Pero no estaba aquí. Y yo no tenía alternativa. Respiré hondo, conteniendo el sentimiento de repulsión, y marqué.

Contestó al segundo tono, con voz demasiado chulita y arrastrada para esa hora tan temprana de la mañana.

–¿Síííí? ¿Quién es?

Incluso decir su nombre me provocaba náuseas, pero tragué la saliva que se me acumulaba tras los dientes y hablé.

–Jeff. Soy yo.

Hubo un largo silencio, y entonces rompió a reír, despacio y durante mucho rato.

–Jack Cross. Vaya, vaya, vaya. Los tienes bien puestos, niña, tengo que admitirlo. ¿Sabes que puedo ver tu número?

–Este no es mi número –repliqué con sequedad–. Escucha, Jeff, no dispongo de mucho tiempo, pero tengo… –Dios mío, qué difícil era. «Por Gabe, hazlo por Gabe». Forcé las palabras a salir–. Tengo que pedirte un favor.

–Pide por esa boquita –contestó. Parecía estar sonriendo al otro lado de la línea–. No puedo asegurarte que te lo haga, cuidado, pero pedir es gratis.

–Necesito un código del teléfono de Gabe. Solo un código. Nada más.

–El teléfono que ahora mismo está a buen recaudo en el depósito de pruebas, ¿no?

–Ese teléfono, sí.

–Ahí es nada, ¿eh? ¿Y cómo demonios se supone que voy a entrar ahí?

–¿Puedes hacerlo?

–A lo mejor. –Parecía estar disfrutando de lo lindo–. Ya me conoces, soy un tío de recursos. ¿Y qué gano yo con esto?

–Jeff…

Yo sabía lo que quería y no intenté disimular la desesperación al hablar. Quería que se lo rogara, que le suplicara. Eso era lo que le ponía, siempre había sido así. Incluso en los primeros días, antes de que todo se desbordara, ya disfrutaba viéndome suplicar. En aquel entonces se lo tomaba como un juego, claro, como cuando me hacía cosquillas hasta que me ahogaba de risa y le rogaba parar, o cuando se me tiraba encima mientras yo volvía a casa en una noche oscura y se reía de mi terror momentáneo y subsiguiente alivio al ver que era él. Ahora veía esas «bromas» como lo que realmente eran: jueguecitos mentales de una persona que disfrutaba viendo sufrir a las mujeres. Pues bien, si yo quería ese código, no tenía más remedio que sufrir para él.

–Jeff, escúchame. Tú me conoces. Sabes que no maté a Gabe. Y creo que puedo demostrarlo. Lo único que necesito es un código de su teléfono.

–¿Para qué? ¿Para borrar una de sus cuentas? Sabes que es inútil, ¿no? Los forenses digitales ya han revisado toda esa mierda y estará copiada hasta el día del juicio final.

Me obligué a decirlo:

–Jeff, por favor. Te lo ruego, por favor.

Hubo un largo, larguísimo silencio. Entonces Jeff dejó escapar un suspiro de mártir.

–Joder, Cross. Siempre has sabido cómo embaucarme.

–¿Lo harás?

–Lo haré.

–Dios mío. –No intenté disimular el alivio que sentía–. Jeff, yo… –Sabía que tenía que decirlo, aunque me dieran ganas de echar la papilla–. Gracias. Oye, si te llamo…

–No –atajó sin miramientos–. No voy a decir nada de esto por teléfono. Si quieres ese código, te lo daré en persona.

Ahora el silencio se produjo en mi lado de la línea.

–¿Lo quieres o no? –preguntó, y yo adivinaba que Jeff sabía cuán horriblemente me torturaba aquel dilema y estaba disfrutando de su momento de poder.

–No puedo encontrarme contigo –dije por fin–. No puedo, Jeff. Lo sabes.

–Entonces supongo que tendrás que arreglártelas sin el código. –Se le notaba ufano al decirlo.

Joder.

–¿Cómo sé que puedo confiar en ti? –dije por fin. Casi podía oír cómo se encogía de hombros al otro lado de la línea.

–No sé. ¿Cómo sé yo que no vas a hacer algo chungo con ese código? Supongo que tendremos que confiar el uno en el otro.

En eso tenía razón. El problema era que yo no confiaba en él. Ni por asomo. Mi grado de confianza en Jeff Leadbetter era cero.

–Muy bien. Me encontraré contigo –acabé diciendo a regañadientes, dándole mil vueltas a la cabeza en busca de las posibles opciones–. Pero donde yo diga.

–De acuerdo –contestó Jeff, dejándome sorprendida–. Pero en Londres. No voy a hacer un coñazo de viaje a ningún pueblo infecto de Gales solo para darte un trozo de papel.

–Muy bien –volví a decir. Estaba dándole vueltas y más vueltas. ¿Dónde? ¿Qué sitio debía elegir? Algún lugar céntrico, con muchas salidas y buenos ángulos de visión para comprobar que Jeff había ido solo. No una ratonera. Mi mente repasó diversos lugares en los que seguramente no habría mucha gente: London Fields, en Hackney; Finsbury Park después de anochecer… Pero entonces se me ocurrió: ¿no sería más seguro con mucha gente? Si Jeff intentaba cualquier cosa, quizá tuviera más dificultades para lograr su propósito con mucha gente alrededor.

¿Trafalgar Square? No. Allí solía haber como mínimo un puñado de policías patrullando, a veces más, si había alguna manifestación de protesta. Si Jeff iba con un colega, jamás podría detectarlos.

¿Leicester Square? No, muy pocas salidas, y muchas de las callejuelas que partían de allí eran meros pasajes peatonales, demasiado estrechos y fáciles de bloquear.

¿Un parque? Pero sería preferible un lugar que ofreciera una buena visión de conjunto, con un edificio desde el que pudiera ver venir a Jeff sin que él me viera.

–No tengo todo el día, Cross –dijo Jeff, justo cuando un zumbido del teléfono me anunció que solo quedaba un cinco por ciento de batería.

–Piccadilly Circus –dije después de un rato–. Al lado de la estatua de Eros.

No estaba convencida de que fuera el lugar perfecto, pero no se me ocurrió nada mejor en ese momento. Tenía la ventaja de ser un cruce de media docena de calles, la mayoría con mucho tráfico e imposibles de bloquear sin causar un gran trastorno, además de contar con al menos cuatro o cinco bocas de metro. Y estaba lleno de cafeterías y restaurantes de comida rápida, así que tendría ocasión de supervisar bien la zona y evitar cometer alguna estupidez.

–No me jodas –dijo Jeff riéndose–. ¿Desde cuándo eres tan desconfiada? No siempre has sido así, Cross. Bueno, al menos está en mi línea de metro. Vale. Piccadilly. ¿Va bien a las siete de esta noche? Yo termino turno a las seis.

¿A las siete? Sentí que el pulso se me disparaba con un fogonazo de adrenalina. Para las siete quedaban menos de doce horas, poco tiempo para regresar a Londres y buscar dónde apostarme. ¿Podría estar preparada para entonces?

Tampoco tenía alternativa. Necesitaba ese código.

–Esta noche a las siete –convine–. No me falles, Jeff.

Y en ese momento, con el aviso de batería baja en rojo y parpadeando, colgué y vomité en la cuneta.

El resto del día transcurrió en una enfermiza niebla de nervios y espera, salpicada de angustiantes recuerdos ante la perspectiva de encontrarme con Jeff.

«No siempre has sido así, Cross». Las palabras de Jeff se repetían sin cesar en mi cabeza, como una acusación. Podría haber replicado del modo más evidente, diciendo que hasta ahora nunca había huido de la policía, que nunca había sido sospechosa de asesinar a mi propio marido. Y sería la verdad, pero no toda la verdad, y también sabía que Jeff no se refería a eso. Porque tenía razón. Ni él ni yo habíamos sido siempre así. Hubo un tiempo en el que nos había ido bien, aunque ahora me repugnaba pensar en ello.

Yo tenía apenas veinte años cuando había conocido a Jeff, siendo todavía una *pen tester* novata que, en aquel momento, trabajaba para una empresa especializada en pruebas de seguridad destinadas a organizaciones del sector público. Jeff me había arrestado una noche mientras yo salía por la puerta trasera de una sede gubernamental del norte de Londres. Cuando había quedado claro que yo era quien decía ser, se había quedado fascinado escuchando lo que hacía para ganarme la vida. Acabó llevándome a casa, porque yo había perdido el último metro, y durante todo el trayecto en coche habíamos hablado de los entresijos legales de mi trabajo, de los retos que planteaba, de los encuentros inesperados y las huidas por los pelos que había vivido. Jeff se había mostrado como un tipo divertido, encantador, con una guasa provocadora e incisiva que en aquel entonces me había parecido cautivadora, antes de darme cuenta de que ese cachondeo tenía un lado oscuro.

Me había pedido salir a tomar algo para consultarme sobre la seguridad de la comisaría, o eso había creído yo, porque solo hacia la mitad de nuestro encuentro me había dado cuenta de que para él aquello era una cita en toda regla. Cuando esa noche me besó, me pareció divertido. Yo, una ladrona reformada, besuqueándome con un poli. Le había encontrado al asunto una especie de simetría. Las señales de alarma aparecieron más tarde.

Las primeras señales llegaron disfrazadas de actitud protectora;

mostraba un afán por saber dónde estaba, a quién veía o cuándo estaría en casa. Cuando eso me había echado para atrás, él había maquillado su actitud aduciendo que esa preocupación le venía por la parte oscura de su trabajo, más o menos el consabido argumento de que «si tú hubieras visto lo que yo he visto, también te preocuparías».

Después, cuando su conducta se volvió más inequívocamente controladora, yo ya me había metido en la relación demasiado a fondo y no tenía a nadie que me dijera cómo salir. Mis padres estaban muertos. Casi todos mis amigos se habían ido a universidades de fuera, y quienes se habían quedado habían desertado, por así decir, ante la presencia asfixiante de Jeff, que él se encargaba de hacer aún más desagradable en las escasas ocasiones en que nos veíamos con ellos. Solo quedaba Hel, pero ella estaba empantanada en sus exámenes finales, estudiando tantas horas como podía. Cuando tomé conciencia de lo que ocurría, ya estaba atrapada.

Me salvaron dos cosas. La primera que, a pesar de la presión de Jeff para que lo hiciera, jamás nos fuimos a vivir juntos. Sí, dormía en su casa casi cada noche, agotada de que me atosigara sin cesar cuando pasaba tiempo fuera. Y, sí, mi ropa, que debía pasar su visto bueno, estaba en su armario; y mi extracto bancario, que él controlaba, me llegaba a su dirección. Pero mi nombre todavía estaba en el piso que compartía con Hel. Cuando por fin pude escapar de su yugo, tenía un sitio al que regresar.

La segunda cosa fue mi trabajo. Porque cuando Jeff empezó a sugerir que nos robaba tiempo para estar juntos, que quizá debería plantearme dejarlo y dedicarme a algo más seguro, más sensato, algo con mejores perspectivas profesionales y derecho a jubilación, yo sabía que, si me obligaban a elegir entre Jeff y mi trabajo, una y mil veces elegiría seguir siendo *pen tester*.

Había dejado a Jeff a los veintidós años, hacía ya casi seis. Parecía una eternidad y, sin embargo, al hablar por teléfono con él tenía la sensación de que hubiera sido ayer.

Hasta la estación de tren de Northampton había unos seis kilómetros a pie, que recorrí por una autovía de dos direcciones, con paso fatigado y los automóviles pitándome al pasar a pocos centímetros de mi codo. A medio camino me encontré con un área de descanso para camioneros, en la cual había aparcada una furgoneta que vendía hamburguesas. El olor de la cebolla y las patatas fritas calientes era demasiado irresistible y estuve merodeando largo rato por el lugar, calculando mentalmente cuánto dinero me quedaba y sopesando la posibilidad de tomar una comida caliente frente a otra compuesta por las barritas energéticas de la mochila, hasta que sucumbí a mi boca hecha agua y a los rugidos de mi estómago.

La dueña era una anciana alegre con un delantal salpicado de grasa, y, cuando fui a pagar mi hamburguesa vegetariana *deluxe*, desechó mi dinero con un gesto y murmuró algo de ayudar a los sintecho. Sentí cómo se me encendían las mejillas, con una mezcla de gratitud y algo más punzante, algo que se parecía mucho a la vergüenza. Al principio quise protestar. «¡No, no, lo ha malinterpretado!». Pero… ¿era así? Esa noche había dormido debajo de un seto. Y era cierto que no tenía una casa a la que volver. Así que, literalmente, era una sintecho. Además, mi dinero en metálico estaba en las últimas, a menos que contaran los bitcoines de la cuenta de Gabe, pero cada vez se hacía más evidente cuán inútiles me resultaban. Todavía tenía que comprarme el billete a Londres y, como la web del National Rail no admitía criptomonedas, no podía pagar directamente con bitcoines. Y tampoco podía convertirlos en billetes sin acudir a un cambista y mostrar mi identificación, porque estaba bastante segura de que, en cuanto lo hiciera, en la base de datos se encendería una lucecita, sonaría algún pitido de «delincuente buscado» y no tardaría en verme con las esposas puestas.

No, los bitcoines me servían ahora de tan poco como mis cuentas bancarias congeladas. Tampoco sabía cuánto podía costar el billete de tren, pero ya adivinaba que me iba a dejar en las últimas.

Al final, me limité a asentir a la mujer, cogí mi hamburguesa *deluxe* y le di las gracias.

El billete, cuando por fin llegué a la estación, se me llevó casi todo el dinero restante, pero al menos, reflexioné mientras ocupaba un asiento vacante y sonreía a la señora mayor sentada enfrente, me daba acceso a agua caliente y a un enchufe, dos cosas que necesitaba con desesperación. Me lavé la cara en el aseo y me quité algunas de las hojas y ramitas del pelo para no dar tanto la impresión de haber dormido a la intemperie. Después, enchufé agradecida mi teléfono en la toma ubicada bajo el asiento y observé cómo la batería subía con lentitud exasperante. El traqueteo del tren me provocaba una somnolencia casi insuperable, pero no podía permitirme dormir. Pese a ello, los ojos se me cerraban y me encontré una y otra vez dando cabezadas mientras viajábamos hacia el sur.

–¿Estás bien, cielo? –me preguntó la mujer sentada enfrente al aproximarnos a la estación de King's Cross. Me miraba preocupada y me di cuenta de que se me había escapado un hilillo de baba por la comisura de la boca. Debía de haberme adormilado un momento. Me limpié tan disimuladamente como pude y ella añadió–: Espero que no te importe que te lo diga, pero no parece que estés nada bien.

–Estoy bien –musité. Y de pronto la somnolencia había desaparecido, reemplazada de nuevo por una sensación de hormigueo fruto de la ansiedad y el estado de alerta. Encontraba algo raro en la expresión de la

mujer, en su modo de mirarme a la cara, con una mezcla de curiosidad y preocupación. No creía que me hubiera reconocido, no era la expresión de quien ha reconocido a un fugitivo en busca y captura, pero tampoco resultaba descabellado que después viera las noticias y recordara a la chica desplomada frente a ella, con la gorra tan calada que le tapaba parte de la cara.

–¿Seguro? Estás más blanca que la pared, y tiritando.

–Estoy bien, de verdad –dije con más énfasis, aunque era cierto que tenía más frío del justificable en ese vagón con la calefacción tan alta. Forcé una sonrisa, esperando que resultara convincente–. Gracias.

Me levanté, comencé a guardar el teléfono y después me preparé a echarme la mochila al hombro, estremeciéndome al anticipar el espasmo de dolor que ese brusco movimiento me iba a causar. Cuando eso se produjo, fue aún peor de lo que había previsto, y durante unos momentos no pude hacer nada excepto quedarme de pie, sin aire a causa del dolor, agarrándome con fuerza el costado y aferrada al tirante de la mochila, tratando de no vomitar. Me pitaban los oídos y veía que la mujer de enfrente me hablaba muy preocupada, pero no entendía lo que estaba diciendo. «Siéntate –la oí decir, y también–: ¿… que llame a alguien?».

–Le digo que estoy bien. Y, por favor, déjeme ya en paz –escupí entre dientes, sin hacer caso de su expresión herida, estupefacta, y en cuanto el tren aminoró me alejé por el vagón, sintiendo cómo me ardía la cara por las secuelas del taladrante dolor y por la vergüenza de ver en quién me había convertido, una persona que despreciaba a los desconocidos que se preocupaban por ella, que desconfiaba de cualquier pequeño gesto de amabilidad. ¿En quién me estaba convirtiendo? Ya no lo sabía.

A las siete menos cinco, ya estaba en posición en la última planta de una de las tiendas que dominaban Piccadilly Circus. Desde allí podía ver la fuente situada en el centro, rematada por el conocido querubín armado con arco y flecha.

«No es realmente Eros, ¿sabes?» –oí decir a la voz de Gabe en mi cabeza, tan nítida y desgarradoramente inesperada como si de verdad me hubiera susurrado esas palabras al oído–. Es su gemelo».

El recuerdo me cerró la garganta con lágrimas no vertidas. Había olvidado, al elegir este lugar, que Gabe y yo habíamos quedado aquí en una de nuestras primeras citas. «Eros –había dicho yo, señalando con la cabeza la estatua que Gabe había escogido como punto de encuentro–. El dios del amor, ¿eh? ¿Estás tratando de decirme algo?». Y entonces él me había dado su explicación. No Eros, sino Anteros, el dios del amor correspondido.

En otra persona me habría parecido un truco despreciable, la típica explicación del macho condescendiente. Pero viniendo de Gabe… Quizá

fuera por su sonrisa o porque ese culito suyo ya me tenía loca. O tal vez fuera simplemente porque estaba claro que no lo decía con esa intención, que solo le gustaba compartir retazos de conocimiento interesantes.

Fuera o no así, aquello indicaba lo cómoda que me sentía con él ya desde nuestro primer encuentro en un congreso sobre seguridad, hasta el punto de bromear sobre algo en lo que no pensaba que pudiera confiar de nuevo: el amor. Porque lo que había sentido por Jeff…, en fin, yo en aquel momento lo había llamado amor. Y todavía me temblaban las piernas por haberme equivocado de forma tan increíble. Me había costado mucho volver a confiar en alguien, y más incluso usar de nuevo esa palabra tan «fuerte», excepto con Hel. Pero Gabe… A las pocas semanas de conocerlo, me había sorprendido a mí misma pensando en esa palabra en los momentos de intimidad, y no hacía más que pensar en él y en su cuerpo y el tacto de sus manos. De nuevo me atrevía a tener esperanza. «Amor». Sí, podía llegar a ocurrir. Y esta vez sería de verdad.

Eros se sentía solo, eso decía la leyenda, o así me la había contado Gabe. De modo que los dioses le dieron un gemelo, Anteros, amor recíproco. Porque ¿qué necesita el amor si no es que alguien te corresponda en la misma medida?

Ese día todo había parecido casi demasiado perfecto. Un encuentro bajo la estatua del dios del amor correspondido. ¿Acaso existía un presagio más bonito? Y ahora yo estaba allí sola. Esperando a Jeff.

Fue entonces cuando lo vi, casi en el mismo momento en que el reloj daba las siete, caminando indiferente al tráfico, por delante de un taxi que venía acelerando, con una arrogancia que todavía me dejó boquiabierta muy a mi pesar. El taxista hizo sonar con furia el claxon. Jeff le sonrió, le dedicó una peineta y se encaminó a la fuente, donde se acomodó con toda la pinta de estar esperando a su cita, tal como Gabe me había esperado a mí en su día. Eché un vistazo por la plaza. No había policías, o ninguno que yo viera. Gente sí, por supuesto, docenas de personas, apoyadas en la barandilla del metro, esperando a amigos o parados frente al paso de cebra. No tenía modo de saber si alguno de ellos era un policía de paisano. Pero Jeff parecía venir solo.

–Supongo que ha llegado el momento de salir –dije en voz muy baja. Así que me puse en marcha y bajé a toda prisa las escaleras de la tienda, con el corazón palpitando con violencia.

Mientras caminaba, intenté imaginarme la escena tal como la vería Jeff: la pequeña figura que cruzaba el torrente del tráfico, con la capucha puesta, la cara en sombras. Vi que levantaba la cabeza y en su cara aparecía esa sonrisa de comemierda que yo tanto odiaba.

–Bueno, Jack –le oí decir, y luego un parsimonioso y casi divertido–: Vaya, vaya, vaya. Pero ¿qué tenemos aquí?

Vi las esposas demasiado tarde, aunque tampoco podría haber hecho

nada, ni gritar ni hacer algún movimiento para evitar que ocurriera. Jeff era un profesional, con el entrenamiento propio de un profesional, aunque en este caso se manejara con rudeza innecesaria al seguir los pasos de rigor. Había hecho eso mismo cientos de veces, así que someter y esposar a una mujer que abultaba la mitad que él era un juego de niños. Cuando me quise dar cuenta, ya tenía las esposas puestas, antes incluso de pensar en gritar o tratar de impedírselo. De todos modos, no habría conseguido nada, o menos que nada, eso lo sabía. Aun así, no podía evitar lamentarme para mis adentros por lo sucedido. Lo sabía, sabía que no podía confiar en él. Y, pese a ello, aún había albergado cierta esperanza.

–Quedas arrestada como sospechosa de instigación y complicidad… –oí por encima del pitido de mis oídos, que ahora había vuelto con más fuerza que nunca.

La gente se volvía a mirar, se fijaba en la cara de esa mujer tirada en el sucio pavimento de Piccadilly y en el hombre que le clavaba la rodilla en la columna, pero, muy típico de los londinenses, no se inmiscuían y se limitaban a alejarse de la escena que se desarrollaba ante ellos.

–Tienes derecho a permanecer en silencio, pero… –seguía diciendo Jeff– podría tener consecuencias negativas para tu defensa si, al ser interrogada, no mencionas algo…

Las palabras iban y venían como en una niebla, ahogadas por el sonido de furiosos jadeos.

–¡Que te jodan, Jeff! –oí como si lo dijeran desde muy lejos, las palabras amortiguadas por el pavimento.

Resulta difícil hablar cuando alguien te está clavando la rodilla en la espalda y tienes la cara aplastada contra el suelo. Y entonces oí la risa de Jeff, provocadora e irritante. Me sentó como un jarro de agua fría.

–¿Quieres que añada a tu historial criminal el uso de lenguaje obsceno y soez en lugar público, Cross? Porque si continúas así te juro que lo haré…

–Ah, pues ya pueden darte mucho por el culo –oí, y una parte de mí sintió ganas de gritar un hurra–. Y, por cierto, si quieres me partes el labio de arriba, y también el de abajo, porque lo añadiré a la denuncia formal. Quiero que llames a mi abogada.

Jeff volvió a reírse.

–Llama a quien te dé la gana. La noche se te va a hacer larga, Hel.

Y entonces me levanté para ver cómo Jeff arrastraba a mi hermana y le ponía ignominiosamente las esposas, con el pinganillo todavía colgando del oído de Hel.

Yo ya sabía que no podía confiar en Jeff. Pero también que no tenía alternativa. Si había la más mínima probabilidad de que me diera lo que

con tanta desesperación necesitaba, entonces tenía que intentarlo. Pero presentarme allí yo sola, en persona, eso era una estupidez tan flagrante que hasta a mí me saltaba a la vista.

Así que había llamado a Hel para pedirle lo que no podía pedirle a ninguna otra persona.

–Sabes que lo más probable es que me arreste, ¿no? –me había dicho resignada cuando nos habíamos encontrado poco antes de las seis, y yo había asentido.

–Ya lo sé. Pero no veo ninguna otra opción. Tengo que conseguir ese número. ¿Te parece bien?

–Sí, me parece bien. He apuntado a las niñas al centro de extraescolares por si acabo la noche entre rejas, aunque Rols no cree que puedan acusarme de mucho. Vaya, que tú solo me enviaste un mensaje para que me encontrara con tu ex, un agente de policía, en Piccadilly Circus. Tampoco es que sea el asalto al tren de Glasgow, ¿no? Hasta donde yo sé, tus intenciones eran entregarte. Y esa será mi versión.

Habíamos acordado que yo vigilaría de lejos y, si Jeff parecía estar solo, le daría a Hel luz verde por el auricular *bluetooth* que ella había comprado de camino en una tienda de telefonía. Hel tenía que salir de la boca de metro con un forro con capucha similar al mío, para no alertar a Jeff demasiado pronto. Yo estaría dentro de la tienda, observando a una distancia prudencial, pero dentro del radio del *bluetooth*¸ esperando a que Hel leyera en voz alta el código si Jeff se lo entregaba. Porque no podíamos encontrarnos después. Lo más probable era que Jeff le diera el código a Hel y luego la siguiera para ver si le conducía hasta mí.

Tan pronto yo supiera el código, dejaría caer el auricular *bluetooth* en algún expositor y saldría por la otra puerta de la tienda, en dirección opuesta a la de Hel. Sin contacto entre ambas y, con suerte, sin riesgo para mí en el caso de que Jeff tuviese a alguien siguiendo a Hel.

Por supuesto, al final Jeff no se había molestado en hacer nada tan complicado. Simplemente había arrestado a Hel antes siquiera de que ella pudiera decir hola. Con un abogado competente, y desde luego los colegas de Roland lo eran, no creía que pudieran retenerla más de unas horas, y mucho menos acusarla de algo. Pero eso era un consuelo más bien triste. En mi objetivo de acceder a las copias de seguridad de Gabe, volvía a estar como al principio, y solo de pensarlo tenía ganas de echarme a llorar.

Solo me quedaba una opción, que ya me había estado rondando por la cabeza desde que había pensado en los bitcoines de Gabe, lamentándome por el hecho de que permanecieran inaccesibles en su monedero privado. Porque no era exactamente así. No resultaban del todo inaccesibles. No podía sacarlos, pero sí transferirlos. Y veinte mil libras…, bueno, ahí tenía un cebo más que suficiente para darme una última opción. El

problema era que esa opción resultaba aún más arriesgada que confiar en Jeff. No tenía ni idea de cómo llevarla a cabo.

Sabía lo básico. Tor. Portales de mercado negro. Incluso conocía los nombres de algunos: Versus era uno, AlphaBay otro. El problema radicaba en que, por más que lo intentara, no podía recordar ni la mitad de lo que Gabe me había explicado. Él había hecho bastantes incursiones en los rincones más oscuros de internet, no para comprar, al menos después de ser condenado de adolescente por *hackeo*, sino para echar un vistazo a lo que allí se vendía: contraseñas de administrador, volcados de datos, *software* pirateado… Cualquier cosa que pudiera afectar a nuestros clientes. Y a veces me había hablado de ello; en qué mercados se vendían determinadas cosas, cuáles parecían más de fiar y en cuáles se habían infiltrado los federales o los estafadores, que podían poner tus bitcoines en fideicomiso y luego huir con el dinero. A decir verdad, nunca me había parecido interesante. A mi modo de ver, era como una versión más repugnante y drogata de Craiglist, llena de una combinación incluso peor de oportunistas y tarados. Ahora deseaba con toda mi alma haber prestado más atención. Porque no existía ninguna *Guía básica de Tor* que pudiera comprar en Amazon. Ni ninguna otra guía para consumidores del mercado negro.

Me iba a adentrar en un mundo del que nada sabía y a ofrecerle mucho dinero a un completo desconocido. Y no tenía ni idea de si eso iba a funcionar o si yo acabaría muerta en alguna cuneta.

SÁBADO, 11 DE FEBRERO

Menos de un día

–Ahí es, creo –le dije al camionero al aproximarnos a la gasolinera de la M1 donde había acordado encontrarme con M4dR0XXX600, o Madrox, como lo llamaba yo en mi mente, lo que resultaba mucho más fácil de decir–. De verdad, no sabes cómo te lo agradezco.

–Nada, ningún problema –dijo el tipo.

Cambió de marcha y se colocó en el carril de la izquierda, echándome de paso una mirada evaluativa. Tenía una expresión…, bueno, si hubiera de elegir un adjetivo, diría que preocupada, así que traté de sentarme más recta y contener en lo posible el leve temblor de mi cuerpo. Había estado temblando casi constantemente desde que me había levantado esa mañana. Al principio lo achaqué al frío, porque había dormido junto a una salida de aire acondicionado en el distrito financiero y, a diferencia de los sintecho que dormían también en aquel recoveco, yo no disponía de cartones para protegerme del helado suelo de hormigón, de modo que el calor que salía del tubo del aire parecía pasar directamente al duro suelo sin dejar huella en mi cuerpo. Pero después había merodeado por tiendas y bibliotecas, lugares generalmente con calefacción excesiva y, por la razón que fuera, tampoco conseguía calentarme los huesos. Ahora estaba temblando y sudando al mismo tiempo, así que tuve que admitir que quizá estaba cayendo enferma de gravedad.

Lo más inquietante era que no sentía la herida del costado. Pero no porque estuviera sanando, sino porque ahora todo el torso me dolía con una intensidad devastadora. El dolor me impedía comer sin vomitar y me tenía doblada en dos en la cabina de aquel camión, cuyo conductor se había detenido al ver mi dedo extendido y el cartel improvisado de M1 NORTE.

–Mira, cielo –me dijo el conductor–, no quisiera…, vaya, que no es asunto mío, pero ¿estás segura de que te encuentras bien?

Cerré los ojos. Sabía lo que debía decir: que sí, que me encontraba bien y no era asunto suyo. Pero, en cierto modo, su amabilidad algo torpona, quizá ayudada también por su edad –andaría por los sesenta, la edad que habría tenido mi padre si todavía estuviera vivo–, me hizo imposible mentir.

–No es que esté muy allá –admití por fin–. Pero estaré mejor cuando me encuentre… –Me interrumpí, intentando recordar lo que le había dicho al subir al camión. Me sentía aturdida y me dolía la cabeza–. Cuando me encuentre con mi amigo –concluí por fin, con vergüenza.

–Un amigo, ¿eh? –dijo el camionero. Continuamos hacia el norte

durante otro par de kilómetros y luego puso el intermitente y dijo, como si se hubiera decidido–: Mira, cielo, no sabía si decírtelo, pero… sé quién eres.

Sentí un retortijón como si el estómago se me hubiera bajado al suelo y, de súbito, todo mi aturdimiento desapareció, sustituido por una terrorífica avalancha de adrenalina. Mientras me giraba a mirarlo, tenía la sensación de que todo discurría a cámara lenta.

–¿Qué has dicho?

–He dicho que sé quién eres. Jacky o algo así, ¿no? No he querido decir nada antes para que no salieras corriendo, pero tu cara sale en todas las noticias. Te lo enseñaría –señaló con la mano el teléfono montado en el salpicadero–, pero hay cámaras por todas partes y seguro que me ganaría una multa por mensajear conduciendo.

Notaba unas palpitaciones tan fuertes que creí que iba a desmayarme, y, en lugar del frío y el sudor glacial de hacía tan solo un momento, ahora sentía la cara enrojecida por un calor ardiente. Una gota de sudor me bajó por la espalda. Joder. ¡Joder! ¿Cómo había sido tan estúpida?

El camionero continuaba hablando.

–No voy a entregarte ni nada por el estilo.

–Ah…, ¿no? –Noté que otra vez estaba temblando, si era por la infección, por el miedo o por pura estupefacción, eso no habría sabido decirlo. Pero apenas daba crédito a mis oídos–. ¿Por qué no?

–Bah. –Ondeó la mano en el aire, un gesto de indignación según me pareció–. Puedo ver que no hiciste lo que dicen que hiciste. No das el tipo. Y tampoco confío en la policía. No los puedo ni ver desde que me cargaron el muerto por un trabajo que no hice cuando tenía veintiún años. Seis meses pasé en la trena, y así es como acabé conduciendo a Black Beauty. –Dio unas palmaditas al volante–. A un tío como yo, con antecedentes, no se lo rifaban precisamente. Pero ahí aprendí algo: a la pasma le interesa más meter a alguien entre rejas que asegurarse de que es el fulano correcto. Así que no te preocupes. No voy a decir nada. Pero, oye…, bueno, perdona el lenguaje, corazón, pero estás hecha una mierda. Sé que ir al hospital sería peligroso, pero…

No terminó la frase, pero yo sabía lo que había querido decir. No ir al hospital podría ser todavía más peligroso.

–Iré –dije por fin–. Lo prometo. De hecho…, quizá tenga que entregarme dentro de un día o dos. Pero primero tengo que intentar una cosa…, por eso estoy aquí.

El camión estaba ya detenido en el aparcamiento para vehículos pesados y el conductor dio un tirón al freno de mano y se giró a mirarme, la cara seria a la luz del salpicadero.

–No irás a hacer ninguna estupidez, ¿no?

–No –contesté, deseando para mis adentros que fuera verdad.

–¿Y cómo volverás a casa?

–Pues… –Me interrumpí. La verdad era que no había pensado qué haría después. Además, ¿dónde estaba ahora mi casa?–. No lo sé.

–Mmm. –Se cruzó de brazos y me miró como si estuviera calibrándome. Intenté sonreír, pero notaba la cara sudorosa y entumecida, como si fuera de plastilina–. Mira, si necesitas que te lleven, vas a la cafetería del aparcamiento y preguntas por Bill Watts a los camioneros. Si alguien te da la brasa, le dices que eres mi sobrina, Ella. Te tratarán bien.

–De acuerdo –dije.

Me inundó una gratitud tan inmensa que empezaron a escocerme los ojos y noté un doloroso nudo en la garganta. Me acordé de Lucius, el chico del albergue, de la dueña de la furgoneta de hamburguesas, de la mujer del tren, de todas esas personas que habían ayudado a alguien a quien no conocían, sin esperar nada a cambio salvo un «gracias». La muerte de Gabe me había acercado a lo peor del ser humano, pero todavía quedaba gente buena por ahí, gente como Bill, que te hacían difícil desesperar del todo.

–Bill…, no sé cómo agradecerte…

–Nada que agradecer –me atajó, sacudiendo de nuevo la mano como si espantara una mosca–. Tú solo procura que no te pase nada. Bien, ¿tienes tu mochila?

Asentí, cogiéndola del hueco para los pies.

–Gracias otra vez, Bill, de verdad. Y… adiós.

–Adiós, Jacky –dijo Bill, con cierta tristeza. Me miró mientras yo bajaba con cuidado del tráiler, tratando de no hacer ningún movimiento brusco que reavivara el dolor atroz del costado, tras lo cual empecé a atravesar el aparcamiento, hacia la oscuridad.

Había comenzado a llover mientras caminaba hacia donde había quedado con Madrox, lejos de la entrada principal. «Junto a la salida de incendios, al lado del restaurante KFC», me había dicho en su mensaje. Al cruzar el aparcamiento, podía oler el tufo nauseabundo del pollo frito y distinguir que había alguien encogido bajo la marquesina de la estación de servicio, mirando el teléfono. A esa distancia no veía si era hombre o mujer, y mucho menos si tenía aspecto sospechoso.

Tragué saliva, angustiada.

Lo que estaba a punto de hacer constituía un riesgo demencial, equivalente a presentarme ante un completo desconocido con veinte mil libras en billetes sin marcar. Madrox podía ser policía. O alguien encantado con la posibilidad de hacerse con veinte de los grandes sin habérselos ganado. Si me apuntaba con una pistola o, para ser claros, si me golpeaba mínimamente cerca de la herida supurante oculta bajo mi

ropa, no haría falta más. Tendría que entregarle la clave privada y, con ella, cualquier posibilidad de acceder a la copia de seguridad de Gabe.

Me estallaba el corazón mientras cruzaba el aparcamiento, y estaba tan concentrada en la figura que tenía ante mí que no vi venir un coche deportivo hasta que no lo tuve casi encima. Me aparté justo a tiempo, mientras el estrépito del claxon ahogaba el del chapoteo de los neumáticos al pisar un charco y dejarme empapada, y tuve que reprimirme para no hacerle una peineta al conductor. Respiré hondo, intentando tranquilizar mi pulso desbocado, y salí del asfalto para pegarme al arcén de hierba que bordeaba el KFC.

La figura levantó la vista en ese momento y vi que era un hombre, un chico, más bien, pues como mucho tendría veinte años. Estaba flaco y parecía casi tan nervioso como yo misma, que ya era decir. Vestía una sudadera gris con capucha, en absoluto impermeable, y la lluvia le chorreaba por el flequillo.

–¿Eres ReddyBrek? –preguntó, con una voz grave que se quebró en un gallo en la última sílaba, y yo asentí.

–Sí. –Me satisfizo que al menos mi voz sí sonara controlada y los temblores pudieran justificarse por la lluvia helada. No quería dar una impresión intimidante, pues la gente nerviosa solía tomar malas decisiones, pero tampoco podía permitirme parecer débil–. ¿Eres Madrox?

–Sí. –Se había relajado un poco al tenerme más cerca, presumiblemente porque había visto que yo no era un tipo de más de uno ochenta y con unos brazos como jamones, pero de pronto pareció recordar por qué estábamos allí y dijo, con un ligero temblor en la voz–: Baja la mochila, ¿vale?

–Pues… sí, claro, ya voy. –Dejé con cuidado la mochila en el suelo mojado–. Pero, a ver, ¿vas a cachearme también o qué? ¿Tenemos que quedarnos en bragas y calzoncillos? Con esta humedad no apetece mucho. –«Crea una conexión, hazlos reír».

Se rio, con una típica carcajada del sur de Londres, y su cara risueña pareció entonces la de un chico de catorce años.

–Mira, estás buena y eso, pero yo he venido por la pasta, no para una sesión de sexo exhibicionista.

No me apetecía reírle también la gracia, pero me obligué a soltar un leve «ja, ja».

–Es un alivio. ¿Tienes el teléfono?

Asintió, de nuevo con expresión seria, y me tendió un teléfono de prepago con la pantalla negra salpicada de lluvia.

–Sí. Mi contacto hará el duplicado cuando le diga que tengo el dinero.

–Primero el teléfono –dije con firmeza, apretando los puños para disimular el temblor de las manos, pero él negó con la cabeza.

–Mira, chica: sin dinero no hay teléfono. El dinero o me largo.

Sentí el cuerpo revuelto. No sabía cómo manejar la situación. Entendía que no quisiera entregarme el teléfono sin al menos una garantía de que yo tuviera el dinero. Tampoco se trataba de enseñarle una maleta llena de billetes, porque una clave privada no significaba nada a menos que supieras lo que contenía el monedero. Pero, por otro lado, yo no sabía si aquel chico era un fantasmón con un móvil de baratillo. En cualquier caso, de ningún modo podía permitirme dejarlo marchar. Esa era mi última oportunidad.

–Muy bien, transferiré el dinero primero –dije por fin–, pero tengo que ver que el teléfono funciona. Tengo que saber que lo has duplicado.

–Tía, he hecho esto miles de veces –dijo, algo picado, y entonces pareció darse cuenta de que había exagerado un poco y se corrigió–: Bueno, por lo menos cientos de veces. Y soy bueno en esto.

–Mira, te creo, pero no tengo ni idea de si… –Me interrumpí. Lo que iba a decir era que no tenía ni idea de si la policía habría puesto algún tipo de bloqueo en la SIM. Pero no quería revelar que la policía ya estaba involucrada en el asunto. Tenía la firme sospecha de que, si lo hacía, el precio podría subir, o de que quizá saliera de allí pitando y me dejara plantada en un aparcamiento glacial con una serie de números inútiles anotados en un libro de bolsillo–. Me preocupa que la SIM pueda estar bloqueada. Necesito asegurarme de que el duplicado se ha efectuado antes de entregar el dinero. No tienes por qué darme el teléfono. Solo quiero asegurarme de que está correcto antes de pulsar para enviar la transferencia.

Hubo una larga pausa.

–Vamos, hombre –dije, con el tono más persuasivo que conocía. Intenté darle a mi voz el máximo de simpatía, todo lo que había aprendido durante diez años de ingeniería social, diez años de regalarles los oídos a perfectos desconocidos, de engatusarlos para que me ayudaran sin más razón que la de querer ayudarme. Me forcé a sonreír, aunque sentía la cara helada y entumecida–. Son veinte mil. Creo que merezco una vista previa por veinte mil libras, ¿no?

El chico me miró, como si estuviera calibrando mi tamaño y fuerza, y sentí un inquietante escalofrío de fiebre, o quizá fuera de miedo. Traté de mantenerme firme. «No les muestres que tienes miedo».

Y entonces puso los ojos en blanco.

–Dios, debo de ser imbécil, pero, venga, vamos con ello. –Metió la mano en la chaqueta y sacó otro móvil, mucho más sofisticado–. ¿Cuál es el número que quieres duplicar?

Lo recité de memoria; él lo anotó, pulsó un botón en el teléfono y habló en el auricular, en voz baja.

–¿Jay? Sí, soy Mo… –empezó a decir, pero pareció pensárselo mejor

antes de acabar el nombre y, tartamudeando, cambió la frase–: Soy yo. Estoy aquí con la clienta. Necesito que hagas ahora el duplicado.

Hubo una breve pausa mientras la otra persona hablaba. No podía oír lo que decía, pero tenía fundadas sospechas de que le estaba preguntando a Madrox si tenía ya el dinero.

–No voy a dárselo –dijo Madrox, un tanto indignado. Se había vuelto de espaldas y alejado unos pasos, como si tratara de mantener en secreto la conversación, pero yo todavía podía oír lo que estaba diciendo–. La tía solo quiere… –Su interlocutor lo interrumpió y Madrox dijo, molesto–: Si medirá metro y medio, tío. No me va a saltar al cuello.

Más charla, más cabezazos de asentimiento y más garantías en tono indignado por parte de Madrox, cuya espalda encorvada empezaba a delatar cierto sentimiento de bochorno. Daba la impresión de ser un adolescente que ha intentado ir de castigador delante de sus amigos y al que su madre acaba de desenmascarar. Tenía un mal presentimiento, un pavoroso vacío en el centro del pecho, aunque ya no era por Madrox, sino por quienquiera que fuese su interlocutor. ¿Y si decidían no seguir adelante? ¿Y si le decía a Madrox que cogiera el dinero y echara a correr? Mi trabajo me había enseñado que los signos de enfado y humillación eran peligrosos. Lo ideal era caerle bien a la gente, que confiaran en ti. No te interesaba que se sintieran como si tuviesen algo que demostrar. Con un Madrox amistoso y colaborador podía tratar; con un Madrox que intentara hacerse el duro ante su jefe no estaba tan segura de poder hacerlo.

Por fin Madrox colgó y se volvió, y yo levanté la cabeza, fingiendo que no había oído nada.

–Mi contacto está haciendo el duplicado –dijo con aire más bien grandilocuente, y yo casi cerré los ojos por el alivio–. Puedes comprobarlo llamando al teléfono. Pero, después, transfieres los bitcoines, ¿estamos?

Asentí. Siguió una larga espera, hasta que el móvil de Madrox tintineó y miró el mensaje entrante.

–Debería funcionar ya. ¿Quieres probar?

De nuevo asentí y saqué mi teléfono. Estaba hecho. Ahora ya no había forma de evitar la gigantesca diana que me estaba poniendo en la espalda. Por mucho que utilizara el *software* de encriptado más sofisticado del mundo, en cuanto marcara el número de Gabe pondría la ubicación de su nuevo teléfono, y a mí misma, en el radar de la policía. Más aún, quizá dispusiera de tan solo unos minutos antes de que la policía advirtiera que habían duplicado el teléfono de Gabe y revirtiera el proceso.

Contuve la respiración. Marqué el número de Gabe. Esperé, sin respirar ni saber qué me daba más miedo: que funcionara o que no.

Hubo una breve pausa, de no más de dos o tres segundos. Y entonces el teléfono que Madrox tenía en la mano sonó.

Dejé escapar un fuerte suspiro de alivio, casi una risa, pero el gesto fue demasiado rápido, demasiado brusco, y el movimiento repentino de las costillas me provocó un fogonazo de dolor en el costado, tan intenso que por un momento vi destellos de luz y pensé que iba a desmayarme.

–¿Estás bien? –oí en la distancia, como a través del agua. Tenía un pitido en los oídos.

–Sí… –conseguí decir, entre dientes para no sucumbir a un estremecimiento brutal de dolor que amenazaba con fulminarme–. Dolor… de estómago. –Lo cual era en parte verdad y, al menos, me daría una coartada en el caso de que vomitara. Madrox me estaba mirando con una mezcla de preocupación, alarma y sospecha, y tampoco podía culparlo por ello. En su lugar, yo probablemente habría sospechado algún tipo de treta. Tenía que volver a encarrilar todo este asunto.

–Estoy bien –dije, aunque no lo estaba, en absoluto. Tragué el exceso de saliva que se me acumulaba en la boca, notando la bilis que pugnaba por subirme por la garganta. Nada de todo eso importaba ahora. Necesitaba hacerme con ese teléfono que tenía Madrox y con el código antes de que nadie se diera cuenta de lo que había ocurrido–. De verdad, estoy bien. Vamos con la transferencia. ¿Cuál es la dirección de tu monedero de bitcoin?

La dijo de carrerilla y yo saqué el libro de bolsillo de la mochila, el que tenía escrito el número de clave privada. Me temblaban los dedos al introducir los dígitos y tuve que concentrarme, asegurarme de no errar en la larga y complicada serie de números; y de pronto ahí estaba, el monedero bitcoin de Gabe, la billetera que representaba hasta el último penique que me quedaba en el mundo.

Por un instante, no supe si sería capaz de pulsar el botón que efectuaba la transferencia, tanto me temblaban las manos, y no solo por las secuelas de la reciente y brutal oleada de dolor. Era por la conciencia de estar quemando mis naves. Esta era la última tirada de dados: ahí estaba cada penique que tenía, mi última baza para poder negociar. Aunque también sabía que, en realidad, había jugado mi última carta en el mismo momento en que se había duplicado el número de Gabe en el móvil que Madrox tenía en la mano. Ahora ese teléfono constituía una radiobaliza que conduciría a la policía directamente a quien lo llevara consigo. Nada más importaba en ese momento, ni los bitcoines ni Madrox. Nada, salvo ese teléfono.

Apreté los dientes. Puse toda mi voluntad en detener el temblor de cada músculo de la mano. Pulsé «enviar».

Madrox miró a su teléfono, dando golpecitos en el suelo con el pie. Sonó una alerta y abrió el teléfono de prepago, con el ceño fruncido. Yo

había esperado que me lo entregara enseguida, pero no lo hizo. En lugar de eso, pareció haber cambiado de pestaña y estar tecleando algo en otra ventana.

Cuando levantó la cabeza, mostraba una expresión de enfado.

–No has transferido suficiente.

Tuve una sensación de vértigo en el estómago, seguida de una furibunda sacudida de adrenalina. ¿Intentaba estafarme?

–¿Qué coño quieres decir? –Las palabras salieron más estridentes y coléricas de lo que pretendía y, tan pronto las dije, deseé habérmelas tragado. Oí, con tanta nitidez como si me estuviera susurrando en el auricular *bluethooth*, la voz de Gabe: «No lo cabrees, cariño».

Demasiado tarde. Parecía cabreado. Muy cabreado.

–Veinte mil –dijo, y, a pesar de mi estado de alarma y pánico, una parte de mí, la parte de la profesional de la ingeniería social, podía ver que Madrox estaba tan tenso e irritado como yo misma, y tan dispuesto a creer que lo habían timado–. Teníamos un acuerdo. Solo me has transferido dieciocho mil.

–Pero ¿qué dices? –Estaba desconcertada–. Acordamos veinte mil porque tenía veinte mil. Comprobé el tipo de cambio cuando hablamos.

–Hablamos ayer –dijo, ahora montando en cólera, como si hablara con alguien obtuso. Las palabras «tú, tonta del culo» flotaban tácitamente en el aire–. Sí, probablemente el valor era de veinte mil, en aquel momento, pero el tipo de cambio ha bajado desde entonces.

–¿Bajado? –lo miré sin entender–. ¿Cu-cuánto? ¿Un diez por ciento? ¿Cómo puede ser?

–Son bitcoines, ¿no? –dijo, todavía más furioso–. Cambian cada día. Si querías fijar un precio en bitcoines, deberías haberlo dicho, pero acordamos que serían libras.

–¿Y qué culpa tengo yo de que haya cambiado el tipo?

–¿Y yo? Culpa mía no es, ¿no? –dijo, y a pesar de toda mi ira algo me susurraba que tenía razón–. Si hubiera sido al contrario, si hubiera subido un diez por ciento, habrías tenido un beneficio. No es culpa mía que haya ido mal. Ahora tienes que transferir dos mil más.

–No puedo –dije con la mirada perdida–. Ya te lo he dicho. Acordé que serían veinte mil, porque tenía veinte mil. Pero no hay más. Tengo… –Miré a la pantalla, calculando la mínima cantidad de bitcoines que quedaban en la cuenta–. No sé, ¿unas quince libras quedarán en el monedero? Nada más.

–Vaya mierda –dijo Madrox, con evidente enfado–. ¿Qué vas a hacer, entonces? ¿Tienes tarjeta de crédito? En la gasolinera hay un cajero.

Me pasé los dedos por el pelo, desesperada. «Sí» era la respuesta a su pregunta, y en ese punto ya tenía muy poco que perder si usaba la tarjeta, pero tenía la total seguridad de que mis cuentas estarían

congeladas, como había dicho Jeff. Tan solo conseguiría darle a la policía la ubicación precisa del cajero en el que me hallaba.

–No –contesté por fin–. No tengo ningún otro dinero. Puedo darte… –Rebusqué en la mochila, saqué mis últimas monedas y las conté–. Cuatro…, cinco libras. Eso es hasta mi último penique. Y puedo transferirte el resto de los bitcoines, pero es imposible que pueda conseguirte dos mil. Por favor. –Lo dije poniendo en mis palabras todo lo que había aprendido, con voz temblorosa que ya no intentaba disimular mi estado de desesperación. No me quedaba más opción que la de buscar su empatía, su comprensión–. Madrox, por favor, por favor. He respetado lo que creía que habíamos acordado. Lo he hecho lo mejor que he sabido. Te lo juro. Si tuviera algo más, un reloj, lo que fuera, también te lo daría. –Me levanté las mangas y le mostré las muñecas desnudas. Al hacerlo, tanto su mirada como la mía se dirigieron al mismo punto, y el vacío que sentía en el centro del pecho pareció expandirse hasta engullir todo mi cuerpo.

Era mi anillo. El anillo que Gabe me había dado al declararse.

–¿Cuánto vale eso? –preguntó Madrox, en actitud pragmática, al mismo tiempo que yo decía un no.

–¿Qué es eso? ¿Un diamante?

–Sí. Pero no puedo. Por favor. No puedo hacerlo.

–Tú misma –dijo Madrox encogiéndose de hombros–. Si quieres dejarlo, te devuelvo los bitcoines y tiramos el teléfono a la basura.

Joder. Las lágrimas contenidas se me habían acumulado en la garganta hasta formar un nudo impenetrable, tan doloroso que apenas podía respirar, y mucho menos hablar. ¡Joder!

–¿Cuánto vale? –insistió Madrox.

–Por favor –susurré. Tenía la voz tan ronca y quebrada que no sabía si me estaba entendiendo. Conseguí tragar saliva–. Por favor, te enviaré el dinero. Te lo juro.

–Mira, que le den a todo esto –exclamó Madrox, irritado–. Mi contacto ya se iba a mosquear si me presento con una mierda de anillo de compromiso. No voy a quedarme aquí rascándome los huevos mientras tú te decides. ¿Aceptas el trato o no?

Cerré los ojos. Imágenes del pasado cruzaron por mi mente. Gabe arrodillado en la arena de una playa, en Norfolk, tendiéndome el anillo. «Es una pieza de anticuario –me había dicho–. Del siglo diecisiete. El diamante no es muy grande. Y ya ves qué manera de tallarlo. No tenían herramientas que cortaran bien. Pero pensé…, pensé que lo preferirías así. Tiene un algo imperfecto, singular».

Y yo lo había cogido, sosteniéndolo con suavidad, y me lo había puesto en el dedo, donde había encajado como si ese fuera el lugar que siempre le había correspondido.

–No –susurré, zarandeando la cabeza, pero al mismo tiempo no dejaba de darle vueltas al anillo, sondeando si sería capaz de quitármelo. Haciéndolo girar. Y girándolo de nuevo hasta medio dedo, apretándolo contra el hueso–. No, por favor.

Lo dije en un sollozo, pero ya tenía el anillo arañándome el nódulo de la articulación.

Me metí el dedo en la boca, anillo incluido, sintiendo su dureza contra la lengua, recordando los labios de Gabe contra los míos, su cuerpo, su tacto, todo su ser en mi boca.

Cerré los ojos. Noté un sabor a sangre. Dolía. Dios mío, ¿cómo algo tan pequeño podía doler tanto?

Y de pronto me vi con el anillo en la mano, con el dedo arañado y ensangrentado; otra cosa más que perdía, otra herida que sumar a todas las que ya había recibido.

–Vale tres mil –dije, con voz carrasposa. Ahora no podía echarme a llorar. Eso sí que no–. Quédate el puto cambio.

Madrox esbozó una sonrisa de oreja a oreja cuando el anillo cayó en la palma de su mano, una sonrisa que quizá fuera de triunfo, aunque a mí me pareció más de alivio.

–Recibido. Gracias por la compra, ReddyBrek. Aquí tienes tu teléfono. –Me lo tendió.

Cerré los dedos alrededor del móvil y, por un segundo, creí que las piernas no me sostendrían. Lo había hecho. Sí, hecho estaba. Pero a qué precio. La sangre me zumbaba en los oídos, sentía las piernas como si fueran de pan mojado y me dolía todo el cuerpo.

–Si necesitas que te dupliquemos algo más, ya sabes dónde estamos, ¿eh? –me estaba diciendo Madrox, aunque su voz parecía llegar de un lugar muy lejano–. Mi contacto se mueve bien en cualquier red.

–Gracias –respondí, pero lo cierto era que yo no iba a aparecer por allí nunca más, y ambos los sabíamos.

Observé a Madrox mientras se alejaba por el aparcamiento encharcado, hasta que por fin dejé que mis piernas cedieran y caí de rodillas en la hierba enfangada, bajo la lluvia que me resbalaba por la cara como si fueran lágrimas.

En mi fuero interno sabía que probablemente era una estupidez entrar en el área de servicio. Estaba llena de cámaras de seguridad y, si el camionero Bill me había reconocido, resultaba muy posible que también lo hiciera alguien más.

Pero estaba chorreando, helada hasta los huesos, y cada vez me importaba menos todo. Necesitaba ir al baño y un plato de comida caliente, pero lo más importante era que tenía en mi poder un teléfono vinculado al número de Gabe, de modo que las cámaras de seguridad

eran la menor de mis preocupaciones. Cada vez que ese teléfono fuera captado por una antena de telefonía, estaría guiando a la policía directamente hacia mí.

Al entrar en el área de servicio, lo primero que hice fue ir al aseo. Estaba vacío, así que me encerré en un cubículo, oriné y luego me senté sobre la tapa del inodoro, presionándome con la mano el costado y preguntándome si debería echar un vistazo bajo el apósito. Pese a estar helada y tiritando, la herida se notaba caliente, incluso a través de la ropa, con el apósito abombado y fofo quizá por la sangre allí acumulada o por algo peor.

Al final me levanté, me quité el anorak, me levanté la camiseta y retiré el apósito. Aquello tenía un aspecto pésimo. Pero lo más preocupante no era la herida en sí, sino las vetas rojo oscuro que se extendían como zarcillos por la piel. Durante lo que me pareció un largo rato, simplemente permanecí allí sentada, mirándome el costado e intentando controlar mi creciente pánico. Sabía que aquello ya no se solucionaba con una cura de primeros auxilios, que corría el riesgo de sufrir una septicemia, un fallo orgánico…, incluso la muerte. Pero ¿qué podía hacer? ¿Entregarme? No, ahora no, estando tan cerca de resolver todo este asunto.

Terminé haciendo lo único posible. Tiré el apósito sucio y busqué otro limpio en la mochila. Al sacarlo, me di cuenta de que la caja estaba casi vacía. Me quedaba solo uno y no disponía de dinero para comprar más. Pero de nada servía pensar en eso ahora. Ya puestos, tampoco tenía dinero para ninguna otra cosa, ni comida ni agua ni un lugar para dormir. El costado era solo un elemento en una larga lista de problemas que se estaban volviendo bastante apremiantes, problemas que no se solucionaban robando en una tienda, en el caso de que todavía pudiera pasar desapercibida a cualquier guardia de seguridad, algo ciertamente dudoso. Apartando esas ideas de la mente, retiré el plástico y presioné el cuadrado blanco y limpio contra la herida, conteniendo la respiración hasta que la oleada de dolor se mitigó.

Después me puse la mochila al hombro y me dirigí tambaleante hasta las pilas.

Mi aspecto era…, en fin, que estaba hecha una mierda, eso fue lo primero que pensé al ver mi imagen reflejada en el espejo colgado sobre el grifo. Lo segundo que pensé fue cuán increíble resultaba que el camionero Bill me hubiese reconocido, porque yo apenas era capaz de hacerlo.

Siempre había sido bastante delgada, pero ahora tenía la piel tirante sobre el cráneo, teñida de un rubor afiebrado en los pómulos, pero por lo demás de un tono verdoso. Bajo los ojos se veían unos cercos de un azul negruzco y el pelo decolorado parecía una fregona sucia. No me había

duchado desde el albergue, y en cuanto a la última vez que había comido… ¿Había sido ese mismo día? ¿O había sido la hamburguesa vegetariana del día anterior, en Northampton? Me sentía incapaz de recordar. En fin, lo único que Madrox me había dejado eran las cinco libras en metálico, así que al menos podría comprarme unas patatas fritas.

Pero antes tenía que lavarme la sangre de las manos. El agua caliente salía demasiado caliente, aunque la sensación resultaba extrañamente agradable, un escozor casi catártico en los cortes y arañazos. Me salpiqué también la cara, estremeciéndome un poco al sentir el calor, y luego me acerqué al secamanos.

Mientras me frotaba con suavidad las manos bajo el aire caliente, me miré el dedo magullado y sin anillo, y de nuevo sentí un nudo traicionero en la garganta que me hizo imposible tragar saliva.

«Lo siento –pensé–. Lo siento mucho, Gabe».

Sabía lo que él habría dicho si hubiera estado allí. «No lo pienses más, cariño. Ese estúpido anillo ¿a quién le importa ya?». Pero a mí sí que me importaba. Era lo último tangible que me quedaba de él. Y ahora también me lo habían arrancado, dejándome a cambio tan solo unos arañazos. A lo mejor sería así como terminaría todo. No con un portazo en la celda de la cárcel, sino con gemidos y sollozos por todo lo que me iban arrebatando, hasta dejarme sin nada más que perder.

«Vamos, tú puedes con esto», oí en mi interior, y noté que me ahogaba con un sollozo. Qué coño voy a poder, Gabe. Tenía ganas de decirlo gritando, llorando, gimiendo. No puedo ya con esto, ¿no lo entiendes?

Pero tenía que poder. Tenía que hacerlo. Porque no había nadie más.

El secamanos se paró y me tragué el dolor que me oprimía la garganta, agarré la mochila y me puse la capucha. Salí entonces del baño a la intensa luz de la zona de restaurantes.

En el McDonald's, pedí la combinación más barata y caliente que se me ocurrió (un té grande, patatas fritas y kétchup) y me llevé la bandeja al último rincón, donde me senté y empecé a picar patatas intentando no mojar mi MacBook con el agua que todavía me chorreaba de la ropa.

Me había calentado, o debería haberme calentado, con el calor del interior del edificio, el agua caliente y el secamanos, pero continuaba temblando y sentía los dedos entumecidos y torpes cuando traté de introducir la contraseña. Después de dos intentos fallidos, tuve que obligarme a parar, respirar y asegurarme de cada letra. Un tercer fallo bloquearía el acceso y tendría que esperar un tiempo para reiniciar, y eso no podía permitírmelo.

Pero el último intento fue correcto y el portátil se inició.

El wifi de la gasolinera, sorprendentemente, no estaba mal, y esta vez ni siquiera me molesté en encender el VPN mientras navegaba hasta la

nube de Gabe. Ahora, si me ocurría algo, quería dejar un rastro claro y visible, unas migas de pan lo suficientemente grandes como para que Malik pudiera seguirlas y averiguar lo que había estado haciendo.

Tecleé la dirección de correo de Gabe y su contraseña, poniendo el máximo cuidado en cada letra, y la pantalla se quedó en suspenso durante un momento, pensando y obligándome a contener la respiración durante la angustiosa espera.

Y entonces la pantalla de acceso me preguntó: «¿Enviar código de verificación?».

Dejé escapar otro fuerte suspiro, esta vez con más cautela, para que no se repitiera la agonía atroz del aparcamiento.

Hice clic en *OK*.

Y después esperé.

Y esperé.

Y… seguí esperando.

Las patatas fritas restantes se me estaban enfriando, pero de pronto tenía el estómago demasiado revuelto como para comérmelas. ¿Por qué no llegaba el código? ¿Había notado la policía la pérdida de servicio en el teléfono que tenían en su almacén de pruebas y conseguido bloquear el duplicado? ¿O Madrox y su «contacto» me la habían jugado y habían vuelto a cambiar el número? Era una posibilidad, aunque no veía qué podían ganar con ello.

Miré la parte superior derecha del teléfono. Seguía teniendo cobertura, tres barras, más el 4G. La tarjeta SIM funcionaba bien.

Y entonces me vino un pensamiento espantoso. El teléfono que Madrox tenía en la mano había sonado cuando yo había llamado a Gabe. Pero yo no había llegado a ver la pantalla. No tenía modo de saber si había vibrado por mi llamada o si Madrox le había enviado un mensaje secreto a su contacto para que lo llamara, a fin de hacerme creer que el teléfono estaba vinculado al número de Gabe. A lo mejor su contacto no trabajaba en absoluto en una tienda de telefonía. A lo mejor no era más que un timador de baja estofa. Mierda. ¡Mierda! Me había creído tan lista, llamando al teléfono para comprobar que el duplicado se había efectuado. ¿Por qué no había esperado y obligado a Madrox a contestar, para verificar que de verdad era el número de Gabe?

Seguía mirando aterrorizada el teléfono que sostenía en la mano, buscando algún modo de saber si me la habían jugado, cuando oí pasos detrás de mí y, al girarme, vi que una empleada venía hacia el tranquilo rincón donde me había sentado.

Volví a mirar de nuevo el teléfono, más para esconder la cara que porque esperara la llegada del código, y los pasos seguían sonando, un claqueteo decidido y cada vez más próximo, y, ante mi sorpresa, cuando por segunda vez eché una mirada furtiva, vi que la empleada no pasaba

de largo ni se dirigía a otra zona. Venía directa a mi mesa. Hacia mí.

Dios mío, Dios mío.

¿Me habían descubierto? ¿Serviría de algo echar a correr?

Miré hacia la mesa, al portátil abierto y a mi mochila, y luego hacia el guardia de seguridad apostado junto a las grandes puertas acristaladas, con el aburrimiento patente en todo su porte. Parecía cansado y no demasiado atlético. En un día bueno, podría haberme arriesgado. Pero en mi estado actual, con una mochila que parecía contener una cantidad creciente de plomo, sudando y temblando por la herida, nunca lo lograría. Ni siquiera dejando allí todas mis cosas…, y eso tampoco podía hacerlo, imposible en ese momento. Al menos el portátil, ahora que ya estaba tan cerca de mi objetivo.

Sentía como si el corazón se me hubiera parado en el pecho. La mujer había llegado casi a mi mesa.

Tragué saliva y fingí la que pretendía ser la más cordial de mis sonrisas, aunque a mí me parecía estar ofreciendo tan solo una versión grotesca y sudorosa. Entonces levanté la cabeza.

–¿Todo bien?

–¡Se le ha olvidado el té! –dijo la mujer. Estaba sonriendo y me tendía un vaso de papel con una tapa de plástico.

Miré desconcertada mi bandeja. No había té.

–¿Azúcar? –me preguntó la mujer.

–Ah, vaya, cuánto lo siento. Qué tonta soy. –«Y que lo digas»–. No debería haberse molestado. –Mi corazón volvía a latir, ahora aceleradamente por el repentino alivio. Noté que una sonrisa bobalicona, esta vez verdadera, se formaba en mi cara–. De verdad, no tenía por qué hacerlo. –Entonces me di cuenta de que la mujer seguía esperando mi respuesta–. Ah, n-no, azúcar no. Gracias. Vaya, que ya está bien así, gracias.

–¡Ningún problema! –dijo la mujer en tono cantarín. Dejó el té en la mesa, se dio media vuelta y se alejó.

Intenté no desplomarme en la silla de forma demasiado evidente.

Y cuando volví a mirar el teléfono… el código estaba allí.

Lo introduje. Hubo una breve pausa mientras la pantalla se quedaba vacía por un momento, pensando su respuesta, y entonces las copias de seguridad de Gabe aparecieron ante mis ojos.

Mi primer sentimiento fue de triunfo. El segundo, casi inmediato, de desesperación.

No porque el espacio de almacenamiento estuviera borrado, como casi temía, sino por lo contrario. Estaba atiborrado. Carpetas y más carpetas, archivos sin fin. ¿Cómo demonios iba a encontrar la aguja en ese pajar de programación?

Una parte de las carpetas parecían personales: fotografías, escaneados, documentos útiles relacionados con la casa… Otro grupo tenía que ver con nuestra empresa. Allí había documentos de devolución del IVA, facturas, extractos bancarios y hojas de cálculo. ¡Por todos los santos! ¿Es que Gabe no había guardado nada sin hacer copia de seguridad?

En cualquier caso, la sección de archivos más grande parecía la de los proyectos en curso. Al echar un vistazo en la A, vi Arden Alliance, pero esa era tan solo una de otras muchas empresas, empezando por Aardvark Inc., una compañía para la que nunca habíamos trabajado, que yo supiera, aunque al clicar en ella aparecieron anotaciones de varios informes de revelación responsable que había redactado Gabe, en los que señalaba una vulnerabilidad en su portal de correo electrónico. Debajo de Aardvark había archivos con los nombres de Abel Inc., Ace Electric, Adelaide Systems, Adelphi-Core, Ajax & Cline, Anoraxis, Apex Finance, Arcturus Publishing… Y eso solo en la A. La lista continuaba interminablemente hasta abarcar todo el alfabeto, y yo no tenía ni idea de por dónde empezar.

Bajé hasta la letra C. Encontrar un archivo con el nombre de Cole se antojaba demasiado esperar, pero su empresa se llamaba Cerberus Security y no parecía descabellado que Gabe le hubiera puesto al archivo ese nombre. Sin embargo, no había nada. Tenía ganas de echarme a llorar.

Me dolía el costado, me dolía la cabeza y también las articulaciones, como si tuviera la gripe, y me removí en la silla sintiendo cómo la camiseta se me pegaba a la espalda por el sudor y cómo se separaba al cambiar de nuevo de posición. Debajo de la ropa, notaba rígido el apósito nuevo, el adhesivo tirándome de la piel de un modo que parecía estar empeorando la herida. Debía de haberme inclinado al ponérmelo y ahora estaba demasiado tenso, pero sabía que tampoco podía empezar a toquetearlo. Si lo retiraba, lo más probable es que no volviera a pegarse, y no me quedaban más.

Así que engullí un par de ibuprofenos y seguí bajando por la lista, tratando de no hacer caso al dolor. Pasé de la C a la D, la E y la F y luego a la L, la M, la N y así sucesivamente. No encontré nada, al menos nada que significara algo para mí. Había nombres de empresas y nombres de programas, algunos que no me sonaban, otros reconocibles por pertenecer a proyectos en los que habíamos trabajado juntos, pero nada de lo que vi parecía relacionado con Cole. ¿Lo habría interpretado todo mal?

Hasta que por fin lo vi. Justo al final, debajo de Unrivalled Software y encima de Upside Down Design. Una carpeta no enviada, a juzgar por el nombre: «Unsubmitted».

Ahí estaba. No Unsubmitted Inc. ni Unsubmitted Software. Podría

haber sido el nombre de una empresa, pero había algo allí, aparte del tamaño del archivo, que me hizo detenerme y clicar.

En el interior había un grupo de carpetas, mucho menos ordenadas y la mayoría con nombres relacionados con URL de sitios web, aplicaciones o programas. Y justo abajo del todo había un nombre que yo conocía bien. Muy bien. Watchdog. Era el nombre de la principal aplicación de seguridad de Cerberus.

Abrí la carpeta.

No sé qué esperaba encontrar. Una bomba de relojería, un puñado de advertencias… En lugar de eso, lo que me encontré fue un montón de archivos que no reconocí, algunos de texto, otros de lo que parecía ser código de programación. La mitad de ellos no tenía ni idea de lo que eran.

Cruzando mentalmente los dedos para no hacer explotar nada, abrí uno de los archivos. Era una larga secuencia de código cuya utilidad me era por completo desconocida. Arriba había unas notas que, supuse, eran de Gabe. Ya había visto otras parecidas muchas veces: una especie de lista de planificación del proyecto en cuestión, llena de recordatorios, tareas pendientes y cabos sueltos. Este archivo no era diferente. Había una lista de media docena de puntos en la parte superior, la mayoría de los cuales parecían ser de programación y me decían bien poco. Pero los últimos… me provocaron palpitaciones.

```
# ESTO TODAVÍA ESTÁ SIN PARCHEAR
# POR HACER: Notificar a Cerberus la semana que viene
# POR HACER: Consultar problemas de Puppydog con Cole
```

Ahí estaba. El nombre de Cole en un documento en el que Gabe había estado trabajando justo antes de morir, junto con la implicación bien clara de que iba a pasar por encima de él en la escala de mando para hablar directamente con Cerberus. La fecha de «última modificación» del archivo era el viernes, el día anterior a nuestra prueba de penetración en Arden Alliance. El mismo día, según Cole, que los dos habían hablado por teléfono.

Lo que Cole me había presentado como un encuentro normal entre ellos para ponerse al día había sido, en realidad, algo muy diferente: el siguiente paso de Gabe tras la advertencia que le había dado a Cole, con el aviso de cortesía de que enviaría un informe oficial a Cerberus el lunes siguiente. Era un informe de divulgación habitual, similar a otros muchos que ya había hecho anteriormente como *hacker* ético, el paso posterior a un procedimiento de eficacia comprobada. Pero la amistosa advertencia, ese «perdona, colega, pero hay un problema con tu código», le había costado a Gabe la vida, y aquí estaba la prueba.

Quizá no era exactamente una pistola todavía humeante, pero resultaba mucho más plausible que la teoría de Sunsmile en la que Malik y Miles estaban trabajando en ese momento.

En cualquier caso, lo que más me asustó fue la referencia a Puppydog. Porque ya habría sido bastante malo si se hubiera tratado de Watchdog, que era la aplicación de seguridad para el hogar que más ingresos le proporcionaba a Cerberus, un sistema de monitoreo de trescientos sesenta grados que lo conectaba todo en una sola aplicación, desde el sistema central del hogar hasta el timbre de la puerta. Pero Puppydog… Puppydog era una aplicación de control parental que estaba subiendo como la espuma y que, previsiblemente, iba a superar a Watchdog en popularidad. Puppydog les daba a los padres un acceso total a todo el contenido del teléfono de sus hijos, desde sus contactos al historial de navegación, y, lo más importante, también rastreaba la ubicación física tanto de los padres como de los hijos, para que siempre pudieran encontrarse unos a otros.

Si alguien *hackeaba* Puppydog, no solo te controlaba a ti, sino también a tus hijos. ¿Cuánto dinero se llegaría a pagar por algo así? Por ejemplo, para tener acceso al hijo de cualquier famoso o a la familia de un disidente político. Un escalofrío me recorrió el espinazo, y no tenía nada que ver con la fiebre que ardía en mi organismo. En ese momento, mientras seguía mirando la pantalla para tratar de asimilar lo que veía, preguntándome en qué exactamente se habría visto metido Cole, el teléfono de Gabe empezó a sonar.

Durante largo rato no hice más que mirar a la pantalla, preguntándome estúpidamente qué estaba sucediendo. Era un número de línea fija, de Londres, y no tenía ni idea de quién podía ser. Aunque el número de Gabe se había suplantado en ese teléfono con la duplicación de la SIM, no se había transferido ningún otro dato, de modo que su lista de contactos estaba vacía. Podría tratarse de cualquiera, desde el gimnasio de Gabe hasta sus padres o… En fin, cualquiera. La pregunta era: ¿debía contestar?

El teléfono continuaba sonando, vibrando encima de la mesa, y aún estaba intentando decidir qué hacer cuando a mi lado pasó una mujer empujando un cochecito de bebé y dijo:

–Ey, que no se va a contestar él solo, ¿verdad?

Su tono de reproche hastiado hizo que me enderezara de golpe.

«Qué sabrás tú del marrón al que me enfrento», tuve ganas de soltarle. Pero lo cierto era que eso podía valer también para ella. A lo mejor también se le había muerto alguien o tenía miedo o estaba hundida en una depresión posparto.

De acuerdo, sí, seguramente a ella no la perseguía la policía por ser sospechosa del asesinato de su marido. En cualquier caso, la mujer tenía

razón. El teléfono no se iba a contestar por sí solo y poco ganaba yo dejándolo sonar. Ya se habría conectado a las antenas de telefonía y delatado su ubicación a cualquiera que conociera el número. Contestar tampoco empeoraría las cosas. Y, a decir verdad, oírlo sonar me estaba poniendo de los nervios y el ruido se me metía en la dolorida cabeza como un taladro.

Respiré hondo. Cogí el teléfono. Pulsé el botón de responder.

–¿Quién es? –me exigió saber de inmediato el interlocutor.

Parpadeé. La voz me resultó enseguida familiar, pero no acababa de ponerle cara. Era una mujer y parecía estar en un lugar de mucho trajín. Oía al fondo un golpeteo de teclados de ordenador y gente hablando. Durante un instante de absoluto caos mental, me pregunté si no sería Keeley llamándome desde el centro de atención telefónica de Sunsmile, si no me habría rastreado para exigirme saber a qué coño había estado jugando. Pero no, eso era demencial, a todas luces. Ella no tenía mi número, menos aún el de Gabe. Y, al consultar el reloj, vi que era demasiado tarde para que Sunsmile estuviera abierto. Pero yo conocía esa voz. ¿Era una de las amigas de Gabe?

Y entonces, cuando la mujer volvió a hablar, repitiendo su pregunta con mayor acritud («¿Que quién es?»), lo supe.

–Soy yo –dije, muy tranquila.

Siguió un largo silencio. Cuando la interlocutora volvió a hablar, su tono ya no era cortante. En realidad, se percibía calidez en su voz, una sonrisa como la de alguien a quien le hubiera tocado la lotería.

–Hola, Jack –dijo–. No sabes cuánto me alegro de oír tu voz.

Cerré los ojos.

Malik.

La subinspectora Habiba Malik. La mujer cuya voz había oído por última vez llamándome a través de la bruma marina, amenazándome con echarme los perros para darme caza. Y ahora esa voz sonaba en mi oído con una intimidad que me provocaba escalofríos. Porque esa voz, su voz, era la que me había acribillado a preguntas hora tras hora la noche de la muerte de Gabe, y de nuevo al día siguiente, separando todas las piezas de mi historia y volviéndolas a montar del modo más acusatorio posible. Había sido Malik quien me había apremiado durante mi relato una y otra vez, sonsacando datos que yo apenas recordaba, percatándose de incongruencias que ni yo misma había detectado; y era su voz la que me había hecho huir cuando la había oído en el pasillo, urgiendo a arrestarme.

Y, aunque se había equivocado al considerarme culpable, en casi todo lo demás había acertado, más de lo que a mí me gustaría admitir. Este caso había olido mal de principio a fin. Nada cuadraba, como ella misma

le había dicho a Miles aquella noche. Y también a mí me había calado. Si Miles me había mirado y había visto tan solo a una doliente viuda, totalmente inofensiva, ella me había catalogado como lo que realmente era, una persona dura, decidida, alguien que podría fugarse. Y tenía razón.

Joder. En cierto sentido, contestar al teléfono no había sido tan perjudicial; Malik ya debía de estar al tanto, cuando el teléfono de Gabe dejó de funcionar, de que yo estaba detrás. Pero le había proporcionado certeza donde antes solo había duda. Ahora la policía sabía exactamente dónde buscar.

–Jack, mira, te entiendo –me decía Malik al oído. Su voz era amable, comprensiva, como la de aquella primera noche, cuando me había ayudado a cambiarme de ropa antes de ir a comisaría y a limpiarme la sangre de Gabe de las manos. Pero yo sabía que la amabilidad era el medio para alcanzar un fin. Yo misma había hecho muchas llamadas como aquella, llamadas en las que solo buscabas mantener tu objetivo a tiro hasta conseguir la información que necesitabas. Y Malik era buena en eso–. Tu hermana ya nos ha dicho lo que ha pasado –seguía diciendo Malik, en tono cálido–. Nos ha dicho que tú no querías hacerlo, pero que has tenido que huir. Queremos creerte. Queremos averiguar quién hizo esto, pero no podemos sin tu ayuda. ¿Nos vas a ayudar, Jack?

–Yo ya sé quién lo hizo –dije. Me temblaba la voz–. Al menos, sé quién los condujo hasta Gabe. Se llama Cole Garrick. Trabaja en Cerberus Security. Y es… –Se me quebró la voz–. Era el mejor amigo de Gabe. Y tienen que arrestarlo ya mismo.

–Estamos investigando todo el asunto… –empezó a decir Malik, pero yo la atajé.

–Escúcheme, esto fue un asesinato por encargo, ordenado por la gente que le paga a Cole. Seguramente tendrá una coartada sólida como una roca, porque no fue él mismo quien le cortó el cuello a Gabe, pero sí fue quien lo empezó todo y quien puso a Gabe en el punto de mira de esa gente, y, si esperan demasiado, también lo matarán a él. Si quieren a Cole vivo y en los tribunales, tienen que detenerlo ya.

–Hablemos de todo esto en comisaría –arguyó Malik persuasivamente–. Debes de estar agotada, Jack. Deja que envíe un coche a recogerte.

Me llevé la mano a la cabeza, sintiendo que en mi interior crecía algo bastante similar a una risa histérica. ¿Agotada? La palabra «agotada» apenas describía mi estado. Me sentía…, me sentía como si ya no me quedara nada más que dar ni ningún sitio al que ir. Me dolía el costado. Me dolían las articulaciones. Todo me dolía, y todo el rato tenía ganas de vomitar. ¿Había llegado el momento de dejar de correr? Quizá sí.

Pero entonces oí algo. Levanté la cabeza, aguzando el oído. Era una sirena de policía. Y cuando volví a bajar la cabeza y miré por la ventana

de la zona de restaurantes, vi luces azules atravesando la oscuridad del aparcamiento.

Si me entregaba ahora, tendría que confiar en que Malik creyera mi versión, en que leyera las confusas notas de Gabe, entendiera su significado y, más importante aún, actuara en consecuencia antes de que lo hicieran los superiores de Cole.

Porque, con independencia de lo que Cole hubiera hecho y de lo que mereciera, yo no quería verlo muerto. Quería que fuera a la cárcel por lo que le había hecho a Gabe, pero no que lo mataran.

Y, por encima de todo, quería que esa vulnerabilidad de día cero, la que le había costado la vida a Gabe, fuera corregida para que nadie más pudiera beneficiarse de ella. Fuera lo que fuera lo que estaba haciendo esa gente y la información que estuviesen obteniendo, valía la pena matar por ello. Y Gabe me había enseñado que solo había un modo eficaz de asegurarse de que se parcheara ese fallo.

Hacerlo público.

–Adiós, Malik –dije, y me levanté y guardé el portátil.

–Jack –dijo, ahora en tono cortante–. Jack, no…

Colgué.

Apagué el teléfono que tenía la SIM de Gabe y el mío propio y los metí en la mochila.

Empecé a caminar. No demasiado rápido. Solo con el paso vivo de una mujer que tiene cosas que hacer y un sitio a donde ir. Y no me dirigí a la puerta, donde ya veía otro par de luces azules deteniéndose frente a la entrada. Con la cabeza gacha y la capucha puesta, tomé la dirección opuesta. Hacia el interior del área de servicio. Rumbo a las escaleras y al paso elevado que conducía al área de servicio de la dirección sur.

Subir las escaleras me supuso un esfuerzo mayor del que quería admitir, y mientras giraba en el primer rellano tuve que agarrarme un momento a la barandilla antes de ascender el siguiente tramo. Al llegar arriba, por la parte baja de la espalda me corrían hilos de un sudor frío y sentía que las piernas no me iban a sostener si daba un paso más. La mochila de la espalda parecía de plomo, así que me puse a rebuscar en ella y a sacar todo lo que no necesitaba: el neceser, el clonador de tarjetas, la botella de agua… Hasta el último gramo de peso, salvo lo que precisara para terminar el trabajo. Dejé caer los objetos al suelo, me pasé la mochila medio vacía por los hombros, me enderecé y me puse de nuevo en marcha. Por suerte, el pasillo estaba tranquilo y no se veía a nadie, de modo que pude apoyarme en la pared mientras medio caminaba, medio trotaba por el túnel que cruzaba sobre los seis carriles de tráfico.

Mientras cruzaba vi las filas de automóviles abajo y otro coche patrulla circulando a gran velocidad en dirección norte, desde Londres, hacia el

área de servicio, y casi tuve ganas de echarme a reír. Tres coches de policía. Pero ¿con quién demonios pensaban que estaban tratando, con Osama bin Laden?

Me encontraba ya a medio pasillo, pero al mirar atrás todavía veía la aglomeración de luces azules en la entrada de la zona de restaurantes, y me imaginaba a los agentes desplegándose por el interior, buscando por las mesas, los váteres, las salidas traseras.

¿Cuánto tiempo tardarían en fijarse en el paso elevado? Otro coche patrulla pasó por debajo de mí hacia el norte, con las luces azules encendidas, la sirena aullando, pero este siguió adelante y supuse que se dirigía a la siguiente intersección para dar la vuelta y buscar en el área de servicio del sentido sur. Tenía que cruzar antes de que llegara.

Apreté el paso, notando el cosquilleo del sudor en la nuca y sobre el labio superior. Ahora me dolía todo el costado derecho, desde el pecho hasta la pelvis, con pulsaciones lacerantes que coincidían con los latidos del corazón, pero seguí caminando, pese a un tropezón que a duras penas conseguí remediar agarrándome al alféizar del ventanal del túnel. Gemí, sin intentar reprimir el ruido, porque allí no había nadie, y aguanté hasta que el túnel dejó de dar sacudidas y tambalearse y luego continué, intentando respirar con aspiraciones breves, superficiales, porque también me dolía si me llenaba por completo los pulmones.

Ya en las escaleras, empecé a bajar deprisa intentando no parecer alguien que huía de la ya más que evidente aglomeración de luces azules del otro lado de la autopista. Pasó otro coche aullando hacia el norte por debajo del túnel peatonal, en dirección al paso elevado de la siguiente intersección. ¿Cuántos eran ya? ¿Cinco, seis?

Al llegar abajo de las escaleras y entrar en el vestíbulo de la dirección sur, de inquietante similitud con el del sentido contrario, casi esperaba que me recibiera un grupo igualmente nutrido de policías uniformados, pero allí no había nadie, aparte de otro guardia de seguridad tan hastiado como el del otro lado, el cual no levantó siquiera la cabeza cuando crucé rápidamente el embaldosado beis para salir a la oscuridad exterior.

Afuera, miré a derecha e izquierda, intentando averiguar dónde coño estaba el área de vehículos pesados. ¿Tenían una terminal aparte? Yo no veía ninguna, si bien al fondo del aparcamiento había un grupo de tráileres y, a través de la llovizna, pude distinguir que al menos un par de ellos tenían luz en la cabina.

Mientras trataba de decidir qué hacer, aparecieron luces azules por el carril que entraba desde mi lado de la autopista, y el corazón me dio un vuelco involuntario. Al verlas me decidí. Respiré hondo y empecé a caminar tan deprisa como pude, atravesando la noche lluviosa en dirección a las cabinas iluminadas.

–¿Conoce a Bill Watts? –pregunté por cuarta o quizá quinta vez, y por cuarta o quinta vez el conductor negó con la cabeza.

–No, lo siento. ¿Es camionero? ¿Has probado dentro?

Señaló con la cabeza hacia el área de servicio y yo miré por encima del hombro y vi que un segundo coche de policía se detenía derrapando en la entrada. Volví a girarme, esperando que la palidez de mi cara no resultara demasiado evidente.

–Ya he estado…

–¿Bill Watts? –Una voz sonó a mi espalda y, al girarme, vi a poca distancia un tráiler con la ventanilla apenas abierta y el humo de un cigarrillo electrónico saliendo por la rendija. El conductor bajó del todo la ventanilla y echó un vistazo fuera–. Yo lo conozco. He hablado con él antes por radio. Pero creo que va hacia el norte. A Darlington o algo así. Dudo que esté por aquí.

Me invadió una sensación de alivio.

–No es que esté buscándolo a él. Soy su… –tragué saliva. Yo era alguien que mentía profesionalmente, por Dios santo. ¿Por qué me costaba tanto hacerlo ahora, cuando más importante era?–. Soy su so-sobrina, Ella. Estoy aquí atascada y Bill me dijo que, quizá si preguntaba, alguien me llevaría hacia el sur.

–¿Adónde quieres ir? –El tipo había abierto la puerta y se deslizó con facilidad hasta el suelo. Era mucho más joven que Bill, de edad más próxima a la mía, y muy corpulento. Daba la impresión de pasarse en el gimnasio cada hora que no estaba conduciendo.

–A Londres sería lo ideal.

–No hay problema. Tengo que hacer una entrega en Greenwich. No puedo acercarte mucho más por la zona de bajas emisiones, pero ¿te iría bien si te dejo por allí?

–¿Me tomas el pelo? –Greenwich estaba a pocos kilómetros del piso de Cole. Podía hacer el resto del camino andando si era preciso–. Eso sería genial. ¿Hay alguna posibilidad de…? –Giré la cabeza y eché un vistazo atrás, intentando disimular que miraba hacia los coches de policía detenidos en la entrada, con el motor al ralentí y las radios enviando su carraspeo al aire inmóvil de la noche–. Bueno, te estaré igual de agradecida si no puedes, pero no sé si tienes intención de salir pronto…

Consultó el reloj y asintió.

–Sí, acaba de terminar mi pausa. –Tecleó algún tipo de registro en su teléfono y dijo–: Sube, Ella.

Por un momento no supe a quién se lo decía. Entonces caí en la cuenta y una sonrisa apareció en mi cara. Ella Watts. Durante las próximas dos horas, esa sería yo.

–Gracias. ¿Y tú eres…?

–Mike. Michael Rake según mi carné de conducir. O Micky Take para

mis colegas. –Sostuvo la puerta abierta para que yo pasara y subí a la cabina.

Mientras nos dirigíamos al sur por la autopista, dejando cada vez más atrás las parpadeantes luces azules, Mike mantuvo un flujo constante de conversación, preguntándome sobre mí misma, mi trabajo y mi supuesto tío, Bill. Yo respondí al azar, intentando mantener la engañifa de mi parentesco con Bill, pero combinándola con «hechos» que podía sacar adelante de forma creíble sin ningún tipo de investigación. Le dije que vivía en Londres, que trabajaba en un centro de atención al cliente, que no estaba casada. Esto último me provocó una punzada de dolor que no provenía de la herida en el costado, y no pude evitar mirarme de refilón el dedo magullado y ahora desnudo. Recordé la cara de Gabe mientras me tendía el anillo, la luz en sus ojos pardos. Debía de saber que contestaría que sí, pero aun así parecía nervioso y se había trastabillado al hablar: «Jack, ¿quieres ca-casarte conmigo?».

Volví a ver la luz oblicua, olí el mar, sentí la arena que se me había metido entre los dedos de los pies al inclinarme en las dunas diciendo: «Sí, sí, sí…».

«Dios mío –pensé–, cuánto lo quiero». Y, por una vez, no tuve que efectuar la dolorosa corrección del tiempo verbal, porque daba igual que Gabe estuviera muerto. Yo seguía queriéndolo. Siempre lo querría. ¿Qué haría cuando todo hubiera acabado, cuando ya no tuviera una razón para seguir adelante?

–¿Ella? –oí en la distancia, sobre el clamor de mis pensamientos, y al levantar la vista me encontré a Mike mirándome con curiosidad.

–Perdona…, perdón. Estaba… –Tragué saliva. Mike, sin duda, se estaba dando cuenta de que algo iba mal. Me miraba con esa mezcla de preocupación y alarma que tienen los hombres cuando creen que una mujer va a echarse a llorar–. La verdad es que, si te soy sincera, tu…, tu pregunta me ha tocado una fibra sensible. He perdido a alguien. A mi pareja. Él…, bueno, murió. Hace poco. Decirlo en voz alta me ha hecho sentir…

Me detuve. Las palabras se me atascaban en la garganta. Aspiré una larga y entrecortada bocanada de aire y, por primera vez, agradecí tener ese dolor en el costado, porque me distraía de todo aquello que tanto me esforzaba por no sentir.

–Ah, vale –dijo Mike. Pero su rostro revelaba alguna otra emoción; no solo de simpatía, sino quizá de alivio–. Si te digo la verdad, eso es un pedazo de… En fin, perdona. No me hagas caso. Soy un bocazas.

–No, no, continúa –lo animé, sintiendo un poco de curiosidad. Parecía aliviado y, al mismo tiempo, profundamente incómodo, y cualquier cosa era mejor que seguir intentando dar el pego con más trolas o mentirijillas

sobre Bill–. Dilo, no pasa nada.

–Bueno, pues la verdad es que me había dado cuenta de que había metido la pata y estaba algo preocupado… Creía que a lo mejor el tipo te estaba pegando. Porque ya veo… –Hizo un gesto con la mano con el que pretendía abarcarme entera: mi postura encorvada, los nudillos magullados, mi brazo bueno apretado contra el maltrecho costado, disimulando más mal que bien el dolor que sentía–. Parece que vengas de la guerra. Creía que a lo mejor te lo había hecho él.

Esas palabras fueron como una bofetada. El hecho de que yo pareciera enferma, eso podía aceptarlo. No me engañaba al respecto. Y también que cada vez más a menudo me confundieran con una sintecho, porque ya me iba acostumbrando a ello, aunque no al sentimiento de culpabilidad por aceptar favores amparándome en falsas apariencias. Pero la idea de parecer una esposa maltratada…, esa idea volvió a provocarme un nudo en la garganta, como si hubiera traicionado a Gabe de algún modo, aunque supiera que no era así.

–No –contesté con voz ronca–. No, él era… increíble. Nada de esto ha sido por su culpa. Tuve… –Apenas pude tragar saliva, tratando de idear alguna historia que justificara mi estado y que no impulsara a Mike a llevarme a un hospital–. Tuvimos un accidente. Él murió. Yo todavía estoy…, aún me estoy recuperando.

Era mentira, claro está. La muerte de Gabe no tenía nada de accidental. Y en lo más hondo de mi ser sabía que nunca me iba recuperar de algo así. Quizá tampoco quería. Porque, cuanto más pensaba en lo que me aguardaba cuando todo esto acabara, menos ganas tenía de afrontarlo. Solo quería tumbarme, cerrar los ojos y esperar a Gabe.

–Lo siento mucho –dijo Mike, con cierta ronquera en la voz. Carraspeó y clavó la vista en la carretera, como si no quisiera mirarme por si perdía la compostura–. Lo siento mucho. Es…, es duro. Muy injusto.

–Sí –dije. Me dolía tanto la garganta que casi no podía hacer salir las palabras–. Sí. Es muy injusto.

Después de eso, proseguimos el trayecto en silencio y me dejé mecer por las luces de la autopista, hasta que al girar en una pequeña rotonda mi cabeza dio contra la ventanilla y entonces noté que Mike me tocaba en el hombro.

–Ella. Ella, despierta.

Parpadeé, mientras mi fatigado cerebro tardaba más de la cuenta en comprender a quién le estaba hablando Mike. Ella. Ella era yo, joder. ¿Me había dormido?

–¿Hemos llegado? –Mi voz sonaba rasposa y tenía la boca seca, con un gusto extraño. Notaba un intenso dolor pulsátil en la cabeza. Me limpié el hilillo de baba que pendía de la comisura de los labios y volví a

parpadear. Las luces de la calle aparecían un momento nítidas y al siguiente borrosas.

–Estamos llegando a Canary Wharf –dijo Mike–, pero no sabía a qué lado del río querías ir.

Me froté los ojos, intentando que todo encajara en su sitio. El camión estaba al ralentí en un área de descanso de la circunvalación norte, y veía el pabellón O2 a nuestra espalda y las señales del túnel de Blackwall algo más adelante. Debíamos de estar bastante cerca del Támesis. Podría tomar el tren DLR desde Greenwich…, pero ¿a qué hora cerraba?

–¿Qué hora…? –empecé a decir con voz ronca e inaudible. Carraspeé y lo intenté de nuevo–: Perdona, ¿qué hora es?

–Casi medianoche. ¿Te ves bien para bajar aquí?

–Sí, sí, estoy bien. Yo… Mi amigo vive en Wapping. –Otra mentira. Cole no era mi amigo. Y, si conseguía llevar adelante mi plan, no seguiría viviendo en Wapping mucho más. Estaría a buen recaudo en Wormwood Scrubs, con un poco de suerte.

–Entonces supongo que te conviene quedarte aquí. Te dejo en Canary Wharf –dijo Mike y, a pesar de mis protestas, giró para salir de la circunvalación norte en dirección al grupo de torres.

Diez minutos más tarde salía de la cabina al aire frío de la noche, dándole infinitas gracias a Mike e intentando no hacer caso de su cara de preocupación mientras me observaba bajar de la cabina con mucha más cautela de la que correspondería a alguien de mi edad.

–¿Estás segura de que te encuentras bien? –volvió a preguntar, y yo asentí, tratando de dotar a mi expresión de toda la convicción posible.

–Segurísima. De verdad, muchas gracias, Mike, me… –Pero no sabía cómo expresarlo en palabras, lo que había hecho por mí, el peligro del que me había salvado–. Me has salvado la vida. –Quizá literalmente, si esa vulnerabilidad se estaba utilizando para el tipo de cosas que podía imaginarme.

Se me quedó mirando mientras me alejaba, con la duda todavía pintada en el rostro, y yo traté de caminar lo más recta posible, no ceder ante el lacerante dolor reavivado por el esfuerzo de bajar de la cabina. Sentía sus ojos clavados en mí mientras caminaba por la calle desierta y me ocultaba entre dos edificios, hasta que por fin oí el motor y el camión se adentró en la noche.

Lentamente, cuando estuve segura de que se había ido, me dejé caer contra una puerta, jadeando por el esfuerzo que me había costado aparentar normalidad. Debía de hallarme a unos tres kilómetros del piso de Cole, pero ni siquiera estaba segura de poder llegar.

Al arrodillarme sobre la fría acera, temblando, oí las campanas de una iglesia dando la hora. Una, dos, tres…, y así sucesivamente hasta la medianoche.

La última campanada se desvaneció y yo me enderecé y me obligué a levantarme. Solo un obstáculo más. Y luego podría descansar.

DOMINGO, 12 DE FEBRERO

El día cero

Estaba débil y temblorosa cuando llegué al piso de Cole, con los dientes castañeteando pese a la fiebre que estaba convencida de tener. En cierto momento, tropecé con el bordillo de la acera y la mochila me golpeó las costillas con fuerza suficiente para que el dolor se irradiara por todo el torso, y entonces no pude evitar que se me escapara un grito, un lamento que resonó con eco siniestro por los muelles desiertos y los estrechos pasajes, dejándome petrificada como un pequeño animal recién descubierto por un halcón, esperando ver ventanas que se abrían y oír pasos apresurados que venían a ver qué ruido era ese.

Pero no debería haberme preocupado. Esto era Londres. Si alguien de aquellos pisos u oficinas oía sollozar a una mujer durante la noche, seguro que no saldría a preguntar qué pasaba. Y, de todos modos, aquella era una zona cara y los edificios tenían ventanas de triple acristalamiento, insonorizados contra la vida nocturna londinense y las sirenas de niebla de las embarcaciones que pasaran. Quizá ni siquiera habían oído nada.

Poco podía hacer para mitigar el dolor, aparte de echar mano a la mochila y engullir otro par de analgésicos de una caja que se estaba vaciando con demasiada rapidez, y sospechaba que los fármacos que pudieran venderme sin receta no servirían de mucho contra aquel dolor que empezaba ya a extenderse por el pecho. En cualquier caso, mejor era eso que nada. Así que mastiqué los comprimidos en seco, notando el amargor de los ibuprofenos en los labios mientras me armaba de valor para levantarme y caminar los pocos metros que faltaban hasta el piso de Cole.

Al acercarme al viejo y bonito almacén, volvió a maravillarme la diferencia entre aquel lugar y mi modesto adosado de dos plantas ubicado en la zona sur de Londres, y me pregunté cómo era posible que Gabe y yo nunca hubiéramos tenido sospechas al respecto. En cierto sentido, constituía un indicador de lo mucho que habían divergido las vidas de Cole y Gabe desde aquellas tardes de su infancia en que programaban y jugaban con videojuegos en el cuarto de Gabe. Cole había optado por el bien contrastado itinerario de una universidad Oxbridge, para luego ir ascendiendo en la escala corporativa, con lo que eso implicaba en lo referente a opciones sobre acciones, puestos directivos y bonificaciones. Gabe, en cambio, había seguido un camino en consonancia con sus principios y esa curiosidad anárquica que había sido su seña de identidad durante toda su vida.

En general, no parecía que eso hubiera importado. Gabe había bromeado diciendo que Cole se había vendido al vil metal; Cole había respondido con pullas sobre que los principios éticos no pagan las facturas. Pero nada de eso se decía con mala intención. Eran simplemente dos amigos cuyo amor compartido por la programación los había llevado por diferentes caminos hacia el mismo objetivo: mejorar el mundo mediante la tecnología.

Con todo, yo sabía qué tipo de ofertas había rechazado Gabe por parte de empresas de *software* más grandes que Cerberus y, en cierto modo, las cifras nunca habían terminado de cuadrar. Ahora, claro, se entendía por qué. ¿Cuánto tiempo llevaba Cole aceptando dinero por crear puertas traseras en los productos de Cerberus? ¿Cinco años? ¿Más?

Al llegar a la puerta del edificio de Cole, me di cuenta de que no había planeado nada para ese momento, no había pensado qué haría si no me dejaba entrar. ¿Qué pasaría si llamaba al interfono y me mandaba a la mierda o llamaba a la policía? ¿Se arriesgaría a hacerlo? ¿O haría algo más radical? Había permitido que mataran a su mejor amigo para proteger una vulnerabilidad informática. No podía yo creerme tan especial como para esperar que valorara mi vida más que la de Gabe.

Necesitaba un seguro de vida por si las cosas se torcían.

Tras detenerme en la oscuridad del porche, saqué el portátil de la mochila, activé la conexión mediante dispositivo móvil en mi teléfono de prepago e inicié sesión en las cuentas de Gabe de Twitter, Discord e Instagram. Todas solicitaban una autenticación en dos pasos y sentí un estremecimiento mientras sacaba de la mochila el teléfono con la SIM duplicada. Detuve el dedo sobre el botón de encendido. No había vuelta de hoja. En cuanto encendiera ese teléfono, Malik lo sabría. ¿Cuánto habían tardado en encontrarme en el área de servicio? ¿Treinta minutos? Cuarenta como mucho. Y esta vez, en pleno Londres, y rodeada de comisarías, tardarían aún menos. De eso estaba segura.

Pero necesitaba las cuentas de Gabe, no las mías. Las suyas estaban conectadas a la gente que podía entender lo que todo aquello significaba, personas para las que el código no sería una retahíla de jerigonza, sino un mapa de lo que Cole había hecho y de por qué lo había hecho.

No tenía alternativa.

Presioné el botón de encendido y esperé.

Después, entré en las cuentas de Gabe y comencé a subir los archivos que había guardado en la nube, uno tras otro.

> Atención a todos los *hackers*, expertos en OPSEC, infosec y ciberseguridad. Soy la mujer de Gabe, Jack. Necesito que veáis algo en lo que Gabe estaba trabajando antes de morir y que está relacionado con su muerte. Creo que es una vulnerabilidad grave y no parcheada que

afecta a una, o quizá a varias, de las más populares aplicaciones de seguridad del mercado. Os ruego que echéis un vistazo a estos archivos y que, por vuestra propia seguridad, los reenviéis a toda la gente que conozcáis. Exigid que Cerberus corrija la vulnerabilidad. No hay seguridad ni para vosotros ni para vuestros móviles. Creo que a mi marido lo mataron para silenciarlo, así que, por favor, armad vosotros tanto ruido como podáis.

Publiqué la nota, con manos temblorosas.

A continuación, cogí el teléfono y la mochila y me dirigí a la puerta de Cole. Había hecho todo lo que estaba en mi mano. Me quedaban quizá unos quince minutos de libertad. Ahora solo tenía que enfrentarme a Cole.

–¿Quién es? –La voz de la mujer sonaba ronca y más que un poco alarmada–. ¿Quién llama?

–Eeeh, sí, hola. –Acerqué la cara a la cámara para que en la pantalla no se viera lo que llevaba en la mano y puse voz cansada y aburrida, como la de alguien que estuviera terminando un largo turno de trabajo–. Les traigo su *pizza*.

–¿Me toma el pelo? –El tono de alarma desapareció y fue sustituido por un arranque de ira–. ¡Es medianoche! ¡Yo no he pedido ninguna *pizza*!

–Tengo delante la nota: *pizza* para… Cole Garrick, cuarto piso.

–Piso catorce, ese es el suyo, por el amor de Dios. Estaba durmiendo. ¿Es que no sabéis ni tomar bien un pedido? Pff, mira… –Se oyó un zumbido y me dio un vuelco el corazón, lleno de expectativas–. Mira, sube y le dices esto de mi parte: «Ar-ti-cu-la».

Colgó con un golpetazo y yo me abalancé a empujar la pesada puerta de metal, con tanta ansia que la herida se despertó y me envió un doloroso aviso mientras la puerta se cerraba a mi espalda.

Por primera vez en varias horas no me importó. Mi fatiga había desaparecido y el dolor quedó amortiguado por un subidón de dopamina. Parecía que mis nervios estuvieran cantando y, por vez primera desde hacía mucho tiempo, sabía que estaba en el lugar que me correspondía: el de depredadora, no el de víctima.

El vestíbulo estaba lleno de detalles que parecían restos del pasado industrial del edificio, aunque también podrían haber sido carísimas piezas de atrezo, encargadas para hacer sentir a los compradores potenciales que allí estaban en contacto con la historia. En cualquier caso, el ascensor era una gigantesca caja metálica con una verja deslizante, y, al entrar y cerrar la puerta, mi corazón palpitaba con una mezcla de miedo y excitación.

El ascensor fue subiendo con profusión de chirridos y golpetazos

metálicos, hasta que por fin se detuvo arriba del todo y yo retiré la verja y salí.

Ahora tenía que conseguir entrar en el piso de Cole, lo cual sería más difícil. Pero yo seguía siendo *pen tester*, incluso enferma y herida como estaba. Entrar en sitios en los que se suponía que no debía entrar era mi trabajo.

Consideré mis opciones.

La primera consistía simplemente en llamar al timbre y confiar en que Cole abriera, pero, aunque fuera tan estúpido como para hacerlo sin echar un vistazo por la mirilla, no me veía capaz de entrar a la fuerza. Antes de todo esto quizá sí lo hubiera logrado. No podía competir con Cole en estatura y fuerza, pero era rápida y nervuda y tenía un adiestramiento en defensa personal del que Cole carecía. Sin embargo, en las actuales circunstancias, temblando de nervios y fiebre y con un agujero sangrante en el costado, no tenía ninguna oportunidad. Si no fuera por el subidón de adrenalina que me impulsaba, lo más probable era que no pudiera ni tenerme en pie. Y, en algún momento, ese subidón se me iba a acabar.

La segunda opción era forzar la puerta, lo que se antojaba una mejor apuesta. En la mochila llevaba las ganzúas. Pero había otro problema: la puerta que tenía delante era de sólido metal y estaba tan expertamente encajada en su quicio que no se veía ni una rendija por ningún lado. Y la cerradura era una Bramah, muy difícil de forzar. Con tiempo suficiente, tal vez hubiera podido hacerlo, pero no me apetecía sentarme allí y esperar a que alguien oyera los clics delatores de mis ganzúas.

Al echar un vistazo al pasillo en busca de inspiración, me fijé en otra puerta, la única del rellano aparte de la de Cole. Tenía un rótulo de salida de incendios y, más por curiosidad que otra cosa, la abrí y eché una ojeada al otro lado.

Las luces de seguridad tardaron un instante en detectar mi presencia y encenderse, pero al hacerlo vi dos tramos de escalera, uno que subía hasta una puerta sin rótulo ninguno y otro que bajaba y se adentraba en la oscuridad. El piso de Cole era el ático, lo que significaba que esa puerta conducía casi con toda seguridad al tejado.

Agarrándome a la barandilla con una mano y con la otra en las costillas, empecé a subir. Era solo un tramo de veinte peldaños, pero parecían el triple y se me hacía incluso más duro que la escalera que había subido en el área de servicio, de modo que al llegar arriba estaba jadeando y temblando. Cada vez que tomaba aire me dolía y noté que estaba respirando en cortos jadeos, tratando de no despertar al monstruo de dolor que dormitaba bajo mis costillas. La conciencia de estar peor que hacía tan solo unas horas me hizo sentir un ramalazo de pánico. Estaba enferma, gravemente enferma, y no había ya modo de soslayar

ese hecho. Pero no estaba segura de que me importara demasiado. Porque nada importaba ya, salvo desenmascarar a Cole.

Cuando llegué arriba, vi que la puerta no rotulada tenía en realidad un pequeño letrero que decía: ACCESO AL TEJADO. SOLO PERSONAL AUTORIZADO. No había alarmas visibles, de modo que, elevando una silenciosa oración, giré el picaporte de seguridad y empujé. La puerta se abrió hacia fuera y salí a un parapeto de piedra.

El espacio en el que me encontraba era mucho más estrecho de lo que había imaginado, con una exigua zona de acceso tallada en el tejado inclinado del almacén. Pero, cuando caminé hacia un lateral y miré abajo, vi lo que había esperado encontrar: el balcón de Cole justo debajo. El problema era que estaba muy por debajo. El ático tenía techos altos y la caída debía de ser de al menos tres metros o tres metros y medio. Incluso una semana antes, una distancia así me habría asustado. Ahora, en aquellas condiciones físicas, tenía la sensación de que me desmayaría si trataba de bajar. El balcón disponía de balaustrada, pero era muy estrecha y afiligranada, con poco espacio que sirviera de apoyo. La mejor opción sería descender con el máximo cuidado posible e intentar equilibrarse en el borde. Pero si caía hacia el lado equivocado me mataría, eso parecía claro. El tejado tendría una altura de cinco o seis pisos, y abajo el suelo era de hormigón.

Me quité la mochila, saqué el teléfono de Gabe y me lo metí en el bolsillo de los vaqueros. Después me quité el impermeable y lo plegué en una banda gruesa y ancha. Sujetando una manga bajo la axila, en mi lado bueno, me envolví la banda en el cuerpo tan ceñida como pude, gimiendo de dolor al apretar la tela, y luego anudé las mangas hasta obtener una faja improvisada. Dolía como un demonio, pero al menos si me caía la sacudida no sería tan atroz.

A continuación, saqué las ganzúas, las cuñas y otras herramientas útiles para colarse en casa ajena, las enrollé en una camiseta y las dejé caer tan silenciosamente como pude en el balcón. Esperé un momento para ver si las puertas del balcón se abrían y Cole asomaba enfurecido la cabeza, pero nada ocurrió.

Por último, saqué todas las prendas de ropa que había en la mochila. Mi camiseta de repuesto. El forro polar. Incluso el saco de dormir, que desenrollé y extendí en el tejado, dando gracias a mi buena estrella por no haberlo dejado en el área de servicio con mis pertenencias más pesadas. Até el forro al extremo superior del saco, pasándolo por dentro del cordel de cierre para darle el máximo agarre posible sobre la tela resbaladiza, y luego anudé las dos camisetas al forro, entrelazando las mangas. A continuación, até las mangas de la camiseta de la parte de arriba a la balaustrada metálica que discurría a lo largo del tejado y lo lancé todo por encima.

Miré abajo. Parecía…, bueno, parecía mejor así que dejarse caer directamente, pero tampoco mucho mejor. El invento se quedaba un poco corto, aunque no sabía precisar hasta qué punto. Si aguantaría o no mi peso, eso ya era otra cuestión, pero no tenía tiempo de preocuparme por la respuesta.

Pensé en lo que Gabe me habría dicho si hubiera podido hablarme al oído: «No me seas tontaina y apártate de la cornisa». Algo así, seguramente. Y también: «Ninguna operación merece que arriesgues la vida».

Pero ya no podía fingir que esto era una operación como las otras. Y, desde luego, merecía la pena arriesgar la vida por ella. Si con ello podía llevar a Cole ante la justicia, si podía hacerle sentir la atrocidad de lo que le había hecho a Gabe, lo que me había hecho a mí…, entonces sí. Todo esto merecía la pena. Todo esto y más incluso.

«Te quiero», pensé, y recordé cuando había mirado a la cámara de seguridad de Arden Alliance y le había enviado a Gabe un beso de coqueteo, consciente de que me estaba mirando, sintiéndome capaz de hacer cualquier cosa con él respaldándome.

Cerré los ojos y oí su voz en mi oído, tan nítida como en el auricular: «Te quiero, nena. Vamos, tú puedes con esto. Ahora, tictac».

Pues sí, tictac, desde luego. Respiré hondo. Pasé una pierna por encima de la balaustrada, luego la otra, y empecé a descender por la cuerda improvisada.

La primera parte fue…, en fin, no diría que fácil. Estaba débil hasta decir basta y los músculos de los brazos me temblaban como si acabara de completar una larga sesión de pesas. Además, oía cómo la tela crujía y se rasgaba en las costuras de manera preocupante. Pero todo eso resultó más fácil que lo que vino después, cuando llegué al saco de dormir. La tela del saco era demasiado resbaladiza para agarrarse bien, así que me vi deslizándome, al principio más rápido de lo que hubiera deseado y después sin ningún control. El material se me desgarró entre los dedos, la cremallera me hirió la palma de las manos y la sangre empezó a salpicar, y de pronto ya no tenía nada en las manos y estaba cayendo.

Me golpeé con fuerza la cadera contra la pared del balcón de Cole, un impacto que me sacudió cada hueso del cuerpo, y luego reboté y caí como un fardo en el suelo. Debería haber dado gracias por aterrizar donde debía y no cinco pisos más abajo, en el área hormigonada de la entrada, pero ya no estaba para dar las gracias a nadie, ni para darlas ni para pensar en darlas. Simplemente me quedé acurrucada de lado, abrazándome a mí misma, intentando soportar la marea de dolor y no gritar. El sufrimiento era indecible, como una furia rabiosa que menguaba momentáneamente solo para regresar cada vez que trataba de respirar. Lo único positivo era que al faltarme el aire no podía llorar con

normalidad, ni siquiera involuntariamente. Oía leves gemidos ahogados, agónicos, que notaba que salían de mi garganta, pero me resultaba imposible controlar, y en algún punto remoto de mi cerebro sabía que había bastantes probabilidades de que Cole hubiera oído el impacto y estuviera a punto de hallarme allí tirada en su balcón, descoyuntada de dolor; aunque la conciencia de ese hecho estaba enterrada a demasiada profundidad para que me importara.

Sin embargo, no ocurrió nada. Nadie apareció. Y al final conseguí ponerme a gatas, con ojos llorosos por la conmoción y el dolor. Me molestaba la cadera por el golpe contra la pared del balcón. Me había mordido la lengua. Los tobillos y las rodillas dolían como si me hubieran dado una paliza. Pero lo que más me atormentaba eran los pinchazos en el costado, peores que nunca, un dolor tan intenso que pensé que iba a desmayarme. La faja que había improvisado con el impermeable se había deshecho, así que me senté sobre mis talones y la dejé caer al suelo. Notaba un hilillo ardiente ya familiar en el punto donde se había despegado el apósito, pero nada podía hacer al respecto. Había agotado los apósitos. De todos modos, en ese momento, ya ni siquiera me importaba. No me quedaba nada que perder.

«Vamos –me susurró la voz de Gabe al oído, tan real que parecía una alucinación–. Jack, cariño, tú puedes con esto».

Deseé entonces, con mayor intensidad que nunca, que él estuviera de verdad allí, urgiéndome a continuar. Pero esa voz de mi cabeza no era más que un recuerdo. El recuerdo de las mil noches pasadas juntos en situaciones como aquella. Ahora estaba sola. Y ese era el final de la partida.

Despacio, dejando hilos de sangre en las baldosas por los cortes de las manos, tanteé en busca del bulto con las ganzúas que había arrojado desde arriba. Después me agarré a las puertas del balcón para conseguir levantarme. Respiré hondo, tratando de calmarme; no hay nada más difícil que forzar una cerradura cuando te tiemblan las manos. Pero, al soltar el aire, vi algo que no esperaba.

Las puertas correderas no tenían cerradura por fuera, solo un asa y un panel liso de metal.

Se me cayó el alma a los pies. En cierto sentido, era lógico. Lo normal es tener unas puertas que cierren por dentro, pero no me imagino para qué querrías quedarte atrapado en tu propio balcón sin poder entrar. Y en esa desagradable situación estaba yo en ese momento, atrapada fuera sin modo de entrar en el apartamento ni de bajar a la calle. Tiré del asa, por si acaso, pero las puertas estaban cerradas. Pensé si debía llamar, pero lo primero que haría Cole sería descorrer las cortinas, y entonces me vería y llamaría a la policía para que se me llevara de mi prisión autoimpuesta, o bien… Bueno, no quería pensar en ello. Pero la imagen

de los cinco pisos con caída al hormigón seguía fresca en mi mente, y Cole tendría la explicación servida en bandeja ante cualquier posible «accidente».

Solo quedaba una opción. Forzar la entrada.

En el atadillo de herramientas que había arrojado antes de descender, tenía una palanqueta fina similar a una pata de cabra pequeña. Con cuidado, conteniendo la respiración, la inserté entre las puertas. Eran sólidas y de buena factura, de modo que tuve que forzar la punta por la ínfima rendija, doblando y arañando el aluminio con lacado electrostático de un modo que me proporcionó una mezquina satisfacción. Eso no lo habría hecho nunca en cualquier otra operación. «No dejar rastro», esa era mi máxima, y, sin contar posibles accidentes y algún que otro panel de techo roto, en general conseguía respetarla. Pero el equipamiento y los accesorios de Cole eran la menor de mis preocupaciones en ese momento. Si ese puto cristal no hubiera sido reforzado, se lo habría roto de una patada.

Mientras maniobraba con la palanqueta, sudando por el esfuerzo, las puertas gemían como si se solidarizaran con mi dolorido costado. La rendija entre ambas hojas se iba agrandando, milímetro a milímetro, y ya alcanzaba a ver la barra metálica de la cerradura brillando a la luz de la luna. Cuando el hueco tenía más o menos un centímetro de ancho, introduje la punta de la pata de cabra y di un fuerte tirón hacia arriba en el pestillo. Se oyó un clic y las puertas se deslizaron.

Dejé escapar un fuerte suspiro y me introduje en la oscuridad del piso de Cole.

Dentro había un silencio absoluto, solo roto por los ronquidos de un hombre. Con cautela, me metí la mano en el bolsillo de los vaqueros y encendí el teléfono de Gabe, atenué el brillo de la pantalla y volví a metérmelo en el bolsillo de la cadera, dejándolo salido un par de centímetros.

Había estado varias veces en el piso de Cole y, a grandes rasgos, conocía la disposición de las habitaciones, pero en la oscuridad todo parecía extraño y tuve que avanzar a tientas hacia los ronquidos, esquivando otomanas y mesitas de centro y casi tropezando con un libro tirado en el suelo. Notaba todo el costado palpitante y dolorido, caliente al tacto, y me sentía aturdida, casi mareada…, pero no de un modo enteramente desagradable. El corazón me latía con violencia, pero no eran las rápidas y perniciosas palpitaciones que había sufrido en el área de servicio. Mi estado era más bien… de excitación.

Me encontraba ya en la puerta del dormitorio de Cole, así que la empujé con suavidad, rogando que estuviera solo, que Noemie siguiera en el extranjero. Así era. Cole estaba desnudo, despatarrado boca abajo

sobre las sábanas, y parecía como si hubiera estado bebiendo. Había una botella de vino vacía en la mesita de noche y una copa volcada en el suelo, junto a la cama.

Me acerqué a la mesita de noche, donde su teléfono se estaba cargando, boca arriba, brillando suavemente en la penumbra, y entonces encendí la lamparita.

–Despierta, Cole.

–Solo un poco más –farfulló y, dándose la vuelta, escondió la cara para evitar la luz.

–Que despiertes, Cole –dije con más insistencia–. Esto lo tienes que ver.

No sé qué tenía de diferente mi voz esta segunda vez, pero algo se removió en su interior y abrió los ojos de golpe. Durante un breve momento, solo me miró, absolutamente perplejo, y entonces se enderezó y se arrastró hacia atrás por la cama, apretándose las sábanas contra la entrepierna.

–Pero ¿qué coño…? –dijo en un grito ahogado–. ¿Cómo has entrado?

–Mira tu teléfono, Cole. –Señalé con la cabeza el teléfono que descansaba sobre la pulida madera.

–No voy a mirar nada. ¿Qué coño haces en mi apartamento?

No dejaba de observarme, pero vi que se había desplazado un poco por la cama y que con la mano buscaba en el cajón de la otra mesita. Antes de que yo pudiera reaccionar, encontró lo que estaba buscando y se enderezó de golpe. Me encontré contemplando el cañón de una pequeña pistola. Se oyó el clic cuando quitó el seguro.

–Ya te estás largando de aquí –dijo con una especie de gruñido satisfecho. Se percibía cierto tonillo en su voz, como si dijera «te estás metiendo con la persona equivocada»–. No sé qué has venido a buscar, Jack, pero ya te estás yendo, cagando leches.

–Mira el teléfono.

–¿Qué es lo que no entiendes? Lárgate o te disparo. –Pronunció las últimas palabras muy despacio, como si yo fuera demasiado estúpida para entenderlas. No sabía si hablaba en serio. Seguía apuntándome, la mano un tanto temblona, pero estaba lo bastante cerca como para matarme por mucho que se agitara esa mano.

En cualquier caso, tampoco importaba.

–Dispárame. Me importa una mierda, Cole. ¿No lo comprendes? Me lo has quitado todo y, de verdad, me la sopla si vivo o si muero. Dispárame y luego se lo explicas a la policía.

–No tengo nada que explicar –respondió cortante–. Alguien entró en mi apartamento en plena noche. No creo que sea poco razonable que yo…

–Uno –lo interrumpí, empezando a contar las objeciones con los dedos–, dudo mucho que esa pistola esté registrada; no le veo yo pinta de ser muy legal. Dos, mira tu teléfono. Le abre un buen agujero a tu

versión.

–No voy a mirar el puto teléfono –repitió irritado Cole, pero la mirada se le fue muy a su pesar hacia la mesita donde estaba el teléfono y vi cómo se le agrandaban los ojos al reparar en las notificaciones que parpadeaban en la pantalla de bloqueo. Mención en Twitter. Mención en Twitter. Llamada en Discord. Etiqueta en Instagram. Mención en Twitter. Habían sobrepasado el límite máximo y se mostraban con un 99+, lo que cualquier usuario de las redes sabe que puede significar dos cosas: que ha sucedido algo muy bueno… o muy malo.

Cole no necesitaba abrir la pantalla para saber de qué opción se trataba. No hacía más que negar con la cabeza, muy pálido.

–No. No, no, no, no. Joder, Jack, ¿qué has hecho?

–Mira el teléfono –dije, ahora con calma, por cuarta vez. Y por fin Cole bajó la pistola y cogió el teléfono.

Su grito ahogado fue el de un hombre al que hubieran abofeteado y, cuando me miró, la cara se le había puesto del color de la leche desnatada, un blanco azulado que parecía espectral a la luz de la pantalla.

–Pero ¿qué hostias has hecho, zorra de mierda? –Se le quebró la voz al decirlo–. ¿No sabes que nos matarán a los dos?

–¿Y tú, no sabes? –Apoyé las dos manos en la cama, inclinándome hacia delante como si fuera a confiarle un secreto, aunque en realidad me temblaban las piernas y necesitaba ese apoyo–. ¿No sabes que no-me-importa?

–¿Qué quieres de mí? –Pasó por delante de mí, frenético, buscando su ropa sin importarle ya que lo viera desnudo mientras revolvía en el cajón y se ponía unos vaqueros–. ¿Qué quieres? ¿Quieres verme muerto?

–No me importa lo que hagas. Todo lo que yo quería pertenece al pasado. No puedes deshacer lo que hiciste. No puedes devolverme a Gabe. Solo quiero que me digas a la cara lo que ocurrió. Quiero que me digas que lo sientes.

–De acuerdo. Lo siento –dijo, pero las palabras sonaban forzadas, como algo que escupes porque sabe rancio. Cogió la pistola de la almohada y se la metió en la cintura de los vaqueros–. ¿De acuerdo? Siento que Gabe muriera. –Se puso la camiseta pasándosela por la cabeza y tiró tan fuerte que la tela se rasgó en el cuello–. Siento que metiera la nariz en archivos que nadie le había pedido comprobar, que encontrara una vulnerabilidad que nadie quería que descubriera. Siento que no me escuchara cuando le dije que yo me ocuparía del asunto. Siento que fuera un puritano de mierda y se negara a hacer lo más sensato, que en este caso era coger la pasta y callar la boca. No tuve alternativa. Hiciera lo que hiciera, parcheara o no la aplicación, él se lo iba a contar a Cerberus, y entonces los dos estaríamos muertos. No podía salvarnos a los dos, de modo que,

sí, elegí salvarme a mí. Y ya sé en qué clase de amigo me convierte eso. Pero no lo maté yo, ¿vale? No fui yo, Jack. Así que deja de hacerme sentir que fue culpa mía.

–Entonces, dime –dije, poniendo el tono más persuasivo de que era capaz–. Dime, Cole. Si no lo mataste tú, ¿quién fue? ¿Para quién trabajas?

–¡No lo sé! –Ahora estaba gritando mientras rebuscaba en los cajones y sacaba un portátil y un fajo de billetes–. Vinieron a buscarme. Yo acababa de empezar en Cerberus y estaba trabajando en una aplicación cutre que ni siquiera llegó a lanzarse, y me dijeron que eran agentes del Gobierno y todo ese rollo de contribuir a mejorar mi país y recibir un pago por mis servicios. Al principio eran cosas pequeñas. No mucho más de lo que les decíamos a los anunciantes. Pero después…

–Después te buscaron por Watchdog y luego por Puppydog, y ya estabas metido hasta las cejas –dije, fingiendo una comprensión que no sentía. Solo necesitaba que siguiera hablando–. ¿Y de verdad eran del Gobierno, Cole?

–No lo sé –repitió. En su voz vibraba una desesperación que no era fingida–. Quizá de algún Gobierno, pero no del nuestro. De eso me di cuenta bastante pronto. Esa gente está muy bien financiada y organizada, y son asesinos, Jack. Estamos bien jodidos, los dos.

Estaba metiendo sus cosas en una bolsa de viaje: ropa, dinero, tres pasaportes sujetos con una goma… Apenas me miraba. Solo con inclinarme hacia él, podía haberle quitado la pistola de la cintura y habérsela puesto en la cabeza, pero no necesitaba hacerlo.

–Entrégate, Cole –dije en tono suave–. Vamos. Esto se ha terminado y tú lo sabes. Ni siquiera podrás llegar al aeropuerto.

–No. Te. Acerques –dijo irritado, y blandió el arma hacia mí con una mano mientras con la otra cogía la bolsa. Le corrían lágrimas por las mejillas, pero no me creí que fueran por Gabe. Lloraba por sí mismo–. No te acerques.

–¿Adónde vas? –Lo seguí a la puerta–. ¿A Camboya? ¿A Bielorrusia? No es solo la policía la que debe preocuparte, eso lo sabes, ¿no? Puede que esa gente sea de algún Gobierno, pero dudo mucho que les importe si hay o no tratado de extradición. Te buscarán allá donde vayas.

–Cállate. –Estaba ya en el pasillo, pulsando frenéticamente el botón del ascensor, y, como no llegaba, al final abrió la puerta de las escaleras–. No te muevas o te disparo, Jack.

–Entrégate –repetí, pero ahora el dolor del costado había regresado, más intenso que nunca, y la descarga de adrenalina que me había sostenido durante nuestro encuentro en el dormitorio empezaba a agotarse. Notaba hilillos húmedos que me corrían por la piel.

Cole negó con la cabeza, limpiándose las lágrimas con un brazo, y se

dirigió a las escaleras. Lo seguí, presionándome las costillas para tratar de mitigar el dolor.

–Cole, no lo hagas.

–¿Y quién coño va a impedírmelo? –dijo, y por debajo de su sollozo había algo similar a una risa ahogada–. ¿Tú? Vas arrastrándote por ahí, Jack. Mírate, tendrías que estar en el hospital, no destrozándote por un hombre que ya está muerto.

–No lo hagas –dije de nuevo, pero él ya estaba a mitad del primer tramo de escaleras y yo tenía que ir mucho más despacio y agarrarme a la barandilla.

–Déjame en paz –me gritó por encima del hombro–. Déjame en paz, ¿me oyes?

–¿Qué vas a decirle a Noemie? –le grité yo, pero lo dije ya jadeando, necesitada de un aire que tomaba a rápidas sacudidas, y no estaba segura de que me hubiera oído. Estaba dos tramos más abajo. Contuve un gemido y me obligué a mover las piernas más rápido–. ¿Es que vas a abandonarla?

–Vete a la mierda –respondió entre sollozos.

Ahora estaba ya tres tramos más abajo y yo apenas había llegado al rellano del cuarto piso. ¿De verdad iba a huir? Ese fajo de billetes no le duraría mucho, pero los tres pasaportes hacían pensar en alguien que tenía un plan, un plan que probablemente incluía un bien nutrido criptomonedero y un escondite en algún lugar sin tratado de extradición con el Reino Unido. Y, por mucho que yo me las hubiera dado de sabionda hablando de que sus jefes le darían caza, en realidad, si procuraba pasar desapercibido en algún sitio y mantenía la boca cerrada, no estaba segura de que malgastaran su energía yendo a por él.

Malik, me encontré a mí misma pensando, Malik, por lo que más quieras, sé la policía que yo creo que eres…

Y entonces, al entrar en el siguiente rellano, las oí: sirenas.

Cole estaba en la planta baja. Oí el chirrido de la puerta cortafuegos en el vestíbulo y luego un clanc cuando se cerró.

Cada respiración era un cuchillo en el costado y, al mirar atrás, vi que estaba dejando un rastro de sangre en las escaleras, gotitas del tamaño de un penique en cada peldaño, más abundantes en aquellos en los que me había detenido para reponer fuerzas antes del tramo siguiente.

¿Y si no lo contaba?

–Cole –llamé con voz ronca, pero estaba segura de que ya no me oía–. Cole, entrégate.

No hubo respuesta, solo el aullido de las sirenas. Me forcé a mover más deprisa los pies, pero estaban como dormidos, torpes, y al final tropecé y bajé trastabillándome el último medio tramo, y si no llegué a caerme del todo fue solo porque conseguí agarrarme a la barandilla, lo que me

provocó un latigazo que me hizo gritar.

–¡Cole! –llamé de nuevo, tan fuerte como pude, pero mi voz quedó ahogada por el creciente estrépito de las sirenas y tampoco hubo respuesta.

Había conseguido llegar a la puerta que daba al vestíbulo, pero pesaba mucho, tanto que resultaba increíble. Apoyé en ella el hombro y me dejé caer con todas mis fuerzas, sollozando por el esfuerzo. Se abrió una rendija. Empujé y seguí empujando, notando el castigo en todos los músculos del costado. ¿Cómo había logrado Cole salir por allí tan fácilmente?

Y entonces la puerta se abrió lo suficiente para que pudiera pasar y entré dando tumbos en el vestíbulo, entornando los ojos ante las cegadoras luces azules que de pronto inundaron aquel pequeño espacio.

Afuera veía policías saliendo de los coches patrulla, y venían a por mí, estaba segura. Solo podía rezar para que Malik hubiera estado escuchando, tomando buena nota. Porque Malik, precisamente, había sido la única en darse cuenta de que algo iba mal. Solo que no sabía hasta qué punto iba mal.

Los agentes estaban ya abriendo la puerta del vestíbulo, en formación, como cazadores acorralando a un animal herido. Llevaban armas, pistolas o táseres, no estaba segura. Levanté las manos. Me temblaban tanto las piernas que no sabía cuánto más podría resistir.

–¿Lo han arrestado? –intenté decir, pero era como si las palabras se me hubieran quedado pegadas en la boca y a duras penas pudieran salir.

–¡Al suelo! –gritó uno de los policías–. ¡Túmbese en el suelo! ¡Queda arrestada!

Obedecí y me arrodillé temblando, aunque el teléfono que sobresalía en mi cadera se me clavaba en el estómago y entorpecía mis movimientos.

–¿Lo han arrestado? A Cole Garrick. ¿Lo han arrestado?

–¡Al suelo! –gritó furibundo el agente.

Asentí y llevé la mano al teléfono para sacarlo. Y supe, en cuanto vi que el policía agarraba la porra, que había cometido un grave error.

–¡Las manos en el suelo! –rugió el agente, y oí, amortiguada, desde lejos, la voz de Malik.

–Jake, es solo…

Pero, antes de que pudiera terminar, la porra cayó sobre mi mano, la misma mano con la que intentaba coger el teléfono. La muñeca, y la porra que la había empujado, me golpearon en el lado malo, impactando contra la herida con tanta violencia que caí al suelo como una piedra, sin importarme ya el teléfono encajado en mi bolsillo, sin importarme en realidad nada, salvo la erupción ardiente, agónica, que irradiaba desde mi costado.

–¡El teléfono! –intenté advertir, pero no creo que las palabras llegaran a salir de mi boca. Quizá grité. No lo sé. No me acuerdo. Solo sé que vi una explosión de oscuras estrellas y que un dolor tan intenso que excede toda descripción atravesó cada fibra de mi cuerpo. Y entonces debí de desmayarme.

LUNES, 13 DE FEBRERO

El día uno

–Nena. –Era la voz grave de Gabe la que me despertó susurrándome al oído, y yo parpadeé, giré la cabeza y lo vi tumbado a mi lado en las sábanas arrugadas, con el sol arrancándole destellos color turba del negro cabello. Tenía una sonrisa perezosa, esa mueca habitual en él que se le insinuaba en la comisura de los labios como si no pudiera evitarlo, y al verla se me partió el alma de amor y añoranza.

–Ey, cariño. –Me di la vuelta para mirarlo, para embeberme de él, mientras le pasaba la mano por esos hombros suaves, por la ondulación de las costillas y luego hasta la cadera, sintiendo en mis dedos el calor de su piel y la dureza de los músculos y los huesos.

–Te quiero –le dije, y no sé por qué, pero era como si dentro de mí algo doliera y se quebrara. Algo iba mal. ¿Por qué esas palabras tan familiares me hacían sufrir como un cuchillo en el costado, con un dolor físico de la carne, bajo las costillas?

–¿Gabe? –pregunté–. ¿Qué pasa? –Pero él se limitó a negar con la cabeza.

–Tienes que despertarte, Jack.

–Ya estoy despierta –contesté, pero incluso al decirlo sabía que no era verdad, y Gabe seguía negando con la cabeza, alejándose de mí. Alargué el brazo hacia él, pero su presencia se iba diluyendo–. Gabe –dije, un sollozo más que una palabra–. Gabe, no, espera, por favor. Espérame.

–Despierta, Jack –susurró.

Y yo intenté gritar: «No, no, no. No quiero volver».

Pero era demasiado tarde. Ya estaba despierta, despierta de verdad, y notaba el sol, un sol auténtico esta vez, calentándome los párpados cerrados. Estaba de vuelta en el mundo real. El mundo del que Gabe había desaparecido, y el dolor del costado era repulsivamente auténtico. Tenía el alma rota. El sueño parecía tan real, tan insoportablemente real… que no quería despertarme.

Pero percibía algo diferente. Por primera vez en…, no podía recordar cuántos días, la superficie que notaba bajo el hombro no era la del frío y duro suelo, sino la mullida suavidad de una cama. Había como una distancia extraña al dolor, que el día anterior había sido tan agudo e inmediato que no podía ni respirar. Y allí se estaba caliente…, casi demasiado caliente.

Abrí los ojos. En la habitación había mucha luz, una luz cegadora, y al principio solo pude parpadear mientras intentaba averiguar dónde estaba. Aquello parecía una especie de… ¿tienda de campaña? Las

paredes eran como cortinas. Pero no, no era una tienda, porque había techo y una ventana de cristal doble detrás de la cama.

Antes de que mi dolorida cabeza pudiera descifrar nada más, me di cuenta de otra cosa: no estaba sola. En una silla colocada junto a la cama estaba Hel, deslizando el dedo en la pantalla de su teléfono.

Traté de hablar, pero lo que salió fue más bien un graznido. No hizo falta más. Hel levantó de golpe la cabeza y una expresión inequívoca de alivio apareció en su rostro.

–¡Jack! Gracias a Dios. No intentes hablar, cariño. Estás en el hospital. Has estado… Nos has dado un buen susto, la verdad.

Tragué saliva con dificultad. Tenía la garganta tan reseca que dolía, y las náuseas eran más que evidentes. Traté de incorporarme, pero parecía que me hubieran atado la mano a algo y el movimiento hizo que el costado me doliera y pinchara de un modo definitivamente extraño. Tras debatirme durante unos instantes, me rendí y, temblando, me dejé caer de nuevo en las almohadas.

–¿Estoy arrestada? –conseguí decir, o al menos lo intenté, porque solo pude farfullar con voz ronca algo que sonó más bien como «¿toy restada?».

Aun así, Hel me entendió y negó con la cabeza.

–Creo que no. Tampoco estoy segura, pero a mí nadie me ha dicho que lo estés, y aquí no hay ningún policía. Esa tal Malik ha venido en algún momento, mientras dormías. Quería hablar contigo, pero los médicos la despacharon rápido.

Tosí y Hel se levantó, puso un poco de agua en un frágil vasito de plástico y me lo acercó a los labios. Lo cogí y tragué aquella agua tibia e insípida como si fuera un champán añejo, tras lo cual tosí de nuevo para aclararme la garganta.

–¿Dónde está Cole? –Mi voz tenía una ronquera extraña y la nariz y la garganta escocían por alguna razón que no sabía explicar. ¿Estaba cayendo enferma de alguna otra cosa?

–No lo sé –contestó con tristeza–. La verdad es que esa Malik no me ha dicho nada.

Dejé que las palabras penetraran en mí, intentando asimilar su significado. ¿Estaba Cole detenido? ¿Había escapado? Y, en ese caso, ¿cuánto tiempo llevaba huyendo?

–¿Qué hora es?

–Son las… –Hel miró el teléfono– diez y media. Un poco más de las diez y media.

Me llevé la mano a la sien, tratando de hacer el cálculo, aunque esa sencilla suma me daba dolores de cabeza. El movimiento me provocó un doloroso tirón en el dorso de la mano y, al mirar, vi que lo que había tomado por una correa era una cánula sujeta con esparadrapo justo

debajo de la muñeca, con su correspondiente tubo serpenteante conectado a un gotero.

Lo último que recordaba era que había perseguido a Cole por las escaleras y que aquel policía me había derribado. Eso había sido poco después de la medianoche.

–Entonces llevo dormida… ¿diez horas?

A Hel le cambió la cara. Sacudió la cabeza y dijo con dulzura:

–Son las diez y media del lunes. Has estado inconsciente durante más de veinticuatro horas, cariño. Estaba preocupada de verdad. Todos lo estábamos. Recuperaste un poco la consciencia en la sala de recuperación, pero no estoy segura de que me reconocieras.

–¿Sala de recuperación? –Procuré asimilar lo que me decía–. ¿A qué te refieres?

–Recuperación quirúrgica. Han tenido que operarte.

–¡¿Cómo?!

–En el costado. Tienes ahí mil puntos de sutura. El doctor dijo… Joder, ¿qué dijo que era? ¿Septicemia y rotura diferida de bazo o algo así? ¿Qué diablos te hiciste? ¿Te dispararon?

Contuve un gemido. De pronto, el gotero y esa tirantez en el costado cobraron sentido: puntos, por supuesto. Y seguro que seguía atiborrada de calmantes, lo que explicaba mi confusión mental y esa forma tan distante y rara de sentir el dolor.

–No. Todo me lo hice yo misma. Me clavé algún tipo de pincho. Saltando un muro.

–Cómo no, claro –dijo Hel. Estaba sonriendo, pero tenía lágrimas en los ojos–. Por supuesto. Cómo si no. Jack, qué preocupada me tenías. No puedo…, no podía perderte a ti también, después de lo de mamá y papá. ¡Eres todo lo que tengo!

Era lo mismo que me había dicho hacía… ¿cuánto tiempo? Parecía una eternidad, cuando estábamos en la cocina de su casa, antes de que todo esto empezara. Se inclinó hacia mí y me abrazó con suavidad, y yo cerré los ojos, sintiendo sus brazos en torno a mí, abrazándola también y con ganas de llorar, pero no por el motivo al que ella se refería. Porque no acababa de ser así. No, en su caso no era así. Hel tenía a Roland y a Kitty y Millie, una nueva familia enteramente suya.

Para mí, en cambio, sí era como ella decía.

Yo había hecho lo que me había propuesto hacer. Pero nada iba a devolverme a Gabe. Se había ido para siempre. Y ahora tendría que enfrentarme a mi futuro yo sola.

Tragué saliva y Hel soltó un suspiro entrecortado y se enjugó los ojos, riéndose de sí misma. Mientras se enderezaba y buscaba a tientas un pañuelo de papel, se oyó un ruido tras las cortinas del cubículo.

–Toc, toc. ¿Puedo pasar?

–Por supuesto –dije temblorosa. Y la cortina se descorrió y por el hueco asomó la cabeza de la subinspectora Malik.

Mi cuerpo reaccionó antes de que mi cerebro pudiera establecer la conexión; un torrente adrenalínico me atravesó y me disparó el corazón a una velocidad más propia de quien escapa de un depredador que de quien está en la cama de un hospital. Tenía la sensación de haber estado huyendo toda la vida de esa mujer. Se me hacía difícil recordar que ya había dejado de hacerlo.

–¿Cómo te encuentras? –me preguntó, con cierto titubeo. Hice un mohín, intentando disimular hasta qué punto me había sobresaltado verla.

–Hecha una birria. Pero… ¿lo han detenido? ¿A Cole?

Le cambió la cara al oírlo, se le iluminó.

–Sí. Ya estaba a mitad de calle cuando lo atrapamos, pero gracias a tu grabación…

–¿Grabación? –interrumpió Hel–. ¿A qué se refiere?

–Hace tiempo que no echa un vistazo a Twitter, ¿verdad? –dijo Malik con cierta sorna. Hel negó con la cabeza, desconcertada, y Malik soltó una breve risa, entre divertida y exasperada–. Su hermana se ha vuelto más que viral durante las últimas veinticuatro horas. Por si fuera poco colgar en la red una guía exacta de cómo *hackear* una de las más conocidas aplicaciones de seguridad del mercado, decidió también transmitir en vivo cómo se colaba en la casa del culpable. Eso va a hacer que el juicio sea de lo más interesante. Solo Dios sabe cómo van a encontrar a un jurado que no haya visto esa transmisión. Pero no creo que pudieran sostenerse las acusaciones sin la grabación, así que… –Se encogió de hombros.

–¿¡Qué!? –exclamó Hel. Nos iba mirando a Malik y a mí, perpleja.

Cerré los ojos, demasiado cansada para explicarme, pero recordando esa decisión tomada en una décima de segundo, cuando había sacado el teléfono de Gabe de la mochila y, tras encenderlo, lo había puesto a grabar y me lo había guardado en el bolsillo de la cadera, con la cámara enfocada hacia la oscuridad. No sabía si captaría la cara de Cole, mucho menos su voz, ni si toda la grabación no acabaría siendo un barullo oscuro e inaudible. Pero había puesto todas mis esperanzas en ese teléfono…, en ese teléfono y en la radiobaliza que el aparato le estaba enviando a Malik, indicándole con toda exactitud dónde encontrarme… y dónde encontrar a Cole.

Y Malik había oído mi señal.

Ese era el teléfono que estaba a punto de coger cuando aquel policía me golpeó. El muy cabronazo. Aunque, siendo justos, tampoco podía culparlo del todo. Debería haber sido más sensata. Mi trabajo me había enseñado que, si hay una regla fundamental al tratar con un agente

nervioso, es no meterte la mano en la ropa sin avisar antes de lo que vas a hacer. Y, para colmo, yo había huido de la policía y me buscaban por asesinato. ¿Cómo se me ocurrió introducir la mano en el bolsillo sin pedir permiso? Él no sabía nada de mi herida en el costado, pero, aun así, no tenía por qué golpearme con tanta brutalidad. Presumiblemente, fue ese porrazo el que acabó de romper mi ya maltrecho bazo.

–Entonces…, ¿mi hermana está libre? –preguntó Hel, con el ceño fruncido. Malik asintió.

–Sí, estoy autorizada a decirte que ya no eres sospechosa del asesinato de tu marido –dijo Malik. Estaba contestando la pregunta de Hel, pero me hablaba a mí, con una mirada llena de compasión en sus ojos oscuros–. Mi más sentido pésame, Jacintha.

–Está bien –intenté decir, pero las palabras casi ni se oyeron. De pronto las lágrimas me ahogaron y, de todos modos, las dos sabíamos que no era cierto. No estaba bien, nada en la muerte de Gabe estaba bien, y yo jamás volvería a ser la misma de antes.

–¿Van a acusar a Cole de complicidad en el asesinato de Gabe? –preguntó Hel. Malik se encogió de hombros, un gesto que no era exactamente un «no lo sé», sino más bien un «quizá».

–No depende de mí. Mi intuición me dice que, incluso con la confesión grabada, esa acusación sería difícil de sostener. Pero hay muchas otras posibles basándose en la Ley de Abusos Informáticos. Comprometió la seguridad de Watchdog y de Puppydog hasta el punto de que, durante las veinticuatro horas del día, resultaba posible vigilar a cualquier usuario de esas aplicaciones. Permitía el acceso a la cámara, al micrófono, a la ubicación…, a lo que quisieras. Y también podrían acusarlo de espionaje o de vulnerar la legislación antiterrorista, cuando hayamos averiguado adónde llegaba toda esa información.

–Entonces, ¿están estrechando el cerco sobre quienquiera que haya detrás de todo esto? –preguntó Hel. Malik asintió.

–No mi departamento, pero, entre nosotras, creo que el MI6 tiene una idea bastante clara de con quién están tratando y es solo cuestión de ir siguiendo el rastro digital. Y a Cole le sonsacarán todo lo que puedan, por supuesto. Estoy segura de que habrá algún tipo de negociación para rebajarle la sentencia a cambio de declarar, pero de todas formas va a quedar fuera de juego durante mucho tiempo, con independencia de cuánto confiese.

Tragué saliva, notando las lágrimas a punto de desbordarse, intentando por todos los medios contenerlas.

–Gracias –susurré–. Muchas gracias.

Malik asintió, solo una vez y con bastante brusquedad, como si tampoco ella encontrara las palabras adecuadas para ese momento.

–Escucha, tenemos algunas preguntas más, pero pueden esperar hasta

que te encuentres con más fuerzas. Por ahora, cuídate mucho, Jack. Y si necesitas cualquier cosa… –Dejó una tarjeta profesional en la mesita de noche y le dio un golpecito con el dedo–. No tienes más que llamar.

–Gracias –dijo Hel. Me echó una ojeada y se levantó–. Yo la acompaño. Creo que Jack necesita descanso. ¿Te parece bien, Jack?

Asentí, desconfiando de mi capacidad para hablar con normalidad, y observé cómo las dos mujeres desaparecían por la abertura de las cortinas. Oí sus pasos cada vez más tenues mientras se alejaban por la sala y luego una puerta que se abría y cerraba. Después, solo el silencio.

Cerré los ojos, sintiendo cómo las lágrimas ardientes tanto tiempo retenidas, desde la muerte de Gabe, se desbordaban por fin y me corrían por las mejillas. Y entonces un sollozo me subió por la garganta, una oleada densa de pena y dolor que me oprimía el pecho y parecía desgarrarme por dentro.

Se había terminado. Esta vez de verdad. Y no tenía ni idea de lo que haría a continuación, ni de si quedaba algo para mí en esta vida. Ya no había nada que pudiera hacer por Gabe. No quedaba ninguna razón para seguir adelante, para continuar avanzando paso a paso como me había obligado a hacer un día, y otro y otro, con la esperanza de encontrar a su asesino.

Lo había encontrado, si no a la persona que había empuñado el cuchillo, sí al menos al responsable de que hubieran llegado hasta Gabe.

Y, ahora, ¿qué? ¿Qué me quedaba a mí?

Cuántas veces había deseado llorar desde que Gabe había muerto. Y ahora, por fin, las lágrimas estaban allí. Unos lagrimones que brotaban con profusión, y no me veía capaz de detenerlos. Se derramaban por las mejillas, empapaban las sábanas limpias y blancas y me dolía el pecho de tanto llorar, no con ese llanto contenido que había imaginado, sino con unos sollozos convulsivos, perrunos, que salían de lo más hondo de mí, con violencia incontrolable, desgarrándome el corazón y la garganta al salir. Era un dolor físico, real, un dolor que me tiraba de los puntos del costado, que me arrancaba el alma.

–Ey –oí que decía una voz al otro lado de las cortinas, y entonces la tela se descorrió–. Ey.

Había allí un hombre con el uniforme de enfermero, con las manos en las caderas y con la expresión preocupada. Detrás de él, el carrito de la comida, lleno de platos tapados.

–Pero ¿esto qué es?

Yo no podía hablar. Solo negué con la cabeza, intentando rehacerme lo suficiente para decir: «Por favor, no tengo hambre. Déjame sola». Pero resultaba imposible hacer salir las palabras, y el enfermero se acercó y me cogió la mano en actitud consoladora.

–Vamos, vamos. No hay por qué llorar así. –En la placa del nombre

ponía Harrison Carter. Tenía un acento jamaicano que me recordaba a mi anciano vecino de Salisbury Lane, el mismo cuyo muro había saltado, y ese recuerdo intensificó todavía más mis sollozos–. Vamos, esto no puede ser. ¿Tienes dolor?

Lo tenía, sí, y el llanto lo empeoraba, pero negué con la cabeza. No lloraba por eso, y no había morfina suficiente para detener aquel tsunami de pena por Gabe.

–Espera –dijo Harrison. Se volvió, rebuscó en el carrito y, al enderezarse de nuevo, sostenía una bandeja de plástico con un plato tapado–. Venga, come algo. No hay nada como un poco de comida para que todo parezca mejor. Tengo aquí un maravilloso pastel de carne vegetariano.

Me tendió la bandeja y un aroma escolar a sucedáneo de carne inundó el cubículo. Me acometieron unas náuseas tan fuertes que pensé que iba a vomitar, y tuve que girar la cabeza para tratar de contenerme.

–Venga, vamos –intentó engatusarme Harrison, hablándole a mi espalda–. ¿No puedes comer un bocadito aunque sea por el bebé?

Por un momento, creí que había oído mal.

–Yo… ¿Qué?

Las lágrimas se habían detenido de golpe, como si me hubieran abofeteado. Giré la cabeza hacia el enfermero, pero él no pareció notar mi desconcierto y siguió hablando, con una sonrisa tranquilizadora, como si yo no hubiera dicho nada.

–Puedo llamar al doctor si estás preocupada, pero en la ecografía se ve todo bien.

Tuve que clavarme las uñas en la palma de la mano, concentrarme en ese pequeño dolor para no gritarle a la cara que sus palabras eran como un puñal que me estuviera clavando en el costado. Eran de una crueldad atroz, un recordatorio brutal de todas las posibilidades que habían muerto con Gabe. Cuando volví a hablar, notaba la garganta estrangulada y en carne viva por la injusticia de aquel error.

–No estoy embarazada. –Las palabras salieron entre dientes, a la fuerza, y cada una de ellas dolía–. Me habrás confundido con otra.

Harrison pareció sorprenderse. Cogió el historial que había al pie de la cama, le echó un vistazo y me miró.

–¿Eres Jacintha Cross?

Asentí. Su cara cambió y adoptó una expresión preocupada y profundamente compasiva. Cuando volvió a hablarme, lo hizo con mucha dulzura.

–No hay ningún error. Ay, niña, no me digas que no lo sabías.

Todo el cuerpo se me quedó helado. Parecía que se me hubiera parado el corazón y luego vuelto a latir con ritmo desacompasado, y sentía un hormigueo en la punta de los dedos, una manifestación física del estado

de *shock*.

El enfermero estaba hablando de nuevo, pero su voz sonaba extraña y remota.

–… detectaron en las pruebas de rutina del preoperatorio. Lo siento, creyeron que lo sabías. ¿Son buenas noticias?

No contesté. Estaba demasiado ocupada echando la vista atrás, recordando en qué día estábamos, en qué mes. ¿Cuánto hacía que no había tenido el periodo? ¿Cuatro semanas? No, más. Hacía… Dios mío, la última vez debía de haber sido entre Navidad y Año Nuevo. Y recordaba, vagamente, haber metido mi copa menstrual en la bolsa que había preparado para el trabajo de Arden Alliance, por si acaso el periodo me venía esa noche. Pero después habían sucedido tantas cosas que se me había ido por completo de la cabeza. En aquel momento, no le había dado la más mínima importancia; mi ciclo no era tan regular, así que un día más o menos no suponía nada.

En todo caso, ahora debíamos de estar a mediados de febrero. Lo que significaba que… Tragué saliva mientras hacía los cálculos. Lo que significaba que estaba embarazada de seis, quizá de siete semanas.

Embarazada del bebé de Gabe.

Y de pronto muchas cosas cobraron sentido. Muchas cosas de las que ya debería haberme dado cuenta. El hecho de que no me hubiera venido el periodo desde hacía más de seis semanas. La constante fatiga nerviosa. Incluso las náuseas, que yo había atribuido a la herida supurante del costado y que de pronto tomaban todo el aspecto de náuseas matutinas. En realidad, lo único ilógico era que el bebé hubiera sobrevivido pese a todo lo que yo había pasado, pese al agotamiento y la infección, y ahora, para colmo, la rotura del bazo. ¿De verdad era posible?

–¿Cómo te encuentras? –me estaba preguntando Harrison, con cara de preocupación–. ¿Quieres que traiga al doctor?

Tenía un nudo en la garganta, pero me forcé a hablar.

–¿Has dicho que… el bebé… está bien? –Yo era consciente de que no había contestado a su pregunta, pero Harrison asintió.

–Sí, perfectamente. Hicieron una ecografía. Y los antibióticos que te dan son aptos para embarazadas. No hay nada que deba preocuparte. ¿Son buenas noticias o…? –volvió a preguntar, y ahora la inquietud de su rostro resultaba más que patente.

Y por primera vez en… no sabía cuánto tiempo…, por primera vez desde la muerte de Gabe, me di cuenta de que, sí, algo bueno sucedía.

–Sí –conseguí decir–. Sí, son buenas noticias.

En su cara apareció una sonrisa.

–¡Uf! Niña, tengo que admitir que me habías preocupado de verdad. Pero estoy contento de que estés contenta. Bien, ¿hablamos ahora de ese pastel de carne?

Y de súbito me entró un hambre canina.

LUNES, 12 DE FEBRERO

El día trescientos sesenta y cinco

El ambiente de la comisaría era cálido y sofocante y yo notaba el sudor en la espalda mientras avanzaba deprisa por el pasillo, mirando a derecha e izquierda e intentando en lo posible no parecer alguien sin derecho a estar allí. Lo primero era conseguir algún tipo de camuflaje. En esta comisaría me conocían bien y, por tanto, mi presencia saltaba tan a la vista como una mosca en la leche.

Probando al azar las puertas del pasillo, encontré dos cerradas, otra que daba a una sala de interrogatorios vacía… y después el premio gordo: un vestuario lleno de taquillas, cada una con su correspondiente candado.

La mitad de ellos se abrían con llave. Estaba bastante segura de poder abrirlos en pocos minutos con las ganzúas, y, si no podía, el pequeño cortapernos que tenía en la mochila se encargaría en un periquete de las poco sólidas fallebas. En cualquier caso, más por curiosidad que por otra cosa, probé primero los candados de combinación. Escogí el más cercano e introduje mi contraseña favorita: 1234. Nada sucedió, así que giré los números hasta dejar una configuración al azar y pasé a otra taquilla. La segunda cerradura, en cambio, produjo un satisfactorio clic y la falleba se abrió. Sonriendo, dejé el candado encima del armario y abrí la puerta de la taquilla.

Bingo. Había encontrado un filón a la primera. Dentro había un uniforme completo recién planchado con la gorra y la placa identificativa, y, aún mejor, era un uniforme de mujer. De acuerdo –tuve que admitir al ponerme los pantalones–, de una mujer mucho más alta y corpulenta que yo, pero nada que no se solucionara dándole un par de vueltas a la cintura de los pantalones, y, por suerte, la chaqueta caía lo bastante abajo como para cubrir ese arreglo tan poco reglamentario.

Yo llevaba ya una camisa blanca, lo que era una ventaja, porque la camisa era la única prenda que parecía faltar allí. Por lo demás, el uniforme estaba completo, incluso había un par de zapatos perfectamente alineados y relucientes en la parte inferior de la taquilla, aunque debían de ser al menos dos números por encima del mío y, de todos modos, mis fieles Converse negras resultaban mucho más cómodas y silenciosas. Además, si alguien llegaba al punto de fijarse en mi calzado, el juego habría acabado para mí.

Doblé mis vaqueros y mi chaqueta y los metí en la mochila, tras lo cual consideré la siguiente cuestión: qué hacer con mi bolsa. Los policías no suelen ir por ahí con una bolsa, así que cargar con una por el pasillo

atraería una atención poco recomendable. Al final, cogí las ganzúas, el espray de aire comprimido y la radio y los embutí en los amplios bolsillos del uniforme. Metí todo lo demás de nuevo en la bolsa y la encajé en el pequeño hueco que había tras la papelera, con la ferviente esperanza de que nadie la confundiera con basura y la tirara. De ser así, la cosa me iba a salir bastante cara, algo que no podía permitirme en ningún sentido.

Al verme con el uniforme sentí una inyección de confianza y salí del vestuario con la cabeza bastante más alta. Cuando doblé la esquina y me topé con otro agente, no vacilé ni por un momento.

–Ah, hola, perdona que te moleste. Soy Kate Lederer, de… –Mierda, ¿cuál era la comisaría de Jeff?– Eltham Green. Me han enviado aquí para interrogar a un sospechoso que tenéis en la sala de detención, pero ando un poco perdida. ¿Puedes decirme por dónde es?

–Por supuesto. –Los ojos del agente me repasaron de arriba abajo, pero no parecieron notar nada raro–. Me parece que no nos habíamos visto nunca, ¿no?

–No –convine–. Soy nueva. Bueno, nueva en la Metropolitana. Me acaban de trasladar de Thames Valley. Encantada de conocerte, eeeh… –Dejé en suspenso la frase con intención indagatoria.

–David Moran. Encantado de conocerte también.

Nos estrechamos la mano y una sonrisa se le insinuó en las comisuras de la boca. ¿Me lo estaba imaginando o había ahí un matiz de flirteo? David era alto y muy bien parecido, con acento irlandés. Bajé automáticamente la mirada a su mano y vi que no llevaba alianza, aunque eso no tenía por qué significar nada. Muchos policías se las quitaban cuando estaban de servicio. Con todo, casado o no, no creía haberme imaginado ese destello de interés en su expresión, y tal vez pudiera utilizarlo en mi provecho.

–El agente de recepción me ha dicho por dónde era –dije, dándole un matiz de disgusto a mi expresión y devolviéndole la sonrisa a David–. Y, claro, yo me he olvidado en el acto de lo que ha dicho. Es que menudo sitio tenéis aquí. Y encima yo nunca he sido capaz de retener las indicaciones para ir a los sitios.

–Sí, esto es un poco laberinto. –David consultó su reloj y pareció tomar una decisión–. Mira, si te parece te acompaño a la sala de detención.

–¿Estás seguro? Eso sería fantástico.

–No me cuesta nada. Se supone que tengo una reunión a las diez, pero hay tiempo de sobra para llevarte allí primero. Y bien: ¿qué tal es Eltham Green? He oído que el viejo Patterson es un pedazo de… –Dejó la frase sin terminar, sonriendo con una ceja levantada, y yo me reí y, como si nada, le rocé el codo con el brazo al doblar la esquina.

–Sí, «un pedazo de…» lo describe bien. No voy a mentirte, prefiero trabajar para mujeres. Mi antigua jefa era una mujer.

–Ah, ¿sí? Yo también prefiero una mujer –dijo David–. Creo que aportan una energía más positiva al equipo.

Continuamos hablando mientras David me guiaba por un pasillo que reconocí y por otro que no reconocí, hasta que llegamos a una puerta reforzada que tenía pulsador de timbre y lector de tarjetas. Tocó brevemente el lector con su tarjeta, abrió la puerta y me escoltó al interior.

–Hola, Jake –le dijo al agente de servicio en el mostrador–. Esta es Kate Lederer, de Eltham. Viene por un interrogatorio. Bien, Kate, te dejo en las expertas manos de Jake, pero ha sido un placer conocerte.

–Lo mismo digo –le sonreí. Observé cómo la puerta se cerraba a mi espalda y luego me volví hacia el agente que David había llamado Jake, preparándome mentalmente para lo que iba a decir a continuación. Pero apenas había abierto la boca cuando el auricular de mi oído chisporroteó y oí una voz pesarosa.

–¿Jack? Siento mucho tener que llamarte al trabajo, cariño, pero es que ha vomitado por todas partes.

Joder.

–Perdón –articulé hacia el agente del mostrador–. Un segundo.

Le di la espalda y me llevé el dedo al auricular, esperando darle a Jake la impresión de estar respondiendo una llamada de trabajo.

–Verity, perdona, pero es que este es un momento muy malo. ¿Puedo llamarte luego? Unos diez minutos, como máximo.

–Claro, cariño. No quería molestarte, pero como me dijiste que te llamara…

–Ya lo sé. Y me alegro de que lo hayas hecho. ¿Tiene fiebre?

Al fondo, oí un llanto agudo e insistente que hizo que de pronto los pechos se me hincharan dolorosamente de leche. Mierda. Me subí los pantalones prestados, consciente de que se me estaban cayendo. Debían de haberse desdoblado al caminar hacia la sala de detención.

–¿A quién has dicho que venías a ver? –dijo la voz de Jake a mi espalda, ahora con un matiz de sospecha, y yo maldije por lo bajo mientras con el brazo trataba de sujetarme los pantalones, que ya estaban claramente por debajo de las caderas.

–Un momento, Jake.

–Creo que fiebre no tiene –estaba diciendo Verity, con ciertas dudas–. John y yo hemos intentado ponerle el termómetro de oído, pero se ha cogido un pequeño berrinche al notarse algo en la oreja y no podíamos mantenerla quieta lo suficiente para que diera la temperatura. Pero no se le nota caliente.

–De acuerdo. Gracias, Verity, y, por favor, no te preocupes. Vuelvo ya a casa. Te veo enseguida.

Toqué el auricular y me volví hacia Jake.

–Muy bien, cambio de planes. No he venido por ningún sospechoso y no soy policía. Esto era una prueba de penetración organizada por la subinspectora Habiba Malik.

–¿Una qué? –preguntó Jake, con una expresión en la que se mezclaban el fastidio y la cólera–. Espera, ¿has dicho que no eras policía?

–¡Jack! –oí a mi espalda, y al girarme vi a Malik que salía por la puerta de la sala de detención, con una gran sonrisa en la cara–. ¿Cómo demonios has entrado aquí? Y… –su expresión de sorpresa desapareció y arrugó el gesto–, un momento, ¿ese es uno de nuestros uniformes?

–Sí –respondí–. De verdad, tienes que decirle a tu gente que no utilice el 1234 como contraseña en el candado de las taquillas. Y otra cosa: hay una bolsa detrás de la papelera del vestuario que podría haber estado llena de explosivos, pero no lo está, claro, así que si pudieras avisar de que no llamen a la brigada de explosivos sería estupendo. Ahora tengo que irme a casa.

–¿Te vas?

–Sí. –Me estaba quitando ya la chaqueta–. Lo siento. Gabby no está bien. Había pensado en cancelar la operación, pero no quería decepcionarte. Tengo suficiente material para el informe.

–Si has llegado hasta aquí vestida de uniforme, desde luego tienes de sobra. –Malik parecía francamente molesta–. Joder, y yo que pensaba que no pasarías del mostrador de recepción.

Sonreí, comprensiva, pero sin tratar de disimular mi triunfo.

–Ya lo sé. Lo siento. Me parece que me debes esa copa.

– Uf, madre mía. ¿Algo más?

–Solo lo habitual. No dejes que el personal le abra a nadie con su tarjeta. Que nadie deje que una puerta de seguridad se cierre sola sin comprobar que está bien cerrada. Y, desde luego, que nadie reutilice las contraseñas.

–¿Reutilizar…? Dios mío, Jack, ¿qué me vas a contar ahora?

–No te preocupes. No he husmeado en nada confidencial. –La estreché con un solo brazo y volví a subirme los pantalones prestados–. Bien, perdona, pero tengo que irme. He de devolver este uniforme y recuperar mi bolsa antes de que uno de los tuyos la haga saltar por los aires en una explosión controlada.

–Ojalá fuera así –gruñó Malik–. Según parece, podría haber tenido una bomba de relojería enganchada encima y nadie se habría dado cuenta, a juzgar por cómo ha ido lo demás. Venga, vete ya. Dale a Gabby un achuchón de mi parte. No…, espera. –Pareció acordarse de algo–. Te acompaño al coche.

–¿No te fías de que salga del edificio? –dije, riéndome, y ella negó con la cabeza.

–No, no es eso. Hay algo…, algo que quería haberte dicho. Mira, dame

cinco minutos y me reuniré contigo en el vestuario, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –contesté algo desconcertada, y Malik usó su tarjeta para sacarme de la sala de detención y la puerta se cerró tras de mí.

Malik vino al vestuario unos minutos después, pero hicimos todo el camino hasta mi coche y al final tuve que ser yo quien abordara la cuestión:

–Bueno, ¿no tenías algo que contarme? Venga, suéltalo ya, lo que sea. Debería ir yéndome.

–Sí, ya lo sé –dijo Malik. Estaba muy seria–. Es…, bueno, son más bien dos cosas. No estoy segura… –Se interrumpió y por un momento sentí cierta alarma. Podría decirse que ahora Habiba Malik y yo éramos prácticamente amigas, pero, tras lo ocurrido el año anterior, no estaba segura de poder sentirme del todo cómoda en compañía de un policía.

–Venga, ¿de qué se trata? Me estás preocupando.

–Es Cole Garrick –dijo, girándose hacia mí. Bajo la cruda luz de febrero, su rostro parecía más envejecido que la primera vez que nos habíamos visto, y unas finas arrugas se le acumulaban en el ángulo externo de los ojos–. Ha…, en fin, ha muerto, en la cárcel. Esperando el juicio.

–Joder. –Me había hecho propósito de decir menos palabrotas, por Gabby, pero esa se me escapó sin querer y, a decir verdad, no se me ocurría ninguna otra cosa que decir, así que la repetí–: Joder. ¿Entonces, no comparecerá ante un tribunal?

–No, lo siento. Lo tenían en custodia protegida, como sabes, pero está claro que encontró la manera de…

–¿Cómo que encontró la manera? ¿Me estás diciendo que se suicidó?

Malik se encogió de hombros.

–Lo encontraron ahorcado. ¿Cómo lo interpretas tú…?

–Joder –repetí una vez más. Me presioné los ojos con los dedos. Una sucesión de imágenes pasó por mi mente. Cole en la playa de Brighton, riendo y zambulléndose en las olas. Cole en el balcón de su apartamento, bebiendo *dirty martinis* y asando langostinos gigantes en la barbacoa. La cara de Cole a la luz de las velas, en la casa de campo, sus labios en los míos. Su expresión la última vez que lo había visto, en la oscuridad del ático, sus rasgos crispados de ira y desesperación. Su voz: «No te muevas o te disparo, Jack».

¿Me habría disparado? Seguía sin saberlo.

–Lo siento. –La voz de Malik me llegaba como si estuviera muy lejos–. Sé que no es lo que querías. Tampoco es lo que queríamos nosotros. Lo que queríamos era que se hiciera justicia.

Justicia. Esa palabra tenía un sabor amargo para mí. Algunos dirían que había cierta justicia en lo que le había ocurrido a Cole. Una vida por

otra. A mí no me parecía que fuera así, eso era lo único que sabía.

–¿Y la gente que estaba por encima de él? –pregunté–. ¿Creen que…? ¿Se lo hicieron ellos?

–Lo están investigando con todo detalle –contestó Malik. Me observaba con rostro grave y paciente, lleno de simpatía–. Y, en fin, Cole había aportado muchísimas pruebas antes de morir. Créeme, cada línea de investigación se está siguiendo al máximo nivel.

Asentí. La creía. No me engañaba pensando que al MI6 pudiera preocuparle demasiado la muerte de un modesto *hacker*. Pero quién sabía cuántos periodistas y disidentes habían tenido el teléfono pirateado con Watchdog, cuántos su ubicación rastreada gracias al *software* de Cole. Quién sabía cuánta gente podía haber sido asesinada cuando se creía a salvo; cuántos hijos de diplomático tenían ahora su fotografía en una base de datos biométricos de algún país lejano, gracias a Puppydog.

Lo que le había sucedido a Gabe…, eso era culpa de Cole, y ahora había pagado el precio definitivo. ¿Y los hombres que le habían cortado el cuello a Gabe? Nunca sabría con certeza quiénes habían sido, pero el verano anterior habían hallado dos cadáveres flotando en el Támesis, y su ADN coincidía con las muestras microscópicas recuperadas en la ventana del cuarto de baño. Cuando Malik me había dado la noticia, sabía lo que quería transmitirme: que todo había acabado, que los hombres que habían matado a Gabe, si bien no estaban en la cárcel, al menos sí habían sido cazados, y en cierto sentido era verdad; pero, por extraño que suene, a mí nunca me había interesado quién había empuñado el cuchillo aquella noche. Para mí esas personas no eran más que balas de una pistola cargada, asesinos, sí, pero, extrañamente, no los responsables últimos de la muerte de Gabe. Yo siempre le había atribuido esa responsabilidad a Cole… y a sus superiores. Y ahora Cole estaba muerto. Pero el grupo que había tras él era un ente más borroso, más amorfo; y, a pesar de lo que Malik estaba diciendo, en mi fuero interno yo no sabía si podía localizarse a un grupo de esa índole, no digamos ya llevarlo ante la justicia.

Fueran quienes fueran los responsables del *hackeo* de Puppydog, eran solo una parte de una oscura y amplia telaraña de actores invisibles, una red que abarcaba desde agencias de seguridad nacional hasta organizaciones como el grupo Lazarus, pasando por algún chico que en su dormitorio de Canadá o Polonia o Bangladesh se dedicaba a apretar botones y causar estragos solo porque podía hacerlo, como había sido el caso de Gabe en su día. Y, sí, podían ser combatidos, algunos individuos incluso arrestados, pero sería como tratar de acabar definitivamente con el cáncer. Porque nunca dejarían de existir. Escurridizos, en la sombra, colándose a la fuerza por las rendijas de nuestra seguridad en línea, por las puertas que les dejábamos abiertas en nuestras vidas digitales.

Lo único que yo podía hacer era decirme a mí misma que había cerrado una puerta, esa puerta que Cole había abierto para ellos, y que miles de personas, quizá millones, estaban más seguras gracias a ello. Y ahora yo tenía que pasar página.

–¿Y cuál era la segunda cosa? –Intenté controlar la voz para darle una apariencia de normalidad, pero me salió forzada y falsa, y supe que Malik se había dado cuenta y lo comprendía, pero que intentaba proceder con la formalidad de rigor por el bien de las dos–. ¿Es mejor?

–Quizá. O eso espero. No estoy segura de que esto sea ya del dominio público, pero quería que fueras la primera en saberlo.

–¿Y bien?

–La noticia me acaba de llegar de Eltham Green. La investigación ha concluido. Han encontrado a Jeff culpable de una falta grave.

–¿Me tomas el pelo? –Notaba una extraña sensación en la cara, de rigidez, como si no estuviera segura de qué expresión adoptar, si reír o llorar–. ¿Y eso qué significa?

–Significa…, bueno, básicamente que lo han despedido. No podrá volver a trabajar como policía. Y dos de sus colegas han recibido una amonestación formal por su conducta contigo después de que rompierais. Sé que quizá sea poca cosa, y desde luego llega demasiado tarde, pero, en fin, espero que signifique algo para ti.

–Dios mío.

Parecía que me hubieran dado un puñetazo en el estómago. Bajé la mano y por debajo de la camiseta toqué el retorcido nudo de tejido cicatricial, formado donde los médicos habían cortado la laceración supurante del costado para extraer el bazo, sin conseguir reparar totalmente el daño. Por alguna razón, el hecho de tocar la herida, los bordes tiernos y abultados, el rastro aún perceptible de la sutura y las grapas quirúrgicas me sirvió de punto de anclaje. Había sobrevivido a aquello. Había sobrevivido también al parto de Gabby, sumando más puntos de sutura, más cicatrices. Había sobrevivido a la muerte de Gabe, y seguía allí, quizá no entera, pero todavía en pie.

–Gracias –le dije al final a Malik, quien respondió asintiendo, un gesto más bien formal, como si no supiera exactamente qué deberíamos hacer ambas con aquella información; lanzar hurras y chocar los cinco no parecía demasiado apropiado, como bien sabía Malik.

–Bien, pues ya está. Siento soltarte todo esto ahora, y doble ración, además, ya lo sé. Pero… quería decírtelo cara a cara.

–Ya lo sé –respondí. Le toqué el brazo y forcé una sonrisa–. Gracias. De verdad.

Y entonces subí al coche y me alejé, viendo cómo Malik me observaba y se iba haciendo más y más pequeña en el espejo retrovisor.

Había casi llegado a Salisbury Lane, perdida en mis pensamientos,

perdida en los recuerdos, cuando en la radio sonó una canción, una melodía que al principio no supe ubicar. Solo sabía que la introducción, ese pequeño estribillo que se repetía al compás del intermitente mientras esperaba para entrar en nuestra calle, me provocaba una sensación extraña, una mezcla de pánico, nostalgia y anhelo.

Y de pronto caí: era *This Must Be the Place*, la canción que Gabe y yo habíamos puesto en nuestra boda, la que habíamos bailado en una cálida noche de verano, rodeados de amigos y familia, abrazados y riendo mientras les hacíamos señas a Cole y Noemie para que se nos unieran en la pista de baile, a Hel y Roland, a los padres de Gabe, a todos los amigos y familiares que habían venido a desearnos lo mejor en nuestra vida juntos.

Pero también había pánico, porque bajo ese recuerdo había otro, el recuerdo de Cole silbando ese mismo estribillo mientras venía hacia mí a través de la bruma, mientras yo me acurrucaba en las dunas temiendo por mi vida, sin saber si era amigo o enemigo.

Cole. Quien había traicionado a su mejor amigo, quien me había llevado hasta el mismo límite. Quien ahora estaba muerto en una celda carcelaria.

Detuve el coche junto al bordillo de la acera y me quedé allí sentada, escuchando cómo David Byrne le cantaba al amor y los sueños y las esperanzas de todo ser humano, y también al significado del hogar.

Noté que tenía lágrimas en la cara –últimamente siempre parecía estar llorando, aunque no siempre de tristeza–, pero quien estaba en mi mente hacia el final de la canción era Gabe, no Cole. La mano de Gabe en la mía mientras bailábamos bajo un centenar de faroles centelleantes, su brazo alrededor de mi cintura, haciéndome girar, guiándome, sosteniéndome en la calidez de su amor y la promesa de nuestro futuro juntos.

Cuando la canción terminó, me sequé los ojos, apagué el motor y salí del coche. Me volví hacia nuestra pequeña casa, la casa en la que Gabe había vivido y me había amado y había muerto, la casa en la que nuestra hija había estallado en llanto al llegar al mundo, un llanto que ahora también estaba oyendo, a pesar de la puerta cerrada.

Sentí un gozo cercano al dolor, y quizá no habría sabido explicar la diferencia entre uno y otro, solo que esta vez estaba sonriendo a través de las lágrimas. Porque, tras esa puerta, nuestra hija me estaba esperando, la hija de Gabe y mía, y era una preciosidad de cara sonrosada y genio vivo, y todo lo que yo necesitaba que fuera.

Abrí la puerta de casa. Ese era mi hogar. Y allí era donde quería estar.

AGRADECIMIENTOS

Tengo una buena retahíla de agradecimientos por este libro, algo que siempre sucede cuando abordas un tema del que sabes poco antes de ponerte a escribir.

El libro nació en buena parte de la enorme cantidad de pódcast que escuché durante el confinamiento, los cuales despertaron por primera vez mi interés cuando estaba escribiendo *Otra vuelta de llave* y *One by One*, obras en las que exploraba el mundo de la tecnología y de las aplicaciones desde ángulos muy diferentes. Existe una amplia variedad de ciberdelitos y la misma cantidad de pódcast interesantes sobre el tema, pero el que más influyó en *El engaño perfecto* fue sin duda *Darknet Diaries*, presentado por Jack Rhysider, en el que por primera vez oí a *pen testers* profesionales y a ingenieros sociales hablando sin tapujos de sus experiencias, a veces con detalles que ponían los pelos de punta. Así que, en primer lugar, gracias a Jack por hacer que un asunto tan complejo resultara perfectamente accesible y entretenido, y, en segundo lugar, gracias a todos los *hackers* y expertos en seguridad que compartieron sus amplios conocimientos y que contribuyen a que el mundo sea un lugar más seguro.

Mi agradecimiento también para la multitud de expertos y amigos cuya sabiduría consulté en temas tan diversos como la legislación, la profesión policial, los procedimientos en la escena de un crimen, los sistemas de vigilancia y el *hackeo*. Neil Lancaster, Clare Mackintosh, Katie Robinson, Graham Bartlett, Sam Gordon y H. D. Moore: os estoy más que agradecida de lo que puedo expresar por los fragmentos que leísteis y vuestros consejos sobre situaciones plausibles (y no plausibles), además de por permitirme hacer preguntas estúpidas sin hacerme sentir estúpida. No hace falta decir que cualquier error y exceso de la imaginación (plausible o no) es responsabilidad mía. Gracias también a Derek, por su inestimable ayuda sobre el funcionamiento interno de los centros de atención telefónica de las compañías aseguradoras. Derek, espero que te gustara el guiño que te dediqué con tu tocayo en este libro. En cuanto a

Gytha, quien me dijo: «Soy tan veloz como un zorro. Un zorro viejo. Con osteoporosis. Atropellado por un cuatro por cuatro. Hace diez días»; Gytha, tú ya sabes lo que eso significa, ¡y me debes una copa en la próxima edición del festival Bloody Scotland!

Gracias, siempre gracias, a mi brillante agente, Eve, a Ludo, Steven, Rebecca y todos cuantos trabajan en nombre de la EWLA (Agencia Literaria Eve White) para llevar mis libros al mundo. Y mi más sincero agradecimiento a los infatigables equipos que trabajan entre bastidores en Simon & Schuster en el Reino Unido, Estados Unidos, Australia y Canadá, y a mis editores en otras lenguas y en el extranjero. A Alison, Jen, Suzanne y Nita: gracias por vuestra brillante labor editorial conjunta y por creer en mí como escritora. A Ian, Jonathan, Jessica, Sydney, Sabah, Katherine, Taylor, Adria, Natasha, Felicia, Kevin, Mackenzie, Gill, Dom, Nicholas, Hayley, Sarah, Harriett, Matt, Francesca, Jennifer, Aimee, Sally, Abby, Anabel, Caroline, Jaime, John Paul, Brigid y Lisa: vuestro celo e inteligencia nunca deja de asombrarme y siempre os estaré agradecida por trabajar tan intensamente para llevar mis libros a los lectores.

A Paul James Hillman, muchas gracias por tu generosa apuesta para ayudar a Young Lives vs Cancer. Tu donación está ayudando a los jóvenes en algunos de los momentos más duros que puedan vivirse, y no puedo expresar cuán agradecida te estoy por ello.

Gracias a mi familia por darme razones para salir de mis mundos imaginarios y hacer que el mundo real sea tan divertido como el ficticio.

Finalmente, a mis lectores…, qué podría decirles, aparte de que son ellos los que lo hacen todo posible. Gracias desde el fondo de mi corazón por seguir leyéndome hasta hoy.

ÍNDICE

Sábado, 4 de febrero
Domingo, 5 de febrero
Lunes, 6 de febrero
Martes, 7 de febrero
Miércoles, 8 de febrero
Jueves, 9 de febrero
Viernes, 10 de febrero
Sábado, 11 de febrero
Domingo, 12 de febrero
Lunes, 13 de febrero
Lunes, 12 de febrero

Agradecimientos